UNIVERSIDAD NACIONAL DE LANÚS

Departamento de Humanidades y Arte

Doctorado en Filosofía

Tesis de Doctorado

Entre el orden del cuerpo y las cuestiones de la carne. Tramas epistemológicas para una historia de las ciencias sociales en Argentina: Archivos de psiquiatría y criminología (1902-1910).

**Autora:
Alicia Alejandra Gabriele**

Directora Dra. Adriana María Arpini

**Mendoza / Lanús
Febrero 2017**

Resumen:

En este trabajo de investigación se trata de hacer visibles las condiciones históricas de producción de conocimientos científicos sociales en la Argentina de principios del siglo XX atendiendo a una de las tensiones que forman parte del complejo de conflictos de la época, aquella que se desencadena entre la preocupación del movimiento positivista por producir un conocimiento sobre las problemáticas sociales del momento en el marco del proyecto que busca organizar el espacio social en vistas de la organización de la nación y la resistencia a ese orden identificada en esta ocasión con las acciones del movimiento anarquista, tal como aparecen manifiestos en el conocimiento científico que colma las páginas de *Archivos de Psiquiatría y Criminología* durante los años que van de su primer número en 1902 hasta 1910. Para ello se ha procedido a construir categorías teórico-metodológica para abordar el objeto de estudio circunscripto, dando lugar a una mirada epistemológica singular: a una *visión epistemológica* con sus procedimientos metodológicos propios que buscan captar una experiencia del orden del instante tanto en la producción de conocimientos científicos sociales a principios del siglo XX como en el mismo proceso de producción de esta investigación.

Palabras clave: Historia epistemológica de las ciencias – Ciencia sociales - *Archivos de Psiquiatría y Criminología* - positivismo - anarquismo – *visión epistemológica*.

Índice de contenidos:

Introducción.....	1
--------------------------	----------

Primera parte: Epistemología crítica e historia epistemológica de las ciencias: discontinuidad y ruptura; imaginación e instante; concepto y vida.....	7
---	----------

Capítulo 1. Posicionamiento epistemológico y metodológico para una historia epistemológica de las ciencias sociales en Argentina.....	8
--	----------

1.1. Los disparadores de la investigación: del malestar epistemológico a la ampliación metodológica.....	8
1.2. Ampliaciones, descentramientos y expansiones epistemológicos-metodológicos.....	11
1.3. Ampliaciones en la epistemología francesa: resistencia y compromiso racionalista....	13
1.4. Epistemología e Historia de las ciencias.....	18
1.4.1. La epistemología histórica de Bachelard.....	20
1.4.2. La historia epistemológica de Canguilhem.....	23

Capítulo 2. Ampliaciones epistemológicas para una historia <i>sensible</i> de las ciencias.....	26
--	-----------

2.1. Epistemología <i>sensible</i>	26
2.2. La imaginación: apertura y novedad.....	29
2.3. La intuición del instante y el tiempo de la revuelta, categorías para una historia discontinua de las ciencias sociales	31
2.3.1. El instante de la revuelta.....	37

Capítulo 3. Concepciones científicas en torno del viviente, la vida y lo vital.....	41
--	-----------

3.1. La historia epistemológica de las ciencias de la vida en Canguilhem: la tensión entre la vida y el conocimiento de la vida.....	41
3.1.1. Vitalismo y mecanicismo: la vida entre el organismo y la máquina.....	46
3.1.2. La asimilación del organismo a una máquina y sus consecuencias filosóficas.....	53
3.2. La noción de medio como clave mecanicista.....	60
3.3. El concepto y la vida en una historia epistemológica de las ciencias.....	64

Capítulo 4. La carne, el cuerpo y el conocimiento científico.....	69
--	-----------

4.1. La presencia de lo “no científico” en la ciencia.....	69
4.2. Ampliaciones epistemológicas en la dimensión de la sensación.....	71
4.2.1. <i>Lógica de la sensación</i> o de las conexiones entre Deleuze y Bacon.....	72

4.3. La tensión cuerpo carne.....	77
4.4. Genealogía del cuerpo social en Argentina.....	80

Capítulo 5. Marco teórico metodológico para una historia *sensible* de las ciencias sociales en la Argentina.....

86

5.1. Entre la experiencia y el acto de conocer: la historia y la vida.....	87
5.2. Categorías metodológicas para una historia de las ciencias epistemológica y vital.....	89
5.3. Una matriz epistemológica-metodológica.....	90

Segunda parte: La tensión entre el orden del cuerpo y la resistencia de la carne en los Archivos (1902-1910).....

93

Capítulo 6. Condiciones históricas de los discursos científicos publicados en los Archivos durante la dirección de José Ingenieros: orden del cuerpo (social).....

95

6.1. La publicación científica: <i>Archivos de Psiquiatría y Criminología</i>	97
6.2. Positivismo y organización de la nación.....	99
6.3. Cartografía epistémicas: mutaciones en las ciencias biológicas y expansiones científico sociales.....	105
6.4. Particularidades del las líneas teóricas positivistas en la Argentina.....	117

Capítulo 7: La cuestión social y el movimiento anarquista: el (des)orden de la carne.....

123

7.1. La cuestión social como malestar de la carne. Bajos fondos y nomadismo.....	124
7.1.1. <i>Atorrantes</i> y <i>malvivientes</i>	129
7.1.2. Cultura de <i>malvivientes</i> : tango y bajos fondos.....	134
7.1.3. Nomadismo, el <i>yiro</i> laboral.....	136
7.2. El movimiento anarquista: <i>carne</i> , antijeraquía, emancipación.....	138
7.2.1. La violencia como categoría reduccionista de la cultura ácrata.....	143
7.2.1.1. Informe pericial de un <i>violento anarquista</i>	145

Capítulo 8: *Entre* el orden del cuerpo y el (des)orden de la carne: entre lucha y adaptación.....

154

8.1. <i>Entre</i> la ciencia y la política: carne y cuerpo, huelgas y represión.....	155
8.1.1. Criterios del orden del cuerpo social.....	157
8.1.2. El (des)orden de la carne (revueltas) y los mecanismos de expulsión (leyes de excepción).....	166

8.2. El contexto epistemológico de las leyes de excepción: <i>entre</i> la lucha y la adaptación.....	174
Capítulo 9. <i>Entre</i> ciencia y vida: concepciones científicas en <i>Archivos</i>	183
9.1. Los supuestos teóricos en las concepciones científicas sociales argentinas manifiestas en <i>Archivos</i>	184
9.2. Ciencia, vida y política en las concepciones científicas sociales argentinas.....	193
Conclusiones	200
Bibliografía	210
Fuentes primarias	210
Fuentes secundarias	213
Publicaciones académicas relacionadas con avances parciales de la tesis	217

Dedicatoria y agradecimientos:

A mi directora Adriana Arpini, no sólo por acompañar incondicionalmente esta instancia de investigación, sino por habilitar espacios de investigación y de formación sobre las problemáticas argentinas y latinoamericanas para tantos egresados de humanidades y ciencias sociales que no encontrábamos caminos a transitar en la academia mendocina, haciéndonos partícipes del compromiso por desentpolvar nuestra historia de producciones de conocimientos para *en* y *desde* el presente tomarnos como valiosos.

Al Doctorado en Filosofía de la UNLa, ejemplo de la convivencia de diferentes posiciones filosóficas generando las condiciones para poder producir conocimientos en la dirección de nuestras inquietudes.

Al *Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda* (CeDInCI) por la accesibilidad y disponibilidad de sus valiosos fondos de archivos. Los volúmenes completos de la revista *Archivos de Psiquiatría y Criminología* que constituyen la fuente primaria de nuestra investigación fueron consultados del fondo de archivos personales de José Ingenieros.

Al intenso, inestable y vital colectivo afectivo, académico y militante al que pertenezco y en el que me configuro, integrado por lo que comúnmente se denomina familia, amigos, colegas, adversarios. Sin los intercambios que se han producido en los más diversos ámbitos y de múltiples maneras en este campo de relaciones en torno de la escritura de la tesis, esta no habría sido posible.

A las queridas amigas-colegas, lectoras incondicionales de avances y retrocesos en los más diversos registros y formatos: Luciana Álvarez, Sandra Del Vecchio y Silvana Vignale.

A Esther Díaz, por *hacer de la epistemología una obra de arte* y permitirme acercarme a la experiencia de seguir provocando ampliaciones y expansiones, llevando nuestra posibilidad de conocer a los territorios de la ensoñación, para desde allí comenzar a transformar la realidad.

A mis padres Any y Carlos por haberme dado la libertad de ser quien soy.

A Pablo ...

*Oh it's such a perfect day
I'm glad I spend it with you
Oh such a perfect day
You just keep me hanging on
You just keep me hanging on.*

Introducción:

Cuando hablamos de historia de las ciencias desde una perspectiva epistemológica crítica nos estamos refiriendo a las condiciones históricas que han hecho posible la producción de conocimientos científicos en tanto estos son un tipo muy particular de respuesta a las problemáticas de una determinada época. En este caso, la presente tesis busca ser un aporte a la historia de las ciencias sociales en la Argentina. Se trata de hacer visibles algunas tensiones históricas que funcionan como condiciones de posibilidad del discurso científico de principios del siglo XX, específicamente el producido y publicado entre 1902 y 1910 en la revista científica *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, dirigida por José Ingenieros.

El discurso científico de esa época tiene por objeto de estudio las anomalías que presenta en ese momento la vida social argentina. Así lo expresa el comité editorial de la revista: “El estudio científico de los hombres anormales - especialmente el hombre criminal y alienado - así como de las condiciones del medio sociológico que sobre él actúan, constituye el objeto de estos *Archivos*.” (1910, 257). Por lo tanto, desentrañar algunas de las tramas de la constitución de ese discurso desde una concepción epistemológica crítica y ampliada a lo histórico social supone indagar las concepciones de vida social, de conocimiento de la vida social y de cómo estas repercuten en las intervenciones políticas.

Para llevar a cabo esta tarea se han producido una serie de categorías que permiten observar algunas de las tensiones históricas seleccionadas y acotadas para este trabajo, que funcionan en la tesis como estrategias de interpretación de las lógicas y prácticas que hacen posible la producción de conocimiento científico sobre lo social en la Argentina de la época.

El trabajo de investigación que implicó esta tesis podría describirse a partir de una imagen que intenta escapar de la linealidad de los tradicionales estudios de historia de la ciencia. Se trata de una especie de movimiento circular que busca explorar teóricamente un problema. Los primeros movimientos apenas divisan algunas tensiones, pero en sucesivos rodeos se va acotando el objeto de estudio. Se trata de un movimiento metodológico que implica pasar cada tanto por los mismos tópicos pero no exactamente

los mismos, la perspectiva se va intensificando en cada circunvalación, enfocando más nítidamente el problema que nos inquieta en cada aproximación hasta llegar a identificar una tensión singular.

Las estrategias metodológicas se desprenden de las categorías trabajadas, dilucidadas y construidas en cada uno de los capítulos de la primera parte. Es decir, que tanto la metodología como la dimensión teórica de la tesis, se construyen y entran de manera conjunta. La perspectiva desde la que se articulan las diferentes estrategias metodológicas que emergen junto con la construcción de las categorías epistemológicas, es la que Michel Foucault identifica como la clave metodológica de la obra de George Canguilhem: “la elaboración de análisis ‘discontinuos’ y la elucidación de relaciones históricas entre ciencia y epistemología van de la mano.” (Foucault, en Giorgi y Rodríguez, 2009, 52).

La tesis consta de nueve capítulos distribuidos en dos partes. La primera parte se ocupa el marco teórico metodológico desde el cual se abordará el complejo de tensiones que supone el momento emergente del discurso científico positivista sobre lo social en Argentina, y está integrada por cinco capítulos. En el primer capítulo se da cuenta de las inquietudes y supuestos epistemológicos desde los cuales se produce esta investigación. Las inquietudes se fueron perfilando hasta constituirse en problema de investigación en un proceso que va desde la interpelación de la técnica de *limpiado y cepillado* con la que un artista plástico como Francis Bacon realiza su obra, hasta la explicitación de las concepciones de epistemología y de historia de las ciencias que operan en la investigación, tomando elementos fundamentalmente de las propuestas teóricas de Gaston Bachelard y George Canguilhem.

Los tres siguientes capítulos de la primera parte profundizan la posición teórico metodológica a través del ejercicio crítico y expansivo de producir ampliaciones epistemológicas y metodológicas, continuando la tarea y el compromiso de Esther Díaz¹. El segundo capítulo se centra en la epistemología de Bachelard, específicamente en su obra *La intuición del instante* donde se encuentran nociones que permiten pensar ese

¹ Esther Díaz fue la directora de esta tesis durante gran parte del proceso de investigación hasta su retiro de la actividad académica. No obstante, está presente en el compromiso epistemológico desde el que se realiza este trabajo y los saberes y prácticas aprendidos en sus cursos del Doctorado en Filosofía en la UNLa y en otras instancias formales e informales de diálogo filosófico.

carácter tónico de los conflictos históricos que hacen posible la producción de conocimientos científicos, al mismo tiempo que se sensibiliza la mirada epistemológica. También en este capítulo la noción de instante es articulada con la noción de revuelta tomada de los trabajos del italiano Furio Jesi, produciendo una categoría para abordar las particularidades que se buscan observar en algunas dimensiones de las condiciones históricas en las que se produce conocimiento científico en la Argentina del periodo elegido.

El tercer capítulo, supone un paso más en la especificación de la mirada epistemológica rupturista y discontinuista propuesta por Bachelard, esta vez en la dirección de la noción de vida y de viviente en el marco de las discusiones entre vitalismo y mecanicismo trabajadas desde *El conocimiento de la vida* de Canguilhem. La problemática sobre el conocimiento y la experiencia de la vida planteada por Canguilhem nos permitió articular la noción de *visión* con la de *instante*, generando una posibilidad más de configuración de la mirada epistemológica.

Un cuarto capítulo recorre las relaciones entre las nociones de vida y política, para luego poder conectar vida, política y ciencia. Aquí, si bien recurrimos a algunos de los referentes de estudios biopolíticos, el eje de esta problemática se desprenderá del trabajo *Bios. Biopolítica y filosofía* de Roberto Esposito, en el que plantea la tensión entre nacimiento y nación, norma y ley y carne y cuerpo. Categorías que en el momento de la etapa exploratoria de esta investigación, funcionaron como disparadora de las principales líneas de análisis que aquí se trabajan. En el marco de las propuestas de estudio de Esposito, nos concentramos en las tensiones entre carne y cuerpo, poniéndolas en juego con los abordajes de Gilles Deleuze a propósito de la pintura de Bacon y de los análisis fenomenológicos de Maurice Merleau Ponty sobre la noción de carne. De esta manera obtuvimos las categorías que nos permiten pensar las lógicas del cuerpo social en tensión con los fenómenos que se escapan a esa lógica, los de la carne, como una de las condiciones desde las que se produce conocimiento científico.

El último capítulo (quinto) de la primera parte consiste en la sistematización de las categorías epistemológicas y metodológicas que configuran la mirada desde la que se pretende realizar una experiencia epistemológica capaz de percibir el orden del instante, de lo que deviene, y advertir ciertas particularidades en la historia de las ciencias

sociales en Argentina en los artículos de *Archivos* seleccionados para ser trabajados en la segunda parte de la tesis. Los procedimientos metodológicos de esta investigación buscan observar alguna de las tramas epistemológicas que hacen a las condiciones de producción y circulación del discurso científico de la época desde categorías tales como *instante de la revuelta*, *visión de un instante*, *instante entre el orden del cuerpo y el desorden de la carne*, *el instante como tensión*, *el instante como entre*.

La segunda parte aborda los discursos científicos de los artículos publicados en *Archivos* en los que puede asistirse a las tensiones políticas y sociales de la época que entran el discurso científico positivista como legitimador de los principios ordenadores del proceso de modernización de la nación. Cuatro son los capítulos que integran esta parte de la tesis (6, 7, 8 y 9).

Tanto el capítulo 6 como el 7 contextualizan la producción de conocimientos científicos que se ha definido como objeto de investigación. Esta contextualización se realiza desde las categorías y lógicas sistematizadas en la primera parte. El capítulo 6 busca acceder a los criterios científicos del orden del *cuerpo social* en los artículos publicados en *Archivos* como en los sectores científicos-políticos dirigentes de la época; mientras que en el capítulo 7 se buscan los aspectos de la carne a través de la noción de *cuestión social* con la que los científicos y políticos de la época categorizan a aquellos fenómenos que escapan al orden del *cuerpo social*.

En el capítulo 6 se trabaja específicamente sobre los artículos seleccionados de *Archivos* en el marco del perfil que tuvo la publicación durante la dirección de José Ingenieros, sus ámbitos de producción y circulación, la impronta positivista y la configuración epistemológica de la época a partir de una cartografía de las disciplinas científicas vigentes y emergentes durante esos años para poder comprender desde dónde definen el cuerpo social de la nación en vías de modernización. En este contexto observamos ciertas particularidades del positivismo argentino.

Al observar aquellos aspectos que escapan y preocupan a los criterios científicos del orden del cuerpo social en el capítulo 7, se decide hacer foco en algunos fenómenos sociales que nos permitan encontrar muestras significativas para comprender qué está supuesto en la noción de cuestión social con la que los positivistas categorizan una multiplicidad de “desordenes” sociales y mostrar que podemos hacer visibles

particularidades de esos fenómenos desde la categoría de carne. Este capítulo se ocupa de la llamada cuestión social, aquí abordada desde las expresiones del orden de la carne como resistencia, manifiesta en los discursos y las prácticas antijerárquicas y emancipatorias del movimiento cultural anarquista.

Así como en los capítulos 6 y 7 se trabajó sobre los contextos históricos y científicos en los que encontramos las lógicas del cuerpo y de la carne, en los capítulos 8 y 9 accedemos a la tensión entre el orden del cuerpo y el desorden de la carne concentrándonos en el *entre* la ciencia y la política, y el *entre* la ciencia y la vida indagando sobre las concepciones de vida, de sociedad que están presentes en el discurso científico de los artículos publicados en la revista científica seleccionada.

En el octavo capítulo se analiza la lógica que articula el orden político del cuerpo social y el emergente conocimiento científico sobre lo social positivista en relación con las tensiones históricas que se manifiestan en registros de resistencia: las huelgas anarquistas; y en los registros de la necesidad de expulsión de todo aquello que amenace el orden del cuerpo social: las leyes de excepción. Las acciones anarquistas serán abordadas desde las categorías de *instante* y *revuelta* producidas en el capítulo 2 para poder leer las particularidades de las huelgas en un registro distinto al del simple reclamos salarial, sobre todo las particularidades de la huelga de inquilinos ocurrida en 1907, en la que encontramos elementos significativos de lo que hemos dado en llamar expresiones de la carne. En la reacción del poder político y científico frente a las revueltas aparecen claramente las concepciones de vida entre las categorías de lucha y adaptación presentes en los textos que fundamentan las medidas represivas.

Finalmente el capítulo 9 accede a las diferentes concepciones de vida que suponen las posiciones científicas y políticas en tensión en este particular instante de la historia de las ciencias sociales en la Argentina, cuando los científicos que publican en *Archivos* afirman que la *sociedad es un organismo vivo*. Recurrimos a las distintas líneas teóricas que Canguilhem distingue en el campo de las *ciencias de la vida*, como a la problematización respecto del conocimiento de la vida y la *visión* de la experiencia de la vida. De esta manera, desde los aportes de la epistemología francesa y las ampliaciones epistemológicas y metodológicas realizadas en la primera parte, y el recorrido por las

condiciones históricas que hicieron posible la producción de conocimientos científicos sobre lo social en la revista *Archivos* desde las categorías de cuerpo y carne como estrategias teórico metodológico para hacer visible la tensión entre la imposición de un orden social y el desorden que resiste, nos proponemos realizar una experiencia que busca perfilar un modo de mirar que nos permita acceder a la tensión vital que entrama las lógicas de producción del conocimiento científico. En definitiva se trata, como dice Esther Díaz, que “el ejercicio de la filosofía puede ayudarnos a iluminar escollos, no necesariamente a merecer hallazgos” (Díaz, 2012, 14).

**Primera parte: Epistemología crítica e historia epistemológica de las ciencias:
discontinuidad y ruptura; imaginación e instante; concepto y vida**

En esta primera parte presentamos las principales líneas teóricas de una epistemología crítica y una historia epistemológica de las ciencias. Los referentes que guían este posicionamiento son las propuestas epistemológicas y de historia de las ciencias de Gaston Bachelard y George Canguilhem, articulándolas con lecturas que nos permiten realizar ampliaciones para el abordaje de nuestro problema de investigación como algunas nociones y dimensiones propuestas por Furio Jesi, Michel Foucault, Roberto Esposito, Maurice Merleau-Ponty, Gilles Deleuze, Giorgio Agamben y Friedrich Nietzsche. Para ello se presentan aquellos aspectos de sus producciones que permitan ubicar las categorías, nociones y reflexiones que tomamos como herramientas teóricas y metodológicas para el análisis del objeto de estudio de la investigación.

En esta primera parte nos detendremos entonces en la preocupación de Bachelard por sensibilizar la mirada epistemológica para una historia de las ciencias, que permite atender a las rupturas y a la intuición del instante en tanto categorías que nos conducen a la radicalidad no sólo epistemológica sino ontológica de la discontinuidad bachelardeana. Esta dimensión de lo discontinuo, propia del orden de la vida en oposición a una duración que corresponde con el orden de lo formal, se profundizará con la epistemología de Canguilhem. En tal sentido, rastrearemos en este autor la noción de lo vital como anclaje de la trama que hace posible producir conocimiento científico sobre la vida y la sociedad. Estos recorridos por las epistemologías de Bachelard y Canguilhem pretenden llegar a construir un marco teórico y metodológico que dé lugar a una historia epistemológica de las ciencias fundada en la lógica de la vida, en lo vital, en la dimensión del devenir, la multiplicidad, las tensiones y descentrarse de anclajes tradicionales de las reflexiones sobre la producción de conocimiento científico reducidos a la relación sujeto-objeto.

Capítulo 1. Posicionamiento epistemológico y metodológico para una historia epistemológica de las ciencias sociales en Argentina

Una filosofía que pide a la ciencia aclaraciones de los conceptos,
no puede desinteresarse de la construcción de la ciencia.
George Canguilhem

1.1. Los disparadores de la investigación: del malestar epistemológico a la ampliación metodológica

Esta investigación podría haber sido sin más, sobre las condiciones políticas y sociales que hicieron posible una producción de conocimientos científicos sobre lo social en los primeros años del siglo XX, es decir, sobre la emergencia y constitución de las ciencias sociales en Argentina. Pero en un momento del proceso de investigación en el que una especie de malestar daba cuenta de algunos obstáculos epistemológicos, circunstancialmente, casi lateralmente aparece la lectura del Bacon de Deleuze (2009), produciendo un giro que implicó la necesidad de realizar ampliaciones tanto epistemológicas como metodológicas para continuar. Las operaciones de *limpiado* y *cepillado*² de Bacon en sus pinturas, buscando hacer posible la *carne*, es decir, aquello que afecta al sistema nervioso cuando lo vemos aparecer, se presentaron como posibilidades metodológicas para abordar esta particular historia de las ciencias. El limpiado y cepillado que Bacon realiza sobre el lienzo pintado, se replica análogamente sobre las capas conceptuales de la historia de las ciencias sociales en Argentina producidas durante años de investigaciones académicas. Algo apareció, aconteció, devino: el cuerpo, pero no la noción abstracta de cuerpo, esa que puede servir para cualquier cuerpo y para toda dimensión del mismo, sino que se hizo evidente, de un

² Procedimiento utilizado por F. Bacon que consistía en limpiar y cepillar el lienzo, buscando tras la alteración y deformación de las representaciones humanas, ver aparecer la figura humana en los límites de su disolución.

modo sensible, ese estrato de la carne³ que hace posible una tensión nerviosa que resiste al orden de las conceptualizaciones y representaciones.

Lo que se venía trabajando cobró otro sentido, surgió un nuevo anclaje en el que se concentran las intensidades y tensiones políticas, sociales, éticas, económicas. Tensiones que se manifiestan como malestar del cuerpo social. En este sentido, la investigación busca registrar dimensiones del malestar corporal que dieron origen a la construcción y constitución de un saber sobre lo social con pretensiones de cientificidad.

Se trata de dar cuenta del complejo de fuerzas en lucha, sin resolución, que supone el orden del cuerpo en tensión con lo que se le resiste: la carne. A partir de este momento hay un criterio más claro, focalizado, tangible, para observar en los artículos publicados en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines*⁴ y preguntar qué tienen estos saberes científicos, con qué se conectan y articulan para lograr silenciar este tipo de malestar.

El problema sigue siendo epistemológico, ya que se trata de desentrañar las condiciones que hacen posible producir conocimiento científico, pero desde una perspectiva en la que interesan las dimensiones vitales que entranan la producción de estos conocimientos. Aquí importan las relaciones entre ciencia y vida. De esta manera, el criterio de selección de los artículos publicados en *Archivos* estará dirigido a escoger aquellos escritos de autores tanto argentinos como extranjeros, en los que pueda leerse claramente la alusión a dicho malestar y las propuestas para enfrentarlo.

El marco teórico metodológico apelará a los trabajos de autores que nos permitan ver los vínculos entre ciencia y vida como claves de lectura para los discursos y las prácticas de la época, relacionadas con las problemáticas sociales, políticas y la configuración del discurso científico. Recurrimos fundamentalmente a trabajos epistemológicos como los de Bachelard y Canguilhem, también a los de Foucault, Esposito, Deleuze y Merleau-Ponty que funcionan como variaciones y ampliaciones de los principales ejes epistemológicos. Dando cuenta también, por momentos, de la emergencia de cierta intensidad nietzscheana que circula subterráneamente en los supuestos de algunos de los autores elegidos y en los de la propia tesis, como la

³ Categoría que será desarrollada en el capítulo 4.

⁴ En adelante *Archivos*.

inquietud por ensayar condiciones epistemológicas que permitan captar la vivencia, buscando un momento de mayor claridad (Nietzsche, 1997).

Las líneas epistemológicas y metodológicas que se recorren surgen en gran parte de las lecturas de Bachelard. Desde allí nos preguntamos si es posible hablar de una experiencia epistemológica-histórica de las ciencias más que de una exposición objetiva de la emergencia de las ciencias sociales en Argentina. Pero lejos de elegir una de estas opciones, pretendemos transitar las fronteras. La investigación se desarrolla entre la dimensión subjetiva de la experiencia y la construcción objetiva del conocimiento. Dicho de otra manera, buscamos una apertura entre la experiencia subjetiva que es del orden de las percepciones del cuerpo en cuanto carne; y una exposición objetiva de la constitución de esos “cuerpos” de conocimientos.

La dimensión subjetiva tiene que ver con desarrollar, más que una forma de ver, una forma de percibir. Hay una búsqueda explícitamente metodológica por encontrar categorías y procedimientos que permitan configurar la percepción epistemológica sobre el objeto de estudio de un modo háptico. *Aptô* es un verbo que en griego significa tocar, cuando nos referimos a un abordaje metodológico háptico estamos hablando de otra posibilidad de mirada, de un tipo de visión distinta de la óptica, un tipo de visión ampliada que llegue a percibir también de modo táctil. Merleau-Ponty considera que la percepción a través del ojo es una variante de la palpación táctil, es decir que “la mirada [...] envuelve, palpa, abraza las cosas visibles.” (Merleau-Ponty, 2010, 121). Se trata de una ampliación de la percepción epistemológica, como sostiene el fenomenólogo francés, “puesto que el mismo cuerpo ve y toca, visible y tangible pertenecen al mismo mundo.” (Merleau-Ponty, 2010, 122).

Al mismo tiempo que se construye el conocimiento objetivo se amplía la percepción más allá de lo que las herramientas metodológicas construidas con categorías posibilitarían. Es decir, se desarrolla en la misma investigación la capacidad de captar sensaciones que afecten al “sistema nervioso” y no sólo al “cerebro”⁵. Aquí está la tensión en tanto apertura de posibilidades, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre la experiencia y el conocimiento, entre la sensación y la categoría, entre la carne y el cuerpo. En la noción misma de “malestar corporal” se puede asistir a esta tensión: en el

⁵ Categorías utilizadas por Deleuze en su *Lógica de la sensación* (2009), con las que trabajaremos en el capítulo 4.

cuerpo en tanto categoría análoga para pensar la sociedad (dimensión formal, cerebral) hay un malestar del orden de la sensación, que afecta e interpela a nuestro sistema nervioso.

1.2. Ampliaciones, descentramientos y expansiones epistemológico- metodológicos

Siguiendo a Esther Díaz, aquí se trata “de expandir (en lugar de reducir), de modular (en vez de moldear)” (Díaz, 2012, 317). Moldear pertenece a los ámbitos de las continuidades, a la lógica de lo mismo, en cambio modular supone una lógica discontinua. No se trata ya de moldear algo dado sino atender a su devenir, percibir sus ritmos, sus velocidades. Pensar los procedimientos metodológicos como modulaciones implica un cambio en el modo de definir, o acotar el objeto de estudio, que supone un descentramiento de los supuestos ontológicos tradicionales. No se trata de aislar al objeto de estudio de la realidad, ni tampoco circunscribir un espacio para investigarlo sin aislarlo de su entorno. El procedimiento que aquí servirá de modelo es el que analógicamente tomamos de las prácticas pictóricas de Francis Bacon. Se trata del redondel u ovalo que focaliza la figura a trabajar pero garantizando no interrumpir el movimiento de la misma.

El objeto de estudio de esta investigación, es decir, el entramado en el que se hará foco, será el de las tensiones entre ciertas prácticas y discursos de la élite dirigente, y ciertas prácticas y discursos del movimiento anarquista (sólo por identificar algunas de las tensiones de la época), presentes en la constitución del discurso de las ciencias que manifiestan preocupación por las problemáticas sociales, tal como se está configurando entre 1902 y 1910 en los artículos publicados en la revista *Archivos*.

Se trata de modular la mirada para poder observar una batalla que se libra en este microentramado, entre el orden de la vida⁶ y la imposición de una norma que la niega. Tras años de prácticas que legitiman la prevalencia de la norma que logró constituir el cuerpo social de la nación Argentina, se han perdido las huellas de ese orden vital de la carne, que es el que a través de esta indagación pretendemos rescatar.

⁶ En el capítulo 9 nos detendremos en las concepciones de vida que están presentes y en disputa en los discursos positivistas y anarquistas.

Cuando hablamos de vida buscamos un descentramiento, en este caso de categorías tales como las de humano, sujeto, individuo que excluyen la diversidad y multiplicidad de lo viviente. De esta manera es posible una perspectiva desde la cual poder pensar cómo se constituyen esas categorías, sus densidades, intensidades y qué las resiste.

Leyendo el prólogo a *Ensayos sobre biopolítica*, en el que los autores dicen “Allí donde Foucault descubrió el umbral en el que las tecnologías biopolíticas hacen individuos y constituyen las poblaciones, se anuncia también aquello que resiste, altera, muta esos regímenes normativos: la vida emerge como desafío y exceso de lo que nos constituye como ‘humanos’ socialmente legibles y políticamente reconocibles” (Giorgi y Rodríguez, 2009, 11). La vida aparece como la tensión entre las tecnologías biopolíticas que buscan normalizar individuos y poblaciones imponiendo un cierto orden, y la resistencia a ese orden. Es decir, que la imposición de una lógica del cuerpo, señala al mismo tiempo lo que escapa a la norma. Hace visible y anuncia lo que resiste.

Siguiendo este discurrir de ideas, la resistencia no es algo oculto, no es algo subterráneo, no es desconocida, sino que es “legible, reconocible”. Lo que queremos mostrar es que esta tensión es condición de posibilidad del conocimiento científico sobre lo social, porque este conocimiento supone el descubrimiento e imposición de una cierta disciplina sobre los cuerpos y la población. Al mismo tiempo que las ciencias sociales establecen los criterios de orden y clasificación aluden al desorden, se dirigen al caos categorizándolo como patológico en una batalla incesante. De allí se desprenden cuestionamientos como estos:

¿cómo deshacer, cómo resistir los mecanismos de inscripción y sujeción de lo vivo a ese poder que, reclamándose defensor de los cuerpos y de las poblaciones en su salud y en su potencia, los sujeta a mecanismos violentamente normalizadores, los interviene con una intensidad sin precedentes, los codifica bajo el signo del capital y la productividad, legitimando así las más persistentes violencias y las guerras y genocidios más atroces? (Giorgi y Rodríguez, 2009, 11-12).

Aquí queremos modular la indagación dando cuenta de una resistencia a los mecanismos de inscripción y sujeción que operaron en la organización del cuerpo social argentino. Para ello hace falta recuperar la visibilidad de las condiciones políticas de los discursos y de los métodos pretendidamente asépticos de la empresa científica, que en su

pretensión de objetividad y neutralidad, han ocultado esa dimensión de lo político que es la vida de las comunidades. Es en este sentido que pensamos entonces la dimensión de lo político como la dimensión de lo vital.

La noción de vida será rastreada en diferentes trabajos de quienes la han pensado en relación a la política y al poder (Foucault, Deleuze, Esposito, Díaz, Nietzsche), pero el punto de anclaje para discutir estas relaciones y hacer evidente una dimensión epistemológica, será la concepción de lo vital y su relación con el conocimiento que realiza Canguilhem en su epistemología de las ciencias de la vida a partir de categorías claves de la epistemología de Bachelard, tales como ruptura, discontinuidad, error, concepto, obstáculo, instante, teniendo en cuenta que “si la ciencia es obra de una humanidad arraigada en la vida antes de ser aclarada por el conocimiento, si ella es un hecho en el mundo al mismo tiempo que una visión del mundo, con la percepción mantiene una relación permanente y obligada.” (Canguilhem, 1976, 181).

1.3. Ampliaciones en la epistemología francesa: resistencia y compromiso racionalista

Para posicionar este trabajo de investigación respecto a las posibilidades epistemológicas que abren las producciones de Bachelard y de Canguilhem, seguiremos un posible mapa de la filosofía francesa trazado por Foucault en un trabajo cuyo título resulta sugerente para esta investigación: “La vida: la experiencia y la ciencia”⁷. Este texto genera una serie de interrogantes tales como: ¿Cuál es la relación entre vida, experiencia y ciencia en los epistemólogos que tomamos como referencia para armar el marco teórico metodológico? ¿La experiencia y la ciencia son parte de la vida? o ¿la vida puede ser captada entre la experiencia y la ciencia?

Foucault se refiere a “una línea que separa una filosofía de la experiencia, el sentido y el sujeto, de una filosofía del saber, la racionalidad y el concepto. Por un lado,

⁷ Este texto fue publicado en *La revue de métaphysique et de morale*, en 1984, número dedicado a George Canguilhem. Si bien Foucault pretendió escribir un artículo nuevo, sus condiciones de salud no se lo permitieron. En su lugar realizó algunas modificaciones a la introducción que había escrito para la edición estadounidense de *Lo normal y lo patológico* de Canguilhem. En español se publicó en 2009 en la compilación sobre escritos de biopolítica realizada por Giorgi y Rodríguez y el 2012 en un libro que reúne trabajos de Foucault bajo el título *El poder, esa bestia magnífica*. (ver bibliografía al final del documento). Las citas que aquí utilizamos corresponden a la primera publicación en español, aunque se han trabajado ambas ediciones.

una filiación que es la de Sartre y Merleau-Ponty; por el otro, la de Cavaillès, Bachelard, Koyré y Canguilhem.” (Foucault, en: Giorgi y Rodríguez, 2009, 42). Si bien la historia de estas tradiciones puede reconstruirse desde el siglo XIX⁸, en el siglo XX se ven claramente los lineamientos que se desplegarán a partir de las diferentes lecturas o anclajes respecto a las *Meditaciones cartesianas* (1929) de Edmund Husserl. Una lectura desde la filosofía del sujeto aparece en el artículo de Jean Paul Sartre sobre la “Trascendencia del ego” (1935), buscando radicalizar la fenomenología de Husserl. La otra se va a preguntar sobre los problemas que fundan el pensamiento de Husserl: el formalismo y el intuicionismo. De esta última surgirán las dos tesis de Jean Cavaillès sobre el *Método axiomático y formalismo* y sobre *Notas sobre la formación de la teoría abstracta de conjuntos*⁹ (1938).

Aparentemente la línea de Cavaillès puede interpretarse como más teórica y especulativa que las filosofías del sujeto, sobre todo porque no tematizaron sobre los problemas políticos inmediatos, “sin embargo – señala Foucault – fue la que tomó partido durante la guerra y combatió de manera directa, como si el fundamento de la racionalidad no pudiera disociarse de la interrogación sobre las condiciones actuales de la existencia.” (Foucault, en: Giorgi y Rodríguez, 2009, 43). Tanto Cavaillès, como Bachelard, Alexandre Koyré y Canguilhem, produjeron una filosofía en el marco de lo que Bachelard denominó compromiso racionalista. En el prólogo al libro que reúne los trabajos de Bachelard, justamente titulado *El compromiso racionalista*, Canguilhem distingue otros compromisos para situar y marcar una diferencia cualitativa respecto a las posiciones asumidas por Cavaillès y Bachelard. Lo expresa de esta manera:

Antes de Bachelard muchos racionalistas se creyeron comprometidos, aun cuando -a falta de una moda ideológica todavía inexistente- no se proclamaron como tales. Pero casi siempre se trataba de un compromiso de la razón contra la religión o contra el orden establecido de un poder tradicionalista, más bien que de un compromiso de la racionalidad de la razón contra su propia tradición. (Canguilhem, en Bachelard, 2001, 7)

Se trata de una dialéctica de la revocación, de una revisión crítica de las construcciones de nuestra propia racionalidad, de radicalizar el compromiso filosófico

⁸ Foucault señala que estas diferencias podrían remontarse a recorridos teóricos diversos como los de Bergson y Poincaré, Lechelier y Couturat, Maine de Biran y Comte.

⁹ La traducción es nuestra, los títulos en francés son *Méthode axiomatique et formalisme* y *Remarques sur la formation de la théorie abstraite des ensembles*.

como lo hizo Cavaillès¹⁰, “un filósofo matemático que fue muerto porque no creía que podía separar en su compromiso la razón y la existencia.” (Canguilhem, en Bachelard, 2001, 7).

La recurrencia a Cavaillès en los trabajos de Bachelard y Canguilhem, sobre todo en este último, aparece como un estandarte filosófico y político que articula el compromiso racionalista como resistencia. Cavaillès sostenía que la filosofía de la conciencia debe ser reemplazada por la dialéctica de los conceptos. En una declaración realizada en 1943, año de su segunda detención, decía: “Soy spinoziano, creo que en todas partes captamos lo necesario. Necesarios son los encadenamientos de los matemáticos, necesarias incluso las etapas de la ciencia matemática, necesaria también esta lucha que llevamos adelante” (cit. por Badiou, 2009, 23). Declaración que implica una toma de posición teórica y vital (política) que nos conduce a nuevas preguntas: ¿Quién resiste? ¿Qué supone decir (como decíamos más arriba) que la vida es aquello que resiste regímenes normativos?

Aparece fuertemente en las referencias a Cavaillès la desintegración de una filosofía de la conciencia “Cavaillès quería de-subjetivar el conocimiento; en el mismo gesto consideró la Resistencia como una necesidad ineluctable, que ninguna referencia al Yo podía circunvenir.” (Badiou, 2009, 23). Compromiso que implica una crítica de la propia racionalidad hasta descentrarse de toda identidad (personal, individual¹¹) que pueda interrumpir la lucha contra principios de orden que cercenen la vida.

Para continuar explorando este compromiso racionalista, retomamos el desarrollo argumental de Foucault que pasa ahora a centrarse en la pregunta con la que Kant interroga a la filosofía de su tiempo: ¿qué es la Ilustración?, inquiriendo sobre la forma que podía tomar en un momento particular y de los efectos que de ella podían esperarse. “De pronto, la cuestión del ‘presente’ se vuelve una interrogación de la cual la filosofía no puede separarse: ¿en qué medida este ‘presente’ depende de un proceso histórico general y en qué medida la filosofía es el punto en que la historia misma debe descifrarse a partir de sus condiciones?” (Foucault, en: Giorgi y Rodríguez, 2009, 44). A

¹⁰ Jean Cavaillès fue filósofo y matemático, co-fundador del movimiento de resistencia *Libération-Sud* y fundador de la red de acción militar Cohors.

¹¹ Como una forma de “ironía objetiva”, tras ser torturado y fusilado en 1943, su cuerpo fue descubierto en una fosa común en la Ciudadela de Arras y bautizado en su momento como “Desconocido nº5” (Cfr. Badiou, 2009, 22).

partir de este momento la historia se convierte en uno de los principales problemas de la filosofía, provocando diferentes destinos filosóficos. En Alemania toma la forma de una reflexión histórica y política sobre la sociedad (posthegelianos, Frankfurt, Luckács, Feuerbach, Marx, Nietzsche, Weber). En Francia, en cambio, fue la historia de las ciencias la que formuló la cuestión filosófica sobre lo que fue la Ilustración (cfr. Foucault en: Giorgi y Rodríguez, 2009, 45). Es decir, la cuestión de la ilustración se desarrolló a través del positivismo desde las críticas de Saint-Simon al positivismo de Comte y sus sucesores. El punto de inflexión que cambiará el rumbo de la filosofía de la ciencia en Francia, será el arribo de la fenomenología de Husserl en los años treinta.

Mientras que en Alemania el núcleo de las discusiones filosóficas se centra en la experiencia religiosa en su relación con la economía y el Estado, en Francia, las problemáticas filosóficas de la ilustración se desenvolverán entre “saber y creencia; forma científica del conocimiento y contenido religioso de la representación, o paso de lo precientífico a lo científico; constitución de un poder racional con una experiencia tradicional de fondo; surgimiento, en medio de una historia de las ideas y de las creencias, de un tipo de historia propia del conocimiento científico, origen y umbral de racionalidad.” (Foucault, en: Giorgi y Rodríguez, 2009, 45).

En la tradición académica francesa, la historia de las ciencias ha estado asociada a la filosofía de las ciencias dado que fue introducida en las instituciones culturales por la escuela filosófica positivista: “En Francia, a fines del siglo XIX, y paralelamente a la extinción de los últimos defensores del espiritualismo ecléctico, pensadores como Boutroux, H. Poincaré, Bergson y los fundadores de la *Revue de Métaphysique et de Morale* emprendieron la tarea de acercar estrechamente la filosofía y las ciencias.” (Canguilhem, 1976, 52). La primera cátedra de historia general de la ciencia fue creada en 1892 en el *Collège de France* y ocupada por el discípulo de Comte, Pierre Laffitte. Más adelante, se crea en la Sorbona una cátedra propiamente de “historia y filosofía de las ciencias” a la que Bachelard arribará en 1940 tras el deceso de Abel Rey.

El ingreso de la dimensión científica en el ámbito filosófico limitó de alguna manera ciertas prácticas filosóficas como “tratar supersticiosamente el conocimiento como una revelación, incluso largamente implorada, y la verdad como un dogma, incluso cualificado positivo.” (Canguilhem, 1976, 52). De esta manera se gestaron las

condiciones filosóficas que hicieron posible el desarrollo de una epistemología histórica y de una historia epistemológica de las ciencias que, como señala Foucault interroga a la racionalidad que pretende ser universal negando su carácter contingente e histórico:

Tanto en la historia de las ciencias en Francia como en la teoría crítica alemana, se trata en el fondo de examinar una razón cuya autonomía de estructuras lleva inscripta la historia de dogmatismos y despotismos -una razón que, en consecuencia, tiene efectos de emancipación sólo a condición de que logre liberarse de sí misma. (Foucault, en: Giorgi y Rodríguez, 2009, 46).

Y para que esto sea posible se necesita una “psicología de la conquista progresiva de las nociones en su contenido actual, como una puesta en forma de genealogías lógicas y, para emplear una expresión de Bachelard, ¡como un inventario de los ‘obstáculos epistemológicos’ superados!’” (Canguilhem, 1976, 52).

Se trata entonces de interrogar, desde la propia lógica occidental, sobre los límites de las racionalidades construidas y los poderes actuales de viejas y nuevas racionalidades:

(...) al querer desvalorizar radicalmente, bajo el pretexto de una superación teórica, las intuiciones antiguas, uno pasa, insensible pero inevitablemente, a no poder comprender ya cómo una humanidad estúpida un buen día pasó a ser inteligente. [...] De suerte que la necesidad actual de una teoría más manejable y más comprensiva no puede sorprender a los espíritus incapaces de buscar en la historia de las ciencias el sentimiento de posibilidades teóricas de aquellos que la enseñanza de los solos y últimos resultados del saber las ha hecho familiares, sentimiento sin el cual no hay crítica científica, ni futuro de la ciencia. (Canguilhem, 1976, 91).

Ocuparse de la constitución del conocimiento científico sobre lo social en la Argentina de comienzos del siglo XX, supone interrogar las condiciones que permitieron y produjeron el despliegue de racionalidades heredadas que circularon y que se adoptaron a partir de una búsqueda de criterios ordenadores que pudieran moldear las diferencias y multiplicidades que proliferaban en el espacio urbano como elementos extraños (inmigrantes y migrantes) y que alejaban a la incipiente nación argentina de los pretendidos criterios universales de racionalidad civilizada, ilustrada y despótica.

El carácter que pretendemos darle a esta historia de las ciencias, en tanto se trata de la historia de las racionalidades que hicieron posible las ciencias sociales argentinas,

tiene uno de sus anclajes en esta cita que Canguilhem utiliza como epígrafe de uno de los capítulos de *El conocimiento de la vida*:

Todo nuevo desarrollo de una ciencia se apoya necesariamente en lo ya existente. Ahora bien, lo que ya existe no se detiene nunca en unos límites muy precisos. Entre lo conocido y lo desconocido no existe una línea definida, sino un trazo difuminado. Antes de llegar a la región donde puede encontrar terreno firme para establecer sus fundamentos, el sabio debe retroceder lo suficiente para poder salir de la zona mal consolidada de donde parte. Si uno quiere extender un poco la esfera científica a la cual se consagra, será preciso remontarse hasta la historia para encontrar una base que consolide perspectivas. (Singer, cit. por Canguilhem, 1976, 45).

Es justamente esto lo que buscamos a partir de las ampliaciones que realizamos para una historia epistemológica de las ciencias, “extender un poco la esfera científica a la cual se consagra” garantizando la movilidad a través de ese trazo difuso entre lo conocido y lo desconocido y revelar la historia en la ciencia como sostiene Canguilhem, entendiendo por historia el sentido de la posibilidad de la ciencia (Cfr. Canguilhem, 1976, 52), reconociendo que no hay ampliación ni extensión posible sin la revisión y reconstrucción crítica de nuestra propia capacidad epistemológica.

1.4. Epistemología e historia de las ciencias

Un rasgo sin duda a destacar en las propuestas teóricas de Bachelard y Canguilhem es la preocupación por pensar unidas la epistemología y la historia de las ciencias y es desde esta articulación que se busca plantear una historia epistemológica de las ciencias sociales en Argentina. En consecuencia, se procederá a desplegar la siguiente afirmación de Lecourt: “El reconocimiento de la historicidad del objeto de la epistemología impone una nueva concepción de la Historia de las ciencias. La epistemología de Gastón Bachelard era histórica; la historia de las ciencias de Canguilhem es epistemológica.” (Lecourt, en: Canguilhem, 2005, XI).

El ingreso a estos planteos histórico-epistemológicos será a través de la distinción que Canguilhem realiza entre la razón histórica, la razón académica y la razón filosófica, y las diferentes lógicas que cada una de estas implica en la realización de una historia de la ciencia. La razón histórica es la que en el contexto de la producción académica se ocupa de las conmemoraciones, el establecimiento de paternidades

intelectuales, olvidando el marco intelectual y cultural en el que se produjo el conocimiento científico que supone ser objeto de estudio de esta historia de la ciencia. Para Canguilhem “tomar por objeto de estudio sólo asuntos de fuentes, invenciones o influencias, de anterioridad, simultaneidad o sucesión, equivaldría en el fondo a no distinguir entre las ciencias y otros aspectos de la cultura.” (Canguilhem, 2005a, 17).

La razón científica no es ya del orden académico sino del orden de la investigación. Es la llevada adelante por los científicos en circunstancias en las que por falta de apoyo institucional necesitan validar sus logros científicos investigando si su descubrimiento no ha sido ya pensado, construyendo así la imagen del predecesor. Estrategia fuertemente rechazada por Canguilhem cuando afirma que “la complacencia en buscar, encontrar y celebrar a precursores es el indicio más claro de la incapacidad para la crítica epistemológica” (Canguilhem, 2009, 24). La búsqueda del predecesor o el precursor conlleva otro problema, la descontextualización histórica y cultural que se realiza sobre el pensador que se pretende precursor para lograr que sus conceptos, discursos y gestos sean coherentes con el contexto presente desde el que se pretende encontrar legitimidad. Deshistorizar al precursor es negar el valor de su pensamiento como respuesta a las problemáticas de su tiempo. Como señala Koyré, “nadie se consideró jamás precursor de ningún otro, ni pudo hacerlo. Por eso, juzgarlo como tal es la mejor manera de impedirle comprenderlo.” (Citado por Canguilhem, 2009, 25).

Finalmente, la razón filosófica es la que reconoce la implicancia mutua entre historia de la ciencia y epistemología. Permite distinguir dos tipos de historia de las ciencias, aquella que se ocupa de los conocimientos perimidos y aquella otra que hace la historia de los conocimientos establecidos. Una historia de los conocimientos perimidos es una especie de museo de los errores de la razón humana. En *El conocimiento de la vida*, Canguilhem lo expresa de este modo:

Una tal actitud supone una concepción dogmática de la ciencia y, si se me permite, una concepción dogmática de la crítica científica, una concepción de los ‘progresos del espíritu humano’ que es la *Aufklärung*, de Condorcet y de Comte. Esto que planea sobre dicha concepción es el espejismo de un ‘estado definitivo’ del saber. En virtud de lo cual el prejuicio científico es el juicio de edades cumplidas. Es un error puesto que es de ayer. La anterioridad cronológica es una inferioridad lógica (Canguilhem, 1976, 48).

La razón filosófica para una historia de las ciencias es resultado del giro que produce Bachelard en la disciplina imprimiendo una ruptura epistemológica que se opone fuertemente a la concepción positivista al poner en tensión la dirección de la mirada de la historia de las ciencias con la de la epistemología. Canguilhem hace evidente esta tensión al distinguir la orientación temporal del historiador y del epistemólogo: “el historiador procede desde los orígenes hacia el presente, de suerte tal que, en alguna medida, la ciencia de nuestros días siempre se anuncia en el pasado.”, en cambio, “el epistemólogo procede desde lo actual hacia sus comienzos, de modo que el presente sólo funda en cierta medida una parte de lo que ayer se presentaba como ciencia.” (Canguilhem, 2009, 189).

A través de la mirada epistemológica, la razón filosófica permite desenmascarar una historia de continuidades progresivas del conocimiento científico, y la categoría que corre el velo no es otra que la de obstáculo epistemológico. A partir de Bachelard la historia de las ciencias ya no puede seguir siendo la acumulación de datos biográficos y doctrinas, sino que se trata ahora de una historia de las filiaciones conceptuales, precaria y destinada a la rectificación. Así, “De la historia de la ciencia, filosóficamente cuestionada, es decir, cuestionada en cuanto a la formación, la reforma y la formalización de los conceptos, surge una filosofía de la ciencia” (Canguilhem, 2009, 185).

1.4.1. La epistemología histórica de Bachelard

Una referencia frecuente respecto de la epistemología de Bachelard es su imposibilidad de ser definida en una doctrina sistemática y unívoca. Justamente esa imposibilidad de identificación canónica y de cierre doctrinal es lo que permite que la obra de Bachelard se convierta en una interpelación constante que moviliza nuestros supuestos teóricos y metodológicos generando condiciones para la producción de nuevos conocimientos. Por lo pronto interesa explorar a algunas tramas de la producción de conocimiento científico que no suelen ser trabajadas desde un abordaje epistemológico.

Para ingresar al territorio de la epistemológica propuesta por Bachelard, conviene tener en cuenta ciertas advertencias realizadas por Lecourt:

La realidad de la epistemología de Bachelard [...] se constituye con atención tensa, durante casi un cuarto de siglo, hacia los progresos contemporáneos de las ciencias física y química, con una vigilancia polémica sin desfallecimientos respecto a las teorías filosóficas del conocimiento y, fruto de estos intereses combinados, con una rectificación progresiva, en una “autopolémica” constante, de sus propias categorías. (Lecourt, en: Bachelard, 1989, 6-7).

El carácter distintivo de esta epistemología es el perpetuo “recomienzo” y esencial estado de inacabado. Se trata de una epistemología histórica que abre la posibilidad de una nueva disciplina: la historia epistemológica de las ciencias. Se trata de una ciencia que no deja de romper con su pasado liberándose de todo aquello que pueda producir inmovilidad (Cfr. Dagognet, en: Wunenburger, 2006).

Para lograr ese estado epistemológico de perpetuo recomienzo, Bachelard va a trabajar en dos dimensiones o dos epistemologías. Una que supone al “otro” como constituyente de una intersubjetividad que pretende ampliar la dimensión objetiva del conocimiento. Se trata de la dimensión pedagógica la cual valora de la misma manera la transmisión del saber como el saber en sí mismo. La otra dimensión de su epistemología es la que se organiza a partir de un autoanálisis del conocimiento objetivo. Se trata de la “vigilancia intelectual de sí” que sólo es posible a partir de la figura de un Super Yo, que a diferencia del freudiano ligado a la neurosis, la culpabilidad y la censura, es capaz de un control que fortalece la producción de conocimientos dinamizando la actividad racional. Entre estas dos epistemologías Bachelard supera tanto la lineal y unidireccional relación sujeto-objeto como su pretensión de un conocimiento plenamente objetivo.

Al mismo tiempo, al dialectizar la relación entre la organización racional del conocimiento y la experimentación objetiva creando el racionalismo aplicado, la epistemología histórica deja atrás cualquier pretensión de formalismo, rechazando todo racionalismo a priori y reivindicando ese nuevo territorio inaugurado por Bachelard que son los regionalismos epistemológicos. Sus preocupaciones por estos movimientos en el conocimiento científico, sobre todo en el de su época, están presentes en la gran cantidad de pruebas que aporta acerca del fenómeno de transracionalidad, como es la vinculación entre ciencia y técnica.

Concibe a la filosofía de la ciencia como una filosofía que estudia las aperturas del pensamiento, una filosofía *dispersada*, fundada en un pluralismo filosófico que es capaz de informar la diversidad de elementos empíricos y teóricos, teniendo en cuenta

que *lo que es deviene*. Por lo tanto, las tareas de la filosofía de las ciencias, lejos de la pretensión filosófica de universalizar, deben consistir en trabajar cada noción, hipótesis, problema y experiencia en su dimensión particular y diferente.

Debería fundarse una filosofía del detalle epistemológico, una filosofía científica *diferencial* que correspondiese simétricamente a la filosofía *integral* de los filósofos. Esta filosofía diferencial tendría a su cargo medir el devenir del pensamiento [...] Meditando filosóficamente sobre cada noción, veríamos también con mayor claridad el carácter polémico de la definición empleada, todo lo que esa definición distingue, suprime, niega. Las condiciones dialécticas de una definición científica diferente de la definición usual aparecerían entonces más claramente, y podría comprenderse, en el detalle de las nociones, lo que llamaremos la filosofía del no. (Bachelard, 1993, 15).

Entonces, una filosofía de las ciencias es una filosofía dispersada pero que supone una cohesión, la de su dialéctica, que presume un progreso que se realiza en el sentido de un racionalismo creciente, eliminando respecto de todas las nociones, el racionalismo inicial. Esta dialéctica es diferente de las dialécticas filosóficas porque no se trata de una construcción *a priori* que traduce la marcha seguida por el espíritu en el conocimiento de la naturaleza como es el caso de la dialéctica hegeliana. Por el contrario, la dialéctica de la ciencia contemporánea, como la denomina Bachelard, es una dialéctica de la razón polémica que “nos sirve para cercar una organización superracional muy precisa. Nos sirve únicamente para virar de un sistema a otro” (Bachelard, 1993, 113), provocando una ruptura con las nociones que se presentaron como obstáculos epistemológicos y creando un nuevo objeto, un superobjeto “resultado de una objetivación crítica, de una objetividad que retiene del objeto solamente lo que ella misma criticó. [...] Al destruir sus imágenes primeras, el pensamiento científico descubre sus leyes orgánicas.” (Bachelard, 1993, 115).

En este orden epistemológico, el proceso de producción de conocimientos científicos es racional (en el sentido de un racionalismo aplicado que no excluye la dimensión de la experiencia) y en su construcción elimina todo material de construcción irracional. Si bien Bachelard está hablando de la física matemática del siglo XX, podemos también pensar a partir de esta lógica la producción del conocimiento científico social en la Argentina de principios del siglo XX. Sobre todo, porque nos preocupa ese momento de emergencia, de construcción inicial de las ciencias sociales,

nos interesa hacer evidentes esas dimensiones y fenómenos “irracionales”, no científicos, propios de la materia que posibilita la construcción de un conocimiento científico. Aunque también advertimos que esos elementos irracionales (en tanto se diferencian de la racionalidad científica), si bien pretenden ser eliminados por la razón científica, dejan las huellas, marcas de los obstáculos epistemológicos que se pretendieron superar. Huellas que pueden observarse al realizar un perfil epistemológico de nuestras prácticas científicas.

El perfil epistemológico es una especie de perfil psicológico de las diversas conceptualizaciones que están presentes en el sujeto que investiga. Trazando un perfil epistemológico “se podría medir la acción psicológica efectiva de las diversas filosofías en la obra del conocimiento” (Bachelard, 1993, 37), poniendo en evidencia muchas zonas no tan claramente lógicas en lo que respecta a las nociones científicas.

1.4.2. La Historia epistemológica de Canguilhem

Otro de los tópicos fundamentales de la apertura que ha significado la epistemología francesa es la propuesta epistemológica de Canguilhem. Si bien no nos ocuparemos aquí plenamente de la obra de Canguilhem, sino que sólo nos detendremos en su trabajo *El conocimiento de la vida*, no podemos dejar de referirnos al lugar que ocupa su filosofía en el espectro de las posiciones epistemológicas críticas. Foucault se refiere a las obra de uno de sus referentes de esta manera:

Pero omitan a Canguilhem y ya no entenderán gran cosa de Althusser. El althusserismo y toda una serie de discusiones que se produjeron entre los marxistas franceses; ya no detectarán lo que hay de específico en sociólogos como Bourdieu, Castel y Passeron, tan fuertemente marcados por esa especificidad en el campo de la sociología, y pasarán por alto todo un aspecto del trabajo teórico hecho por los psicoanalistas y en particular por los lacanianos. Más: en todo el debate de ideas previo o posterior al movimiento de 1968 es fácil encontrar el lugar de aquellos que, en mayor o menor medida, fueron formados por Canguilhem. (Foucault, 2012, 234)

Lo que nos convoca desde la epistemología de Canguilhem es la posibilidad de escapar a la lógica deductiva que tantas comodidades brinda a las reflexiones filosóficas en general pero especialmente a las producciones epistemológicas, e involucrarnos en las

dimensiones de los fenómenos contingentes y singulares, en tanto elementos con los que se construye y desde los que surgen los conocimientos científicos. En este sentido, Foucault destaca:

Canguilhem hizo descender la historia de las ciencias desde la altura (matemática, astronomía, mecánica galileana, física de Newton, teoría de la relatividad) hasta regiones donde el conocimiento es mucho menos deductivo, regiones que han estado ligadas por mucho más tiempo al prestigio de la imaginación y que plantean una serie de cuestiones extrañas a los hábitos filosóficos. (Foucault, en Giorgi y Rodríguez, 2009, 47).

Canguilhem retoma un tema planteado el en siglo XVIII por Fontanelle: la discontinuidad en el sentido de un combate permanente librado por la ciencia contra los “prejuicios”, las “resistencias” y los “obstáculos”. Si bien estos temas han sido abordados por Bachelard y Koyré, Canguilhem los trabajará como un procedimiento que forma parte de la historia de las ciencias. Historia que constituye su propia especificidad en tanto no se trata de una búsqueda de la verdad sino de la “historia de los ‘discursos de verdad’, es decir, de discursos que se rectifican, se corrigen, y que ejercen sobre sí mismos todo un trabajo de elaboración orientado por la tarea de ‘decir la verdad’.” (Foucault, en Giorgi y Rodríguez, 2009, 49). En tanto rectificación y corrección de los discursos, el error no es aquello que es eliminado por la evidencia de una verdad que venía desplegándose de manera silenciosa, sino que es aquello que es excluido de las sucesivas nuevas formas de decir la verdad. La discontinuidad es justamente la condición de posibilidad de la historia de las ciencias, en tanto esta se conforma en el siglo XVIII a partir de la conciencia de revoluciones científicas como las de la geometría algebraica, el cálculo infinitesimal y la cosmología copernicana y newtoniana.

Otra preocupación que caracteriza a la historia de las ciencias que realiza Canguilhem es la historia de las sucesivas transformaciones que se producen en el discurso de verdad. Por lo tanto, hacer la historia de los discursos de verdad, en tanto suponen correcciones, rectificaciones y cambios de rumbo en la dirección de la producción de conocimientos, supone también un ejercicio metodológico que debe retomarse cada vez para poder seguir garantizando una historia de las discontinuidades. En la construcción del discurso de verdad de la historia de la ciencia tradicional, hay una operación epistemológica que selecciona y elimina enunciados, teorías y objetos haciendo aparecer un discurso ordenado, en un espacio tiempo ideal. En este tipo de

historia de las ciencias, el punto de vista epistemológico busca una normatividad interna en las diferentes actividades científicas tal como se han ido formando efectivamente.

Pero por otro lado, esta especificidad propia de la historia de las ciencias que tiene que ver con el punto de vista epistemológico, también abre la posibilidad a otras estrategias que no busquen ya la regularidad interna de las teorías científicas en un momento dado, sino que permitan ver las discontinuidades que forman parte en el proceso de producción y constitución de los discursos de verdad en la ciencia. Esta posibilidad epistemológica y metodológica es la que hacen posible las propuestas de Bachelard y Canguilhem. Específicamente, Canguilhem vuelve a ubicar a las ciencias de la vida en una perspectiva histórico-epistemológica.

En este sentido, Esposito señala que para Canguilhem:

Pensar filosóficamente la vida, hacer de la vida el horizonte de pertinencia de la filosofía, significa para él revertir un paradigma objetivista que, en razón de una pretendida científicidad, termina por borrar el carácter dramáticamente subjetivo de aquella. Pero ese pensamiento vale, ante todo, para impugnar esa reducción de la vida a mera materia, a vida en bruto, que justamente el nazismo había impulsado hasta sus más nefastas consecuencias. (Esposito, 2006, 303).

En el periodo histórico en el que focalizamos nuestro objeto de estudio, buscamos desentrañar concepciones de vida, política y ciencia que escapan a la pretendida objetividad del discurso de verdad científica dominante, que reduce la vida a mera adaptación y reproducción. Así recurrimos a la propuesta de una historia epistemológica de las ciencias para garantizar la historia de las discontinuidades, contingencias y singularidades, que han hecho posible ese discurso científico y político que aparenta ser homogéneo, negando la heterogeneidad de elementos que lo han constituido en la historia de su formación.

Capítulo 2: Ampliaciones epistemológicas para una historia *sensible* de las ciencias

... es la meditación de esa discontinuidad temporal realizada mediante el *Instante aislado* la que nos abrirá los caminos más directos para una pedagogía de la discontinuidad.
Gaston Bachelard.

Uno de los aspectos de la propuesta de Bachelard es el carácter de frontera de su epistemología: un territorio entre la precisión científica y la sensibilidad estética. La frontera puede ser entendida como aquello que delimita el conocimiento y determina géneros específicos del saber, pero no es este el sentido que le otorga Bachelard. Justamente rechaza el carácter de delimitación de la frontera porque considera que las fronteras se fijan para transitarlas, para traspasarlas. Es un límite que al mismo tiempo posibilita superarlo, abrir y transitar otros espacios: “así la frontera representa un corte, pero un corte que está destinado a ser eliminado. El conocimiento es rectificación incesante, es el primado teórico del error y el intento de superarlo.” (Díaz, 2005, 84).

Este sentido de la frontera nos permite pensar heterotopías epistemológicas, es decir, otros espacios, contraespacios, utopías localizadas en tanto lugares fuera de los lugares estandarizados. De alguna manera podemos pensar en ese sentido los regionalismos epistemológicos de los que habla Bachelard en tanto se trata de otros lugares fuera del “el lugar” construido por una ciencia con pretensión unificante. Una de las posibilidades entonces de abrirnos a nuevos territorios epistemológicos, supone transitar los bordes sensibles del conocimiento.

2.1. Epistemología *sensible*

La tradicional Historia de la ciencia, preocupada por dar cuenta de los conocimientos científicos en tanto conocimientos objetivos, ha concentrado la mirada en las continuidades, en las regularidades, en la historia de lo mismo, frente a lo cual Bachelard exclama: “¡En una misma época, bajo una misma palabra, hay conceptos diferentes! Lo que nos engaña es que la misma palabra designa y explica al mismo tiempo. La designación es la misma; la explicación es diferente.” (Bachelard, 1994, 20).

Es decir que los conceptos científicos pueden ser y no ser los mismos al mismo tiempo. Otra lógica se hace evidente desde esta mirada, a partir de la cual emerge la diferencia, la ruptura, la discontinuidad. La eficacia epistemológica implica ahora atender a la conformación de los conceptos, sus órdenes y desórdenes, sus clasificaciones y sus relaciones con otros en tanto producen nuevos conceptos. Se trata de una dinámica que libera al espíritu científico del conocimiento anclado a las respuestas que dan cuenta de una historia de la ciencia “demasiado cándida, ‘que no restituye casi nunca la oscuridad del pensamiento’ y nos lleva a tomar por luces todos los resplandores del pasado’.” (Canguilhem, 2009, 189).

La historia que relata una sucesión de hechos encadenados linealmente, genera la ilusión de un conocimiento pleno de un pasado inmutable. Como bien señala Bachelard:

Al hacerle un *relato continuo* de los acontecimientos, se cree poder revivir fácilmente dichos acontecimientos, en la continuidad del tiempo y se da insensiblemente a cualquier historia la unidad y la continuidad de un libro. Se difuminan las dialécticas bajo una sobrecarga de acontecimientos menores. Y en lo que concierne a los problemas epistemológicos que nos ocupan, no se aprovecha la extraordinaria sensibilidad dialéctica que caracteriza la historia de las ciencias. (Bachelard, 1989, 221).

Llama la atención la referencia constante a la *sensibilidad* de la mirada epistemológica. Esta recurrencia de Bachelard nos permite pensar entonces que desde una visión continuista se *insensibiliza* la mirada en la producción científica, remitiéndola a “la unidad y continuidad de un libro”, fundada en un origen que puede reconstruirse en tanto supone una sucesión de acontecimientos que puede ser remontada linealmente.

Cuando Bachelard arremete contra los filósofos, lo hace justamente contra la *insensibilidad*. Denuncia ese interés por simplemente “leer y releer generalidades” que sólo conducen a la condena de la técnica, impidiendo de este modo dejarse asombrar por el desarrollo de novedades científicas. El filósofo al realizar sus reflexiones sobre las investigaciones técnicas “no ve su belleza intelectual, permanece insensible a la armonía que aparece en esta multiplicación de seres bien ordenados. Deshumaniza así un esfuerzo prodigioso del espíritu humano, el propio esfuerzo de la ciudad científica ante un mundo que hay que crear con una extraordinaria novedad.” (Bachelard, 1989, 223).

Nuevamente la recurrencia a la *sensibilidad* como la facultad que permite apreciar otros órdenes en la historia de la producción de conocimiento científico, que no

son percibidas desde la tradicional mirada que busca generalidades, perdiendo de vista aquella dimensión de “lo no igual”, de la diferencia, que es subsumida en la igualdad y generalidad de los conceptos. La tradicional historia de las ciencias realizada por los filósofos de la continuidad, bien podría pensarse desde la dinámica nietzscheana que devela el *origen* de la verdad. Nietzsche se pregunta “¿Qué es la verdad?”, y despliega la siguiente reflexión:

Un vivaz ejército de metáforas, metonimias, antropomorfismos; brevemente dicho, una suma de relaciones humanas que fueron realizadas de modo poético y retórico, transmitidas, adornadas, y que, después de un largo uso, a un pueblo le parecen definitivas, canónicas y obligatorias; las verdades son ilusiones con respecto a las cuales se ha olvidado que son metáforas, metáforas que paulatinamente han ido desgastándose y perdiendo su fuerza sensible.” (Nietzsche, 1987, 75-76).

También esta *insensibilidad deshumaniza* el esfuerzo humano en la construcción del conocimiento científico. Nietzsche advierte que la capacidad de borrar el origen metafórico de los esquemas conceptuales, ordenados según criterios de privilegios y subordinaciones, termina por construir un mundo contrario al intuitivo de las impresiones primeras, que se erige como el único mundo verdadero, universal, conocido, incluso humano, y como tal, regulador e imperativo (Cfr. Nietzsche, 1987, 76). Este mundo verdadero dejó en el olvido la dimensión estética de toda construcción humana. Si bien lo que distingue al hombre es la capacidad de crear un mundo diferente del mundo intuitivo, regido por sus propias leyes, de acuerdo a un sólido orden construido de esquematizaciones, conceptualizaciones, delimitaciones, jerarquizaciones, también es propio del hombre ese fondo intuitivo al que sólo se accede desgarrando la aparentemente sólida estructura que ha edificado el hombre racional: “Sólo olvidándose el hombre de que es un sujeto y un sujeto *artísticamente creador*, es que vive con cierta tranquilidad, seguridad y consecuencia; si tan sólo por un instante pudiera abandonar los muros de esta creencia que lo aprisiona, de inmediato se terminaría con su ‘autoconciencia’.” (Nietzsche, 1987, 78).

Volviendo a la crítica que Bachelard hace a los filósofos, podríamos decir, parafraseando a Nietzsche, que sólo olvidándose el hombre que es un sujeto *artísticamente creador*, puede producir una historia de las ciencias continua, estable, cándida. Si tan sólo por un instante pudiera abandonar los muros de esta creencia que lo

aprisiona, de inmediato terminaría con las causas de estancamiento. “Siempre sucede lo mismo, el filósofo no aborda la zona de discontinuidades efectivas; afirma tranquilamente la continuidad del saber.” (Bachelard, 1989: 224). Ante semejante interpelación nos vemos obligados a enfrentarnos con nuestras contradicciones y reconocer el espíritu conservador, que en busca de la tranquilidad, produce continuidades, serenas e inamovibles, olvido de los conflictos y de las tensiones, de las dicotomías y las diferencias.

Bachelard también acusa a los filósofos de obviar los tiempos nuevos por considerarlos inútiles, cuando justamente en estos tiempos estallan las novedades que pulverizan a la epistemología tradicional. La historia que está proponiendo se construye a la luz del presente: “el historiador de las ciencias para juzgar bien el pasado, debe conocer el presente” (Bachelard, 1989, 239). Esto es lo que permite generar una doctrina científica viva que requiere de un rehacerse en cada presente, “en un proceso de reflexión sobre sí misma, esta historia siempre reflexionada y recomenzada.” (Bachelard, 1989, 244). Recordemos, lo que ya se dijo (Capítulo 1) respecto de la distinción que destaca Canguilhem entre el historiador y el epistemólogo: mientras el primero recorre la dirección pasado presente, el epistemólogo parte de las preocupaciones presentes y desde allí interroga al pasado de las ciencias.

2.2. La imaginación: apertura y novedad

La imaginación es una función sin órgano.
George Canguilhem

En sus poéticas Bachelard pretende desarrollar su tesis sobre el carácter primitivo y psíquicamente fundamental de la imaginación creadora:

(...) la imagen percibida y la imagen creada son dos instancias psíquicas muy diferentes y se necesitaría un término muy especial para designar *a la imagen imaginada*. Todo lo que se dice en los manuales sobre la imaginación reproductora debe atribuirse a la percepción y a la memoria. La imaginación creadora tiene funciones muy distintas de las de la imaginación reproductora. A ella pertenece esa *función de lo irreal* que psíquicamente es tan útil como *la función de lo real* evocada con tanta frecuencia por los psicólogos para caracterizar la adaptación de un espíritu a una realidad marcada por los valores sociales. (Bachelard, 2011, 9-10)

La imaginación, en tanto supone apertura y creatividad, profundiza la discontinuidad y provoca la ruptura. En *El aire y los sueños*, Bachelard define a la imaginación como la facultad de deformar las imágenes suministradas por la percepción, de liberarnos de las imágenes primeras y de cambiarlas. El vocablo apropiado para referirse a esta facultad no es imagen sino lo imaginario. Se trata de la experiencia misma de apertura y de novedad que se da dentro del psiquismo humano, lo que nos constituye como propiamente humanos. “Gracias a lo *imaginario*, la imaginación es esencialmente *abierta, evasiva*. Es dentro del psiquismo humano la experiencia misma de la apertura, la experiencia misma de su novedad. Específica, más que cualquier otra potencia, el psiquismo humano.” (Bachelard, 2006, 9).

De esta manera Bachelard se propone seguir esa experiencia de apertura y novedad en sus obras poéticas al realizar un psicoanálisis del conocimiento objetivo, atendiendo a la dimensión de la ensoñación. Se trata de una "serie de estudios medianeros, entre el sujeto y objeto" (Bachelard, 1973, 178), de transitar las fronteras “entre la precisión inherente al carácter científico y la sensibilidad estética que alienta (consciente o inconscientemente) los emprendimientos humanos.” (Díaz, 2005, 81). Fronteras que no están para delimitar el conocimiento y determinar géneros específicos del saber, sino, como ya se dijo, para traspasarlas. Es un límite que al mismo tiempo posibilita superarlo, abrir y transitar otros espacios buscando eliminar otros límites (Cfr. Díaz, 2005, 84).

A diferencia del psicoanálisis clásico que estudia los sueños, Bachelard se propone limitar el psicoanálisis a “una capa psíquica menos profunda, más intelectualizada” (Bachelard, 1973, 34). No se ocupará de los sueños sino de las fantasías entendidas como “en extremo diferente del sueño a causa de que ella está siempre más o menos centrada en un objeto [...] La fantasía trabaja como una estrella. Se dirige a su centro para lanzar, desde allí, nuevos rayos.” (Bachelard, 1973, 34). Se trata de buscar

(...) siempre lo inconsciente por debajo de lo consciente, el valor subjetivo por debajo de la evidencia objetiva, la fantasía bajo la experiencia. En primer lugar, sólo puede estudiarse aquello que se ha soñado. La ciencia se forma, más bien, sobre una fantasía que sobre una experiencia, siendo necesarias las experiencias para borrar las brumas del sueño. (Bachelard, 1973, 46).

Preguntar por las condiciones psicológicas que produjeron determinado conocimiento, consistiría en preguntar “cómo fueron impulsados a imaginar dicho procedimiento” (Bachelard, 1973, 46), qué sueños prohibidos se ha autorizado a proyectar como conocimiento objetivo, qué fantasmas perturban a la conciencia científica.

El objeto o la finalidad de un psicoanálisis del conocimiento objetivo es separar los valores de los hechos, destruyendo las ambigüedades y dando lugar a una dinámica dialéctica que permite la liberación del psiquismo creador: “Cuando la imaginación haya 'precipitado' los elementos materialistas irrazonados, habrá más libertad para la construcción de nuevas expresiones científicas.” (Bachelard, 1973, 185).

Nuevas expresiones producto de la liberación del psiquismo creador son las nociones de *instante* y *revuelta*, que nos permitieron imaginarlas como procedimientos metodológicos para analizar lo soñado: la tensión entre el desorden de la carne y el orden del cuerpo, en un instante de la historia argentina, entre revueltas y normatizaciones.

2.3. La intuición del instante y el tiempo de la revuelta, categorías para una historia discontinua de las ciencias sociales

Estudiamos porque el conocimiento es fugaz.
Esther Díaz

A partir de los planteos de sobre la discontinuidad, cabe preguntarse cuál es la zona de discontinuidades efectivas que el filósofo no aborda en la búsqueda de generalidades, cuál es la naturaleza de aquello que escapa a toda generalización. Para abordar estos interrogantes, nos detendremos en la noción de instante indagando qué tiene para decirnos sobre el carácter discontinuo del conocimiento científico y de su historia.

En *La intuición del instante* (1932), Bachelard desarrolla una serie de reflexiones en torno de los problemas del tiempo y del instante, de la costumbre y de la vida (Cfr. Bachelard, 2002, 8), a partir de la lectura de la novela *Siloé* de Gaston Roupnel. Aparecen aquí inquietantes nociones como intuición, instante y experiencia, que permiten acceder a un marco epistemológico y ontológico para abordar diferentes

dimensiones en las producciones científicas del pasado. La clave para ingresar a este territorio epistemológico está en estas palabras de Bachelard: “Una intuición no se demuestra, sino que se experimenta. Y se experimenta multiplicando o incluso modificando las condiciones de su uso.” (Bachelard, 2002, 9-10).

Bachelard comienza sus reflexiones sobre el instante con la que considera la idea metafísica decisiva de la novela de Rounpnel: “*El tiempo sólo tiene una realidad, la del instante*. En otras palabras, el tiempo es una realidad afianzada en el instante y suspendida entre dos nada” (Bachelard, 2002, 11), a partir de la cual se irán derivando elementos que configuran su concepción discontinua del tiempo y el carácter de ruptura del instante.

La realidad del instante, en la que se funda la evidencia de discontinuidad, es dramática. Y es en este carácter dramático del instante en el que nos detendremos para experimentar la radicalidad de la noción de discontinuidad. En primer lugar, porque el instante es el único terreno en el que se pone a prueba la realidad. Desde nosotros mismos, sostiene Bachelard, podemos demostrar el ser a partir de la conciencia del instante presente y de la experiencia de sentir cómo se desvanece a continuación: “lo sentiremos borrarse sin cesar con el instante que pasa, sin ningún recuerdo para lo que nos acaba de abandonar, ni tampoco esperanza, ya que estamos inconscientes, para lo que el instante que viene nos entregará.” (Bachelard, 2002, 12). Es en ese instante presente en el que “mi ser” toma conciencia de sí (Cfr. Bachelard, 2002, 12). El instante presente es la realidad. Es decir, que en tanto el instante supone una ruptura del ser nos permite presentir la realidad entre dos muertes, entre dos nada, entre el olvido que destruye el instante pasado y la incertidumbre que no puede anticipar el porvenir.

Y en segundo lugar, ese carácter dramático del instante como ruptura, en tanto es lo que permite la conciencia y el sentido de la realidad entre la nada, la muerte, el olvido (que destruye el pasado más cercano) y la incertidumbre (que se sitúa en el eje del pensamiento por venir), evidencia la discontinuidad esencial del tiempo, “en esa ruptura del ser, la idea de lo discontinuo se impone sin la menor sombra de duda.” (Bachelard, 2002, 13).

Es importante destacar el argumento de Bachelard sobre la discontinuidad frente a la duración. Sostiene que lo que solemos identificar como duración en tanto

percibimos una cierta monotonía y regularidad en toda evolución, es sólo producto de un examen desapasionado: “si nuestro corazón fuera suficientemente vasto para amar la vida en el detalle, veríamos que todos los instantes son a la vez dadores y expoliadores, y que una novedad joven o trágica, repentina siempre, no deja de ejemplificar la discontinuidad del Tiempo.” (Bachelard, 2002, 13).

Para profundizar en la realidad del instante Bachelard enfrenta la duración tal como es trabajada por Bergson con el instante de Roupnel, la filosofía de la duración y la filosofía del instante confrontadas en torno de la cuestión por la conciencia más directa del tiempo. Se trata de la batalla entre continuidad y discontinuidad, entre la dimensión formal del tiempo y la realidad del tiempo, entre la regularidad del tiempo y el dramatismo instantáneo del tiempo, entre la generalidad de la vida y el detalle de la experiencia vital.

Bergson concibe a la duración como la experiencia íntima y directa del tiempo, antecedente inmediato de la conciencia. Lo expresa de esta manera:

La aparente discontinuidad de la vida psicológica de debe a que nuestra atención se fija en ella en una serie de actos discontinuos: donde sólo hay una suave pendiente, creemos distinguir, siguiendo la línea quebrada de nuestros actos de atención, los peldaños de una escalera [...] Mas la discontinuidad de sus apariciones se destaca de la continuidad de un fondo en el cual se dibujan y al cual deben los intervalos mismos que los separan; son los golpes de timbal que suenan de tarde en tarde en la sinfonía. Nuestra atención se fija en ellos porque le interesan más, aunque todos ellos están implicados en la masa fluida de toda nuestra existencia psicológica entera. (Bergson, 1985, 16-17).

Claramente Bergson pone el foco en esa totalidad en la que se inscriben los instantes discontinuos, mientras que Bachelard no sólo descentra el fenómeno de la duración en los instantes sino que radicaliza la discontinuidad de lo existente.

Un claro ejemplo de duración es la de los físicos haciendo de sus abstracciones un tiempo uniforme y sin vida, que los matemáticos luego transformarán en una simple variable algebraica más apropiada para el análisis de lo posible (en tanto posibilidad pura) que de lo real (Cfr. Bachelard, 2002, 15). De esta manera, en la filosofía de la duración, el instante es un mero artificio del pensamiento esquemático del geómetra: “en su falta de aptitud para seguir lo vital, la inteligencia inmoviliza el tiempo en un presente fáctico.” (Bachelard, 2002, 15). Y esa misma inmovilidad no separa en términos reales el pasado del porvenir, creando la ilusión de la continuidad necesaria: “parecería que el

pasado llevara sus fuerzas al porvenir, y también parecería que el porvenir fuera necesario para dar salida a las fuerzas del pasado y que un solo y único impulso vital solidarizara la duración” (Bachelard, 2002, 15). La consecuencia de esta ilusión es que el tiempo se concibe en bloque para tomarlo en su realidad.

La duración bergsoniana, como experiencia íntima del tiempo anterior a la conciencia, abstracta, uniforme, deshumanizada, inmóvil, continua, desapasionada, se opone a la vida. “Como fragmento de la vida, la duración no debe dictar sus reglas a la vida. Entregada por entero a su contemplación del ser estático, del ser espacial, la inteligencia debe cuidarse de desconocer la realidad del devenir.” (Bachelard, 2002, 15). La filosofía de la duración pretende explicar la vida misma sosteniendo que “en cada uno de nuestros actos, en el menor de nuestros ademanes se podría aprehender entonces el carácter acabado de lo que se esboza, el fin en el principio, el ser y todo su devenir en el aliento del germen.” (Bachelard, 2002, 16). Pasado y porvenir son términos referenciales de una función panorámica y retrospectiva que desdibuja el presente (Cfr. Bachelard, 2002, 31). Es decir, desde esta concepción del tiempo y de la vida, el instante es inexistente.

Pero, cuál es el problema de concebir la vida y el tiempo de maneras continuas, en un movimiento que encadena armoniosamente pasado y porvenir en el despliegue de un mismo tiempo. El problema esta en que la duración oculta el “terreno de los cambios bruscos, en que el acto creador se inscribe abruptamente” (Bachelard, 2002, 16). En consecuencia, la tarea del historiador de las ciencias, que por supuesto, es también un epistemólogo, es “mantener activo y vivo ese instante del conocimiento naciente, de hacer de él la fuente sin cesar brotante de nuestra intuición y de trazar con la historia subjetiva de nuestros errores y de nuestras faltas, el modelo objetivo de una vida mejor y más luminosa.” (Bachelard, 2002, 8).

Asistimos en la crítica que Bachelard realiza a la filosofía de la duración a diferentes concepciones de vida en las que se juegan diferentes concepciones de investigaciones del tiempo y por lo tanto de historia de las ciencias. El anclaje de esta historia en el pasado o en el presente es lo que permite acceder a la concepción de tiempo que está supuesta. Bachelard toma posición a partir de unas líneas de *Siloe* en las que Roupnel reconoce una identidad entre el sentimiento del presente y el sentimiento

de la vida, en tanto se trata de ideas que se sienten con una plenitud y evidencia positiva singulares, que a la vez se conectan con la sensación de existir. Desde el punto de vista de la vida misma, atenta a los detalles, será preciso tratar de comprender el pasado mediante el presente (Cfr., Bachelard, 2002, 18). Por otro lado, el otro anclaje posible desde una concepción continuista del tiempo y de la vida, está en la insistencia por explicar el presente mediante el pasado, sólo posible desde una perspectiva de la duración desde un examen macroscópico que concibe la vida en general (Cfr. Bachelard, 2002, 40).

Una mirada entiende a los instantes como momentos del tiempo, la otra, la de Bachelard, propone pensar “la construcción real del tiempo a partir de los instantes en vez de su división aún facticia a partir de la duración.” (Bachelard, 2002, 40). La mirada desde la duración divide, por lo tanto supone análisis del tiempo. En cambio desde la perspectiva de la discontinuidad del tiempo, los instantes se multiplican impredeciblemente, imposibles de captar mediante un conocimiento analítico, sólo perceptibles en una *visión*, como veremos más adelante en el capítulo 3 siguiendo a *El conocimiento de la vida* de Canguilhem.

Otro de los tópicos críticos es el de la identificación de la filosofía de la duración con una filosofía de la acción y a la filosofía del instante como una filosofía del acto. La acción supone un desarrollo continuo entre la decisión y la finalidad mientras que el acto es una decisión instantánea. Bachelard lo ejemplifica, acudiendo a la física, de la siguiente manera: “una percusión se explica por una fuerza infinitamente grande que se desarrolla en un tiempo infinitamente breve” (Bachelard, 2002, 20), es decir, en un acto, mientras que la acción es semejante a un movimiento variado que continúa los mismos principios que lo hacen empezar. El acto consiste en una decisión instantánea, pero la precepción del acto en cuanto fenómeno discontinuo implica un problema: “la observación de las discontinuidades del desarrollo es cada vez más difícil a medida que la acción que sigue al acto se confía a automatismos orgánicos menos conscientes. Para sentir el instante, nos es preciso volver a los actos claros de conciencia.” (Bachelard, 2002, 20), volver insistentemente a “una concepción actual y activa de la experiencia del instante” (Bachelard, 2002, 20). Captar el instante vital supone un acto, la vida no puede contemplarse de manera pasiva, “la vida es lo discontinuo de los actos” (Bachelard,

2002, 21). La continuidad pertenece a la dimensión de lo infinito, a la vastedad de las cosas vacías, dice Bachelard, para concluir “que en verdad no existe sino la *nada que sea continua*” (Bachelard, 2002, 36).

Es en la reflexión sobre el tiempo en donde se fundan las nociones de ruptura y discontinuidad y en tal sentido es preliminar a toda reflexión filosófica. El “acto de razón” es algo acontecido en un instante, el momento sintético de una vida, el espíritu emerge desde un fondo de ignorancia en el que se cobra conciencia de lo irracional, descubre lo reglado y lo libre de la propia vida. Por lo tanto, “el tiempo sólo se observa por los instantes; la duración [...] sólo se siente por los instantes. Es un polvo de instantes, mejor aún, un grupo de puntos en que un *fenómeno* de perspectiva solidariza de manera más o menos estrecha.” (Bachelard, 2002, 31).

La metáfora a la que acude Bachelard para sintetizar lo que hemos pretendido reseñar sobre este inquietante texto, dice así:

En la orquesta del Mundo hay instrumentos que callan con frecuencia, pero es falso decir que haya siempre un instrumento que toca. El Mundo está regido de acuerdo con una medida musical impuesta por la cadencia¹² de los instantes. Si pudiéramos oír todos los instantes de la realidad, comprenderíamos que la corchea no está hecha de trozos de blanca sino que, antes bien, la palabra *repite* la corchea. De esa repetición nace la impresión de continuidad. (Bachelard, 2002, 43).

De esta manera, la realidad es el ritmo marcado por los instantes y la repetición de instantes produce la impresión de continuidad:

Un ritmo que continúa inmutable es un presente con duración. Ese presente que dura está hecho de instantes múltiples que, desde un punto de vista particular, tienen la seguridad de una perfecta monotonía. Con esas monotonías se hacen los sentimientos perdurables que determinan la individualidad de un alma particular. Por lo demás, la unificación se puede establecer en medio de circunstancias diversas. (Bachelard, 2002, 47).

Es importante volver la conciencia a los instantes que de alguna manera provocaron, al desdibujarse tras la repetición, la sensación de un tiempo continuo. Se trata entonces de ir contra la noción misma de continuidad histórica para acceder a esas

¹² Vale la pena recordar que cadencia supone una serie de sonidos o movimientos que se suceden de un modo regular o medido, es el ritmo que caracteriza una pieza musical, con sus acentos, intensidades y pausas.

circunstancias diversas que la hicieron posible. Tanto la historia como los individuos son un complejo que suponen una simultaneidad de actos instantáneos que dan lugar a una cierta unidad y continuidad de lo discontinuo: “el ser se continúa mediante el hábito, tanto como el tiempo dura mediante la densidad regular de los instantes sin duración.” (Bachelard, 2002, 63). Es decir que el hábito es el que logra la síntesis de la sucesión de los instantes, ligando los instantes discontinuos:

Es un haz de hábitos lo que nos permite seguir siendo dentro de la multiplicidad de nuestros atributos, dejándonos la impresión de haber sido, incluso cuando, como raíz sustancial, sólo pudiéramos encontrar en nosotros la realidad que nos entrega el instante presente. De manera análoga, por ser el hábito una perspectiva de actos, fijamos metas y fines a nuestro porvenir. (Bachelard, 2002, 70).

El tiempo es instante discontinuo. En la historia de las ciencias hay que distinguir el instante que implicó la superación de los obstáculos epistemológicos, es decir, una ruptura. En la historia de la emergencia de las ciencias sociales en Argentina nos interesa ese instante de la revuelta que suspende el discurrir del proyecto científico y político que el positivismo argentino está desarrollando, identificado con lo que Bachelard denomina el tiempo horizontal, el tiempo de la duración. Se trata de provocar una ruptura en el discurrir del tiempo común. Ruptura que supone un corte a través de un tiempo vertical que no sigue el compás de la duración. En este sentido buscamos interrumpir el discurrir horizontal de una historia de la ciencia que busca explicar el presente mediante el pasado, para realizar un corte vertical en un presente determinado desde la noción de *revuelta* que detiene el tiempo continuo de la duración y del proyecto político.

2.3.1. El instante de la revuelta

La noción de revuelta la encontramos en un trabajo de Furio Jesi titulado *Spartakus. Simbología de la revuelta*, y si bien en un primer momento parecía aportarnos algunos epígrafes posibles para la tesis, en la medida en que la lectura fue desplegándose encontramos elementos que fortalecen la noción de instante bachelardiana para abordar la resistencia anarquista frente a los intentos de organización tanto de la nación como de las ciencias sociales por parte de la elite positivista. Jesi distingue entre revuelta y revolución, no desde sus fines, dado que ambas acciones

políticas pueden buscar tomar el poder, sino a partir de su experiencia del tiempo: mientras la revuelta es un foco insurreccional que no implica necesariamente una estrategia a largo plazo, la revolución supone una serie de movimientos insurreccionales articulados de manera tal que permiten alcanzar en el largo plazo unos fines previamente establecidos.

(...) la revuelta suspende el tiempo histórico e instauro de golpe un tiempo en el cual todo lo que se cumple vale por sí mismo, independientemente de sus consecuencias y de sus relaciones con el complejo de transitoriedad o de perennidad en el que consiste la historia. La revolución estaría, al contrario, entera y deliberadamente inmersa en el tiempo histórico. (Jesi, 2014, 63).

En esta suspensión del tiempo histórico, agrega Andrea Cavalletti en la introducción al libro de Jesi, es donde se libera la verdadera experiencia colectiva. (Cfr. Cavalletti, en Jesi, 2014, 21). En este sentido, la revolución como estrategia a largo plazo podemos entenderla desde lo que Bachelard denomina una concepción del tiempo que dura y una concepción de la vida general y macroscópica. En cambio la revuelta es un fenómeno que supone un acto singular e instantáneo, en un presente que implica ruptura, que evidencia la discontinuidad histórica al llamar a actuar de una vez por todas bajo el lema “¡Ahora o nunca!” (Jesi, 2014, 64). Los actos revoltosos pueden pensarse como una especie de percusión que marca un ritmo, una cadencia que imprime cierta particularidad al movimiento revolucionario de la duración. En este sentido consideramos que el acto instantáneo de “la revuelta es un instante de fulgurante conocimiento” (Jesi, 2014, 104), revitaliza los procesos revolucionarios cualesquiera que ellos sean en tanto quienes participan y provocan la revuelta se comprometen por su libre elección y no cohesionados por un orden forzado. Como los obstáculos epistemológicos, obligan a repensar el curso de las acciones frente a los actos disruptores.

La experiencia colectiva de la revuelta sólo es posible en un estado de vigilia que implica la suspensión del sueño de la duración, del vacío de la continuidad de aspectos formales alejados de la vida de las comunidades. Ese estado de vigilia, en tanto instante vital, supone la conciencia de la vida de una comunidad. Pero esa conciencia inmediata y visceral se disuelve en el desarrollo del tiempo continuo de la revolución. Sin embargo ese instante fue condición de posibilidad de la construcción de la duración de un

proyecto social y político, duración que será avalada y legitimada por la construcción de un conocimiento científico que la valide poniendo a funcionar el dispositivo normalizador.

En el relato histórico, el instante presente queda desdibujado entre el pasado y el porvenir: “Toda revuelta está circunscripta por los límites precisos en el tiempo histórico y en el espacio histórico. Antes y después de ella se extienden la tierra de nadie y la duración de la vida de cada uno, en las que se dan ininterrumpidas batallas individuales.” (Jesi, 2014, 71). Pero como instante presente en la revuelta también brotan las contradicciones internas del tiempo pasado y en este sentido no es una continuidad sino una fractura respecto del pasado, que sólo puede exorcizarse en la epifanía del “pasado mañana”¹³. No se trata de una preparación para el futuro ni de una estrategia a largo plazo, sino de provocar la manifestación en otro tiempo. Mientras la revuelta implica suspensión del discurrir histórico, ruptura con el pasado, también supone romper con el futuro programado generando la posibilidad de otro futuro “pasado mañana”, que escapa a toda estrategia y proyecto político y que está signado por la incertidumbre frente al porvenir (Bachelard, 2002).

En esta dimensión de la historia de las ciencias en la que estamos trabajando, realizamos un esfuerzo teórico en el campo de las experiencias intelectuales con el objeto de provocar la *visión* de ese instante, intervalo, revuelta, que en tanto suspensión del proyecto político, social y científico, significó una resistencia que de alguna manera ha dejado una marca, como una vieja cicatriz en el esfuerzo teórico que implicó producir conocimiento científico que fundara y legitimara el orden previsto para el cuerpo social de la Nación. Pero una cicatriz que no sólo remite al pasado de la lucha sino que configura el cuerpo presente, lo singulariza, lo identifica.

En la búsqueda que hemos iniciado en este capítulo, se han podido conectar las nociones de intuición del instante con el tiempo de la revuelta, desde la preocupación por producir estrategias metodológicas que permitan captar un instante discontinuo en la historia a través de una experiencia epistemológica. En el siguiente capítulo, se dará un paso más en la precisión del acceso al instante de la revuelta a partir de lo que

¹³ Aquí Jesi trae aquella cita de Nietzsche en *Más allá del bien y el mal*, en la que refiriéndose al “Preludio de los maestros cantores” dice: “esta música es la que mejor expresa lo que pienso de los alemanes: son de antes de ayer y de pasado mañana, *todavía no tienen un hoy*.” (Nietzsche, citado por Jesi, 2014, 165).

Canguilhem denomina el conocimiento como visión, distinguiéndolo del conocimiento como análisis.

Capítulo 3: Concepciones científicas en torno del viviente, la vida y lo vital

...la vida no se puede comprender en una contemplación pasiva; comprenderla es más que vivirla, es verdaderamente propulsarla.
Gaston Bachelard

Las ciencias de la vida suponen dos cuestiones fundamentales a la hora de hacer su historia, por un lado la crítica filosófica del conocimiento, y por otro lado, la resignificación de una determinada concepción de vida. En relación con el conocimiento de la vida y las posibles concepciones de vida nos preguntamos si lo vital es del orden del instante, de la discontinuidad, de la ruptura. Inquietud que surge cuando Bachelard advierte que “en su falta de aptitud para seguir lo vital, la inteligencia inmoviliza el tiempo en un presente siempre fáctico.” (Bachelard, 2002, 15). A partir de este problema se inicia una búsqueda en los trabajos de Canguilhem de aquello que denomina vital y sus posibilidades de abordaje, teniendo en cuenta que, como señala Foucault, “Canguilhem opuso una filosofía del error, el concepto y lo vivo, como otro modo de aproximarse a la noción de vida.” (Foucault, en Giorgi y Rodriguez, 2009, 57).

3.1. La historia epistemológica de las ciencias de la vida en Canguilhem: la tensión entre la vida y el conocimiento de la vida

La Epistemología de Canguilhem reflexiona sobre la vida y sobre el conocimiento de la vida. Su objeto de estudio es el ser vivo, no un ser ideal. Se trata de un esfuerzo del ser humano vivo por captar de qué modo el conocimiento modifica su relación con la vida. Se trata de comprender cómo una epistemología de los conceptos construye una filosofía de la vida.

En *El conocimiento de la vida* Canguilhem comienza planteando la siguiente cuestión: “el conflicto no está entre el pensamiento y la vida del hombre, sino entre el hombre y el mundo en la conciencia humana de la vida.” (Canguilhem, 1976, 8). De esta manera sitúa el problema del conocimiento en ese *entre* desde el que el hombre interroga, duda, piensa la vida en un trabajo incesante por resolver este conflicto, este desgarramiento epistemológico. “El conocimiento consiste, concretamente, en la búsqueda de

la seguridad por reducción de los obstáculos, en la construcción de teorías de asimilación. Se trata, pues, de un método general para la resolución directa o indirecta de las tensiones entre el hombre y el medio.” (Canguilhem, 1976, 8). En este sentido, el conocimiento, al buscar la forma de resolver la tensión y distancia entre el hombre y el mundo a partir de subsumir el conflicto a un equilibrio regulador, instala una nueva forma y una nueva organización de la vida:

No es cierto que el conocimiento destruya la vida, sino que deshace la experiencia de la vida, con el fin de abstraer de ella, por el análisis de los fracasos, unas razones de prudencia (sabiduría, ciencia, etc.) y unas leyes de éxitos eventuales, en vistas de ayudar al hombre a rehacer esto que la vida ha hecho sin él, en él o fuera de él. (Canguilhem, 1976, 8).

Si el conocimiento deshace la experiencia de la vida buscando abstraer de ella aquello que permita mostrar regularidades, construir generalidades y tranquilizar el imaginario humano de una vida sin conflictos, aquí buscamos lo contrario. La inquietud es cómo captar la experiencia de la vida y para ello debemos encontrar la estrategia que nos permita resistir y escapar a la fuerza generalizadora de la inteligencia epistemológica que actúa como una poderosa inercia.

Una de las estrategias que nos ofrece Canguilhem es reconocer que la relación del hombre con su medio a través del conocimiento es un ir y venir entre el reconocimiento y el espanto. Mientras en ocasiones se maravilla de lo vivo, en otras ante el pavor de reconocerse entre los seres vivos forja reinos separados (Cfr. Canguilhem, 1976, 9). De esta relación tensa entre la pertenencia al mundo viviente y la extrañeza de este mundo se conforma el conocimiento en la vida humana:

La vida es formación de formas, el conocimiento es análisis de las materias informes. Es normal que un análisis jamás pueda rendir cuentas de una formación, que se pierda de vista la originalidad de las formas cuando no se vea más que los resultados, cuyos componentes se intentan determinar. Las formas vivientes, al ser totalidades cuyo sentido reside en su tendencia a realizarse como tales en el curso de su confrontación con su medio, pueden ser captadas en una visión, jamás en una división. Porque dividir es, en última instancia según la etimología, hacer el vacío, y una forma, al no existir más que como un todo, no podría ser vaciada de nada. (Canguilhem, 1976, 10).

En la conciencia humana de la vida está la distancia entre el hombre y el mundo. La conciencia humana de la vida pertenece y al mismo tiempo se distancia de lo viviente

como si se tratara de algo extraño, ajeno. Ese extrañamiento, esa alienación respecto de lo viviente se produce analizando la totalidad orgánica a la que pertenece porque de esta manera se disuelven las formas de vida en abstracciones ajenas a la vida. Esto es lo que está diciendo Canguilhem cuando afirma que el conocimiento deshace la experiencia de la vida.

La operación analítica supone básicamente dos movimientos, uno es el de deshacer o descomponer la experiencia vital volviéndola otra cosa diferente de la vida porque ha destruido su organicidad. Pero el segundo movimiento, que implica el sentido último del análisis consiste en poder remitir las partes a la totalidad orgánica de pertenencia, implicando la constitución de un nuevo orden. El concepto de organismo es otro luego del análisis. En este sentido, el método para la resolución del conflicto entre el hombre y la vida busca un nuevo equilibrio en el mundo, una nueva forma y una nueva organización de la vida. Pensamiento y conocimiento se inscriben en la vida para regularla a partir de otra lógica y constituir otra vida, otro organismo, otro orden. Una lógica de la duración de las formas en oposición a la visión del instante vital. De esta manera, tanto el arte, como la religión y la ciencia implican rupturas con la simple vida.

El desafío entonces es captar la experiencia de la vida sin analizar, sin dividir, sin provocar el vacío. “La inteligencia no se puede aplicar a la vida más que reconociendo la originalidad de la vida. El pensamiento del viviente debe tener viva la idea del ser viviente” (Canguilhem, 1976, 11). Pero esta idea del ser viviente, en tanto pensamiento, no deja de evidenciar la distancia con la vida.

Si el conocimiento puede entenderse como aquello que deshace la experiencia de la vida, necesitamos centrarnos por un momento en la noción de experiencia. Canguilhem señala que hay un parentesco entre las nociones de experiencia y de función, en primer lugar porque, como lo plantea Claude Bernard “el conocimiento de las funciones de la vida siempre ha sido experimental” (Canguilhem, 1976, 23) en tanto “aprendemos nuestras funciones en las experiencias e, inmediatamente, nuestras funciones son experiencias formalizadas.” (Canguilhem, 1976, 23). Es decir que el origen del conocimiento de las funciones de la vida siempre es una experiencia, pero al mismo tiempo, por la acción propia del conocer que deshace la experiencia de la vida, esta se formaliza. Entonces, “es preciso abandonar esta lógica de la acción humana para

comprender las funciones vivientes” (Canguilhem, 1976, 24); es preciso descentrarse de la lógica que formaliza para captar el orden de lo viviente.

Sólo por dar un ejemplo de los trabajados por Canguilhem en su epistemología de las ciencias de la vida, nos detendremos en el vínculo entre la experiencia política tal como es entendida por el romanticismo y la concepción de vida del vitalismo:

En el mismo momento en que el pensamiento político francés proponía al espíritu europeo el contrato social y el sufragio universal, la escuela francesa de medicina vitalista le proponía una imagen de la vida trascendente al entendimiento analítico. Un organismo no sería comprendido como un mecanismo. La vida es una forma irreductible a toda composición de partes materiales. La biología vitalista ha suministrado a una filosofía política totalitaria el medio, sino la obligación, de inspirar ciertas teorías relativas a la individualidad biológica. (Canguilhem, 1976, 71).

También está presente este vínculo en la historia del concepto de célula que realiza Canguilhem, partiendo de que dicho concepto es una abstracción, como lo es el concepto de individuo en sociología. Por lo tanto, según el modo en que se pongan a funcionar estos conceptos, se podrán observar analogías en el tipo de vinculaciones entre organismo y célula, y sociedad e individuo.

Canguilhem sostiene que ciertas concepciones teóricas en biología están dominadas por concepciones filosóficas políticas, como puede observarse en los trabajos en los que Bernard propone entender al “ser viviente complejo ‘como una ciudad con sello especial’, donde los individuos se nutren idénticamente y ejercen las mismas facultades generales, las del hombre, pero donde cada uno participa de un modo diferente en la vida social, de acuerdo con su trabajo y aptitudes.” (Canguilhem, 1976, 79). O Haeckel cuando sostiene que “Las células son los verdaderos ciudadanos autónomos que, reunidos por millares, constituyen nuestro cuerpo, el estado celular” (cit. por Canguilhem, 1976, 79). Frente a lo cual Canguilhem se pregunta: “¿Quién podría decir si se es republicano por ser partidario de la teoría celular, o bien partidario de la teoría celular porque se es republicano?” (Canguilhem, 1976, 79), advirtiendo la íntima vinculación entre las concepciones científicas y políticas. No hay relación de anterioridad entre unas y otras, sino que se trata de diferentes dimensiones gnoseológicas en las que se manifiestan las concepciones de realidad que sustentan tanto los discursos como las prácticas científicas y políticas.

Aparece claramente en el desarrollo histórico y las discusiones que se han dado y se siguen dando en el marco de la teoría celular, el debate sobre relaciones continuas o discontinuas, a través de obstáculos y soluciones, evidenciando que se trata de problemáticas que exceden el terreno de lo exclusivamente científico, y que por lo tanto, no sólo las ciencias deben participar en su abordaje. No olvidemos que para Canguilhem los conceptos y las teorías científicas tienen una historia que hunde sus raíces en diferentes producciones teóricas, no necesariamente científicas:

(...) los hechos suscitan las teorías pero no engendran los conceptos que las unifican interiormente ni las intenciones intelectuales que desarrollan. Estas intenciones vienen de lejos, estos conceptos están en pequeño número y ello es debido a que los temas teóricos sobreviven a su destrucción aparente que una polémica y una refutación pretenden haber obtenido. (Canguilhem, 1976, 91).

Los aspectos no científicos no sólo forman parte de la historia de los conceptos científicos, sino que también forman parte de los supuestos teóricos que entran en las teorías científicas. Esta clave de análisis epistemológico nos puede ayudar a identificar las diferentes concepciones de ciencia y de vida que están en juego en las discusiones políticas y científicas entre anarquistas y positivistas en la Argentina de principios del siglo XX, como así también, ver las implicancias políticas de ciertos posicionamientos científicos ante la vida. Aquí comienza a mostrarse con mayor vigor la necesidad por seguir ampliando las categorías y estrategias epistemológicas y metodológicas en la dirección de las implicancias entre ciencia, política y vida, como desarrollaremos en la segunda parte de la tesis, teniendo en cuenta que se trata de nociones que se suponen unas a otras, aunque con diferentes grados de intensidad, y que para su estudio las separamos e identificamos con cierta singularidad y autonomía.

En esta epistemología que realiza una historia de los conceptos científicos, aparece otra dimensión y es la de las relaciones entre diferentes ciencias y los criterios para establecer y legitimar *fronteras epistemológicas*. En este registro epistemológico es en el que Canguilhem se detiene en las relaciones entre biología y ciencias fisicoquímicas en la que se juegan diversas concepciones de vida y de viviente que no sólo repercuten en los supuestos de otros conocimientos pretendidamente científicos, sino que a su vez estas posiciones ante la vida suponen diversas experiencias sociales y políticas.

Desde nuestra preocupación por encontrar una forma de comprender la vida que no deshaga la experiencia de la misma, nos detendremos en los estudios de Canguilhem sobre la historia de los conflictos epistemológicos entre las ciencias de la vida y las ciencias de la materia. Hacemos propias las inquietudes de Canguilhem al ingresar al campo de los estudios biológicos desde las siguientes problemáticas: “¿Sería posible, sin hacerla sospechosa, pedir a la biología la ocasión, sino el permiso, de repensar o rectificar los conceptos filosóficos fundamentales, tales como los de la vida? ¿Y puede tener rigor el filósofo que situado en la escuela de los biólogos escoja en las enseñanzas recibidas la que mejor ensancha y ordene su visión?” (Canguilhem, 1976, 95). Una vez advertido el riesgo y renovado las preguntas, consideramos que en la historia de estas disputas epistemológicas encontraremos claves para comprender la neutralización o silenciamiento de las experiencias vitales en la producción de conocimientos científicos legitimadores de ciertos órdenes sociales.

Dos son las posibilidades que aborda Canguilhem: una biología fascinada por el prestigio de las ciencias fisicoquímicas, reduciéndose al papel de satélite de aquellas. En este caso, el objeto de estudio de la biología se encuentra desvalorizado en su especificidad y por lo tanto anulado en cuanto tal. O una biología autónoma, que establece sus principios racionales y su especificidad, pero que paga el precio de ser clasificada o acusada de vitalismo. Término que etiqueta las más variadas “extravagancias” biológicas y que está cargado en su uso de un sentido peyorativo. Esto ha llevado a que los biólogos no acepten de buen grado la denominación de vitalistas, aun cuando defienden la independencia de su objeto de estudio respecto de la física o la química. A propósito de esta problemática Canguilhem se ocupa de estudiar desde un punto de vista filosófico los supuestos teóricos e históricos que están en juego en las diversas conceptualizaciones acerca del vitalismo, teniendo en cuenta una serie de tensiones que van desde las relaciones entre ciencias de la vida y ciencias de la materia, hasta las tensiones entre vitalismo y mecanicismo, incluyendo las concernientes a entender el vitalismo como una “ilusión del pensamiento” (Canguilhem, 1976, 96).

3.1.1. Vitalismo y mecanicismo: la vida entre el organismo y la máquina

De acuerdo con el significado que ha tomado en el siglo XVIII, el vitalismo se refiere a “toda biología preocupada por su independencia en cuanto a las ambiciones anexionistas de las ciencias de la materia.” (Canguilhem, 1976, 96). En esta dirección Canguilhem se propone analizar tres aspectos del vitalismo sobre los que se interroga la reflexión filosófica: su vitalidad, su fecundidad y el punto de vista biológico sobre la totalidad de la experiencia.

Quienes atestiguan la vitalidad del vitalismo desde Hipócrates y Aristóteles hasta Driesch, von Manokow, Goldstein, van Helmont, Barthez, Blumenbach, Bichat, Lamarck, J. Müller, von Baer, Claude Bernard, dan testimonio también de un enfrentamiento entre vitalismo y mecanicismo a lo largo de la historia de la biología. La preocupación común ha sido la de traducir una exigencia permanente de la vida en el viviente: “Comprender la vitalidad del vitalismo es comprometerse en una búsqueda del sentido de las relaciones entre la vida y la ciencia en general, la vida y la ciencia de la vida más específicamente.” (Canguilhem, 1976, 98). Se trata de reconocer la vida inmanente al viviente, de reconocer una identidad de la vida en el viviente. En esta inmanencia radican las críticas que acusan al vitalismo de vaguedad o nebulosidad. Términos tales como *fuera vital* (Bichat), *principio vital* (Bartez), *entelequia* (Driesch) o *horme* (von Monakov) dan cuenta de la cuestión de la inmanencia de la vida más que aportar respuestas.

En cambio el mecanicismo biológico traduce una actitud permanente del viviente humano ante la vida: “El hombre es el viviente separado de la vida por la ciencia e intentando alcanzar la vida a través de la ciencia.” (Canguilhem, 1976, 99). Esta separación le permite, como hemos aprendido de la ciencia moderna, tomar la distancia necesaria para un abordaje objetivo y metódico (en el sentido científico cartesiano) de la vida.

Entonces, “si el vitalismo es vago e informal como una exigencia, el mecanicismo es estricto e imperioso como un método.” (Canguilhem, 1976, 99). Justamente por concebir la vida en el viviente y no al viviente separado de la vida, el vitalismo no tendrá el carácter metódico propio de una concepción de la ciencia mecanicista. En tanto la vida está en el viviente, el conocimiento de esa vida tiene un carácter más ético que teórico (suponiendo el carácter metódico como una de las

características de la ciencia moderna). Y ese carácter ético tiene la forma de una demanda imperiosa, informada y vaga.

Acude Canguilhem a la etimología de mecanicismo, término proveniente del griego *mekané*¹⁴, que significa tanto astucia y estratagema como máquina. “La astucia de la razón consiste en cumplir sus propios fines por intermedio de objetos actuando los unos sobre los otros conforme a su propia naturaleza. Lo esencial de una máquina es ser una mediación o, como dicen los mecanicistas, un medio.” (Canguilhem, 1976, 99). Por lo tanto la noción de máquina es posible desde una concepción escindida entre vida y viviente, entre ciencia y vida. Hay mecanismos que funcionan como medios para alcanzar o conectar cuando hay un sujeto que se concibe por fuera de la naturaleza a estudiar. “El mecanicismo, como método científico y como filosofía, es pues el postulado implícito de todo uso de máquinas.” (Canguilhem, 1976, 100). Ahora bien, qué naturaleza y qué viviente supone el mecanicismo. Canguilhem se pregunta “¿Pero no está fundamentado entonces concluir que la teoría del viviente-máquina es una astucia humana que, tomada al pie de la letra, anularía al viviente? Si el animal no es nada más que una máquina, y lo mismo la naturaleza entera, ¿por qué tantos esfuerzos humanos para reducirlos?” (Canguilhem, 1976, 100).

Lejos de las ideas mecanicistas que suponen una separación entre el viviente y la vida, los vitalistas consideran al universo como un organismo. Esto es, un sistema armonioso regulado a la vez según las leyes y los fines (Cfr. Canguilhem, 1976, 101). En este sistema orgánico el hombre se siente parte de la naturaleza, se ve reflejado en la naturaleza y a la naturaleza en él. En este sentido amplio de vitalismo podemos decir que

Platón, Aristóteles, Galeno, todos los hombres de la Edad Media y en gran parte los hombres del Renacimiento eran vitalistas [...] Ellos mismos se concebían como una parte organizada del universo, una especie de célula del universo-organismo; todas las células estaban unificadas por una simpatía interna, de modo que el destino del órgano parcial les parecía estar relacionado naturalmente con los movimientos de los cielos. (Canguilhem, 1976, 101).

Por lo tanto, el conocimiento también es concebido de otra manera, “un vitalista es un hombre inducido a meditar sobre los problemas de la vida más por la contemplación de un huevo que por el manejo de un torno o de un soplete de forja.” (Canguilhem, 1976,

¹⁴ μηχανή

101). Para el vitalismo la vida está en la naturaleza, mientras que para el mecanicismo, la naturaleza está descompuesta en mecanismos, “una suma de máquinas análogas a las creada por la voluntad humana de luchar contra la naturaleza como obstáculo” (Canguilhem, 1976, 102). El vitalismo rechaza al mecanicismo fundamentalmente por su forma tecnológica, más que por su forma teórica.

Las discusiones acerca de la fecundidad del vitalismo pueden abordarse teniendo en cuenta que con frecuencia el vitalismo se presenta como un retorno a lo antiguo: “El vitalismo del Renacimiento es un retorno a Platón contra un Aristóteles excesivamente lleno de lógica. El vitalismo de van Helmont, de Sthal, de Barthez es, como se ha dicho, un retorno por encima de Descartes al Aristóteles del *Traité de l'Ame*.” (Canguilhem, 1976, 105). Estos retornos han sido denunciados como retrocesos, pero esta posición desde la que se denuncia supone una linealidad unidireccional en la historia de las ciencias que no permite comprender las dinámicas del conocimiento. Canguilhem advierte que “en el orden de las teorías, habría que tener certeza de los orígenes y el sentido del movimiento para interpretar un retorno como retroceso y un abandono como reacción o traición.” (Canguilhem, 1976, 105). Estos retornos, en todo caso tienen que ver con una búsqueda alternativa a las posiciones mecanicistas, que con frecuencia pueden rastrearse en el pasado como una visión de la vida anterior a los instrumentos creados por el hombre para extender y consolidar la vida, una visión antetecnológica, antelógica.

Tampoco puede reducirse el vitalismo a una especie de marca de los límites dogmáticos del mecanicismo, mostrando una suerte de esterilidad intelectual. Al hablar de límites ingresamos en un problema epistemológico en relación con los dominios de las ciencias y sus fronteras. Canguilhem se pregunta: “¿Estaríamos en presencia de una falsa concepción de la noción de *frontera epistemológica*, para tomar una expresión de Gaston Bachelard?” (Canguilhem, 1976, 109). Y si recurrimos al trabajo de Bachelard sobre el concepto de frontera epistemológica nos encontramos a su vez con las siguientes preguntas: “¿Tiene un sentido absoluto el concepto de límite del conocimiento? ¿Es siquiera posible trazar las fronteras del pensamiento científico? ¿Estamos efectivamente reclusos en un ámbito objetivamente cerrado? ¿Estamos sujetos a una razón inmutable?” (Bachelard, 2004, 89). Bachelard sostiene que la

noción de frontera surge de la intención por limitar el alcance de la ciencia recurriendo a imposibilidades materiales y espaciales a través de enunciados que indican lo que jamás podrá alcanzarse. Cuando el concepto de límite del conocimiento aparece claro e incuestionable, es decir, cuando no presenta posibilidades de problematizarlo es porque está fundado en afirmaciones realistas elementales que justifican el alcance de las ciencias señalando lo que jamás podrá alcanzarse cognoscitivamente. Por ejemplo, “se dirá al científico: ¡jamás podrá alcanzar usted los astros! ¡Jamás tendrá la seguridad de que un corpúsculo indiviso es indivisible!” (Bachelard, 2004, 89) y enunciados por el estilo. Pero de qué se tratan estas afirmaciones realistas elementales, de dónde surgen. Bachelard sostiene que estas series de enunciados que dan cuenta de imposibilidades se van multiplicando dando lugar a posiciones esencialistas que advertirán no sólo sobre la existencia de esencias sino sobre la imposibilidad de conocerlas científicamente. De esta manera se establece que sólo un pensamiento más intuitivo tiene el privilegio del conocimiento de ese ámbito de realidad. Es decir, que los límites claros y distintos del conocimiento científico son límites metafísicos del pensamiento científico planteados *a priori*: “Hasta tal punto es esto cierto, que el oscuro concepto de cosa en sí es utilizado de modo casi inconsciente para especificar las *imposibilidades* de las ciencias particulares. El metafísico repetirá entonces: ustedes no pueden decir lo que es la electricidad en sí, la luz en sí, la materia en sí, la vida en sí.” (Bachelard, 2004, 90). A partir de esta crítica a los fundamentos absolutos de los límites del conocimiento, Bachelard resitúa la cuestión de las fronteras epistemológicas afirmando que “*un problema insoluble es un problema mal planteado*, que una experiencia descrita como irrealizable es una experiencia donde la imposibilidad está puesta en los datos. Muy a menudo, el enunciado de una limitación implica una condena al fracaso, porque el problema imposible impone ya un método defectuoso de resolución.” (Bachelard, 2004, 91). La experiencia va más allá de la observación y de las intuiciones sensibles primeras. Una de las características del pensamiento científico es justamente ser heterogéneo respecto del fenómeno primitivo.

Por el contrario, desde una concepción crítica de la ciencia, “*trazar claramente una frontera es ya superarla*. La frontera científica no es tanto un límite como una zona de pensamientos particularmente activos, un ámbito de asimilación.” (Bachelard, 2004,

92). Los límites del pensamiento científico son fructíferos cuando se los piensa en términos de un programa de experimentación y de producción de conocimientos, de posibilidades más que de imposibilidad. En este sentido, la tarea de una filosofía científica es traspasar los límites que han sido impuestos a la ciencia y problematizar lo real inmediato y las intuiciones primeras. Toda frontera que se presente como imposibilidad es un obstáculo que deber ser superado, “las fronteras oprimientes son fronteras ilusorias.” (Bachelard, 2004, 98). Y esta es justamente la tarea que Canguilhem está llevando adelante en este análisis sistemático y crítico de las “ilusorias” fronteras entre posiciones vitalistas y mecanicistas.

Canguilhem señala que Bichat considera que los actos de la vida, en tanto inestables e irregulares, se oponen a la invariabilidad de las leyes físicas: “La física, la química -añade- se tocan porque las mismas leyes presiden los fenómenos. Pero un inmenso intervalo las separa de la ciencia de los cuerpos organizados, ya que existe una enorme diferencia entre sus leyes y las de la vida.” (Bichat, cit. por Canguilhem, 1976, 109). En ese intervalo es donde Canguilhem encuentra un error filosófico inexcusable, y por eso recurre a la noción de frontera epistemológica de Bachelard.

No se puede defender la originalidad del fenómeno biológico y por consiguiente la originalidad de la biología, delimitando en el territorio físico-químico, en un medio de inercia o de movimientos determinados del exterior, unos enclaves de indeterminación, unas zonas de disidencia, unos núcleos de herejía. Si la originalidad de lo biológico debe ser reivindicada, es como originalidad de un reino sobre el conjunto de la experiencia y no sobre unos islotes en la experiencia. [...] Cuando se reconoce la originalidad de la vida, uno debe ‘comprender’ la materia en la vida y la ciencia de la materia, que es la ciencia sin más, en la actividad del viviente. (Canguilhem, 1976, 110).

Tanto la física como la química, al reducir la especificidad del viviente a una serie de leyes entre objetos, válidas fuera de toda referencia a un centro, han generado un medio en el que se pretende ver aparecer la vida, pero lo que ha resultado es una “inmanencia de la medida a lo medido, y el contenido de los protocolos de observación relativo al acto mismo de observación” (Canguilhem, 1976, 110). Se han constituido en ciencias del “alrededor”, sin un centro, “sólo un viviente infrahumano, puede coordinar un medio” (Canguilhem, 1976, 110). Lo que está advirtiendo Canguilhem, es la necesidad de incluir estas ciencias de la materia en una interpretación científica más

vasta y comprensiva, y es aquí donde cobran fecundidad las críticas realizadas desde el vitalismo a las posiciones mecanicistas en las ciencias fisicoquímicas.

El punto de vista biológico sobre la totalidad de la experiencia aparece fuertemente criticado por posiciones mecanicistas y materialistas, acusando al vitalismo de ser científicamente retrógrado y políticamente reaccionario o contrarevolucionario. Estas acusaciones están fundadas en ciertas corrientes del vitalismo clásico de los siglos XVII y XVIII en contacto con posiciones animistas como la de Stahl. Según estas teorías, la vida del cuerpo animal dependen de un alma provista de todos los atributos de la inteligencia, ontológicamente diferente del cuerpo y funcionando como un principio vital: “La vida es aquí al cuerpo viviente lo que el alma cartesiana es al cuerpo humano, al que no anima, pero cuyos movimientos rige voluntariamente. Lo mismo que el alma cartesiana no dejaría de ser todo lo que es, aunque los cuerpos no fuesen vivientes.” (Canguilhem, 1976, 112). Por estas semejanzas con posiciones teóricas espiritualistas, se ha considerado a la biología vitalista también reaccionaria.

Estos prejuicios teóricos sobre el vitalismo se han visto agravados por la utilización que la ideología nazi ha hecho de una biología vitalista para predicar fuerzas y formas sociales totalitarias, junto con la conversión de biólogos vitalistas al nazismo. Las problemáticas biológicas que han sido utilizadas para estos fines políticos son las vinculadas con las relaciones entre organismo y sociedad, como si se tratara de una mera trasposición de conceptos. Ante estos usos Canguilhem advierte que

(...) es tan absurdo buscar en la biología una justificación para una política y una economía de explotación del hombre por el hombre, como lo sería el negar al organismo viviente todo carácter auténtico de jerarquía funcional y de integración de funciones de relación a niveles ascendentes (Sherrington), por el solo hecho de ser partidario, por razón de justicia social, de una sociedad sin clases. (Canguilhem, 1976, 113).

Se trata de no confundir las crisis sociales y políticas con crisis en el ámbito de la producción de conocimiento biológico. Si bien se busca comprender las condiciones históricas que hacen posible el conocimiento científico, las lógicas de producción y de transformación de ese conocimiento, tienen que ver con ciertas especificidades propias de la racionalidad y el lenguaje científicos, en el que sin lugar a dudas se ponen en juego supuestos ontológicos que también están a la base de las ideas sociales y políticas. En este sentido Canguilhem aclara que “los renacimientos del vitalismo traducen, acaso de

manera discontinua, la desconfianza permanente de la vida ante la mecanización de la vida. Es la vida intentando devolver al mecanicismo a su lugar en la vida.” (Canguilhem, 1976, 114).

Entonces, qué es el vitalismo. Se trata de una teoría biológica, “bajo la forma de la exigencia más que de la doctrina” (Canguilhem, 1976, 114), que explica la vitalidad, la espontaneidad propia de la vida que escapa permanentemente a su mecanización. Por lo tanto la vida es creación, invención e irreductibilidad, en oposición a la regularidad y uniformidad de los fenómenos físicos. Recuperando los trabajos de Bichat, Canguilhem sostiene que el vitalismo implica el rechazo de dos posiciones metafísicas respecto de las causas de fenómenos orgánicos: el animismo y el mecanicismo.

Todos los vitalistas del siglo XVIII son newtonianos, hombres que rechazan las hipótesis sobre la esencia de los fenómenos y que piensan solamente en el deber de describir y coordinar, directamente y sin prejuicio, los efectos tales como los perciben. El vitalismo es el simple reconocimiento de la originalidad del hecho vital. (Canguilhem, 1976, 184).

Luego de haberse ocupado de la vitalidad, la fecundidad y las críticas al vitalismo, Canguilhem se detendrá en el problema biológico del organismo-máquina, problema que considera lindante al de las relaciones entre la ciencia y la técnica.

3.1.2. La asimilación del organismo a una máquina y sus consecuencias filosóficas

Una máquina es una construcción artificial, obra del hombre, cuya función depende de mecanismos. El mecanismo es una configuración en la que diferentes partes se ensamblan a partir de un movimiento tal que no deroga la configuración. Estos movimientos son producidos (no creados) por las máquinas. Se trata de desplazamientos geométricos y mensurables, que el mecanismo regula y transforma.

Ahora bien, “se ha dicho ya que lo que es la regla en la industria humana, es la excepción en la estructura de los organismos y la excepción en la naturaleza” (Canguilhem, 1976, 120). Entonces, Canguilhem se plantea el siguiente problema: “¿Cómo explicar que se haya buscado en las máquinas y en los mecanismos, definidos como procedimiento, un modelo para la inteligencia de la estructura y de las funciones del organismo?” (Canguilhem, 1976, 120).

Para abordar esta inquietud, comenzará por quien considera que es el primero en asimilar el organismo a una máquina: Aristóteles, para quien todo movimiento necesita de un primer motor. Es decir, que “el movimiento supone lo inmóvil; lo que mueve el cuerpo es el deseo, y lo que explica el deseo es el alma, como la que explica la potencia es el acto.” (Canguilhem, 1976, 123). Tanto en Aristóteles como más tarde en Descartes, la asimilación del organismo a la máquina presupone que el hombre construye dispositivos para un mecanismo automático ligado a una fuente de energía cuyos efectos motores se desarrollan bastante tiempo después de cesar el esfuerzo humano o animal. Es en el paso entre el momento de la restitución de la fuerza que mueve los motores y el almacenamiento de energía restituida por el mecanismo, lo que posibilita el olvido de la relación de dependencia del mecanismo con la acción de un viviente.

Canguilhem va a revisar diferentes trabajos sobre el tema del mecanicismo en la filosofía. Recurre a los trabajos de P. M. Schul¹⁵ sobre el lugar del mecanicismo en las oposiciones producidas por la filosofía antigua, tales como ciencia y técnica, liberal y servil, naturaleza y arte: “En Aristóteles, la jerarquía de lo liberal y de lo servil, de la teoría y de la práctica, de la naturaleza y del arte, es paralela a una jerarquía económica y política, la jerarquía en la ciudad del hombre libre y de los esclavos. El esclavo, dice Aristóteles en *La Politique*, es una máquina animada.” (Canguilhem, 1976, 124).

Por otro lado, la problemática planteada por el Padre Laberthonnière¹⁶, se centra en mostrar que la revolución cartesiana en materia de filosofía de la técnica es posible o supone la revolución cristiana. Fundamenta este origen cristiano de la física cartesiana a partir del siguiente argumento: “era preciso que el hombre fuera concebido como un ser trascendente a la naturaleza y a la materia, para que fuera afirmado su derecho y su deber de explotar la materia. Dicho de otra forma, era preciso que el hombre fuera valorizado para que la naturaleza fuese desvalorizada.” (Canguilhem, 1976, 125).

En el análisis realizado por Franz Borkneau, sobre el problema de las relaciones entre la filosofía mecanicista y las condiciones económicas y sociales, aparece como punto de partida de una concepción mecanicista del mundo de la vida, concebir al trabajo como una cantidad susceptible de tratamiento matemático. Reduciendo todo valor al valor económico, el mecanicismo es entendido por este autor como una

¹⁵ *Mechanisme et Philosophie*, París, Alcan, 1938

¹⁶ En su obra *Les Etudes sur Descartes*. París, Vrin, 1935.

concepción del mundo burguesa, debiendo poder percibirse detrás de la teoría del animal-máquina, las normas de la economía capitalista naciente. Posición fuertemente criticada por Henryk Grosman asegurando que la causa de la concepción mecanicista del universo no se origina en el cálculo de los precios de costo por hora de trabajo, sino en la evolución del maquinismo en el período renacentista. En esta dirección de análisis considera que Descartes no traduce las prácticas de una economía capitalista sino que ha racionalizado conscientemente una técnica maquinista. Por lo tanto está entendiendo a la mecánica como una teoría de las máquinas que la ciencia debe promover. Es así como Descartes ha integrado a su filosofía un fenómeno humano como es la construcción de máquinas.

Ahora se pregunta Canguilhem: “¿Cuáles son, en la teoría cartesiana, las relaciones del mecanicismo y de la finalidad en el interior de esta asimilación del organismo a la máquina?” (Canguilhem, 1976, 128). Descartes lleva adelante su proyecto de explicar mecánicamente la vida, la distinción radical del alma y del cuerpo, del pensamiento y la extensión. Todo ello sirve a la afirmación de la unidad de la materia. Queda claro para y desde Descartes, que al tener el alma la función del juicio, los animales no tienen alma dado que no juzgan y son incapaces de poseer lenguaje e invención. Descartes está utilizando la misma dinámica argumental que Aristóteles, desvaloriza a los animales de la misma manera que Aristóteles lo hace con los esclavos. Así se justifica su utilización como instrumentos al servicio de quienes tienen la capacidad de juzgar:

Nos hallamos en presencia de una actitud típica del hombre occidental. La mecanización de la vida, desde el punto de vista teórico, y la utilización técnica del animal son inseparables. El hombre no sólo puede convertirse en dueño y poseedor de la naturaleza si niega toda finalidad natural y si puede tener toda la naturaleza, incluida toda la naturaleza aparentemente animada, fuera de sí mismo, por un medio. (Canguilhem, 1976, 129-130).

Por lo tanto, la mecanización de la vida implica un modelo mecánico del cuerpo viviente, tanto animal como humano. Respecto de los animales, porque “la negación del alma, es decir de la razón, a los animales, no implica sin embargo, según Descartes, la negación de la vida -la cual no consiste más que en el calor del corazón-, ni la negación de la sensibilidad, puesto que depende de la disposición de los órganos (carta a Morus, 21 de febrero de 1649).” (Canguilhem, 1976, 129).

En el *Tratado del hombre*¹⁷ vale la pena detenerse en la siguiente cita:

Estos hombres estarán constituidos como nosotros de un alma y de un cuerpo, y es preciso que os describa en primer lugar el cuerpo aparte, después el alma, también aparte, y por último, que os muestre cómo estas dos naturalezas deben estar juntas y unidas para formar hombres que se nos parezcan. Supongo que el cuerpo no es otra cosa que una estatua o máquina de tierra que Dios forma ex profeso para conferirle la máxima semejanza posible con nosotros. De modo que no solamente le da por fuera el color y la forma de todos nuestros miembros, sino que coloca en su interior todas las piezas requeridas para que marche, coma, respire y en fin que imite todas aquellas funciones nuestras que pueden ser imaginadas procedentes de la materia y que sólo dependan de la disposición de los órganos. Vemos que relojes de torre, fuentes artificiales, molinos y otras máquinas semejantes que, estando hechas sólo por los hombres, no dejan de tener la forma de moverse por ellas mismas en muchas y diversas maneras, y me parece que no sería capaz de imaginar tantos modos de movimientos en estas que supongo hechas por las manos de Dios, ni atribuirle tantos artificios que no tenga propósito de pensar quien sea capaz de ver todavía más. (Descartes, cit. por Canguilhem, 1976, 130-131).

Como bien señala Canguilhem, no podemos comprender la máquina-animal sin que esté precedida, en sentido lógico y cronológico, por Dios, como causa eficiente, y por un viviente preexistente a imitar como causa formal y final. (Cfr. Canguilhem, 1976, 131). Es decir, que se imita un dato orgánico previo, se construye un modelo mecánico a partir de un original vital, “el mismo artífice mecánico está inscrito en la vida y para concluir el uno en el otro se precisa el paso al infinito, es decir, Dios.” (Canguilhem, 1976, 131). Descartes está sustituyendo el mecanismo en el organismo, haciendo desaparecer la teleología de la vida pero instalando otra finalidad.

Hay una sustitución de una forma anatómica por una formación dinámica, pero como esta forma es un producto técnico, toda la teleología posible está encerrada en la técnica de producción [...] si el funcionamiento de una máquina se *explica* por las relaciones de pura causalidad, la construcción de una máquina no *se comprende* sin la finalidad, ni sin el hombre. Una máquina es hecha por el hombre y para el hombre, en vistas a algunos fines obtenibles, bajo formas de efectos a producir. (Canguilhem, 1976, 132).

Canguilhem señala que hay en Descartes una sustitución de un antropomorfismo tecnológico por un antropomorfismo político. Se apoya en la *Descripción del cuerpo humano*¹⁸, en el que Descartes sostiene que el cuerpo no obedece al alma a menos que

¹⁷ *Traité de l'Homme* (1662 lat, 1664 fran.)

¹⁸ *Description du Corps humain* (1648).

esté mecánicamente dispuesto. Pero en un cuerpo mecánicamente dispuesto, los movimientos de los órganos se mueven al modo de un engranaje.

En Descartes hay, pues, substitución de la imagen política del mando, en un tipo de causalidad mágica -causalidad por la palabra o por el signo-, de la imagen tecnológica de 'encargo', de un tipo de causalidad positiva por un dispositivo o por un juego de relaciones mecánicas[...] un dispositivo mecánico de ejecución reemplaza un poder de dirección y de mando, pero Dios ha fijado la dirección una vez por todas, la dirección del movimiento está incluida por el constructor en el dispositivo mecánico de ejecución. (Canguilhem, 1976, 133-134).

Es decir, que a pesar de la negación de la finalidad en los mecanismos (secuencia necesaria de operaciones) desde una biología mecanicista, hay una finalidad en los mismos. Entonces nos preguntamos: ¿la finalidad del mecanismo es una finalidad vitalista? Detengámonos en las diferencias que Canguilhem señala entre organismo y mecanismo para así comprender qué está en juego cuando las ciencias proponen una visión o comprensión de la realidad como organismo o como máquina. Aquí podemos encontrar claves de análisis en la configuración epistémica de las ciencias argentinas en el periodo que estamos estudiando, que nos permitan ver si cuando los científicos de la época hablan de la sociedad como un organismo vivo lo están haciendo desde una posición vitalista (como aparece a simple vista) o si se trata de un mecanicismo disfrazado de vitalismo o de una mutación heterogénea para conjurar el malestar social (Capítulo 9).

La diferencia fundamental entre organismo y mecanismo es que el organismo es un fenómeno de autoconstrucción, de autoconservación, de autorregulación y de autorreparación. En cambio la máquina supone un ingenio mecánico que la ha construido, tanto para la conservación, regulación y reparación, necesitan de la vigilancia y atención de un mecánico.

La máquina está concebida desde una ontología conjuntista en la que el todo es la suma rigurosa de las partes, de acuerdo con previas reglas de compatibilidad racional que rigen las funciones cada vez más rígidas por la práctica de la normalización. "La normalización es la simplificación de los modelos de objetos y de las piezas de recambio, la unificación de las características métricas y cualitativas, permitiendo el intercambio de las piezas. Toda pieza vale otra pieza del mismo destino, dentro,

naturalmente, de un margen de tolerancia que define los límites de fabricación." (Canguilhem, 1976, 136).

Otra característica de las máquinas es que una no puede reemplazar a otra. Sobre todo cuanto más específica es la finalidad. Teniendo en cuenta que las máquinas son artificiales, Canguilhem trae una cita de Paul Valéry que clarifica la distinción entre máquina y organismo en relación con la finalidad, a partir de la distinción entre lo artificial y lo viviente:

Artificial quiere decir que tiende a un fin definido. Y por ahí se opone a *viviente*. Artificial o humano o antropomórfico se distinguen de esto que es solamente viviente o vital. Todo lo que llega a aparecer bajo la forma neta y terminada deviene artificial y esto es la tendencia de la conciencia creciente. Es así el trabajo del hombre cuando se aplica a *imitar* lo más exactamente posible un objeto o un fenómeno espontáneo. El pensamiento consciente de él mismo se hace un sistema artificial [...] Si la vida tenía un fin, no sería más la vida. (Valéry, cit. por Canguilhem, 1976, 136)

Si la vida tuviera un fin sería un artificio, previsible, teleológico, sistemático, continuo. En cambio, en el organismo hay una vicariancia, es decir, hay discontinuidades territoriales de las funciones y polivalencia de los órganos. Lejos de la especificidad mecánica, en los órganos hay menos finalidad y mayores potencialidades. Las máquinas funcionan de acuerdo con

(...) normas racionales de identidad, de constancia y de previsión, mientras que el organismo viviente actúa según el empirismo [...] La vida es experiencia, es decir, improvisación, utilización de ocurrencias; es tentativa en todo su sentido. De donde el hecho, a la vez masivo y con frecuencia mal conocido, de que la vida tolera monstruosidades. No hay una máquina monstruo. (Canguilhem, 1976, 138).

En la crítica a la concepción mecanicista, Canguilhem reconoce las posibilidades que brinda esta perspectiva, pero al mismo tiempo marca sus límites: "cuanto más se compara los seres vivientes a las máquinas automáticas, mejor se comprende, según parece, la función, pero menos la génesis." (Canguilhem, 1976, 139). Para comprender la génesis hay que recurrir al punto de vista filosófico que considera que las máquinas, en tanto no poseen la función de autoconstruirse, son posibles por una anterioridad biológica. Es decir, que las máquinas se inscriben en la historia humana y ésta en la vida, sin desconocer la aparición con el hombre de una cultura irreductible a la simple naturaleza. Por lo tanto, "hemos venido a ver en la máquina *un hecho de cultura*

expresándose en unos mecanismos que no son más que un *hecho de naturaleza a explicar*.” (Canguilhem, 140-141), y más adelante sostiene que

todas las piezas de los mecanismos montados para la producción de un efecto en principio solamente soñado o deseado, son productos inmediatos o derivados de una actividad técnica tan auténticamente orgánica como la fructificación de los árboles [...] La anterioridad lógica del conocimiento de la física sobre la construcción de las máquinas, en un momento dado, no puede y no debe hacer olvidar la anterioridad cronológica y biológica absoluta de la construcción de las máquinas sobre el conocimiento de la física.” (Canguilhem, 1976, 141).

También trae a colación Canguilhem la precisión de Kant en el párrafo 65 de la *Crítica del juicio* al distinguir entre máquina y organismo afirmando que

(...) un ser organizado no es una mera máquina, pues ésta tiene sólo fuerza motriz, mientras que aquél posee en sí fuerza formadora y aun de tal índole que puede transmitirla a las materias que no la tienen (las organiza), o sea, una fuerza formativa que se propaga y que no puede explicarse únicamente a base de la capacidad de movimiento (por el mecanismo). (Kant, 1993, 224-225).

Kant está centrándose en el origen de la organización de una máquina. ¿Podríamos decir, atendiendo a la etimología de las palabras que una máquina es posible y funciona por la fuerza y el orden impuesto por un organismo? Más adelante Kant continúa diciendo:

Pero la perfección intrínseca de la naturaleza tal como la poseen aquellas cosas que sólo como fines naturales son posibles, llamándose por ello seres organizados, no es concebible ni explicable por ninguna analogía con ninguna de las facultades físicas, es decir, naturales, que nos son conocidas, y como nosotros mismos pertenecemos a la naturaleza entendida en el sentido más amplio, ni siquiera por una analogía exactamente adecuada con el arte humano. (Kant, 1993, 224-225).

Pero en una nota a pie de página, Kant se refiere a la posibilidad de pensar el Estado en términos organicistas dado que “en ese todo [que es el Estado] cada miembro es no sólo medio sino al propio tiempo también fin, y al contribuir a la posibilidad del todo, la idea del todo determina, a su vez, el lugar y la función de cada miembro.” (Kant, 1993, 225).

Canguilhem, como es habitual en su modo de trabajo, va a revisar diferentes posiciones teóricas tanto filosóficas como biológicas, recuperando aquellos análisis que reconocen que las técnicas poseen una originalidad vital que no puede ser reducida a la racionalización. Una teoría como la de la proyección orgánica de Ernst Kapp (posición

que se remonta hasta Hartmann y Schopenhauer) que entiende a las herramientas como una prolongación de los órganos humanos en movimiento; o la teoría del desarrollo de invenciones fundada a partir de las nociones darwinianas de variaciones y selección natural; o una teoría de las máquinas como tácticas de la vida planteada por Oswald Spengler. La posibilidad de comprender la relación entre máquina y organismo vinculando las invenciones técnicas como comportamientos del viviente, puede verse en el uso general de las máquinas que poco a poco va imponiendo la sociedad industrial: “la constatación de que los movimientos técnicos superfluos son movimientos biológicamente necesarios, ha sido el primer escollo hallado por esta asimilación exclusivamente tecnicista del organismo humano a la máquina.” (Canguilhem, 1976, 147).

Canguilhem ha mostrado en estos análisis sobre la máquina y el organismo, que las fronteras entre mecanicismo y organicismo no son absolutas sino que indican un territorio de tránsito: “una concepción mecanicista del organismo no era menos antropomórfica, a despecho de las apariencias, que una concepción teleológica del mundo físico.” (Canguilhem, 1976, 149). Fronteras que permiten observar cierta continuidad de la vida humana a través de la técnica. Pero la radicalización de las posiciones denominadas mecanicistas se ocupa de ocultar estos vínculos.

3.2. La noción de *medio* como clave mecanicista

Como hemos dicho más arriba, la epistemología de Canguilhem se ocupa de hacer la historia de los conceptos científicos. En esta ocasión nos detendremos en un concepto que va a tener un especial protagonismo entre los intelectuales positivistas argentinos: la noción de *medio*. En primer lugar se trata de una noción que es importada desde la mecánica a la biología en la segunda mitad del siglo XVIII. El término de *medio* en su acepción mecánica aparece en la *Enciclopedia* de d’Alembert y Diderot. El concepto va trasladándose y atravesando diferentes campos de conocimiento desde la biología de Lamarck hasta la literatura de Balzac. Adquiere un sentido abstracto en el pensamiento de Comte, y Taine lo toma como uno de los tres principios de explicación analítica de la historia: raza, momento y *medio*.

El concepto de medio en los mecanicistas del siglo XVIII aparece en el marco de la problemática de “la acción a distancia de individuos físicos distintos” (Canguilhem, 1976, 152), es decir, la cuestión sobre el vehículo de la acción. Pero esta preocupación sólo tiene sentido en la física newtoniana. No así en la física de Descartes en la que sólo se concibe un modo de acción física que es el choque en el contacto. El paso intermedio entre la física cartesiana y la noción de medio es la concepción del éter como un fluido luminoso que vehiculiza la acción a distancia en la física de Newton. Es decir que hay un paso de la noción de fluido vehículo a la de medio:

El fluido es el intermediario entre dos cuerpos, es su medio; y en tanto penetra todos estos cuerpos, estos cuerpos están situados en su medio. Según Newton y según la física de las fuerzas centrales, gracias a la existencia de centros de fuerzas se puede hablar de un alrededor, de un medio. La noción de medio es una noción esencialmente relativa. (Canguilhem, 1976, 153).

El problema epistemológico se presenta cuando se produce el olvido del carácter relativo de la noción de medio respecto de dos centros, y se entiende como el absoluto de una realidad en sí.

En el caso de Lamarck, quien ha tomado el modelo físico-matemático newtoniano de explicación del viviente a partir de un sistema de conexiones con su entorno, habla de medios en plural (agua, aire y luz). Por el contrario, cuando quiere referirse a las acciones que se ejercen desde fuera del ser viviente entendido como un centro (en términos físicos) utiliza el término “circunstancias influyentes”, noción más amplia y que incluye a las de clima, lugar y medio. (Cfr. Canguilhem, 1976, 154). Pero la situación entre el viviente y el medio supone dos series de acontecimientos que se dan en un mismo momento; por un lado el medio que ignora la vida, y por otro lado el esfuerzo del viviente para no ser abandonado por su medio. “La adaptación es un renovado esfuerzo de la vida por continuar ‘apegado’ a un medio indiferente” (Canguilhem, 1976, 159). Este dualismo marcado entre la vida y el medio, es lo que permite considerar a Lamarck un vitalista. Entiende la vida como aquello que resiste deformándose para sobrevivir y al medio como algo claramente exterior y extraño a la vida. El organismo busca adaptarse al medio por la necesidad y el esfuerzo por sobrevivir:

Arraigando los fenómenos de adaptación en la necesidad, que es a la vez dolor e impaciencia, Lamarck lo centraba sobre el punto donde la vida coincide con su

propio sentido, donde por la sensibilidad el viviente se sitúa absolutamente, sea positiva o negativamente, en la existencia, la totalidad indivisible del organismo y el medio. (Canguilhem, 1976, 175).

La significación que se le dará en adelante a *medio* será la de circunstancia y ambiente, las cuales suponen la intuición de una noción centrada:

En Lamarck, como en los primeros teóricos del medio, las nociones de “circunstancias”, “ambiente” tenían toda otra significación que la del lenguaje banal. Realmente evocaban una disposición esférica, centrada. Los términos “influencias”, “circunstancias influyentes”, también utilizados por Lamarck, sacan su sentido de las concepciones astrológicas. (Canguilhem, 1976, 175-176).

Canguilhem encuentra en la novela de Saint-Beuve, *Volupté* un claro registro de lo que Bachelard denomina el perfil epistemológico de Lamarck, esto es, el perfil psicológico de los diversos supuestos que están presentes en el autor, más allá de lo que puede explicitarse en el discurso científico. Compartimos un fragmento de la novela:

Lamarck separaba la vida con la naturaleza. La naturaleza a sus ojos, era la piedra y la ceniza, el granito de la tumba, la muerte. La vida no intervenía más que como accidente extraño y singularmente industrial, una lucha prolongada con más o menos éxitos o equilibrios aquí y allá, pero finalmente siempre vencida; la inmovilidad fría era reinante tanto antes como después. (cit. por Canguilhem, 1976, 160).

En cambio para Darwin, el medio como entorno físico-químico no ocupa el lugar protagónico que tiene para Lamarck a la hora de explicar las variaciones morfológicas de los organismos vivos. Considera como relación biológica fundamental la que se da entre los vivientes, reduciendo la influencia del medio entendido como un conjunto de fuerzas físicas. “Lamarck piensa la vida según la duración, y Darwin más que nada según la interdependencia; una forma viviente supone una pluralidad de otras formas con las cuales está en relación. La visión sinóptica que es lo esencial del genio de Darwin, es defecto en Lamarck.” (Canguilhem, 1976, 162).

Un momento interesante en la historia de la noción de medio, es el carácter que va a imprimirle Augusto Comte en la XL lección de su *Curso de Filosofía Positiva*¹⁹. Por un lado reconoce la significación newtoniana que entiende al medio como el fluido en el cual un cuerpo se halla sumergido, pero redefine la noción para darle un carácter

¹⁹ *Cours de Philosophie positive*, 1838.

más biológico y universal al entenderla como “el conjunto total de las circunstancias exteriores necesarias a la existencia de cada organismo” (Comte, cit. por Canguilhem, 1976, 155). Pero Comte hace una distinción entre el organismo sin más y el organismo humano. Cuando se refiere a los organismos en general hay una influencia recíproca entre el medio y el organismo: “el sistema ambiente no sabría modificar al organismo, sin que éste no ejerza a su vez sobre aquél una influencia correspondiente” (Comte, cit. por Canguilhem, 1976, 156). En cambio, el organismo humano, a través de la acción colectiva modifica su medio.

En Comte la noción de medio parece tener un sentido biológico, pero prima una concepción mecanicista de la relación medio-organismo, en tanto se entiende como una función en un conjunto de variables que es posible partiendo del supuesto de una “relación de igualdad que permite determinar la función por las variables, y la variable separadamente a partir de la función.” (Canguilhem, 1976, 156).

En definitiva, “el medio deviene un instrumento universal de disolución de las síntesis orgánicas individualizadas en el anonimato de los elementos y de los movimientos universales.” (Canguilhem, 1976, 158). Para dar un claro ejemplo del carácter mecanicista de la noción de medio, Canguilhem recurre a la siguiente cita de Louis Roule: “Los peces no llevan la vida de ellos mismos, es el río quien les hace llevarla, son personas sin personalidad” (cit. por Canguilhem, 1976, 158). Algo semejante a la afirmación de Descartes cuando se refería a los animales-máquina diciendo que “es la naturaleza que actúa en ellos por medio de sus órganos.” (cit. por Canguilhem, 1976, 158).

Estas distinciones en la concepción de medio es otra de las vías que nos permitirá acceder a la concepción de vida supuesta en los discursos científicos en disputa en los primeros años del siglo XX en Argentina. Este nudo teórico se puede ver claramente en la forma en que los positivistas argentinos se diferencian de la escuela positivista italiana (Capítulo 6) en torno a la discusión sobre etiología del criminal: los argentinos José Ingenieros, Francisco de Veyga y José María Ramos Mejía consideran que el medio es un factor determinante en la conducta criminal, relativizando el papel de la herencia, tan fuertemente sostenido por parte de Lombroso y sus seguidores.

Más adelante analizaremos qué entienden por medio, y por lo tanto por vida, los científicos argentinos.

3.3. El concepto y la vida en una historia epistemológica de las ciencias

Una de las consecuencias de la distinción entre posiciones mecanicistas y vitalistas para explicar el organismo viviente es establecer si se trata a lo viviente como un sistema de leyes o como organización de propiedades, es decir, si se trata de leyes de la vida o de orden de la vida (Cfr. Canguilhem, 1976, 185). Cuando se habla de leyes se suponen fenómenos invariantes en una realidad integral en la que lo singular, la separación y la variación son entendidas como fracaso, vicio, impureza, irregularidad. En cambio, si se considera a la vida como un orden de propiedades, esto es: “una organización de potencias y una jerarquía de funciones en las que la estabilidad es necesariamente precaria, siendo la solución de un problema de equilibrio, de compensación, de compromiso de poderes diferentes y por tanto recurrentes” (Canguilhem, 1976, 187-188), nos encontramos en otro marco de interpretación. Aquí las variaciones de las formas vivientes suponen una organización que es validada en relación con su logro de vida eventual. Lo viviente es anómalo, en el sentido que el término tenía para los naturalistas del siglo XVIII, designando desigualdad, diferencia de nivel, diferente.

En consecuencia, “la singularidad individual se puede interpretar como un fracaso o como un ensayo, como una falta o como una aventura” (Canguilhem, 1976, 188). Pero tanto el fracaso como la falta suponen una única forma de vida y por lo tanto de validación, pero si la vida se entiende como una naturaleza diversa, plural, dinámica, estos términos carecen de sentido:

Nada puede faltar a un viviente, si uno quiere admitir que hay mil y una formas de vivir. Del mismo modo que en la guerra y en la política no hay una victoria definitiva, sino una superioridad o un equilibrio relativos y precarios, lo mismo, en el orden de la vida, no hay resultados que radicalmente desvaloricen otros ensayos haciéndolos parecer faltos de algo. (Canguilhem, 1976, 189).

Como tampoco tienen sentido desde un punto de vista vital, términos como anómalo y normal. Es decir, no tienen un sentido absoluto sino relacional: “lo normal

significa unas veces el carácter medio en el que la variación es más rara que sensible y, otras, el carácter en el que la reproducción, o sea el mantenimiento y la multiplicación, revelará la importancia y el valor vitales” (Canguilhem, 1976, 191). De acuerdo con este último sentido lo normal tiene un carácter normativo en tanto es el instituidor de la norma. Lo que es considerado anómalo, anormal o patológico lo es en relación con un medio de vida y un género de vida determinado, que no tiene porque ser exclusivamente biológico. De hecho el hombre produce y reproduce su propio medio de vida en tanto “es capaz de existencia, de resistencia, de actividad técnica y cultural en todos los medios.” (Canguilhem, 1976, 192), es decir, que produce las normas que permiten comprender los casos individuales concretos. Pero cuando esta norma se vuelve un absoluto en sí misma, lejos de posibilitar la comprensión, disuelve la singularidad de los individuos y por lo tanto, la vitalidad de los mismos en tanto la vida es productora de variaciones, irregularidades, rupturas que hacen posible el proceso de singularización.

Canguilhem encuentra la tesis positivista respecto de lo normal y lo patológico expresada claramente en Claude Bernard y divulgada por Broussais y Comte, para quien “el estado patológico es homogéneo al estado normal en el que más o menos constituye una variación cuantitativa.” (Canguilhem, 1976, 196). Pero desde una posición crítica respecto de los supuestos positivistas, el organismo en estado patológico es “otro” organismo, es decir funciona con otro criterio normativo: “No podemos decir que el concepto de ‘patológico’ sea el contradictorio lógico del concepto de ‘normal’, porque la vida en el estado patológico no es la ausencia de normas sino la presencia de otras normas. Con el máximo rigor, ‘patológico’ es lo contrario vital de sano y no lo contradictorio lógico de normal.” (Canguilhem, 1976, 197).

Como señala Guillaume Le Blanc, la vida en principio es anormal porque la ausencia de una normalidad suficiente es la que demanda una normalización futura. Es decir, que si el objeto, acontecimiento o acto, coincidiera inicialmente con la norma no habría nada que normalizar. “Una norma es la posición de un juicio de valor en el cual se expresa ‘la insuficiencia de un tener actual’ con respecto a una exigencia.” (Le Blanc, 2004, 19). La patología incita a la vida misma a comprenderse como creación de normas en tanto evidencia la ausencia respecto de una exigencia, de un ideal.

Volviendo a la disyuntiva que planteamos más arriba entre entender la vida a partir de leyes o de otros órdenes, podemos ver en el tratamiento que Canguilhem hace de lo normal y lo patológico, que desde la concepción de un orden de la vida, este orden supone una pluralidad de normas que varían porque justamente la vida es lo que es capaz de soportar esas variaciones. Cuando nos encontramos con el uso del término patológico designando aquello que debe ser normalizado o excluido y hasta eliminado, estamos frente a una concepción de vida y de organismo que no puede captar y comprender la diversidad que implica la vida en el viviente. Situación que se vuelve preocupante cuando se está pensando a la sociedad como un organismo vivo, desde una concepción que reduce la vida a un simple mecanismo que expulsa todo aquello que implique variación y que ponga en peligro su estable, regular y continua salubridad.

Una categoría que nos permite comprender el espanto que produce la diversidad es la de *monstruo*. Canguilhem afirma contundentemente que lo que se opone a la vida no es la muerte sino la monstruosidad. La muerte es algo inexorable, incondicional, una amenaza permanente de descomposición orgánica del viviente; es la negación del viviente por el no viviente, condición exterior al viviente. En cambio la monstruosidad implica variaciones contingentes en el propio viviente, “es la amenaza accidental y condicional de inclusión o de distorsión en la formación de la forma, es la limitación por el interior, la negación del viviente por lo no viable.” (Canguilhem, 1976, 203). De esta manera los monstruos ponen en cuestión un orden vital unívoco mostrando la posibilidad de fracasos, desviaciones, alteraciones, fallos en el orden orgánico, porque no hay monstruos minerales o mecánicos: “el monstruo sería solamente otro que él mismo, otro orden que el orden más probable.” (Canguilhem, 1976, 201).

El valor de los seres vivos radica en su consistencia específica, esto es, en su resistencia a la deformación en una lucha constante por la integridad de la forma. Por esta razón el monstruo es entendido como un viviente con valor negativo, porque no solo escapa a lo habitual, lo esperado sino que nos revela la precaria estabilidad a la cual la vida nos ha habituado, “el monstruo [...] es un viviente cuyo valor es repeler” (Canguilhem, 1976, 202) la continuidad y la regularidad.

Pero cuando lo monstruoso se convierte en un concepto biológico, es reducida su irregularidad para pasar a formar parte en las clases de relaciones constantes, que pueden

ser provocadas experimentalmente mediante el conocimiento de las leyes que rigen lo regular. Es decir, lo monstruoso es naturalizado, vuelto regular y previsible. “En el siglo XIX, el loco está en el asilo donde sirve para mostrar la razón, y el monstruo está en el frasco del embriólogo donde le sirve para enseñar la norma.” (Canguilhem, 1976, 209). Este proceso que comienza en el siglo XVIII y se fortalece en el siglo XIX, instala una lógica que supone que a través del estudio de la anomalía se explica la función normal. Lo anómalo es impedido o desviado por la norma, por lo tanto, conociendo y discriminando lo anómalo se accede a la norma.

Pero Canguilhem pretende rescatar las nociones de monstruo y de monstruosidad de la lógica regularizante de la ciencia para recuperar la lógica de la imaginación, en la que lo monstruoso, en tanto lo que escapa a la norma, es proliferante y señala lo que la ciencia excluye, esto es, la máxima opuesta a pensar la naturaleza como aquello en lo que no hay excepciones:

Esta máxima da nacimiento al anticosmos, al caos de las excepciones sin leyes. Este antimundo, cuando es visto al lado de quienes lo frecuentan después de haberlo creado, creyendo excepcionalmente posible -olvidando por su lado que sólo las leyes permiten las excepciones- este antimundo, es el mundo imaginario, perturbador y vertiginoso de lo monstruoso. (Canguilhem, 1976, 216).

Sólo la imaginación permite salir del cosmos y crear un caos, y aquí Canguilhem recurre a la noción de imaginación de Bachelard, que supone una actividad que deforma permanentemente las viejas imágenes para dar formas a nuevas imágenes. En este sentido podemos pensar que nociones como la de monstruo y monstruosidad, así como las de caos o anomalías, pueden ser entradas posibles para acceder a las dimensiones de lo vital.

Desde esta lógica, las nociones que fuimos transitando, cobran mayor sentido. La vida es lo discontinuo de los actos, formación de formas, forma irreductible a toda composición de materiales, es creación, invención e irreductibilidad, es el poder de lo viviente.

Pero queda latente el problema de la relación entre el concepto y la vida que no es otro que el problema del conocimiento de la vida. ¿De qué manera el concepto puede habilitar el acceso a la vida? ¿Desde qué concepción del conocimiento podemos acceder a la vida? Sin lugar a dudas, de acuerdo con las distinciones entre las diferentes

concepciones de ciencia que hemos reseñado a partir del trabajo de Canguilhem, sostenemos con él que “para comprender al ser vivo es preciso apelar a una teoría no métrica del espacio, esto es, una ciencia del orden, una topología.” (Canguilhem, 2009, 386) que permita percibir e interpretar la precariedad, la inestabilidad, las variaciones de las formas vivientes y los órdenes y desórdenes que suponen, lo anómalo del viviente, la diferencia.

Agregamos a la mirada topológica una estrategia para conjurar la recurrente quietud del concepto: comprender la vida al modo nietzscheano como liberación de fuerzas. Por lo tanto, realizar la experiencia de una historia epistemológica de las ciencias preocupada y fundada en lo vital, es provocar una liberación de fuerzas y garantizar la diferencia. Se trata de una voluntad epistemológica como voluntad de querer más vida a través de la recuperación de los órdenes provocados por revueltas anómalas y *monstruosidades* anarquistas que resistieron la instauración de la *ley* de la nación en la primera década del siglo XX.

Capítulo 4: La carne, el cuerpo y el conocimiento científico

Para poder observar en las discusiones y luchas entre anarquistas y positivistas qué sucede en el nivel del conocimiento científico sobre lo social y cómo acceder al complejo de tensiones que lo hace posible, proponemos ingresar a las dimensiones que tradicionalmente se han entendido como "no científicas". Se trata de iniciar una exploración en busca de categorías que habiliten el ingreso a las condiciones históricas de producción de conocimientos científicos en Argentina, y dar cuenta de qué manera la producción científica supone la materialización de un cierto modelo social. Así es como proponemos explorar las posibilidades epistemológicas de las categorías de *cuerpo* y *carne*, puestas en juego como claves de una de las tantas tensiones que atraviesan al proceso de constitución del conocimiento científico.

4.1. La presencia de lo “no científico” en la ciencia

La epistemología como la historia de las ciencias, en tanto disciplinas filosóficas, tienen la tarea de interrogar los lenguajes y códigos especiales como los de la ciencia para juzgar cómo estas formas de pensamiento se relacionan con la experiencia vivida por individuos singulares, es decir, con esa dimensión en la que todo ser humano lucha con su medio, origen de cualquier acción, y antecedente de las posibilidades de conocimientos. El conocimiento científico desde una perspectiva tradicional tiene una función correctiva en la medida en que rectifica, disciplina, previene aquello que pueda significar un peligro generado por la potencia creadora (Cfr. Lecourt, 2009, 87-88). Canguilhem sostiene que “El valor de la ciencia es totalmente limitador, casi negativo: es el de una prudencia, el de un sistema preciso de precaución; por precioso (y debe serlo infinitamente) que sea este sistema, no engendra nada por sí mismo” (Canguilhem, cit. por Lecourt, 2009, 87-88). Es decir que aquello que da origen a lo que conocemos como conocimiento científico es del orden de la experiencia vital, la ciencia luego lo sistematiza, ordena, establece criterios y clasificaciones, formula leyes, etc.

Encontramos otro rasgo fenomenológico (siguiendo la hipótesis de Foucault según la cual la filosofía francesa del siglo XX consiste en diferentes interpretaciones y

movimientos respecto de la fenomenología) que es interesante revisar, sobre todo en vistas de las estrategias metodológicas que pretendemos derivar en esta primera parte. En *Fenomenología de la percepción*, Merleau-Ponty establece una distinción entre el mundo percibido y el mundo según la explicación científica. Hay una distancia que se produce por la determinación científica del conocimiento que es abstracta, significativa y dependiente, desde la visión de la conciencia, dejando en el olvido u obviando a las “cosas mismas”. De lo que la ciencia habla, desde la conciencia, tiene su origen en la desvinculación del sujeto de aquello que pretende conocer realizada por Descartes y luego por Kant, ocultando que “todo el universo de la ciencia está construido sobre el mundo vivido, y si queremos pensar rigurosamente la ciencia, apreciar exactamente su sentido y alcance, tendremos primero, que despertar esta experiencia del mundo del que ésta es expresión segunda.” (Merleau-Ponty, 1984, 8).

A ese “mundo vivido” corresponde la dimensión de la “no-ciencia” que aparece con frecuencia en las preocupaciones de los epistemólogos franceses. Canguilhem comenta, a propósito de la correspondencia entre Descartes y el artesano Ferrier sobre la constitución de la teoría de los lentes, que “la ciencia se inserta por momentos en una no-ciencia y que es por la vía del estudio de la no-ciencia por donde hay que abordar la de las relaciones entre ciencias y técnicas” (Lecourt, 2009, 77). Pero Canguilhem no deja de advertir que si bien “Descartes necesita a Ferrier para tallar cristales de óptica, [...] es él quien concibe la teoría de las curvas que la talla debe obtener.” (Canguilhem, 2009, 22). Es Descartes con su conocimiento científico quien impone un orden que restringe y modela las experiencias vividas por el artesano, su creatividad vital. Este es el desafío de una historia de las ciencias discontinuas: “lograr abstraer de la historia de la ciencia, en tanto sucesión manifiesta de enunciados más o menos sistematizados y con pretensión de verdad, la andadura ordenada latente, sólo ahora perceptible, de la que la verdad científica presente es el término provisional.” (Canguilhem, 2005a, 24).

La ciencia cumple una función ordenadora, modeladora, en ciertos términos restrictiva, pero esto no resuelve la inquietud por el criterio de ese orden, de ese modelo. ¿Qué es lo que sucede en el transcurso de los años 1902-1910 en Argentina para que esa misma ciencia sea el discurso de autoridad de dos órdenes antagónicos (anarquistas y

positivistas)? ¿Se trata de la misma ciencia? ¿Qué la define? ¿El orden triunfante extirpó el “otro” orden o lo subsumió?

Para trabajar estos interrogantes exploramos una serie de relaciones buscando nuevas ampliaciones en la forma de abordaje epistemológico que permitan percibir otros órdenes en las experiencias latentes y vitales que forman parte de la trama del discurso científico y sus consecuencias en el terreno de las prácticas sociales y políticas.

4.2. Ampliaciones epistemológicas en la dimensión de la *sensación*

... no hacer lo visible, sino hacer visible
Paul Klee

Pero recordemos que también una idea, tan sensible como la
hayamos realizado, no tendrá la misma flexibilidad que las cosas
Henri Bergson

Deleuze plantea un problema en el orden de la sensación a propósito de las artes en general y de la pintura de Bacon en especial: producir lo visible o hacer visible lo invisible. “La tarea de la pintura se define como el intento de hacer visibles fuerzas que no lo son. Del mismo modo, la música se esfuerza por hacer sonoras fuerzas que no lo son.” (Deleuze, 2009, 63). Siguiendo esta secuencia lógica, podemos también pensar en una distinción entre producir conocimiento científico sobre lo conocido, es decir, sobre lo visible, y en ese caso tenemos un arsenal metodológico que nos permitirá realizar una producción exitosa; o producir un conocimiento que permita hacer visible algo que todavía no ha sido visto, algo invisible, algo insospechadamente visible.

Realizar esta distinción entre la producción de conocimiento sobre lo visible y la producción de un conocimiento que permita hacer visible, suponen distintos anclajes epistemológicos, diferentes concepciones sobre el conocimiento, y por lo tanto, diversos procedimientos metodológicos. ¿Cuál podría ser entonces el punto de partida de una epistemología y metodología que haga posible hacer visible, y no seguir haciendo lo visible? En primer lugar, una concepción ontológica que entienda a la realidad como compleja y dinámica, y una perspectiva epistemológica que reconozca un desajuste entre

lo que pretende ser el conocimiento sobre la “realidad” y lo que esta pueda llegar a ser. Desde ese reconocimiento del *desajuste*, conocer es hacer visibles ciertos aspectos, recovecos, intersticios, pliegues de eso que hemos dado en llamar *realidad*. Pero ese hacer visible no sólo implica un desajuste en el sentido en que el conocimiento científico no puede reflejar la realidad, sino que también implica asumir una tensión antitética entre conocimiento y desconocimiento: “el conocimiento de lo real siempre proyecta alguna sombra” (Bachelard, 1994, 15), reconociendo una opacidad ineludible en el acto de conocer.

Parafraseando a Merleau-Ponty, la filosofía busca rescatar las cosas desde el fondo de su silencio. Para ello, continuamos sensibilizando la mirada epistemológica (Capítulo 2.1.) descentrándonos de las lógicas tradicionales para transitar otras: una *lógica de la sensación* que procure hacer visible lo invisible.

4.2.1. Lógica de la sensación o de las conexiones entre Deleuze y Bacon

Algo en la interpretación que Deleuze hace de las estrategias pictóricas de Bacon nos interpela epistemológicamente. Aparecen categorías, operaciones, miradas, que pueden pensarse como posibilidades epistemológicas, en el sentido de las aperturas visuales que posibilita. Aperturas que no sólo significan ampliar horizontes sino orientar la mirada en una dirección en la que no había sido dirigida.

Cuando Deleuze habla de sensación (recurriendo a Bacon y Cézanne), está hablando de una forma, la Figura, que no representa objeto alguno (figuración), sino que se trata de algo que pasa de un orden a otro, de un dominio a otro, de un nivel a otro, “la sensación es maestra de deformaciones, agente de deformaciones del cuerpo” (Deleuze, 2009, 43). El cuerpo da y recibe sensaciones, por él transita un movimiento que tiene que ver con el sujeto y con el objeto al mismo tiempo. Con el sujeto en tanto sistema nervioso, movimiento vital, instinto, temperamento, pero también tiene que ver con el objeto en tanto “hecho”, lugar, acontecimiento. Es “las dos cosas indisolublemente, es ser-en-el-mundo [...] a la vez *devengo* en la sensación y algo *ocurre* por la sensación.” (Deleuze, 2009, 41). Y más adelante ejemplifica: “Siendo espectador, no experimento la sensación sino entrando en el cuadro, accediendo a la unidad de lo sintiente y de lo sentido.” (Deleuze, 2009, 42). Pintar la sensación, tanto para Bacon como para Cézanne,

es registrar el hecho, en cuanto este hecho afecta al sistema nervioso, a la carne, no al cerebro.

La figuración y la pintura abstracta, en cambio, pasan por el cerebro, no por el sistema nervioso y permanecen en un único y mismo nivel. Sólo operan transformaciones de las formas que no conciernen al cuerpo. En cambio la figura es una secuencia movediza que se desarrolla en una pluralidad de dominios constituyentes. “Cualquier sensación, y cualquier figura, ya es sensación ‘acumulada’, ‘coagulada’, como en una figura de caliza.” (Deleuze, 2009, 44).

En la búsqueda de Bacon por encontrar una vía directa y sensible que arranque al arte moderno de la figuración (y que no sea la abstracción) pinta Figuras desde una lógica no cerebral, no racional, que permita que aparezca visualmente una figura multisensible, directamente en contacto con una potencia vital.

Por ejemplo -señala Deleuze- en las Corridas se oyen las pezuñas del animal, en el tríptico de 1976 se toca el estremecimiento del pájaro que hunde en el sitio de la cabeza, y cada vez que se presenta la pieza de carne, se la toca, se la siente, se la come, se la pesa, como en Soutine; y el retrato de Isabel Rawsthorne hace que surja una cabeza a la que se le añaden óvalos y trazos para abrir exageradamente los ojos, hinchar las narices, prolongar la boca, movilizar la piel, en un ejercicio común de todos los órganos a la vez. (Deleuze, 2009, 48).

La primer categoría que nos convoca desde esta lógica de la sensación es la de “redondel” u óvalo que circunda la figura buscando aislarla, creando “una pista, una especie de circo como lugar” (Deleuze, 2009, 13). Pero hay algo que hace que esta focalización no se parezca a otras, se trata de la preocupación porque estos procedimientos “no constriñan la Figura a la inmovilidad; al contrario, deben hacer sensible una especie de marcha, de exploración de la Figura por el lugar, o de sí misma.” (Deleuze, 2009, 13-14). El movimiento pasa por el cuerpo, fuente de movimiento en una búsqueda constante por escaparse de la inmovilidad. “El cuerpo se esfuerza con precisión, o con precisión espera escaparse por [...] un espasmo” (Deleuze, 2009, 25).

Pero qué es entonces el cuerpo. El cuerpo no es un organismo, dice Deleuze citando a Artaud. Los organismos son enemigos del cuerpo. El cuerpo es una realidad intensiva. Es decir, la sensación determina variaciones alotrópicas y no datos representativos.

La Figura es el cuerpo sin órganos, es carne y nervios que aparecen al deshacer el organismo, que no es otra cosa que deshacer la organización de los órganos. El cuerpo sin órganos se define, no por la ausencia de órganos, sino por la *presencia temporal y provisional* de órganos determinados, y no por la lógica que determina a cada órgano en un organismo.

El cuerpo es el material de la Figura, por esto el cuerpo es figura y no estructura. Justamente la pintura de Bacon busca “limpiar y cepillar” un cierto orden hasta ver aparecer ese otro orden de la carne, de la entraña, de la animalidad. Deleuze ve en la técnica del pintor el proyecto de deshacer la estructura para que aparezca la figura, el cuerpo. Deshacer el orden orgánico determinado para que aparezcan órdenes temporales y provisionales, órdenes dinámicos que transitan por los cuerpos.

Aquí aparece una operación que también nos interesa como estrategia epistemológica y metodológica: “limpiar y cepillar”, alterar y deformar las representaciones hasta ver aparecer el cuerpo. Los retratos de Bacon deshacen el espíritu descarnado de lo humano para permitir que aparezca el espíritu corporal y vital, el espíritu animal del hombre. La animalidad está presente como trazo, no como forma, “lo que la pintura de Bacon constituye es una *zona de indiscernibilidad, de indecibilidad*, entre el hombre y el animal” (Deleuze, 2009, 30). Se trata del hecho común del hombre y el animal, de una identidad de fondo, de la realidad del devenir. (Cfr, Deleuze, 2009, 33).

En la pintura de Bacon como en la mirada de Deleuze se trata de una forma de restituir lo vital que las conceptualizaciones del hombre occidental acerca de sí mismo volvieron ajenas a su propia vida. ¿Es posible, a partir de estas provocaciones de Bacon, “limpiar y cepillar” los residuos de una razón enajenante, desgarrar los velos para liberar la vitalidad animal de las dimensiones epistemológicas? ¿Qué estructuras podemos desarmar, desgarrar, para ver aparecer la vitalidad de fuerzas e intensidades que hicieron posible el conocimiento científico en Argentina? La tarea que nos proponemos es comenzar a deshacer el relato histórico, el lenguaje y las categorías académicas desde las que se ha pensado ese periodo de tiempo, hacer que surjan las sensaciones de los escritos de la época. Sensibilizar la lectura de manera que permitamos que esos “hechos” afecten a nuestro sistema nervioso, no a nuestro cerebro. Pero

teniendo en cuenta, como el propio Bacon lo advierte, que se trata de una pretensión que se nos escapa permanentemente. A pesar de los procedimientos pictóricos que buscan deshacer todo tipo de representación para lograr que aparezca la carne en el arte moderno, no logra escapar de la representación. En este sentido, aquí sólo ponemos en tensión esta búsqueda que justamente se expresa en el lenguaje y el criterio académico.

Se trata de buscar en esos primeros años del siglo XX, trazos irracionales, tal vez involuntarios, accidentales, libres, aleatorios. “No representativos, no ilustrativos, no narrativos [...] trazos de sensación, pero sensaciones confusas (las sensaciones confusas que se suscitan al nacer, decía Cézanne)” (Deleuze, 2009, 102), que tuvieron que ver con la trama que hizo posible que se conformaran esos fenómenos del conocimiento que hemos dado en llamar ciencias sociales.

En el caso de la mirada histórica sobre las ciencias sociales en Argentina, ha sucedido un proceso inverso al que realiza Bacon en su pintura. Bacon limpia y cepilla, trabaja duramente para desterrar todo elemento figurativo, formal, abstracto, representativo, ilustrativo de los primeros trazos en el lienzo. En el campo de la historia de la ciencia, por el contrario, se ha trabajado para borrar toda marca sensible de vivencias, experiencias, inquietudes, malestares, conflictos, contradicciones, incoherencias de los discursos y las prácticas de quienes estaban construyendo conocimiento sobre lo social. Podríamos decir con Bachelard que ha consistido en un movimiento *insensible* que ha dado por resultado un relato que explica el surgimiento de las ciencias sociales en Argentina, dando por sentado la presencia del pensamiento positivista en los intelectuales y científicos de las primeras décadas del siglo XX, reconociendo en este perfil teórico la pretensión de producir conocimiento científico sobre lo social a partir del modelo de las ciencias naturales.

En esta misma mirada histórica se puede ver la funcionalidad del obstáculo que implica realizar generalizaciones. “Nada ha retardado más el progreso del conocimiento científico que la falsa doctrina de lo *general* que ha reinado desde Aristóteles a Bacon²⁰ inclusive, y que aún hoy permanece, para tantos espíritus, como una doctrina fundamental del saber” (Bachelard, 1994, 66). A partir de la configuración de la corriente de pensamiento positivista en Europa y la simplificación de sus características

²⁰ En este caso Bachelard se refiere al filósofo Francis Bacon, no al pintor.

distintivas, éstas se hacen extensivas para explicar el “positivismo argentino”, como la adopción de una lineal, unilateral y ahistórica circulación de conocimiento del "viejo" al "nuevo" continente. Si el interés histórico pretende profundizarse se hace referencia a la recepción de las ideas positivistas europeas en Latinoamérica, destacando el desfasaje temporal del arribo de las corrientes de pensamiento a esta parte del mundo, como así también, las deficiencias en la interpretación de dichas corrientes teóricas por no acceder directamente a las fuentes en sus idiomas originales e incluso por no acceder a los textos originales²¹.

Pero limpiando y cepillando, haciendo foco en esos primeros años del siglo XX, podemos hacer *visible* aquello que ha permanecido *invisible*, al menos para ciertos saberes académicos. Correr el velo insensible y comenzar a percibir otras dimensiones del “positivismo argentino” en las que comienza a aparecer como un movimiento de intelectuales, científicos y políticos que en Argentina recurren a las ideas positivistas europeas como caja de herramientas para (de una manera desprejuiciada) tomar de ellas aquellas nociones, estrategias y hasta prácticas que permitan afrontar lo que aquí se percibía como un *monstruo* social y moral (Capítulo 6). Si seguimos limpiando y cepillando, comienza a emerger lo que para algunos sectores es percibido como un malestar corporal que busca desesperadamente un nuevo orden ante la vivencia del caos social.²²

Comienza a parecer un cuerpo buscando una estructura para *excretar* ese malestar corporal (Capítulo 8.1). José Ingenieros, en sus escritos criminológicos permite ver ese movimiento de expulsión cuando dice:

Este instinto es la fuerza poderosa que impulsa a los seres vivos a la segregación o eliminación de cuanto puede dificultar o poner en peligro la existencia o la integridad de la individualidad orgánica: la conservación de la propia vida es tendencia fundamental de todo ser vivo. La ameba elimina la partícula inorgánica que ha absorbido por error, creyéndola alimenticia; de idéntica manera la sociedad trata de eliminar todos aquellos elementos que considera perjudiciales a su vitalidad y evolución. (Ingenieros, J., *Criminología*, 1957c, 149).

²¹ Ver por ejemplo, para la problematización del caso de la recepción del marxismo en Argentina (Tarcus, 2007)

²² En el año 1869, según los datos del primer censo nacional, la población de la Argentina era de 1.737.026 habitantes. Entre 1857 y 1930 ingresaron 6.296.340 inmigrantes de los cuales decidieron permanecer en el país 3.397.651. Es decir, que la inmigración significó, entre los años 1885 y 1889, un promedio el 76% del crecimiento anual de la población de la Argentina; y entre 1904 y 1910, el promedio fue del 58% (Cfr. Rapoport, M., 2003: 39-41).

Sólo sensibilizando la mirada epistemológica podemos ver aparecer ese malestar corporal, que devino conocimiento sobre lo social. La preocupación por resguardar la integridad “orgánica” del cuerpo social, de acuerdo con criterios de orden social preestablecidos en función de un proyecto de nación moderna, expulsando todo elemento “inorgánico” que pueda poner en peligro la lógica orgánica de la nación.

Bacon decía “Espero ser capaz de hacer figuras que surjan de su propia carne” (Bacon, cit. por Deleuze, 2009, 17). Aquí pretendemos ser capaces de construir una mirada epistemológica que permita que surjan las fuerzas vitales, corporales, nerviosas, que son la materia de todo conocimiento, a pesar de la insistente fuerza académica que borra y oculta tras ordenadas, estrictas y cándidas generalizaciones.

4.3. La tensión cuerpo carne

La consistencia del cuerpo, lejos de rivalizar con la del mundo, es por el contrario el único medio que tengo de ir al corazón de las cosas, haciéndome mundo y haciéndolas carne.
Maurice Merleau-Ponty

Una de las dimensiones en las que se ponen en juego las concepciones de vida, es la de la distinción y tensión entre las nociones de *carne* y *cuerpo*. Desde la lógica de la sensación de Deleuze, y guiados ahora por el tratamiento que Esposito hace de estas nociones en *Bíos*, nos detendremos en las conceptualizaciones de cuerpo y carne que permitan pensar la realidad política y epistemológica argentina de los primeros años del siglo XX.

Hay una metáfora recurrente en la formación de las naciones modernas, la de establecer una relación entre política y cuerpo a través de expresiones como *cuerpo político*, *cuerpo social*. Esposito sostiene que “cada vez que se pensó el cuerpo en términos políticos, o se pensó la política en términos de cuerpo, se produjo un cortocircuito inmunitario tendiente a cerrar el ‘cuerpo político’ sobre sí mismo y dentro de sí mismo, en oposición con su propio exterior.” (Esposito, 2006, 254), a partir de una dinámica que supone un modelo organicista en la que cada miembro del cuerpo es

funcional a una unificación presupuesta para la autoconservación del conjunto del organismo político.

Este cierre del cuerpo político es el que nos permite pensar esa dinámica de exclusión corporal que veíamos tan claramente en la cita de Ingenieros. El cierre es posible a través de la eliminación de todo elemento que no sea funcional al organismo. Por lo tanto, lo expulsado será considerado lo inorgánico. Pues bien, ¿qué dimensiones, prácticas, acontecimientos sociales son los considerados inorgánicos?

Siguiendo el planteo de Esposito vamos a identificar, al menos por ahora, lo orgánico con una “protección negativa de la vida” (Esposito, 2006, 254) (en tanto restricción, exclusión y cierre) y lo inorgánico con la resistencia vital contra ese cierre o protección negativa. El término que nos interesa aquí, en tanto se vincula con lo inorgánico como aquello que escapa al orden orgánico que “protege la vida”²³ y clausura los cuerpos, es la noción de *carne*.

Esposito trabaja cuidadosamente los diferentes sentidos y la historia del término *carne*, por lo tanto aquí sólo nos detendremos en las acepciones que resulten productivas en función de los objetivos de la investigación y de las inquietudes que surgieron a partir de la pintura de Bacon y el abordaje que hace de la misma Deleuze. Esposito llega al uso de este término pensando el fenómeno de clausura del cuerpo político en el nazismo y buscando un término más significativo para nombrar aquello que los nazis denominaron “existencia sin vida”, aquello que carecía de los requisitos capaces de integrar étnicamente el cuerpo individual en el colectivo (Cfr. Esposito, 2006, 255). Carne significa algo que pertenece a la naturaleza del cuerpo pero que se escapa a su orden y, en consecuencia, se lo expulsa: “la existencia sin vida es la carne no coincidente con el cuerpo, esa parte, zona, membrana del cuerpo que no es una misma cosa que este, va más allá de sus límites, o se sustrae a su cierre.” (Esposito, 2006, 255). Si la vida orgánica la identificamos con el cuerpo, la carne en tanto existencia sin vida es existencia inorgánica, y en tanto escapa a los límites del cuerpo es lo indefinido o indeterminado.

²³ En el capítulo 9 nos ocupamos en las diferentes concepciones de vida que están en juego en los discursos científicos y políticos en la Argentina de principios del siglo XX.

En los trabajos de Merleau-Ponty sobre la carne²⁴, esta aparece como un estrato indiferenciado del que no se ha ocupado la filosofía. “Esto significa que la cuestión de la carne se inscribe en un umbral donde el pensamiento se libera de toda modalidad autorreferencial, a favor de una mirada directa a la contemporaneidad, entendida como único sujeto y objeto de la indagación filosófica.” (Esposito, 2006, 256). La indagación filosófica de Merleau-Ponty se dirige entonces en la dirección de ese silencio de la filosofía occidental, la dimensión del cuerpo olvidada: “el cuerpo pertenece al orden de las cosas, como el mundo es carne universal.” (Merleau-Ponty, 2010, 125). Afirmación que nos remite a la de Marx en “El trabajo enajenado”²⁵ cuando se refiere a la naturaleza como parte de nuestro cuerpo y nuestro cuerpo como parte de la naturaleza, naturaleza que denomina el “cuerpo inorgánico”. Así como en Marx aparece la naturaleza alienada por las condiciones de producción capitalista, que ha reducido esa parte de nuestro cuerpo a mera fuente de materia prima, en la misma dirección podemos hablar de una alienación respecto de la carne en tanto materia inorgánica. Nos encontramos alienados respecto de parte de nuestro cuerpo, de nuestra vida, al punto de percibirla como algo ajeno que hay que expulsar o eliminar.

La carne aparece entonces como una categoría irreductible a las definiciones de cuerpo, organismo, incluso irreductible también a las dimensiones temporales preestablecidas en términos formales porque se trata de una categoría constitutivamente espacial. “El mundo constituye el horizonte de sentido donde el cuerpo es atravesado por una diversidad que lo aparta de la coincidencia consigo mismo [...] en Merleau-Ponty la carne viviente constituye el tejido que relaciona existencia y mundo.” En este sentido, “la espacialidad de la carne no impide su recuperación para una dimensión temporal, e incluso constituye el punto de tangencia de ambas. (Esposito, 2006, 257-258).

Siguiendo a Merleau-Ponty, Esposito define a la carne como

(...) el *desdoblamiento* del cuerpo de todos y de cada cual en hojas irreductibles a la identidad de una figura unitaria. [...] Al inscribir en la carne del mundo no sólo el umbral que une la especie humana a la animal, sino también el margen que enlaza lo viviente con lo no viviente, contribuía a deconstruir esa biopolítica que

²⁴ El término en francés que utiliza Merleau Ponty es *chair*.

²⁵ Marx, Karl. 1984. “El trabajo enajenado”, en: *Manuscritos económico-filosóficos*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 103-118.

había hecho del hombre un animal y había empujado la vida al límite de la no vida. (Esposito, 2006, 259).

A partir de las advertencias en torno de la categoría de carne, que tan bien describe Esposito, de parte de filósofos como Lyotard, Deleuze, Derrida y Nancy, debemos aclarar que también nos preocupa la posible clausura de esta noción y por ello nos distanciamos de toda conceptualización espiritualista, esencialista, divina de la noción de carne. Sólo nos interesa la que pueda garantizarnos ver la tensión que supone la constitución semántica y ontológica de una noción como la de cuerpo social. Cuando hablamos de la dimensión de la carne, fuera de todo esencialismo, nos referimos al sustrato material del que está “hecho” lo que entendemos por realidad. “Esta noción de carne matérica, inorgánica, ‘salvaje’, como hubiera dicho Merleau-Ponty, nunca tuvo una configuración política. Indicaba una realidad vital ajena a cualquier clase de organización unitaria, en cuanto naturalmente plural.” (Esposito, 2006, 264). Esa multiplicidad de la carne es subsumida en la unidad del cuerpo, y lo que no puede ser subsumido es excluido.

Ante el riesgo de la clausura de la noción de carne, recurrimos al territorio de la ensoñación bachelardeana:

Los primeros intereses psíquicos que dejan huellas imborrables en nuestros sueños son intereses orgánicos. La primera convicción calurosa es un bienestar corporal. Las primeras imágenes materiales nacen de la carne y de los órganos. Esas imágenes materiales primeras son dinámicas, activas; están unidas a voluntades simples, asombrosamente groseras. (Bachelard, 1978, 19).

4.4. Genealogía del cuerpo social en Argentina

Debo decir que en nuestra ciudad fermenta ya una crecida cantidad de pasiones colectivas que tienden a tomar forma, a tomar cuerpo.
Joaquín V. González

En el artículo “Nietzsche, la genealogía, la historia”, Foucault se refiere a la tarea genealógica como aquella que busca percibir la singularidad azarosa de los sucesos, allí donde parecen pasar desapercibidos. Lejos de todo despliegue metahistórico que pretenda encontrar significaciones ideales y un fin ordenador, la genealogía “se opone a

la búsqueda del ‘origen’” (Foucault, 1979, 8), en tanto lugar de la verdad. En este distanciamiento del origen, Foucault rescata de los textos nietzscheanos los términos “emergencia” (punto de surgimiento) y “procedencia”²⁶ (fuente que implica pertenencia), como objetos propios de la genealogía. Realizar la indagación genealógica de la procedencia es mantener lo que pasó en la dispersión, la multiplicidad, y la discontinuidad que le es propia. “La búsqueda de la procedencia no funda, al contrario: remueve aquello que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo.” (Foucault, 1979, 13). La emergencia designa un espacio de enfrentamientos, un intersticio en el que irrumpen las fuerzas que desatan la lucha que indefinidamente repiten los dominadores y los dominados. Se trata de la historia del devenir de la humanidad, historia “efectiva” que se distingue de la de los historiadores en tanto “no se apoya sobre ninguna constancia: nada en el hombre -ni tampoco su cuerpo- es lo suficientemente fijo para comprender a los otros hombres y reconocerse en ellos.” (Foucault, 1979, 19). Se trata de un saber en perspectiva, un saber que se sabe injusto. Dice Foucault:

La historia, genealógicamente dirigida, no tiene como finalidad reconstruir las raíces de nuestra identidad, sino por el contrario encarnizarse en disiparlas; no busca reconstruir el centro único del que provenimos, esa primera patria donde los metafísicos nos prometen que volveremos; intenta hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan. (Foucault, 1979, 27)

De esta manera, revisaremos la genealogía de la noción de cuerpo social en los discursos emergentes argentinos, desde los producidos a mediados del siglo XIX en escritos como los de Sarmiento, pasando por el higienismo de comienzos del XX, hasta la ciencia positivista de la primera década del XX, indagando sobre la emergencia y procedencia de esta categoría.

La noción de cuerpo supone un *a priori* organicista, un criterio de orden previo. No sólo funciona como categoría operativa para la organización de un territorio y de una nación, sino que también sirve como clave de interpretación de nuevas problemáticas y nuevos sujetos.

²⁶ Los términos utilizados por Nietzsche son *Entstehung* como emergencia y *Herkunft* como procedencia, aunque se los suele encontrar traducidos como origen.

Foucault en el último capítulo de *La voluntad de saber*, “Derecho de muerte y poder sobre la vida”, plantea la siguiente problemática bajo la noción de biopolítica: “el poder reside y ejerce en el nivel de la vida, de la especie, de la raza y de los fenómenos masivos de la población” (Foucault, 1998, 166). Desde el siglo XVII, ese poder sobre la vida se ha desarrollado en dos polos: el primero de ellos desde una concepción de la vida y los cuerpos mecanicista:

(...) fue centrado en el cuerpo como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las *disciplinas: anatomopolítica del cuerpo humano*. (Foucault, 1998, 168).

Y el segundo polo de poder sobre la vida, desarrollado a mediados del siglo XVIII

(...) fue centrado en el cuerpo-especie, en el cuerpo transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar; todos esos problemas los toma a su cargo una serie de intervenciones y *controles reguladores: una biopolítica de la población*.

El proceso de la *anatomopolítica del cuerpo humano* a la *biopolítica de la población* supone el paso del Estado territorial al Estado de población, caracterizado por un aumento de la importancia de la vida biológica y de la salud de la nación como problema específico del poder soberano, que se va trasformando en este proceso en “gobierno de los hombres”.

En el siglo XIX argentino asistimos al tránsito de la anatomopolítica del cuerpo humano a la biopolítica del cuerpo de la población. Es en este contexto en el que comienza a utilizarse la noción de cuerpo social con las preocupaciones que conlleva. Tal como aparece en la literatura y en las categorías que pretendían explicar las tensiones y problemáticas de la época, durante la primera mitad del siglo XIX el país fue imaginado como un cuerpo cuya civilización dependía de la promoción, la regulación y el control de flujos de gente y mercaderías. Sarmiento, en el *Facundo* (1845), imagina el territorio nacional como un problema de circulación que afecta al pueblo. Así comienza su diagnóstico: “¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas te levantes a explicarnos la vida secreta y las

convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!” (Sarmiento, 1956, I²⁷). Las “convulsiones internas” aparecerán con frecuencia en el imaginario cultural argentino para referirse a los conflictos del siglo XIX. Así, expresiones tales como “convulsiones políticas”, “guerras intestinas”, o expresiones semejantes que remiten a situaciones patológicas en la historia de la nación.

Entre fines del siglo XIX y principios del XX, el higienismo implicó una serie de principios teóricos y de estrategias de construcción social que nos permiten comprender la concepción de cuerpo que está en la noción de *cuerpo social* y ciudad organismo. Sobre todo porque el higienismo se convierte en una representación de la ciudad y el país que se pretende alcanzar, que integra tanto a “intelectuales, ganaderos y burgueses, gauchos e inmigrantes, habitantes del campo y de la ciudad, unidos en una lucha contra un ‘invisible’ enemigo común que amenaza la integridad del cuerpo nación.” (Salessi, 1995, 14).

El fenómeno de normalización política se articula a partir de la construcción de un enemigo común. Hasta Caseros, el enemigo era interno, la barbarie de los caudillos en sus gobiernos bárbaros que impregnaba la “ciudad subterránea y asquerosa” (Salessi, 1995). En 1880, tras la federalización de Buenos Aires como capital, tanto “en el discurso y en el imaginario cultural la capital se había transformado en la representación metonímica de la nación/cuerpo pero también había concentrado la reorganización y reconstrucción material del país en una sola ciudad” (Salessi, 1995, 25) a través del higienismo y los gobiernos liberales. La construcción de la “ciudad organismo” coadyuva la producción de ese enemigo “invisible”, común a todos, que acecha ante el menor descuido y que por lo tanto requiere de una organización que garantice el control para la defensa y seguridad del cuerpo ciudadano. Aquí podemos ver claramente en qué consiste ese “cortocircuito inmunitario” del que habla Esposito²⁸ que cierra el cuerpo político sobre sí mismo en oposición con su propio exterior amenazante. El higienismo viene a encarnar ese fenómeno inmunitario: “De hecho en 1890 más del sesenta por ciento de la deuda externa argentina había servido para financiar las obras de salubridad. La importancia de esas obras demuestra la hegemonía de la disciplina de la higiene en el proyecto de reorganización liberal.” (Salessi, 1995, 21).

²⁷ Sarmiento, Domingo F. 1956. *Facundo*. Buenos Aires, Ediciones Jackson.

²⁸ Ver en el tercer apartado del capítulo 4.

El higienismo como disciplina contaba con una publicación dedicada a los problemas de salubridad de la Ciudad Puerto y a la divulgación de índices demográficos:

Al final de cada suplemento mensual, que hasta 1892 conformaba un capítulo del volumen, aparecía una sección de veinte páginas de estadísticas que seguían, en francés²⁹, los movimientos de la demografía y la aparición y desarrollo de distintas enfermedades en la población y el puerto de la ciudad capital. Como veremos más adelante, esa fue una imagen de una "Argentina" salubre que los higienistas argentinos divulgaron en Europa para atraer a los inmigrantes. (Salessi, 1995, 23).

Entre 1892 y 1893 se produjo un cambio en el título de los anales, que da cuenta de la mutación que se está produciendo en la significación del “enemigo invisible”, durante ese año se titula: *Anales de Higiene Pública y Medicina Legal*.

(...) la definición de higiene argentina buscó incluir más directamente procedimientos y hechos públicos, sociales, y legales. Ese cambio fue significativo y señaló, en ese momento histórico, una dirección de la higiene que al hacerse "nacional" también buscaba alcanzar —más allá de la defensa del cuerpo físico de las personas amenazadas por microbios y bacterias— la llamada "defensa social" de una población imaginada como un cuerpo demográfico amenazado por una "insalubridad" criminal, el otro mal que empezó a llegar como un moderno flujo invisible que también iba a ser necesario filtrar, segregar. (Salessi, 1995, 23).

La conspiración de microbios y bacterias se va transmutando en sujetos de mala vida y criminales, a quienes se les seguirá denominando, ahora metafóricamente en sentido estricto, parásitos sociales, elementos patógenos, o denominaciones mórbidas semejantes. Este paso puede verse a través de una de las personalidades claves del proceso que va de las preocupaciones higienistas a las criminológicas: José María Ramos Mejía, quien se desempeñó como Presidente del Departamento Nacional de Higiene desde 1892 y durante las presidencias de Carlos Pellegrini (quien lo nombra en su cargo), Luis Saenz Peña y Evaristo Uriburu.

Ramos Mejía en sus *Memorias* sostiene que las políticas de higiene llevadas a cabo a nivel nacional, fueron la respuesta a los reclamos de la opinión pública de medidas que impidieran un fenómeno semejante al de la epidemia de fiebre amarilla de 1871, poniendo en boca de esta abstracta “opinión pública” la necesidad de tomar medidas que previnieran cualquier peligro de procedencia extranjera.

²⁹ A fines del siglo XIX, el francés era la lengua internacional.

La sistematización del conocimiento ocupado de la nueva defensa social no se hará ya en *Anales de Higiene Pública* sino en *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, que tendrán su momento de esplendor en torno a las problemáticas criminológicas durante la primera década del siglo XX. Entonces, el higienismo se ocupó de la articulación e integración del cuerpo-nación, y la criminología se ocupará de la definición y defensa de una identidad nacional. (Cfr. Salessi, 1995, 24). Ambas nociones están atravesadas por la de *cuerpo social*, construida a partir de múltiples relaciones de poder.

Todas las ciudades del país eran concebidas como cuerpos vivos pero sin atender a sus particularidades, sólo se hacían extensivas las categorías con la que se definía a la Ciudad de Buenos Aires. “En esos cuerpos ‘ciertas obras públicas’, lo que con el tiempo se llamaron ‘obras sanitarias’, debían hacer de las ciudades ‘organismos’ con su circulación de flujos vivificantes y salubres, es decir controlados y controlables.” (Salessi, 1995, 19).

De esta manera, entre fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte la disciplina de la higiene sirvió en la Argentina para ejercer la vigilancia de un nomadismo (Capítulo 7.1.3.) que no podía ser refrenado porque "hacerlo hubiera significado inmovilizar una fuerza laboral y una mano de obra a la que era precisamente la movilidad la que la hacía competitiva, y la competencia por los trabajos mantenía bajos los salarios” (Salessi, 1995, 111), constituyendo uno de los nudos problemáticos de la llamada *cuestión social*.

Capítulo 5. Marco teórico metodológico: para una historia *sensible* de las ciencias sociales en Argentina

Si no podemos alcanzarlo, podemos aproximarnos a él.
Michel de Montaigne

En este capítulo se enlazan las nociones que fueron surgiendo en los capítulos precedentes, ahora como estrategias metodológicas para abordar nuestro objeto de estudio. El hilo conductor que permitirá las conexiones entre categorías surge de una expresión de Bachelard en la que reconoce que “una intuición no se demuestra, sino que se experimenta. Y se experimenta multiplicando o incluso modificando las condiciones de su uso.” (Bachelard, 2002, 9-10). Este es el sentido de nuestra búsqueda, realizar una experiencia epistemológica para percibir una tensión que es del orden del instante, de lo que deviene. No buscamos “demostrar” sino producir las condiciones para advertir algunas de las singulares tensiones en la historia de las ciencias argentinas, aquellas que dan cuenta de la conexión productiva entre diferentes lógicas y prácticas culturales. Y para generar tales condiciones acudimos a nociones que procuren interrumpir las inercias epistemológicas de la demostración, para dar lugar a la experiencia que sólo nos permita una *visión* en un *instante* que se disolverá a continuación, garantizando una apertura de posibilidades entre lo subjetivo y lo objetivo.

Los elementos que configuran las condiciones del abordaje epistemológico metodológico que nos proponemos son fundamentalmente las nociones de instante (Bachelard), visión (Canguilhem), y la tensión carne-cuerpo (Esposito, Merleau-Ponty). Se trata de que las categorías definidas permitan un abordaje genealógico en busca de la emergencia y procedencia de las ciencias sociales argentinas. Esto es, indagar su punto de surgimiento y su pertenencia, no en el sentido de una fundación sino procurando remover lo que parecía inmóvil. La emergencia designa un espacio de enfrentamientos, un intersticio en el que irrumpen las fuerzas que desatan la lucha y la procedencia “fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo.” (Foucault, 1979, 13).

5.1. Entre la experiencia y el acto de conocer: la historia y la vida

Cuando hablamos de experiencia nos estamos refiriendo a una *experiencia epistemológica* que consiste en recorrer la dimensión sensible del fenómeno de producción de conocimientos científicos al mismo tiempo que se alterna con lo que Bachelard denomina el acto de conocimiento, ese momento en que se muestran las monotonías del destino, las reglas, ciertas regularidades y encadenamientos lógicos del discurso, dando cuenta también de lo irracional y subjetivo de la experiencia. Pero advirtiendo la posibilidad de una imposibilidad, dice Agamben, “en la actualidad, cualquier discurso sobre la experiencia debe partir de la constatación de que ya no es algo realizable.” (Agamben, 2004, 7).

En el ámbito del discurso científico, la experiencia también está disuelta o negada. Sólo aparece como “caso” o “experimento” dependiendo de la espontaneidad o manipulación de la misma. Pero en ambos casos se trata de algo que deliberadamente se escapa entre el orden metódico y las premisas analíticas del conocimiento científico: “la ciencia moderna nace de una desconfianza sin precedentes en relación a la experiencia tal como era tradicionalmente entendida” (Agamben, 2004, 14). Esto es, como algo carente de todo orden o al menos del orden racional que la ciencia pretende imprimir en los fenómenos de la naturaleza. A partir de esta concepción y esta desconfianza respecto de la experiencia surge la duda cartesiana. Entonces la experiencia aparece como aquello que hay que ordenar, sistematizar, comprobar y cuantificar para así subsumirla a la racionalidad legalista de la ciencia. Esta subsunción consiste en “referir conocimiento y experiencia a un sujeto único, que sólo es la coincidencia de ambos órdenes en un punto arquimédico abstracto: el *ego cogito* cartesiano, la conciencia.” (Agamben, 2004, 18). De esta manera, aquella experiencia en sentido tradicional es lo que se escapa o es excluido de las diferentes instancias de producción del conocimiento certero.

En esta investigación nos preocupa captar lo que es del orden de la vivencia en el marco de una historia de las ciencias. Por lo tanto, si en términos generales el problema está en la relación entre conocimiento y vida, particularmente nos inquieta la relación entre historia y vida. En la *II Intempestiva* Nietzsche se pregunta sobre el valor o la inutilidad de la historia a propósito de la exhortación de Goethe que dice: "Por lo

demás, me es odioso todo aquello que únicamente me instruye, pero sin acrecentar mi actividad o animarla de inmediato" (cit. por Nietzsche, 2003, 37), entonces, "por qué la enseñanza sin vivificación, por qué el saber en el que se debilita la actividad y por qué únicamente la historia como preciosa superfluidad del conocimiento y artículo de lujo ha de resultarnos, según palabras de Goethe, seriamente odiosa, pues todavía nos faltaría lo más necesario, al no ser lo superfluo sino enemigo de lo necesario." (Nietzsche, 2003, 37). Cuando Nietzsche habla de necesidad de la historia se refiere a que necesitamos la historia para la vida y para la acción. Este es el sentido que queremos remarcar en esta historia de las ciencias, contribuir en una historia de las ciencias para la vida que está implicada en la producción de conocimientos científicos, pero que ha quedado en las sombras de una historia que pretende objetividad. "Sólo en la medida en que la historia sirve a la vida queremos servirla nosotros, aunque exista una manera de practicarla y una apreciación de la misma por la que la vida se atrofia y degenera: un fenómeno cuyos curiosos síntomas hay que llevar ahora a la experiencia de nuestro tiempo de un modo tan necesario como doloroso." (Nietzsche, 2003, 38).

Si vamos a tratar la historia en relación con la vida, debemos advertir que la vida se garantiza en un presente ahistórico, o mejor dicho, en un presente que suspende por un instante la historia: "lo ahistórico y lo histórico son en igual medida necesarios para la salud de un individuo, de un pueblo o de una cultura." (Nietzsche, 2003, 45). Buscamos a través de una experiencia epistemológica suspender el tiempo histórico en el mismo movimiento de historización. Por ello recurrimos a las categorías de *instante* y de *visión*, y por la misma razón buscamos observar una tensión, entre el orden del cuerpo y la resistencia de la carne.

"Lo ahistórico es, pues, semejante a una atmósfera envolvente en la que se desarrolla únicamente vida, pudiendo esta desaparecer si esta atmósfera se destruye." (Nietzsche, 2003, 46). Por esta razón, procurar conocer la vida es destruir la experiencia de la vida porque el conocimiento es analítico, como señala Canguilhem (Capítulo 3), y es histórico. El conocimiento es producto de la capacidad de pensar propia del hombre, quien "pensando, reflexionando, comparando, separando y sintetizando limita ese elemento ahistórico, y en tanto que forma en el interior de esa envolvente nube un poco de claridad luminosa y resplandeciente, es decir, mediante esa fuerza de utilizar el

pasado como instrumento para la vida, transformando lo acontecido en Historia nueva"(Nietzsche, 2003, 46).

5.2. Categorías metodológicas para una historia de las ciencias epistemológica y vital

El punto de partida de la matriz epistemológica metodológica que busca ampliaciones sensibles es el carácter *háptico*³⁰ del abordaje metodológico, explorando una posibilidad de la mirada que llegue a percibir de modo táctil: “toda la fuerza del tiempo se condensa en el instante innovador en que la vista se abre.” (Bachelard, 2002, 87). De esta manera la mirada háptica nos garantiza una apertura para acceder al instante y a las tensiones que lo suponen y que lo abren.

La ampliación de la mirada se especifica epistemológicamente a través de la *visión*. Una forma de mirada epistemológica que busca captar las formas vitales implicadas en las tensiones que funcionan como condición de posibilidad del conocimiento científico sobre lo social, a partir de lo señalado por Canguilhem respecto de la vida en cuanto productora de formas vivientes. La *visión* también nos interesa en la medida en que se diferencia claramente de la división como estrategia tradicionalmente cognoscitiva, que en vez de pretender captar y observar un fenómeno en su organicidad, se lo descompone analíticamente en partes que logran desintegrar esa totalidad.

Por otro lado, la acción gnoseológica de la división parte del supuesto ontológico de que la realidad es un conjunto de partes que pueden ser individualizadas sin alterar la totalidad. Por el contrario, aquí partimos del supuesto de que la realidad es un complejo dinámico, en el que los entes se realizan como tales en el curso de la confrontación y relaciones múltiples y contingente con otros entes. Suponer esta complejidad implica también la imposibilidad de conocer, en tanto analizar, dividir, descomponer este complejo. La forma de abordarlo será desde una construcción epistemológica que permita asistir a una de las dimensiones tensionales de esa trama ontológica. Aquí es donde la noción de *visión* se articula con la de *instante*, en tanto este último suspende el orden de la sucesión y el devenir abriendo un tiempo vertical en el que brota el tiempo de la vida. Bachelard sostiene que el instante es el único terreno en el que se pone a

³⁰ Ver primer apartado del capítulo 1.

prueba la realidad entre la conciencia del instante presente y de la experiencia de sentir cómo se desvanece a continuación. El instante presente es la realidad percibida desde la ruptura del ser entre dos nada, entre el olvido que destruye el instante pasado y la incertidumbre que no puede anticipar el porvenir.

Para abordar ese instante de ruptura recurrimos al *óvalo* pictórico de Bacon que permite hacer foco sin detener el movimiento de lo observado, al mismo tiempo que el procedimiento de *limpiado y cepillado* se ocupa de retrasar el momento del análisis, la comparación, la clasificación, la conceptualización.

Entonces, articulando las perspectivas tanto epistemológicas e históricas a partir de las nociones de *visión* e *instante*, accedemos a ese momento de la historia de las ciencias en Argentina, como un momento instantáneo que sólo puede captarse en una visión que no desintegre el complejo de fuerzas que allí se encuentra, permitiendo observar las particularidades históricas en la configuración del conocimiento científico sobre lo social.

Uno de los focos de ese complejo de fuerzas es la expresión de un malestar que se expresa como necesidad de imponer un orden *corporal* al caos social a través de la organización del cuerpo social, la ley y la nación. Pero también se manifiesta como resistencia al orden del cuerpo, como acción disruptiva y emancipadora al mismo tiempo, como la resistencia de la carne frente al cuerpo, de las normas ante la ley y de nacimientos diversos frente al orden unívoco de la nación.

5.3. Una matriz epistemológica-metodológica

Las estrategias metodológicas buscan articularse como una especie de matriz de procedimientos. La matriz que estamos diseñando se trata de un molde metodológico, o mejor dicho, de una matriz metodológica que permite acotar qué es lo que vamos a buscar hápticamente en lo que hemos definido como el objeto de estudio de esta investigación. Está constituida por las categorías sistematizadas en la primera parte: *instante, visión, tensión cuerpo-carne*.

Desde la posición epistemológica explicitada en el capítulo 1, que busca hacer visibles las tensiones, discontinuidades y territorios de frontera que funcionan como condición de posibilidad del conocimiento científico que está emergiendo en las

primeras décadas del siglo XX en la Argentina, se distinguen tres órdenes para el abordaje de las fuentes primarias: el orden de la vida, el de la política y el de la ciencia. Esta distinción cumple sólo con un criterio (inevitablemente) analítico para el procedimiento metodológico pero de ninguna manera estas dimensiones se presentan separadas sino por el contrario, constituyen la trama material que configura el discurso y las prácticas científicas que observaremos en los artículos publicados en *Archivos*.

El trabajo que se realiza en la segunda parte de la tesis se concentra en las relaciones entre el orden de la vida y el orden de la ciencia. El orden político, en esta ocasión, es entendido como el *medio* que posibilita la relación entre vida y ciencia, esto es, el vehículo de la acción, como una especie de *éter* histórico epistemológico. En el orden de la vida, con las categorías de carne y cuerpo pretendemos registrar dos lógicas. La que impone un orden formal, una definición y la que se escapa a toda definición en tanto se trata de lo indefinido, de lo vital, de aquello que se corre permanentemente de toda estructura estática porque su naturaleza es movimiento y mutación. En el orden de la producción de conocimientos científicos, si bien este es el ámbito en el que se produce el material que constituye las fuentes primarias de esta investigación, también se observa de que manera se articula la ciencia con las tensiones presentes en las dimensiones políticas y vitales. Por un lado funciona como posibilitadora de los discursos y prácticas libertarias, y por otro lado, el mismo discurso científico (cientificista) legitima y garantiza el control del orden político en la forma misma de la nación y sus leyes.

Estas son entonces las líneas de investigación que trabajaremos en la segunda parte de la tesis, sobre los artículos seleccionados de *Archivos*, en discusión con las voces de la resistencia en diversas publicaciones anarquistas de la época, para hacer visible la trama epistemológica de un instante en la historia de las ciencias sociales en la Argentina.

El particular modo de mirar epistemológico que hemos ido perfilando en los capítulos precedentes y que hemos denominado *visión epistemológica* consiste en estrategias que buscan captar una experiencia del orden del instante, del *entre*, procurando no destruir dicha experiencia, no inmovilizar lo observado, resistiendo la inercia constante por producir generalidades y continuidades.

El criterio de selección de los artículos publicados en *Archivos* fue temático. Comenzamos por una exploración por diversos artículos de los primeros números en los que veíamos claramente que las relaciones entre las preocupaciones sociales y políticas y la producción de conocimientos científicos aparecían más marcadas. Luego se trabajó sistemáticamente en acotar el objeto de estudio a una tensión en particular de las tantas que atraviesan al conocimiento científico en ese momento, al tiempo que se especificó la selección en el índice general de *Archivos* buscando los textos en los que apareciera como problemática central la cuestión social y la consideración del anarquismo como una patología social³¹.

³¹ La selección final está consignada en la bibliografía como fuentes primarias.

Segunda parte: La tensión entre el orden del cuerpo y la resistencia de la carne en Archivos (1902-1910)

En esta segunda parte de la investigación abordamos nuestro objeto de estudio a partir de las herramientas categoriales y procedimentales sistematizadas en la primera parte. Se pondrán en juego la matriz epistemológica-metodológica y las categorías trabajadas en los primeros cinco capítulos, que permitan abordar algunas de las tensiones que entranan la configuración de las incipientes ciencias sociales en Argentina a través de expresiones discursivas seleccionadas de la época.

El ámbito en el que buscamos hacer visibles esas tensiones es el de las discusiones que se libran en los artículos de la Revista *Archivos de Psiquiatría y Criminología* en los que aparecen manifiestas las concepciones de vida, política y ciencia que están en juego en ese momento histórico de la Argentina. Por lo tanto se describen las características de esta publicación durante la dirección de José Ingenieros, particularmente entre los años 1902 y 1910, periodo en el que se radicalizan las tensiones que aquí buscamos mostrar, focalizando en los enfrentamientos entre el proyecto de nación que la élite positivista pretende llevar adelante y la resistencia del movimiento anarquista a esta organización social, política, económica y cultural.

Nos ocuparemos de los supuestos teóricos desde los que se propone un proyecto de nación que busca imponer un orden a la sociedad argentina de la época, el orden del *cuerpo social*, a través de un discurso político que busca legitimarse recurriendo al discurso científico de tendencia positivista. Al mismo tiempo buscamos dar cuenta de la resistencia a ese orden del *cuerpo social*, atendiendo a la *cuestión social* que tanto preocupa a la élite dirigente, evidenciando otro orden, que pretendemos leer desde la categoría de *carne*, expresado por el movimiento anarquista, uno de los focos de resistencia al proyecto de nación.

Uno de los registros que aparecen en *Archivos* es el que tiene que ver con la necesidad de expulsar aquello que resiste la lógica del proyecto de nación. Nos centraremos en los artículos en los que se manifiesta esta necesidad que conducirá a la promulgación de dos leyes polémicas: la de Residencia en 1902 y la de Defensa Social en 1910, como respuesta a las acciones anarquistas consideradas desestabilizadoras y subversivas. Es decir, que se trata captar en una visión ese instante de luchas entre

fuerzas radicalmente disímiles pero que entretejen el discurso sobre lo social, inaugurando un discurso científico que prefigura lo que incipientemente se denominan ciencias sociales. Se trata de prácticas y discursos que irán acompañando la configuración de la nación, a través de una dinámica de exclusión, subsunción e imposición, según lo requiera el tipo de resistencia a la que se enfrenta.

Cabe aclarar que el complejo de fenómenos que constituyen este instante elegido, de ninguna manera puede percibirse en su integridad. Al tratarse de una naturaleza dinámica, sólo podemos observar una de las tantas tramas que se encuentran en tensión. Esta visualización y observación pretende ser un ensayo de las posibilidades metodológicas que brindan las ampliaciones epistemológicas realizadas, en pos de contribuir a una historia de las ciencias que pueda dar cuenta de las dimensiones vitales que entran hasta el más formalizado de los discursos, como es el caso del discurso científico.

Capítulo 6: Condiciones históricas de los discursos científicos publicados en Archivos durante la dirección de J. Ingenieros: orden del cuerpo (social)

El pasado es el desván desordenado de la interrogación retrospectiva.
George Canguilhem

Por una especie de inercia epistemológica, académica e intelectual, acostumbramos a referirnos a pensadores del pasado, incluso a producciones del pasado como si se tratara de un “otro”. Posiblemente se trate de una consecuencia del ejercicio epistemológico de definir un “objeto” de estudio, que en tanto que objeto suele perder las huellas no sólo del origen subjetivo de su construcción, sino que también olvida la pluralidad del sujeto que lo construye. En esta dirección, si asumimos que el sujeto que investiga es un *nosotros*, no sólo situado históricamente sino entramado en su historia, y al mismo tiempo trabajamos sobre producciones que son parte de nuestra historia intelectual, estamos revisando “nuestras” propias condiciones de producción y la propia historia de estas producciones. Al preguntarnos sobre las condiciones que hicieron posibles (en este caso) *Archivos*, sus prácticas y discursos, estamos también indagando sobre las condiciones que hacen posible esta misma tesis. Si estudiamos la producción de los científicos e intelectuales positivistas argentinos, no estamos hablando de “otros”, sino de cómo nosotros en tanto comunidad productora de conocimientos, construimos también ese conocimiento científico, con ciertas peculiaridades, en un momento preciso de la historia.

Merleau-Ponty cuando se refiere al propio cuerpo como aquel que es vidente y visible al mismo tiempo dice que este cuerpo que somos “puede también mirarse y reconocer entonces, en lo que ve, el 'otro lado' de su potencia vidente. El cuerpo se ve viendo, se toca tocando, es visible y sensible para sí mismo.” (Merleau Ponty, 2013, 22). En este sentido buscamos observar tensiones singulares en un momento determinado de la constitución del orden que ha definido y define el perfil epistemológico de nuestra comunidad científica, de nuestro cuerpo social y científico (si vale la especificación de un sector del cuerpo social), evidenciando también la historia de instantes en los que ha resistido (y resiste) la carne.

Bachelard muestra el acto de conocer como el momento sintético en el que se revelan las reglas y las monotonías del destino y se da conciencia de lo irracional en cuanto fracaso decisivo y éxito del pensamiento (Cfr. Bachelard, 2002, 8). Aquí buscamos a través del acto de conocer, revelar las reglas y monotonías en que se producen las prácticas y discursos que se publican en *Archivos*, hacer consciente “lo irracional” en tanto se trata de otro orden, otra lógica. De esta manera, siguiendo a Bachelard, estamos “manteniendo activo y vivo ese instante del conocimiento naciente” (Bachelard, 2002, 8), ese instante de la emergencia de las ciencias sociales.

Revisamos entonces la revista *Archivos* en el periodo seleccionado, desde su fundación en 1902 hasta 1910, bajo la dirección de José Ingenieros. Si bien su dirección fue hasta 1913, recortamos el periodo a estudiar en 1910 dado que es un año históricamente significativo para observar las tensiones que buscamos, por cumplirse el centenario de la Revolución de Mayo, acontecimiento que implicó festejos que exacerbaban las polarizaciones políticas en hechos tales como la sanción de la Ley de Defensa Social que terminó de “limpiar” el espectro social de elementos *patógenos* como los militantes anarquistas extranjeros. Incluso el mismo Ingenieros abandona el país en 1911³², sin estar efectivamente en la dirección de la revista. Retomamos y continuamos lo trabajado en la tesis de maestría³³ sobre la producción psiquiátrica y criminológica de Ingenieros de ese período, ahora atentos a la entrelínea, en la que podemos sospechar las conflictivas tramas que buscamos.

La cantidad de artículos publicados en *Archivos* es significativa, se trata de una revista bimestral que no sólo publicó artículos producidos por intelectuales y científicos argentinos y extranjeros, sino que también contaba con secciones dedicadas a reseñas de novedades bibliográficas. El *Índice General* de *Archivos*, desde el año I al XII, concluye con el siguiente texto: “Se han analizado mil ciento cincuenta libros, folletos, artículos

³² En el año 1911 Ingenieros se presenta para ocupar la cátedra de medicina legal en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, y por sus antecedentes, el consejo directivo lo ubica en el primer término de la terna, pero el poder ejecutivo, en ese momento es Presidente Roque Saenz Peña, designa a otro postulante desconociendo la jerarquía propuesta. Este acontecimiento enfurece de tal manera a Ingenieros que decide autoexiliarse, marchándose a Europa hasta mediados de 1914. Durante este período Ingenieros dirige epistolarmente *Archivos*, a través de su nuevo director Helvio Fernández.

³³ Tesis de Maestría en Metodología de la Investigación Científica, *El uso de inferencias analógicas en el discurso médico- psiquiátrico-criminológico de José Ingenieros. Para una ampliación de las herramientas metodológicas de análisis de la Historia de las Ideas latinoamericanas*, Departamento de Humanidades y Artes, UNLanús, defendida en agosto de 2008.

de revistas, etc., cuyo índice cronológico se halla al final de cada año.” (1914, 26), dando cuenta de la cantidad de textos de interés científico que por allí circularon.

6.1. La publicación científica: *Archivos de Psiquiatría y Criminología*

Entre fines del siglo XIX y principios del XX, las revistas científicas se convierten en un pilar clave para el proceso de profesionalización y especialización disciplinar de las investigaciones científicas, creando “redes crecientes de interacción, en un auténtico intertexto científico que despliega una función acumulativa indispensable para el funcionamiento colectivo de la ciencia moderna.” (Mailher, 2014, 656). Esta fue la función que pretendió cumplir la revista *Archivos* consolidando una red científica latinoamericana desde Buenos Aires y con “alcance universal [...] conocida en todo el mundo científico” (Ingenieros, 1907, 259).

A través de los artículos publicados en esta revista, podemos acceder a las discusiones que buscan modular los conocimientos pretendidamente científicos con la realidad social y política de la época. En *Archivos* encontramos una cantidad suficiente de artículos en los que podemos asistir a una lucha no sólo entre intereses diversos sino entre formas de vidas antagónicas. La dimensión que elegimos observar es la que se produce entre las prácticas y los discursos del movimiento anarquista por un lado y la cultura “positivista” dirigente que emprende la organización de la nación por el otro.

Comencemos por dilucidar el perfil de esta publicación. Como señala Lucía Rossi, “Publicar, ‘publicitar’, significa hacer público, implica mostrar, dar a conocer y socializar. Éste es un proceso que involucra el imperceptible esfuerzo de ofrecer propuestas discursivas con la intencionalidad de reconocimiento y legitimación, lo cual resulta clave en el proceso de institucionalización.” (Rossi, 2008, 162), al mismo tiempo que el proceso de institucionalización encuentra su legitimidad en la difusión de los fundamentos científicos en los que se respaldan. Junto con publicaciones estrictamente científicas, dirigidas al núcleo duro de la comunidad que las produce, se publicaron las que se consideraron las obras fundamentales que ayudarían a construir ese elemento de nociones comunes y prácticas cotidianas que conformarían la nación, a través de editoriales accesibles al ciudadano común, de la prensa ordinaria y de otras formas de publicidad. De esta manera, comienzan a reproducirse cotidianamente frases que

proviene de los rigurosos estudios científicos para referirse, por ejemplo, a aquellos inmigrantes que se presentan como obstáculos al proyecto de nación. En la novela *La Bolsa* de Julián Martel, publicada en los últimos años del siglo XIX y de amplia circulación durante los primeros años del XX, aparecen escenas urbanas como esta:

El corazón de las corrientes humanas que circulaban por las calles centrales como circula la sangre en las venas, era la Bolsa de Comercio. A lo largo de la cuadra de la Bolsa y en la línea que la lluvia dejaba en seco, se veían esos parásitos de nuestra riqueza que la inmigración trae a nuestras playas desde las comarcas más remotas. (Martel, 1956, 6).

También aparecen elementos de las nuevas ciencias vinculadas a los asuntos criminológicos en el discurso de quienes no pertenecían a los ámbitos científicos y académicos como en el caso del Comisario de Investigaciones José Gregorio Rossi quien en 1903 publica un artículo en *Archivos*, a pedido de Ingenieros, titulado “La criminalidad profesional en Buenos Aires”. Se trata de un informe sobre la situación delictiva de la ciudad de Buenos Aires, en el que manifiesta conocer la línea teórica de la escuela positivista a través de los trabajos criminológicos como los de Ramos Mejía, Ingenieros y Veyga. (Cfr, Rossi, 1903, 169-176).

Archivos reúne las condiciones que debe tener una publicación científica: artículos que implican desarrollos teóricos por parte de reconocidos científicos nacionales y extranjeros y gran cantidad de material empírico que valida las doctrinas psiquiátricas y criminológicas que allí se sostienen con casos tomados en diferentes centros de observación de delincuentes y alienados. También dan cuenta de las novedades editoriales nacionales y extranjeras. En la portada de la publicación, debajo de los nombres del director y colaboradores, puede observarse la especificación del contenido de la revista:

Cada número contiene:

- 1° *Artículos originales* - Sobre cuestiones científicas doctrinarias y sus aplicaciones al derecho penal, la medicina legal, la psicopatología general, la pedagogía, la sociología, etc.
- 2° *Observaciones clínicas* - Casos originales de interés, observados en las cárceles, manicomios, hospitales y clínicas privadas; estudios periciales, etc.
- 3° *Revista de Revistas* - Reseña de trabajos afines que aparezcan en las revistas extranjeras y nacionales.
- 4° *Libros nuevos* - Bibliografías críticas, a cargo de los redactores y colaboradores.
- 5° *Variedades científicas* - Cuyo conocimiento se relacione con las materias que trata la revista.

6° *Notas* - Documentos, observaciones, que puedan servir de materiales y sugerir nuevos estudios.

7° *Índice Bibliográfico*. (*Archivos*, 1910, 512).

También se puede observar, en cuanto a los criterios de publicación, que el comité editorial acepta publicar todo artículo que esté de acuerdo con la temática y pretensión científica de la revista, independientemente de la calidad de los mismos. Pero salvan la heterogeneidad de niveles de producción publicando un artículo a continuación de aquellos trabajos que impliquen imprecisiones teóricas o errores considerables de interpretación de alguna de las líneas teóricas que comparte el equipo editorial. La mayoría de estos artículos críticos son escritos por Ingenieros o algún experto en el tema en cuestión. De esta manera logran un caudal interesante de trabajos publicados abriendo un espacio de participación que garantiza la heterogeneidad de formaciones disciplinares y favorece la difusión de la revista, sin perder el rigor indispensable para una publicación semejante.

Sólo por dar algunos ejemplos, podemos citar el artículo de Ingenieros titulado “Las teorías de Lombroso ante la crítica” (1902), publicado en el año I de *Archivos*, en el que se ocupa de criticar las imprecisiones teóricas del trabajo de brasilero Evaristo de Moraes sobre las teorías de Lombroso, publicado en el mismo número de la revista. Como también el artículo de Emilio Zuccarini publicado en el año VIII, “El atorrantismo y solidaridad social” (1909), que trata de discutir lo que considera defectos lógicos y teóricos en el tratamiento que Eusebio Gómez realiza sobre mendigos y atorrantes en su libro *La mala vida en Buenos Aires* (1908).

6.2. Positivismo y organización de la nación.

El positivismo argentino ha sido suficientemente trabajado desde diferentes líneas teóricas como son la Historia de las Ideas latinoamericanas o los trabajos de Historia Intelectual, o Historias del pensamiento argentino y americano.³⁴ En esta ocasión tomaremos como referencias aquellos trabajos que se han dedicado

³⁴ Como Ricaurte Soler, Arturo Roig, Oscar Terán, Hugo Biagini, sólo por nombrar algunos de los autores que por cierto nutren la bibliografía y el marco teórico de esta tesis. Especificado con mayor exhaustividad en la Tesis de Maestría (2008) ya mencionada.

fundamentalmente a los aspectos culturales del positivismo argentino, buscando comprender el marco social, político, intelectual y científico en el que se discutieron, escribieron, publicaron y circularon los artículos de *Archivos*.

Entre las particularidades que el movimiento positivista presenta en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, encontramos que su origen está más ligado a las circunstancias socio-políticas y culturales que al desarrollo de la ciencia propiamente dicha. Es decir que en Argentina el llamado positivismo no replica el fenómeno europeo que supone ser una consecuencia del desarrollo de las ciencias positivas. El término “positivo” fue utilizado por los intelectuales argentinos a partir de 1830 tanto para designar lo que es objetivo, real o natural, como para referirse a lo que se considera progresista en el campo social y político (Cfr. Soler, 1968, 50). Funciona como una cosmovisión y como un “programa de acción”, que se asume como fundacional en el terreno de las instituciones de la vida social, tendiendo a proporcionar las condiciones y referencias para la construcción de un sistema de ideas fuertemente homogeneizador. Se caracteriza por una actitud polémica frente a las corrientes trascendentalistas, íntimamente ligadas al conservadurismo político y social, reuniendo distintas líneas teóricas que tienen en común emanciparse de la tradición cultural y política de la colonia. Esto le permite a Soler afirmar que “el positivismo argentino tiene, pues, una significación social y política en la medida en que puede ser considerado como la culminación teórica de las fuerzas sociales que determinaron la formación del Estado liberal burgués y democrático.” (Soler, 1968, 59).

El positivismo en sentido amplio que opera como pensamiento filosófico, científico y político en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, está conformado fundamentalmente por tres líneas teóricas claramente identificables: el agnosticismo spenceriano, el comtismo ortodoxo y el científicismo. Esta particular configuración de ideas tuvo sus condiciones históricas de posibilidad en las transformaciones que se produjeron en distintas dimensiones de la estructura social, pero que confluían en la percepción de un cierto malestar y temor por el pasado reciente y por el futuro incierto. Los temores por el pasado están vinculados a la inestabilidad política e institucional que parecía comenzar a encausarse a partir de la unificación del territorio nacional en 1862 y la capitalización de Buenos Aires en 1880. Los temores en

relación al futuro, tienen su origen en la explosión demográfica producto de la sostenida incorporación de masas inmigratorias que provocaron un cambio radical en la densidad poblacional de los principales centros urbanos del país, además del movimiento que se dio al interior del territorio nacional de masas de habitantes que se trasladaban de las regiones periféricas a los centros que concentraban las posibilidades de desarrollo.

Los temores claramente suponen la percepción de amenazas, y en esta confluencia de temores, el desorden social se divisa amenazante, generando las condiciones para discusiones que irán configurando un discurso criminológico, y para la proliferación de nuevas publicaciones científicas a propósito de estas nuevas problemáticas. En 1898, el penalista y anarquista Pietro Gori, refugiándose en Buenos Aires tras un delito político cometido en Europa, inicia la publicación de *Criminología Moderna*, alrededor de la cual se nucleó un grupo selecto de médicos y juristas que contribuyeron al estudio de la escuela positivista en el área criminológica, como Norberto Piñero, Rodolfo Rivarola, Luis María Drago, Juan Vucetich entre otros tantos personajes destacados de la ciencia de la época. “Ingenieros se acercó a ese grupo con ánimo de encauzar una simpatía intelectual que se esbozaba ya en él y en el número 6 de *Criminología* (abril de 1899) dio a conocer su primer trabajo, que tituló ‘Delincuentes que escriben y escritores delincuentes’.” (Bagú, 1936, 72). Cuatro años más tarde, aparece la revista *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, subtitulada *Aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, bajo su dirección y con un comité de redacción integrado por José María Ramos Mejía y Francisco de Veyga profesores de Neuropatología y de Medicina Legal, respectivamente, de la Universidad de Buenos Aires; Nina Rodríguez de la Universidad de Bahía, Brasil; Alfredo Garibaldi, Director de la Oficina Antropométrica de Montevideo; y Manuel Podestá, Médico del Hospital Nacional de Alienadas de Buenos Aires. La intención de esta publicación era la de dar continuidad a los estudios criminológicos inaugurados por la obra de Gori. Paralelamente a *Archivos*, Veyga dirigía también otra publicación de gran difusión en los ámbitos médico científicos como fue *La Semana Médica*.

En el primer número de *Archivos*, uno de los profesionales invitados a publicar se dirige de este modo al comité editor de esta revista científica:

Han sorprendido ustedes a los intelectuales y a los hombres de ciencia de nuestro país, publicando una revista que tiene ideales puramente científicos, de una trascendencia moral ilimitada, y que obligará a los magistrados que quieran aplicar buena justicia penal a hacer estudios que no se encuentran en los artículos de los Códigos ni en las sentencias de las cámaras de Apelaciones. (Varela, 1902, 97).

Vemos en estas palabras de Luis Varela uno de los rasgos distintivos del positivismo latinoamericano que fue la de producir conocimientos científicos sobre los fenómenos sociales desde la institución. Como bien advierte Terán, “llegó a articularse con prácticas y materialidades que diagramaron las culturas de diversos países de esta parte del mundo con una consistencia y hegemonía difícilmente recuperadas desde entonces.” (Terán, 1986a,13). En el caso de la corriente italiana, se instaló en las instituciones hospitalarias y penales, en la cátedra universitaria, y en las nuevas instituciones mixtas que se iban creando a medida que las prácticas positivistas médico-legales contribuían a la formación de la disciplina criminológica.

En 1897, Veyga introdujo la enseñanza de la antropología criminal en la cátedra de Medicina Legal de la Universidad de Buenos Aires, que dio lugar a comienzos del siglo XX, a la creación del *Servicio de Observación* de presuntos alienados, dependiente también de la Policía Federal. Ingenieros fue convocado por Veyga para ser Jefe de clínica de este *Servicio*, institución en la que funcionó desde 1903 el Depósito de Contraventores como una especie de servicio de tránsito de detenidos por la policía, que no revestían formas peligrosas sino más bien deprimidas. (Cfr. Veyga, 1903, 42). En *Archivos* abundan artículos que dan cuenta de los informes producidos a partir de las observaciones criminológicas realizadas en este depósito de *mal vivientes*, buscando tabular las diferentes formas y proporciones de alienación mental en Buenos Aires.

Sergio Bagú rescata un detalle de aquel nombramiento que expresa claramente el espacio de intersección disciplinaria e institucional que abría la práctica criminológica, como puede observarse en el siguiente relato:

El Estado no remuneraba, en esa época con ninguna esplendidez a estos funcionarios. El director del Servicio no percibía sueldo, pero a Ingenieros, que vino a ser su jefe de clínica (1900-1903), se le asignó el de sargento de policía, porque su maestro evitó que se le diera el de cabo. (Bagú, 1936, 75).

¡Médico, psiquiatra, criminólogo, jefe de clínica del Servicio de observación de presuntos alienados y sargento de policía! Todo un arsenal de saberes y prácticas disciplinarias para hacer frente al caos social³⁵.

A esa altura de los estudios criminológicos, Ingenieros y un grupo de profesionales que con él trabajaban, pretendían tener un Instituto de Criminología y que *Archivos*³⁶ fuera su órgano de difusión, al modo de la institución criminológica italiana. De esta manera tendrían el espacio apropiado para seguir con las investigaciones que venían realizando, dándole sentido a la denominación de “archivo”, genero que "supone la publicación de documentación producida sistemáticamente, por parte de una institución oficial y con una sede específica." (Mailher, 2014, 258).

En lugar del instituto, en 1907, Ingenieros es nombrado por el Poder Ejecutivo de la Nación, Director de la oficina de Psicología y Antropología de la Penitenciaría Nacional, a la que de todos modos Ingenieros se referirá como el “Instituto”. Funcionaba en la misma penitenciaría y cumplía “con las funciones que corresponden a un *Instituto de Criminología*. Según los fundamentos dados por las conclusiones prácticas de la moderna cultura científica, evolucionista y determinada” (Ingenieros, 1907, 257), como lo expresa el artículo sobre su fundación publicado en *Archivos* En ese mismo artículo especifica las funciones del *Instituto* aclarando que se trata exclusivamente de tareas indagatorias que no entrarán en conflicto con las funciones del sistema penal, aunque intenten producir conocimiento que modifique dicho sistema: “Será un laboratorio y una clínica, sin invadir las funciones de la justicia; reunirá elementos para cooperar a las evoluciones venideras de la ley penal, sin obstar en manera alguna al cumplimiento de los códigos vigentes.” (Ingenieros, 1907, 258). Continúa enfatizando el rol científico de esta oficina instalada en el centro mismo del sistema penal argentino, aclarando que las investigaciones realizadas en el *Instituto* buscan

(...) poner de relieve las condiciones de nuestro medio social y de nuestra población criminal, a fin de evidenciar las características de la criminalidad argentina y concurrir más eficazmente a solucionar nuestro propio problema

³⁵ Aunque esta serie de saberes y prácticas disciplinarias se ubican en un arco que puede ser considerado un microrelato irónico sobre el origen y desarrollo de los estudios criminológicos: desde el acto delictivo de Gori, su viaje a la Argentina y su presencia como orador anarquista, seguido de la fundación de una revista, hasta el nombramiento del discípulo como sargento de policía.

³⁶ El nombre la revista *Archivos* está inspirado en *Archivio di psichiatria, antropologia criminale e scienze penali per servire allo studio dell'uomo alienato e delinquente*, revista dirigida por Cesare Lombroso

preventivo y represivo. Ello no impedirá aportar el concurso comparado y general a la investigación científica y a la organización represiva que se llevan a cabo en todos los países civilizados. (Ingenieros, 1907, 258).

Quienes conforman el comité editor de *Archivos* han logrado dar un marco institucional a los principios indagatorios y a las preocupaciones políticas penales que estuvieron presentes desde la fundación misma de la revista. El primer artículo publicado en *Archivos* por Ingenieros titulado “Valor de la psicopatología en la Antropología Criminal” (1902) comienza con un apartado subtítulo “De la metafísica penal a la criminología científica”. En este artículo se produce un desplazamiento teórico desde las nociones metafísicas de la Escuela Clásica del Derecho Penal hacia las causas orgánicas y mesológicas que son condiciones del delito: “El estudio científico del delito, considerado objetivamente como fenómeno mórbido de la actividad del individuo social, constituye el objeto de la moderna criminología.” (Ingenieros, 1902, 1).

Decíamos más arriba que el saber médico funciona en estos tiempos como el articulador entre el saber científico-intelectual y los fenómenos sociales. En una sociedad fragmentada todo necesita ser clasificado de acuerdo con pautas precisas, dice Rodríguez Pésico (2008). Podríamos poner otro énfasis y decir que en una sociedad que se considera desintegrada, la medicina, la medicina legal, la psiquiatría, la criminología, eugenesia, higienismo, etc, intentan reconstruir una unidad categorizando los fragmentos de lo que se considera la realidad social para incorporarlos en una clasificación estructurada desde la ilusión de un orden originario. Se enfrenta la crisis social desde el supuesto de que hay un orden que se ha quebrado y hay que restituir. Esta acción no sólo supone producir conocimientos para una clasificación exhaustiva y para la organización del orden social, sino que excluye la posibilidad de la diferencia. Desarrolla una capacidad de discriminación lo suficientemente aguda como para definir y expulsar a los elementos que no pertenecen a la totalidad originaria y que, en tanto no se los identifique, causan confusión y error.

Pero lejos de una unidad originaria, lo que aparece con toda crudeza en este periodo es una lucha entre el intento de imposición de un orden, el cuerpo social, y las

resistencias a ese orden, dispersas, micropolíticas, nocturnas, que van provocando evidentes fisuras, como fueron las acciones del movimiento anarquista.

Nada menos que quien dirige la revista *Archivos* explica el fenómeno social como una tensión constante entre lo mórbido que amenaza la funcionalidad del sistema y las contradicciones que son parte de la dinámica social, permitiendo su evolución. Esta naturaleza de lo social exige una cuidadosa distinción entre la lucha contra el “parasitismo” y la protección de las clases trabajadoras. En consecuencia, dos son las tareas a realizar: la medicina y la psiquiatría junto a la criminología se ocuparán de la lucha contra el parasitismo social, mientras que la protección de las clases trabajadoras será efectiva con la reforma laboral. Así, desde la propuesta de un “socialismo aristocrático”, la educación de la clase obrera y el mejoramiento de las condiciones de trabajo permitirán la integración de los sectores pobres y “atrasados” de la sociedad distribuyendo a los sujetos en el espacio sociopolítico. Desde la mirada positivista, las ciencias sociales, con los fundamentos científicos de las ciencias naturales, serán las dadoras de “criterios que permitan integrar el disenso negociable y segregar a los estratos sociales incapacitados o renuentes a integrarse al proyecto de la modernidad en el Cono Sur americano” (Terán, 2000, 293).

Pero frente a esta fuerza ordenadora, disciplinadora, hay una resistencia que intenta escapar al mecanismo de normalización. Y es esa acción la que nos interesa abordar epistemológicamente buscando otra perspectiva para acceder a uno de los tantos instantes en los que emergen las ciencias sociales en la Argentina. Para encontrar esa perspectiva necesitamos ubicarnos en el mapa de los movimientos epistémicos que se están produciendo en aquellos años. Ensayamos entonces, a continuación, una especie de cartografía científica argentina de principios del siglo XX.

6.3. Cartografía epistémicas: mutaciones en las ciencias biológicas y expansiones científico sociales

Durante el paso de los siglos XIX al XX se producen grandes transformaciones tanto en el ámbito científico como en el terreno social y político. Ante la creciente crisis social, se buscan respuestas científicas que validen la intervención política sobre estas

problemáticas. Comienzan a desprenderse ramas disciplinares de la biología que intentan ocuparse de las problemáticas sociales como si se tratara de fenómenos naturales. El puente es la ampliación de los saberes y las prácticas de la medicina hacia los núcleos problemáticos de la urbe colapsada, desarrollando una disciplina médica que se ocupa de los comportamientos, las conductas y los deseos sociales (Cfr. Foucault, 2000, 46).

La biología, fundada sobre los principios del evolucionismo determinista y encarnada en el espacio disciplinar de la medicina y la psiquiatría, se extiende sobre el terreno social a través de la estructuración teórica de las ciencias sociales. El supuesto teórico predominante de esta ciencia biológica es el principio que sostiene que la lucha por la vida es un fenómeno general en todos los seres vivos, que puede ser observado desde las más primitivas manifestaciones del mundo biológico hasta las complejas formas de vida de las sociedades humanas. Los principios de la ciencia biológica son los que rigen los fenómenos existentes en la naturaleza, y en tanto la humanidad es entendida como una especie biológica más, rigen también en la estructura y clasificación de las ciencias: la sociología y la psicología son consideradas ciencias naturales.

Por otro lado, las problemáticas sociales trabajadas desde la perspectiva del movimiento higienista comienzan a sufrir un desplazamiento de su eje de investigación y de intervención hacia nuevos objetos de estudio y nuevos espacios epistémicos: “Muchos de los sistemas de control y modelos de análisis, junto con el vocabulario, los tropos y metáforas de la higiene de fines del siglo diecinueve, a principios del siglo veinte fueron utilizados por los criminólogos y sociólogos especializados en las nuevas ciencias sociales finiseculares.” (Salessi, 1995, 115). De esta manera, las nuevas problemáticas sociales escapan al reduccionismo e imponen sus particularidades provocando nuevos ámbitos y disciplinas científicas. Tal es el caso de las nacientes eugenesia, criminología, sociología y psicología. La literatura también se transforma en esta época de acuerdo a los criterios de la episteme positivista a través de la *novela experimental* de Zola que tendrá una fuerte repercusión entre los intelectuales, científicos y políticos argentinos, como así también la economía realizará ciertas mutaciones de carácter biologicista.

Pero cada una de estas disciplinas que emergen de la biología, si bien van cobrando cierta especificidad, no actúan independientemente. Se trata de una red disciplinar para explicar y resolver las problemáticas sociales.

En este contexto científico, la sociología estudia la evolución general de la humanidad y la evolución particular de los grupos que la componen. En *Archivos* se propone una sociología científica que se diferencie del economicismo histórico que intenta reducir la sociología a problemas de la economía política, y que también tome distancia del organicismo spenceriano que considera a las sociedades humanas como organismos. Proponen explicar genéticamente la evolución de las sociedades, entendidas como colonias organizadas por la división de las funciones sociales que evoluciona según leyes especiales, dentro de las cuales se encuentran las leyes económicas. Es decir, que los procesos económicos son manifestaciones evolucionadas de simples fenómenos biológicos, de un tipo de agregado biológico: las sociedades humanas.

La sociología científica cumple distintas funciones. Una de carácter general pretende definir los caracteres que el determinismo y la evolución presentan en el orden de los hechos sociales, y la otra supone la aplicación de los conocimientos sociológicos a la dimensión de estos hechos sociales, se trata de “adaptar la acción a la evolución misma, orientando las actividades políticas en el sentido más favorable para el progreso de las sociedades.” (Ingenieros, 1918, 193). En este movimiento se ve la vacilación entre la fatalidad evolucionista y el voluntarismo de la intervención; entre la ciencia que permite comprender el determinismo biológico que rige las leyes naturales de la sociedad, y la producción de reformas política que favorezcan el desenvolvimiento de la sociedad como un hecho natural que de por sí ya se entiende como un hecho ineluctable. Esta inestabilidad, que puede ser considerada como una característica propia de la emergencia de nuevos conocimientos y que hace a su formación como campo específico de saber y a su utilidad, en este caso va a ser un resto recurrente que caracterice al positivismo argentino.

Uno de los rasgos de esta sociología positivista es que se presenta como un conocimiento general que articula las diferentes perspectivas que tienen otras disciplinas que se ocupan de las problemáticas sociales. Antonio Dellepiane en un artículo publicado en *Archivos*, caracteriza a la sociología como

(...) una ciencia naciente; el retoño más joven, tal vez, del árbol del saber humano. Hállase, en estos momentos, en pleno periodo de formación y desarrollo; se está recién delineando y sus contornos son todavía vagos y mal definidos. Todo su contenido está en discusión: su concepto, su objeto, sus principios, su límite, su método. Todas sus teorías, todas sus hipótesis están controvertidas. (Dellepiane, 1905, 78).

Considera que los estudios de las ciencias sociales (economía política, lingüística, ciencia de las religiones, etc.) son parciales e incompletos y que se necesita “una ciencia superior que recoja los resultados más importantes de las ciencias sociales particulares, que los sintetice en principios más generales, y que arribe, de este modo a la determinación de las generalizaciones más amplias de que sean susceptibles los hechos sociológicos.” (Dellepiane, 1905, 79).

Se reconocen diferentes fuentes disciplinares de las que surgen enfoques y preocupaciones de orden social que van configurando el campo de los estudios sociológicos. Entre estos diferentes ámbitos disciplinares, en el siglo XIX pueden señalarse el derecho, la historia y las producciones literarias. En el contexto de la ciencia positivista, Soler sostiene que los estudios sociológicos tienen su origen en el ámbito jurídico: “el derecho ‘natural’ ha dado origen, en la Argentina, de la sociología como disciplina científica.” (Soler, 1968, 152). Reconoce entre los primeros estudios sociológicos los realizados por representantes de la generación de 1880 egresados de la Facultad de Derecho, como Ernesto Quesada, Agustín García, José Nicolás Matienzo, Norberto Piñero y Rodolfo Rivarola. Se trataba de estudios jurídicos desde una interpretación histórico-sociológica, aunque debemos advertir que ese “enfoque sociológico” está presente unos años antes en los escritos de Esteban Echeverría. Pero seguramente Soler no considera que las producciones literarias puedan contarse como producciones con cierto grado de sistematización como los estudios jurídicos. Desde una perspectiva epistemológica ampliada, valoramos tanto la aparición de elementos sociológicos en el campo literario como en el jurídico, en tanto se presentan como la explicitación de un problema que permea el universo discursivo de la época.

La influencia de la escuela antropológica italiana puede observarse en escritos tales como *Principios Fundamentales de la Escuela Positivista de Derecho* de Francisco Ramos Mejía publicado en 1888 en el marco de actividades de la Sociedad de Antropología Jurídica argentina, reconocida por el propio Lombroso como lo manifiesta

en sus estudios de antropología *Sulla Diffusione della Antropologia Criminale*³⁷ en 1890. Ese mismo año, en una conferencia pronunciada en una sesión de la Sociedad de Antropología Jurídica, Ramos Mejía decía:

Señores: Nuestro siglo es eminentemente positivo y experimental. La renovación que se diseñó en el siglo XVI con Galileo, con Bacon y con Descartes en las ciencias naturales, ha tenido su brillante complemento en nuestros días. Ya no hay conjunto de conocimientos que merezcan el nombre de ciencias sino los que se apoyan en el escalpelo, en la balanza, en el microscopio, y las ciencias naturales están ya fuertemente impregnadas de positivismo. Todas reciben su luz de la gran ciencia social, la Sociología, que no es ella misma sino una rama de la más basta y complicada de las ciencias, la Biología que con más razón que cualquier otra puede llamarse la (sic) alma parens de la ciencia natural del hombre. (Ramos Mejía, citado por Marí, en: Biagini, 1985, 195-196).

Ramos Mejía no sólo fue un divulgador de las teorías jurídicas del positivismo italiano, sino que fue uno de los fundadores de la sociología biológica y científicista en Argentina, junto con Rivarola, Matienzo, Dellepiane:

(...) el derecho público y el positivismo jurídico son factores que contribuyen notablemente al desarrollo de los estudios sociológicos. El derecho público explica las preferencias de la sociología argentina por los temas políticos; el positivismo jurídico explica el empleo sociológico de conceptos tomados de la biología. (Soler, 1968, 155).

En el campo historiográfico también aparecen abordajes que podrían considerarse otros antecedentes de la sociología como son las obras de Juan Manuel Estrada y Adolfo Saldías, pero sin lugar a dudas será el campo de la biología el que dotará de categorías y métodos que darán el estatus de disciplina científica a la sociología, permitiendo evaluar la cuestión social y actuar en consecuencia.

De esta manera, la sociología se ocupa de los fenómenos de patología social como el delito, mientras que la psicología, otra de las disciplinas que se desprende de la biología, se ocupa de los fenómenos psicopatológicos como la locura. La psicología investiga la formación natural de las funciones psíquicas en la evolución de las especies vivientes, en la evolución de las sociedades humanas y en la evolución de los individuos. Tanto sociología como psicología confluyen en la formación de la disciplina

³⁷ Este trabajo de Lombroso fue publicado como introducción al libro de Luis M. Drago, *I Criminali Nati*. Biblioteca Antropológica- Giuridica: Serie III, vol.2e. Fratelli Bocca Editori, 1890.

criminológica, que atenderá al estudio científico del delito entendido como una manifestación de la actividad del delincuente en sus relaciones con el medio social.

Otro de los factores que provocan el surgimiento de la criminología es el desplazamiento del objeto de estudio del higienismo (como ya hemos referido en el capítulo 4.4.): la preocupación por la amenaza de las "enfermedades exóticas viajeras" se transformó en la preocupación por la "criminalidad" concebida como una enfermedad psicológica y moral que amenazaba la salud social, y que también proviene del extranjero. "El uso de los mismos modelos de análisis y la retórica de los higienistas [...] pero ahora aplicados a los movimientos y flujos de personas, de poblaciones difíciles de controlar, de 'filtrar'" (Salessi, 1995, 115). La criminología se perfila como el estudio científico del delito, "al mismo tiempo que la primera sociología sirvió para especificar la nueva organización de clases de una Argentina futura en la que debía predominar una nueva clase media, esta criminología sirvió para vigilar la nueva clase obrera." (Salessi, 1995, 116-117).

El método científico aplicado a estudios de patología humana o social establece que hay que tener en cuenta tres campos de estudio: el de las causas, el de las manifestaciones y el del tratamiento. Los estudios criminológicos se ocuparán de las causas del delito (*etiología criminal*); las múltiples formas en que se manifiesta el delito (*clínica criminológica*); y las medidas sociales e individuales para su profilaxis o represión. En el primer artículo publicado en *Archivos, Ingenieros* se ocupa de dejar en claro el lugar de la criminología observando que:

Los autores que llaman a la ciencia del delito "antropología criminal" o "sociología criminal" cometen un error de importancia, llamando al todo con el nombre de una de las partes de la "etiología criminal". Y, aunque sea error de nombre, justo es corregirlo; máxime tratándose de una rama científica nueva, que por encontrarse en su periodo de formación ha sido objeto de tantas y tan lamentables confusiones. Hora es ya de introducir en ella el método y la claridad, dando a cada término su verdadera significación.

En conjunto debe ser llamada simplemente, "criminología": ciencia del delito. (Ingenieros, 1902, 4).

Otra de las disciplinas que forman parte de esta red epistémica que se expande de manera fractal a los diferentes ámbitos sociales es la economía en su faceta biologicista. En su "Introducción al estudio de las ciencias sociales argentinas", Juan Agustín García

destaca ciertos sentimientos que hacen que la actividad económica se desarrolle según criterios que no son estrictamente los de las ciencias económicas, mostrando que estas actividades se conforman a través de vínculos con distintos aspectos sociales tales como los antropológicos, históricos, psicológicos. Fundamentalmente destaca el vínculo entre psicología y economía desde la definición de su objeto:

[...] Lo que se llama naturaleza económica del hombre es el conjunto de todas sus necesidades. Las de un civilizado son numerosas y complicadas, porque, además de las de conservación, que comparte con todos los animales, tiene las de la vida culta, con sus refinamientos especiales, gobernada por los caprichos de su voluntad. Los pensadores alemanes sostienen, con razón, que la base de toda Economía Política es la Psicología [...] Wagner distingue cinco grupos de motivos económicos: el miedo de la miseria, deshonor o pena, de la vida inactiva y sus correlativos, la aspiración a la riqueza, honores y recompensas, a un mayor desarrollo de la actividad. Pero todos estos sentimientos actúan de diversa manera según los países, las diferentes épocas, e imprimen un carácter especial a la evolución económica. (García, 2007 [1899], 310).

Y más adelante, atendiendo a las particularidades del caso de Argentina, continúa perfilando a la economía y el lugar que ocupa en el contexto de las ciencias sociales:

Se habrá convencido el lector; la base de la economía es psicológica. La manera de ser, de sentir, de pensar de los hombres es el alma de todos los fenómenos de producción y distribución de la riqueza. Y como las tendencias psíquicas dependen de la raza, del medio físico y moral, han tenido razón los que sostenían que es una ciencia de método histórico, de carácter nacional, cuyas proposiciones, eminentemente relativas, sólo son aplicables al país y época observadas. Ciencia puramente descriptiva, deberá limitarse a constatar la evolución de los fenómenos económicos; hacer su historia y buscar su explicación psicológica y social. Sus verdades se refieren al pasado, y pueden servir de base para limitadas inducciones. (García, 2007 [1899], 312).

Ingenieros clarifica la noción de economía desde un encuadre evolucionista spenceriano, acudiendo a la definición de economía de De Greef (*La Sociologie economique*), en la que queda clara la procedencia y dependencia de esta concepción de la economía respecto de la biología:

“La economía, -dice -, es esa parte fundamental de la ciencia social que se propone estudiar y conocer el funcionamiento y la estructura del sistema nutritivo de las sociedades, para su conservación y perfeccionamiento, mediante la reducción progresiva del esfuerzo humano y por el aumento del efecto útil, en el interés y para el bienestar común del individuo y de la especie organizados en sociedad.”. Formulada así la definición de economía, es evidente que ella estudia la función

esencial para la vida del organismo social, considerado éste como el más genuino criterio biológico. (Ingenieros, 1904, 535)

La conexión de este espectro de ciencias sociales con la vida cotidiana es posible a partir de las prácticas eugenésicas y de distintos saberes que circulan a través del complejo de ciencias de la época condensando la *episteme* positivista. La eugenesia reúne “un conjunto de acciones técnicas, avaladas por el conocimiento biológico disponible, tendientes al progreso social y centradas en favorecer la reproducción de los individuos o grupos humanos considerados valiosos y en impedir la reproducción de los individuos o grupos humanos considerados disvaliosos o indeseables.” (Cecchetto, 2008, 13-14).

El movimiento eugenésico en la Argentina tuvo sus particularidades. Sus promotores estuvieron abiertos a incorporar nuevas perspectivas teóricas en función de las necesidades locales, generando un movimiento con cierto carácter ecléctico en relación al problema de la herencia y dando lugar a tres grandes ámbitos de prácticas y discursos: la eugenesia como disciplina académica, como movimiento social y como estilo cultural. De esta manera aparece en los planes de estudio para la formación de profesionales vinculados a la salud comunitaria, a los ámbitos jurídicos y criminológicos y al biomédico; como también en la constitución de un cierto sentido común producto del consenso entre sectores políticos ilustrados y una parte de la intelectualidad acerca de las herramientas científicamente consagradas para afrontar la cuestión social. Es decir, que la eugenesia muestra claramente la constitución de un discurso científico que manifiesta sus diversas caras tanto en las prácticas de la vida cotidiana como en la constitución de un discurso político que disciplina las condiciones de vida y de trabajo, la organización del Estado y las condiciones de reproducción humana. (Cfr. Cecchetto, 2008, 14-15).

Tuvo una amplia difusión y circulación en Argentina impregnando de una especie de “sentido común” (acrítico) ámbitos diversos tales como:

la producción teórica y práctica de criminalistas, reformadores sociales, frenólogos, fisonomistas, biómetras, higienistas, intelectuales, educadores, sanitaristas, políticos, juristas, psiquiatras, genetistas, puericultores, religiosos, moralistas, escritores ... Su función de comodín ideológico nos permite entrever relaciones de afinidad entre actores y actrices sociales que, en principio, se

mostraban instalados en posiciones distantes y hasta antagónicas al examen de una mirada superficial. (Cecchetto, 2008, 13).

Entre las instituciones argentinas preocupadas por las cuestiones eugenésicas en la época se encuentran la “Sociedad Luz” (1899-1930), la “Sociedad de Estudios Psiquiátricos y Antropológicos” (1895), la “Sociedad Argentina de Profilaxis Sanitaria y Racial” (1907) fundada por Emilio Coni. En la denominación de estas sociedades se manifiesta claramente el rol de la eugenesia como un saber que circula entre diferentes ciencias sociales como la psiquiatría, la medicina legal y la antropología, sirviéndose de los conocimientos científicos que traduce en hábitos para la población. La lista de sociedades eugenésicas se acrecienta con el transcurrir de los años hasta entrada la década de 1940 produciendo un gran impacto en la vida pública. Así lo describe Cecchetto:

Se relacionaron con institutos de investigación y docencia, tomaron parte en las reuniones científicas más relevantes de la especialidad, editaron publicaciones de primer nivel y de circulación amplia, influyeron sobre políticos y legisladores, cuando no ocuparon directamente puestos legislativos y político-administrativos sus miembros más conspicuos. Todo ello les permitió influir en decisiones de política pública y en la confección de normativa específica, utilizando argumentos “científicos” (...) (Cecchetto, 2008, 43).

La antropología desde mediados del siglo XIX se propone caracterizar científicamente las razas para luego jerarquizarlas, teniendo en cuenta que recién a fines del siglo XVIII la raza se transformó en una categoría biológica susceptible de ser sometida a los criterios de definición y clasificación científicas, abandonando la referencia a un linaje o descendencia común identificados con la lengua, el origen y una historia compartida. Así, una vez en manos de la biología, “la raza se convirtió en una categoría biológica para definir tipos humanos portadores de características estables e identificatorias (físicas, psicológicas, conductuales).” (Cecchetto, 2008, 36). En Argentina la preocupación en relación con la raza se concentró en el fenómeno de la inmigración hasta la década del 1920 en la que se desplazó hacia los fenómenos de natalidad y mortandad infantil, regulación del trabajo infantil y en aspectos que podían mejorar la *raza nacional*. “Las corrientes antropológicas constitucionalistas adivinaban una relación entre la morfología de los individuos y sus rasgos psicóticos, de allí su

utilidad para la tarea criminológica y la defensa social.” (Cecchetto, 2008, 36). Este carácter morfológico y las tradicionales mediciones antropométricas serán abandonados a partir de los años 1920, dando lugar a una nueva antropología centrada en los perfiles psicológicos y morales de los distintos grupos humanos.

La psicología social también está condicionada por leyes biológicas, manifestadas en los caracteres mentales colectivos que son anteriores a la experiencia de cada individuo, y que se pueden observar en las diferentes costumbres y creencias de un grupo social. Un ejemplo claro es el del idioma que “aunque en rigor – señala Ingenieros – sólo existe en la mente de los individuos que lo hablan, no deja de ser una indudable realidad social, fundada sobre un conjunto de representaciones colectivas; ella se impone a cada uno de esos individuos, preexiste a ellos y les sobrevive.” (Ingenieros, 1918, 28). Cada sociedad tendrá una mentalidad propia en tanto tenga instituciones y costumbres propias. Y cada una de estas sociedades serán más evolucionadas, y en consecuencia, más civilizadas en la medida en que desarrollan mejores capacidades para adaptarse al medio en la lucha por la vida. Ingenieros señala que las sociedades que “se organizan en mayor consonancia con las condiciones del medio, prosperan, se acrecientan y duran hasta que son absorbidas o destruidas por otras mejor adaptadas a nuevas condiciones.” (Ingenieros, 1918, 30). La consecuencia de esta selección natural es el *progreso*, definido como “el perfeccionamiento adaptativo de la estructura y las funciones de las sociedades a las condiciones de lucha por la vida propias del medio en que viven.” (Ingenieros, 1918, 30).

En el caso de América, a raíz de la conquista y colonización del continente se produce, para Ingenieros, el encuentro de dos razas pertenecientes a diferentes etapas civilizatorias, consecuencia de las diversas capacidades productiva y de organización económica: “Europa feudal, en vías de transformarse en industrial, y América salvaje o bárbara.” (Ingenieros, 1918, 34). Por esta razón considera que la lucha entre ellas era inevitable y el “triunfo” de la raza blanca era previsible por ser superior. Pero ese triunfo no se manifiesta de manera homogénea en todo el continente, son múltiples los factores que contribuyeron a las particularidades sociales de América:

Como factor geográfico, el medio determinó la orientación de las dos corrientes migratorias europeas, la nórdica y la mediterránea. Como factor climatérico, determinó el predominio étnico de las razas blancas en las zonas templadas y el de

las razas de color en las zonas intertropicales. Como factor económico, encaminó las corrientes inmigradas por los mismos caminos seguidos antes por las razas indígenas ... Al terminar la época colonial los “criollos” del Ecuador eran casi indígenas, y los “criollos del Uruguay eran casi europeos. (Ingenieros, 1918, 43).

Y como para que no queden dudas, más adelante sentencia: “Admitido que la civilización superior corresponde actualmente a la raza blanca, fácil es inferir que la negra debe descontarse como elemento de progreso.” (Ingenieros, 1918, 78). De la misma manera considera a la raza indígena. De hecho la raza forma parte de los cuatro factores naturales que determinan el futuro de Sudamérica, junto con la extensión, el clima y la riqueza natural. Según Ingenieros, sólo Argentina reúne los cuatro factores como condición de progreso, entre otros motivos, por tener mayor población blanca. Entonces, las condiciones del medio determinan la constitución social, y a la vez, cada sociedad determina un modo particular de pensar.

También la literatura es alcanzada y sumada a las huestes positivistas, produciendo un desplazamiento del lugar ocupado por la ficción literaria en la racionalidad moderna, al sitio que le posibilita la racionalidad positivista de entresiglos. La racionalidad moderna organizó los saberes en correspondencia con la distinción de facultades humanas de manera tal que la filosofía se corresponde con la facultad de la razón, la historia con la memoria y la poesía con la imaginación, según el *Discurso preliminar de la Enciclopedia* de Jean Le Ron D’ Alambert (Cfr. Marí, 1993). De esta manera se funda un dualismo entre los conceptos de verdad-cognoscitiva y la ficción-imaginativa. Pero en el siglo XIX aparece una excepción a este dualismo por parte de la corriente naturalista en literatura, que instala la verdad en el terreno de la ficción. Este movimiento de la verdad hacia el ámbito propio de la ficción se consolida en la obra de Émile Zola, al conectar la literatura naturalista y la epistemología positivista.

La obra de Zola busca la verdad científica a través de una narración literaria que se jacta de ser objetiva y neutra. En sus novelas se buscan hechos al modo de una ciencia positiva:

(...) gobernados por el determinismo físico, y documentos humanos sellados por el contorno social; percibir el vicio y la virtud de los personajes productos químicos como el vitriolo y el azúcar, rastrear en las conductas leyes fisiológicas y acontecimientos de psicología orgánica, indagar en la historia de las pasiones y en el corazón de los *romans* un entretejido de cálculos, desciframiento y arte de

deducción, implantar en el centro mismo de la trama una tensión fluctuante entre *circulus* vital y *circulus* social, he aquí todo lo que se propuso como código de interpretación de las letras, en su tarea de pionero del realismo. (Marí, 1993, 37).

Sus tesis epistemológicas están desarrolladas en su *Novela experimental* que va a tener una intensa repercusión en los positivistas argentinos. En un artículo publicado en el primer número de *Archivos*, titulado “Criminales y degenerados en la novela de Zola” (no se consigna autor, pero es probable que haya sido escrito por Ingenieros en calidad de director de la revista), se destaca la contribución científica de la novela experimental en tanto muestra el momento sociológico contemporáneo y contribuye a los anhelos de reforma social. La obra de Zola “refleja con toda fidelidad las verdades de la ciencia nueva, que en esta materia y en sus aplicaciones jurídicas, ha adquirido ya carta de naturaleza en las salas de justicia.” (AA, 1902, 625). Además se destaca que el autor de la *Novela experimental* ha declarado haber leído y estudiado al *Hombre delincuente* de Lombroso, y al mismo tiempo Lombroso como otros hombres de ciencia han escrito sobre las novelas de Zola.

Sin lugar a dudas, luego de leer *El libro extraño* y observar el lugar que ocupa en el discurso científico de la época, el Zola argentino fue Francisco Sicardi³⁸. Su novela *Hacia la justicia*³⁹ provocó un gran impacto en la comunidad científica positivista argentina. Ingenieros escribe la reseña para los *Archivos* en 1903, bajo el título de "La psicopatología del Arte. Agitadores y multitudes en 'Hacia la Justicia'", en la que realiza un análisis psicológico de los personajes de la novela de Sicardi, por considerarlos tipos ilustrativos de los perfiles psicológicos a la luz de la psicopatología. También lo hace siguiendo una tendencia de los psiquiatras y criminólogos de la época, en esta recurrencia al arte como fuente de tipos de patologías. Sólo por dar un ejemplo, Lombroso analiza psicopatológicamente los personajes de la novela *Germinal* de Zola. Así, para Ingenieros los personajes de la novela de Sicardi “son sentimentalismos venenosos o místicos, idealismos demolidores o rosacrucianos, brazos que arrojan la

³⁸ La faceta de escritor del Médico y Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires Francisco Sicardi (1856-1927) es recordada por *El libro extraño*, de cinco tomos, publicado entre 1895 y 1902. *Hacia la justicia* es el último tomo de esta “saga familiar concebida según el método de determinismo biopsicológico puesto de moda por la escuela naturalista; se trata de un libro abigarrado, desparejo, en gran medida abrumador, recorrido por una corriente decadentista de hastío y pesimismo.” (Aira, César. 2001. *Diccionario de autores latinoamericanos*, Buenos Aires, Emecé, 513).

³⁹ Tomo V de *El libro extraño* publicado en 1902.

bomba o levantan el crucifijo, y turbas de alma ardiente como el incendio, ruidosa como la tromba, arrebatada como el huracán.” (Ingenieros, 1903, 28).

De esta manera puede observarse como se configura una red epistémica que articula la trama de control político y científico sobre la vida de una sociedad. Desde este marco epistemológico y teniendo como principio omnipresente el de la lucha por la vida en todo ser vivo, cualquier fenómeno social es explicado como un caso biológico. Por ejemplo el delito es definido como un fenómeno biológico en tanto es una acción que atenta contra el derecho a la vida de otros sujetos, y la función del derecho penal pasa a ser la de garantizar la conservación y reproducción de la vida individual y colectiva, como si se tratara de un “instinto de conservación” del organismo social. Un fenómeno social como el de la pobreza es estigmatizado como caso de inferioridad física, moral e intelectual, explicando que las causas de esa inferioridad radican en los condicionamientos del medio económico, como si se tratara de un condicionamiento cósmico. De hecho “medio” es entendido como un complejo de factores naturales, sociales y psicológicos que suponen un medio cósmico, un medio social y un medio individual.

En este contexto epistemológico, los científicos poseen los conocimientos sociológicos para intervenir en la dimensión de los *hechos* sociales a través de las reformas convenientes para la evolución de la sociedad. De esto se trata la contribución al progreso, de un perfeccionamiento adaptativo de la estructura y las funciones de las sociedades a las condiciones de la lucha por la vida propias del medio en que viven. Estas son las acciones de las que se ocupa el socialismo científico, que consisten en reformar las instituciones que sean necesarias, para adaptar el ordenamiento social a los fundamentos dados por el evolucionismo biológico. Así lo manifiestan las propuestas de reforma del Derecho Penal en *Simulación de la locura* (1900), o de ley laboral de Joaquín V. González, que no llegaron a realizarse a pesar de los esfuerzos por demostrar científicamente su viabilidad.

6.4. Particularidades de las líneas teóricas positivistas en la Argentina

La revista *Archivos*, como buena exponente de las revistas científicas de la época, presenta discusiones entre los diferentes autores que allí publican. Si bien, como hemos indicado, en Argentina hubo una fuerte influencia de la *Scuola Positivista* italiana, es importante señalar algunas diferencias al interior mismo de la de esta línea teórica que permitirán salir del prejuicio determinista respecto del positivismo de principios del siglo XX en Argentina, y que están claramente expresadas en los trabajos que allí se publican.

Un dato interesante que nos permite entender el lugar que las producciones científicas argentinas ocupaban en la época es que en *L'uomo di genio* (1894) Lombroso cita *La neurosis de los hombres célebres* (1878) de Ramos Mejía, no porque Ramos Mejía sea partidario de la teoría psicopatológica del genio, sino porque a Lombroso le sirve para confirmar sus hipótesis. Es decir, que las producciones locales eran consideradas pares de las europeas.

Presentamos a continuación una serie de fragmentos de los artículos que nos permiten acceder a la línea positivista italiana como a la posición tomada por algunos de los referentes de la ciencia positivista en Argentina.

En un artículo de Ingenieros publicado en 1902 en *Archivos* y titulado “Las teorías de Lombroso ante la crítica”, se distancia de la teoría lombrosiana fundamentalmente por un problema metodológico en relación con su etología, a la que considera errónea y deficiente. Pero antes se encarga de dejar en claro por qué Lombroso es un referente ineludible en los estudios criminológicos. Ingenieros lo considera el iniciador de los siguientes tópicos de la Escuela Criminológica Italiana:

1°- Los delincuentes suelen presentar anomalías biológicas que influyen en la determinación del delito; 2°- Algunos delincuentes presentan ausencia congénita de sentido moral, constituyendo el tipo de “delincuente nato”; 3°- El determinismo excluye toda idea de libre albedrío en los delincuentes; 4° - El Criterio de la “responsabilidad”, en cualquier forma, es falso y artificial; 5° - El objetivo de la lucha contra el delito no debe ser castigar al delincuente sino ponerle en la imposibilidad de perjudicar a la sociedad; 6° - La represión debe hacerse según criterio del peligro o temibilidad de cada delincuente, asegurando la defensa social.

Y estos postulados de la Escuela Positivista, cuyo desarrollo fue consecutivo a los estudios geniales de Lombroso, bastan para que su nombre esté destinado a ocupar en psicopatología un sitio no menos honroso y eminente que el del sumo Morel. (Ingenieros 1902, 337-338).

Volviendo a la crítica metodológica que Ingenieros realiza a los estudios lombrosianos, considera que es errónea la manera de entender la epilepsia: “la hace generalizar demasiado y sostener que el delincuente nato o loco moral, así como también el genio, son determinados por la epilepsia; esas conclusiones falsas son sin embargo, la generalización de un hecho cierto: la coexistencia de la criminalidad y el genio con la epilepsia, en muchos sujetos.” (Ingenieros 1902, 337). Pero al mismo tiempo señala que estos problemas metodológicos han sido trabajados y superados por la Escuela Positivista, principalmente por Sergi, Morselli, Zuccarelli, “dando amplitud a la patogenia del temperamento criminal, que ya se va comprendiendo como forma degenerativa resultante de causas atávicas, patológicas o teratológicas.” (Ingenieros 1902, 337).

Pero hay otro aspecto en que insistirán con su crítica los argentinos y que dará lugar a una de las características distintivas del positivismo argentino, y es la que tiene que ver con la relación entre el determinismo hereditario y la influencia del medio en la conducta criminal.

La posición italiana al respecto está claramente expuesta en un artículo del italiano Ángel Zuccarelli, Profesor de Psiquiatría y Antropología Criminal en Nápoles, publicado en 1902 y titulado “Necesidad y medios de impedir la reproducción de los degenerados”. El papel de la herencia aparece como un factor determinante de la criminalidad, por lo tanto, la forma de lucha contra las conductas criminales está dirigida a impedir la reproducción de los individuos considerados delincuentes, acelerando el procedimiento de selección natural:

Los hombres impíos, los más grandes delincuentes, los locos criminales, los más incapacitados para la lucha por una perfección más alta de la especie, los hombres refractarios a una regeneración del pueblo propiamente dicha, nacen precisamente de los hombres degenerados, de los sífilíticos hereditarios, de los hombres neuropáticos y psicopáticos hereditarios y de todos aquellos en quienes serpentea un terrible contagio hereditario que deteriora, rebaja, desorganiza, hasta la extinción de las familias. Y mientras la selección natural, por una parte, es muy lenta e insuficiente para hacer una depuración ventajosa, y por otra se choca a menudo contra diversas dificultades para obtener medidas sociales (económicas, higiénicas, didácticas, educativas, jurídicas, etc.) verdadera y eficazmente regeneradoras, sucede que en ese tiempo, cada degenerado se reproduce en tres, cuatro, cinco y aún en siete o diez desheredados de la naturaleza, que son más desgraciados que sus ascendientes. Así la fuente de desdichados y seres funestos a

la sociedad, crece hasta el punto de alarmar y espantar. (Zuccarelli, 1902, 227-228).

Frente a este diagnóstico propone la selección artificial más activa: la esterilización. Incluso considera que es una alternativa a la medida que procura prohibir los matrimonios de personas que sufran algún tipo de degeneración:

Mediante la esterilización [...] es posible dejar libre el ejercicio del coito, salvaguardando el mayor respeto por la libre elección y por todas las conveniencias sociales, que son elementos de equilibrio para la estática de la sociedad; pero, al mismo tiempo, se consigue impedir de una manera segura y duradera, la procreación de una falange cada vez más numerosa de sujetos mayormente degenerados. (Zuccarelli, 1902, 234).

Estableciendo una clara diferencia respecto de los teóricos italianos, Francisco de Veyga en un artículo también publicado en *Archivos* en 1905 cuyo título es “De la regeneración como ley opuesta a la degeneración mórbida” da mayor espacio al medio como origen de las patologías, relativizando o colocando a los factores hereditarios entre otras causas de la criminalidad, como también lo hará Ingenieros en distintos trabajos criminológicos. Así lo expresa Veyga:

Estamos dando a la herencia mórbida, después de haberla negado o discutido tanto tiempo, un valor exagerado que no tiene, ni teórica ni clínicamente. Hablamos de la herencia mórbida y de sus manifestaciones con un tono pesimista que no es dado usar y que puede ser causa de ataques severos para la doctrina de la degeneración, todavía mal asentada en sus principios y errores de sistema. Y, sobre todo, encerrándonos dentro del estrecho círculo de la herencia, estamos dando a la degeneración un carácter etiológico muy mezquino y del que conviene despojarla.

La degeneración se hereda pero se adquiere también, y quizá sea fuera de la transmisión sucesoria donde tenga su mayor fuente de producción. Su acción, en todo caso, como fenómeno de herencia o de adquisición individual, tiene su contrapeso en la tendencia espontánea a la regeneración ayudada eficazmente por la terapéutica. (Veyga, 1905, 44).

También Ingenieros en un artículo publicado en *Archivos* en 1906, titulado “Nueva clasificación de los delincuentes fundada en su psicopatología”, da un lugar semejante en valor, a las condiciones contextuales del delito respecto de las hereditarias, especificando aún más el objeto de la criminología en esta dirección a diferencia de las definiciones dadas en el artículo de 1902 que hemos referido en el apartado anterior. De esta manera la criminología es entendida como “El estudio científico del delito,

considerado objetivamente como acción humana que exterioriza las condiciones de lucha por la vida propias del ambiente social.” (Ingenieros, 1906, 30). Para que no queden lugar a dudas, distingue los elementos del medio que provocan las acciones consideradas socialmente patológicas:

Los factores que cooperan a la determinación del delito se dividen en dos grandes categorías:

1° Los factores endógenos, biológicos, propios de la constitución fisiopsíquica del delincuente.

2° Los factores exógenos, mesológicos, propios del medio en que actúa el delincuente. Los primeros se manifiestan como anomalías de la conformación morfológica o del funcionamiento psíquico de los delincuentes; los segundos se refieren al ambiente físico y al ambiente social. (Ingenieros, 1906, 31).

Entonces, los factores internos son estudiados por la Antropología Criminal y los factores externos por la Mesología Criminal. Las disciplinas de la Antropología criminal son la Psicología criminal y la Morfología criminal. Y las disciplinas que forman parte del estudio mesológico criminal son la Sociología criminal, ocupada de las causas propias del ambiente social; y la Meteorología criminal, atendiendo a las causas propias del ambiente físico.

La crítica que realizan los argentinos a las primeras producciones teóricas de la Antropología Criminal de la Escuela Italiana, radica en su centramiento en los estudios morfológicos a través de los cuales buscaban un tipo de delincuente especial sin advertir que se trataba simplemente del común “tipo degenerado” observado en los delincuentes más degenerados (Lombroso). Luego Ferri le da mayor importancia a la psicología, ampliando los estudios morfológicos de la Antropología Criminal.

En un artículo de Horacio Areco titulado “Enrique Ferri y el positivismo penal” publicado en el número VII de *Archivos*, se refiere a la crítica que realiza Ferri al método de Lombroso y a la ampliación que provoca en la escuela positivista del delito. Critica a Lombroso “su demasiada sujeción a los hechos y la falta a la poca (sic) amplitud de las derivaciones filosóficas. Constató también la imprecisión de Lombroso a lo (sic) referir sus observaciones a una determinada clase de delincuentes, pudiendo, en realidad, aplicarse sólo a ella.” (Areco, 1908, 398).

Areco se detiene en la ampliación de la escuela positiva realizada por Ferri al considerar que se trata del delito como un fenómeno natural y social. Lombroso había

considerado que la nueva escuela era sólo una alianza entre derecho penal y antropología criminal, frente a lo cual reacciona Ferri sosteniendo que “La nueva escuela es algo más. Tiene un alcance científico y práctico mucho mayor: es la aplicación del método experimental al estudio de los delitos y de las penas, con el concurso fecundo de la antropología criminal, de la estadística, de la psicología, de la sociología, representando una nueva fase en la evolución de la ciencia criminal” (Ferri, citado por Areco, 1908, 400), es decir que el delito es entendido como una anormalidad biológica social, posición en la que se apoyaron y profundizaron los criminólogos argentinos.

Luego de haber observado las diferencias entre la escuela positivista italiana y la argentina, podemos remarcar que la fuerza que el positivismo pretende imprimir sobre el campo social a través de la intervención política, está fuertemente validada por este giro teórico a favor de las condiciones del medio en detrimento de la herencia, como factores promotores de mala vida, delito y patologías sociales diversas. De esta manera se corre del determinismo dando la posibilidad de conformar el cuerpo social de acuerdo con los modernos principios positivistas, ahora, con las particularidades que los intelectuales argentinos han explicitado.

Al incorporar la variable del medio y de la educación en la constitución de los criminales y alienados disminuyendo el carácter determinista de la herencia, la solución es de orden médico-político: reforma laboral, sanitaria, educativa y productiva. En estas dimensiones se librarán las batallas políticas sobre la dirección que deberán seguir estas reformas.

En los próximos capítulos nos ocuparemos de registrar qué concepción de ciencia, de vida y de sociedad están en lucha en momentos de emergencia de las ciencias sociales, atendiendo a las particularidades en las que se gestaron, es decir, la singularidad del instante en que se produjo el discurso científico con pretensiones de ordenar la vida social.

Capítulo 7: La *cuestión social* y el movimiento anarquista: (des) orden de la carne

Y convencidos como estamos de que toda lucha significa un triunfo, porque la lucha es símbolo de fuerza y el que no lucha no vive, consideramos un deber el de levantar hoy más alto que ayer nuestro pendón de combate (...)

La Protesta

31 de enero de 1903

A partir de la tensión entre las categorías de cuerpo y carne buscamos dar cuenta de una de las dimensiones del discurso científico que intenta explicar e intervenir en la realidad social de la primera década del siglo XX en la Argentina. Nos detendremos en la dimensión de la carne, que en tanto que es aquello que resiste y escapa al orden del cuerpo, podemos identificarla con las nociones que el poder científico de la época señala como aquellos fenómenos sociales que hay que identificar, categorizar y ordenar para llevar a cabo el proyecto de un cuerpo social.

Una de las nociones epocales para referirse a las problemáticas sociales que la ciencia y la política deben atender es la de *cuestión social*. En tanto se trata de fenómenos sociales que escapan o desbordan el terreno de los tópicos sociales a los que aspiran las naciones en proceso de modernización, consideramos que es posible pensar los diferentes fenómenos que comprende la cuestión social como heterotopías (capítulos 2 y 5).

Las heterotopías se presentan como “la impugnación de todos los otros espacios [...] creando la ilusión que denuncia todo el resto de la realidad como ilusión, o bien, por el contrario, creando realmente otro espacio real tan perfecto, tan meticuloso, tan arreglado como el nuestro es desordenado, mal dispuesto y confuso.” (Foucault, 2010, 30). En este sentido, podemos pensar fenómenos culturales como el tango o como el nomadismo inmigratorio constituyéndose en una especie de impugnación del espacio rioplatense tradicional⁴⁰.

El nomadismo de los trabajadores inmigrantes de alguna manera continúa el movimiento que los trajo a estas tierras: “el barco fue para nuestra civilización – y esto

⁴⁰ A diferencia del nomadismo laboral, que afectaba la estructura del sistema productivo, el tango sí acabó convirtiéndose en una forma canónica de representación cultural rioplatense.

por lo menos desde el siglo XVI – a la vez el mayor instrumento económico y nuestra mayor reserva de imaginación. La nave es la heterotopía por excelencia.” (Foucault, 2010, 32).

El doble movimiento que trajo a los inmigrantes de ultramar y que los obliga al nomadismo, permitió los encuentros y desencuentros en las orillas del puerto generando un fenómeno cultural que expresa en sus orígenes las particularidades heterotópicas de la carne: aquello que no puede reducirse a la lógica de un órgano preestablecido, que no puede responder a una lógica estática y conservadora y que emerge como cultura cosmopolita de bajo fondo.

7.1. La cuestión social como malestar de la carne. Bajos fondos y nomadismo

La *cuestión social* es un fenómeno propio del proceso de modernización del Estado. Entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX en la Argentina se está produciendo una mutación del Estado que implica una ruptura respecto de la tradición jurídico liberal fundada en los principios de libertad, responsabilidad y de contrato social. La nueva organización institucional de cuño positivista, desde sus principios de orden y progreso y sus críticas a los elementos metafísicos de la filosofía liberal del Estado, debate sobre los límites de la intervención estatal identificando lo que denomina *males del cuerpo social*. Los males que afectan al cuerpo social constituyen la *cuestión social* desplegada en tres facetas: la inmigración masiva, la cuestión obrera y la problemática urbana. (Cfr. Vallone, 2009, 18). Las tres facetas se enlazan en la configuración de las preocupaciones y acciones del movimiento anarquista, como expresión de aquellos fenómenos que escapan o entorpecen el orden del cuerpo social.

Según los datos del primer censo nacional de 1869 y los registros de inmigrantes que ingresaron al país desde 1857, se puede observar que la inmigración significó entre los años 1885 y 1889, un promedio del 76% del crecimiento anual de la población de la Argentina; y entre 1904 y 1910, el promedio fue del 58% (Cfr. Rapoport, 2003, 39-41). Al menos en la dimensión cuantitativa de la información se puede observar el impacto en la densidad poblacional de los principales centros urbanos del país, a pesar de los límites que el censo presentaba en cuanto a los criterios para establecer qué población sería censada, los instrumentos y estrategias de recolección de información, de medición

y análisis de los datos obtenidos. Esas masas de inmigrantes habían sido convocadas desde la década del ochenta con la pretensión, en algunos casos de ingresar elementos “civilizatorios”, y en otros, de incorporar mano de obra para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

Se pensó entonces en una inmigración no forzada (como fue la practicada durante la colonia con los esclavos negros), ni tampoco espontánea, sino planeada, orientada, selectiva. Una política inmigratoria, en suma, que como parte de un programa político de población influyera de modo decisivo sobre el tamaño, la composición, el origen, la dirección, asentamiento e integración de los flujos inmigratorios, y los incorporara como parte de una dinámica mayor de planificación económica social. (Cecchetto, 2008, 18).

En este sentido, la crítica al Estado liberal que emprenden los intelectuales positivistas de principios del siglo XX, se concentra en la cuestión inmigratoria desde una perspectiva criminológica, descentrando la inicial motivación económica de la convocatoria de inmigrantes europeos desde el Río de la Plata. En un artículo publicado en *Archivos* en 1905 titulado “La delincuencia argentina ante algunas cifras y teorías” (aunque escrito en 1902 según aclara una cita a pie de página), el Profesor en Derecho Penal de la Universidad de Córdoba, Cornelio Moyano Gacitúa

advierte sobre el aumento de la criminalidad en el país equiparando acciones delictivas con las protestas obreras:

Aun cuando yo no me cuento entre los pesimistas; aun cuando todavía creo que la criminalidad argentina no es en general grave, alguna de nuestras capitales ha presentado en estos últimos tiempos gravísimos y reiterados casos de criminalidad sangrienta, enorme cifra de delincuencia de fraude y un terrible estallido de rebelión obrera, que ha hecho decir a algunos órganos de la prensa que nos hemos convertido en un pueblo de cafres. (Moyano Gacitúa, 1905a, 163).

Considera que los hombres de estado del siglo XIX que generaron las condiciones para el ingreso de inmigrantes a la Argentina bajo la consigna “Gobernar es poblar”, sólo atendieron a lo que resultaba urgente en ese momento: la faz económica. Si bien reconoce que no corresponde con las preocupaciones del momento histórico de hombres como Juan Bautista Alberdi, no obstante señala que no previeron crear organismos defensivos ante la posible criminalidad del inmigrante. Estos organismos defensivos suponen restricciones al Estado liberal. De esta manera lo expresa Moyano Gacitúa:

(...) la legislación de la República es esencialmente liberal y, por lo tanto, surgen en ella los defectos del exceso del sistema causal que los engendra como a la gravedad, la caída, como a la atracción, el abismo. Son los excesos de la libertad de reunión o sean los motines y las asonadas; de la libertad de trabajo o sea las huelgas; de la libertad de prensa, las excitaciones a cualquier delincuencia, la inmoralidad, la conmoción pública, la falsa noticia, la emanación mefítica y contagiosa de lo que no debe mostrarse ni comentarse. La libertad de todas las acciones donde están los secretos, arsenal de pólvora que estalla por cualquier chispa y que la libertad deja ubicarse en cualquier sitio.

La libertad de modificar todas las ideas, cambiar todos los puntos de mira, desarrajar todas las instituciones, destruir todos los ideales. (Moyano Gacitúa, 1905a, 172-173).

El gobierno de Julio Argentino Roca⁴¹ fomentó el ingreso de inmigrantes considerándolo un elemento fundamental para el progreso de la nación, siempre que permanecieran excluidos de los derechos políticos. Pero esta situación no pudo controlarse por mucho tiempo, como puede observarse en la historia de las luchas por los derechos de los trabajadores llevadas adelante por el movimiento obrero argentino durante los últimos años del siglo XIX, pero sobretudo, durante la primera década del siglo XX. Juan Bialet Massé en su trabajo publicado en 1904 titulado *El estado de las clases obreras argentinas a comienzo de siglo*, considera que ha sido un error del gobierno argentino traer mano de obra europea atendiendo sólo al número de inmigrantes y no a su calidad, raza, aptitud y sobre todo adaptación. Para ello, la ciencia positiva ha desarrollado una vasta red de conocimientos científicos (capítulo 6.3.) que permiten agudizar los criterios de identificación y clasificación de las fuerzas productivas desactivando lo que la masividad no permitió discriminar.

La entrada indiscriminada de inmigrantes de ultramar tiene uno de sus fundamentos en el desprecio por la capacidad laboral del criollo. Claro que a lo que se está refiriendo Bialet Massé no es a una reivindicación del criollo por considerarlo en sus particularidades valioso, sino porque ve en los habitantes de la región central del país ciertas características que lo hacen pensar en un sujeto más adaptable a los intereses que están organizando la base productiva. Estas son las características que Bialet Massé destaca del criollo:

⁴¹ La primera presidencia de Julio Argentino Roca fue de 1880 a 1886 y la segunda presidencia de 1898 a 1904.

El conventillo le causa horror, y más prefiere dormir al aire libre, bajo de una tala, que en la pieza estrecha, sin luz, ni aire, de la ciudad; necesita un pedazo de tierra para atar su caballo y algo más para poner un árbol que le dé sombra. Entiende que un reparto de terrenos de los ricos le conviene, no para gozarlos en común, sino para tener el suyo, o agrandarlo; como entiende bien y quiere la mejora de los jornales, la jornada corta, el jornal mínimo, el impuesto gradual y todo lo que es mejora de su condición; pero las ideas colectivistas o comunistas las rechaza sin discusión. (Bialet Massé, 2007 [1904], 412).

El criollo es leído como un sujeto funcional a ese carácter individualista, centrado en el esfuerzo y crecimiento personal para sustentar el desarrollo productivo de la nación. Por otro lado, los inmigrantes llegados de ultramar además de no coincidir con el imaginario de las clases dirigentes sobre las conveniencias del ingreso de europeos, “no son sólo cuerpos para el trabajo sino que llega una multiplicidad cultural tan amplia y tan grande en su número que provoca el desconcierto y un sentimiento de amenaza en quienes gobiernan el país” (Varela, 2010, 14). Dicho de otra manera, los inmigrantes que ingresan masivamente al puerto de Buenos Aires durante aquellos años, “no son sólo cuerpos para el trabajo”, son también considerados excesos y residuos de los esperados cuerpos para el trabajo.

Volviendo a un texto literario de circulación en la época, se puede asistir a una opinión que va configurando la *cuestión social* como entidad amenazante de la que hay que defenderse. Uno de los personajes de *La Bolsa* dice: “Es cierto que la inmigración en general nos reporta grandes beneficios, pero también lo es que todo lo que no tiene cabida en el viejo mundo, viene a guarecerse y medrar entre nosotros. El gobierno debería ocuparse de seleccionar (...)” (Martel, 1956, 27-28).

En *Archivos* las expresiones sobre el “aluvión inmigratorio” son numerosas, en el artículo “La Dactiloscopia y la Defensa Social” de Luis Reyna, en la que el autor presenta el método dactiloscópico como un modo seguro para la identificación de delincuentes y la defensa social, inscribe su propuesta en el siguiente diagnóstico:

Los países de América son formados, aparte de su población nativa, por el acrecentamiento de la inmigración. Esta es como el aluvión que dejan los ríos al crecer, o como la resaca que las olas arrojan a las playas del mar. Y así también la inmigración echa a la tierra nueva, a la playa virgen, el deshecho de las viejas sociedades [...] Todos los perniciosos elementos sociales del viejo mundo acuden a los pueblos americanos, especialmente la Argentina y el Brasil, porque los puertos de entrada están abiertos a cuántos los soliciten, sin trabas considerables. (Reyna, 1909, 693).

También encontramos esta idea en los trabajos del criminólogo Eusebio Gómez, quien considera que la inmigración no sólo es causa del desborde demográfico sino también de los vicios sociales:

(...) de la inmigración que traerá a nuestro país, junto con el hombre verdaderamente trabajador, la resaca extraída de los más bajos fondos de los pueblos europeos, nace en Buenos Aires la plaga de los parásitos sociales. Y así se desenvuelve la lucha cien veces secular del delincuente y el miserable contra la sociedad, lucha cruenta y despiadada, a la que corresponde oponer la acción colectiva, que debe ser eminentemente humanitaria, de tendencia netamente preventiva, sin odios y sin rencores. (Gómez, 1907,436).

Aquella “resaca”, “plaga de parásitos sociales” que no tiene “cabida” que no tiene lugar en Europa ha sido desterritorializada. En este sentido podríamos decir que gran parte de la población que ingresa a la Argentina por el puerto es considerada no sólo un elemento extraño al propio cuerpo social argentino, sino también extraño al cuerpo social de origen.

Otro de los factores que provocan el fenómeno de la *cuestión social*, tanto en Europa como en América, es la reacción a las consecuencias de los procesos de urbanización e industrialización que se consideraron negativas, manifiestas en el rápido crecimiento del proletariado urbano resultado de la expansión y diversificación de la actividad económica:

El inmigrante no se disemina; queda en número excesivo en las capitales, de postulante de trabajo que allí no existe; se derrama por las calles luchando a brazo partido con la necesidad, viviendo en mancomún y promiscuidad con los paisanos, fomentando huelgas y desórdenes, sirviendo a la vez de elemento agitador y agitable, y produciendo concurrencia desesperadora con el obrero que ya existía; y con este mecanismo se verá surgir claramente esa sobre-saturación de homicidios, lesiones, atentados al pudor, huelgas y, sobre todo, estafas y hurtos e nuestras grandes ciudades. (Moyano Gacitúa, 1905a, 172-173).

En la Argentina, la gran masa inmigratoria no sólo desborda el ámbito laboral de la región central y litoral del país, sino que también desborda la vida cotidiana: sus costumbres, rutinas y valores. “El estrépito de las ciudades se dilata y oculta los gemidos anónimos. ¿Quién va a saber que hay un hogar que sufre, quién a señalar con el dedo una deshonra más?” (Sicardi, 1903, 15-16) se preguntaba Francisco Sicardi en un artículo titulado “La vida del delito y la prostitución” publicado en el año II de *Archivos*.

Esta problemática convoca una serie de perspectivas teóricas que van desde la teoría de la degeneración, la “cuestión racial”, la “cuestión penal”, hasta la “cuestión nacional”, conformando un coctel epistémico que servirá a las medidas legislativas que concentrarán sus decisiones en la reforma laboral acompañada de una limpieza étnica e ideológica.

Los debates que buscaban abordar “la cuestión social” se desplegaron desde la pretensión de sancionar leyes restrictivas, proyectos de reforma sindicales y de las condiciones de trabajo, hasta la reforma electoral, dado que la definición que comparten los sectores dirigentes ilustrados es que

la *cuestión social* [...] no es otra cosa que el conjunto de fenómenos de orden sociológico y jurídico, que la lucha por la mejora de esta clase ha venido a producir. Esa cuestión social denuncia y constata una forma especial de delincuencia que en nuestro país puede estallar, y que viene agravada por el índice delincuente que aquí aporta la nacionalidad de los propios gremios trabajadores. (Moyano Gacitúa, 1905, 179).

Así, al mismo tiempo que se discutía cómo resolver las problemáticas sociales, se producían las condiciones para una intensificación de la actividad intelectual (Botana y Gallo, 2007).

A continuación nos detendremos en algunos de los aspectos que hacen al fenómeno de la cuestión social como la denominación de *mala vida* como categoría criminológica; la irrupción de una expresión cultural de bajo fondo como el tango; y una característica de la inestabilidad laboral como fue el nomadismo de los trabajadores inmigrantes de un lugar a otro del país. Se trata de meros acercamientos, aproximaciones para ingresar a los inestables y singulares territorios de la carne.

7.1.1. Atorrantes y mal vivientes

La cuestión social ha tenido diferentes abordajes teóricos en la época. Aquí traemos a modo de muestra dos trabajos que desde diferentes entradas teóricas y desde diferentes objetos de estudio desembocan en el mismo lugar. Se trata de los artículos de Emilio Zuccarini, “Los exponentes psicológicos del carácter argentino: evolución el gaucho atorrante” y de Eusebio Gómez “La mala vida en Buenos Aires”, publicados en

Archivos en 1904 y 1907 respectivamente. Dos trabajos en los que las organizaciones obreras aparecen, desde distintos enfoques teóricos, como responsables del caos social.

Zuccarini se ocupa de las particularidades en la historia de la formación de la nacionalidad argentina entre las que se encuentra su genealogía del gaucho. Nos detendremos en alguno de los aspectos que nos permiten continuar acercándonos a lo que en la época conceptualizaron como *cuestión social*: el paso del *gaucho* al *atorrante*.

La característica psicológica del gaucho, según Zuccarini, es la de estar asentado en un “yo” que supone dominio y que no declina en favor de un nosotros porque esto significaría perder su dominio. Este dominio del “yo” no es barbarie pero tampoco civilización, es un territorio en el que el gaucho se encuentra sólo en su propio espacio de poder. Pero la civilización que avanza inexorablemente poblando ciudades va surcando esa soledad con los ferrocarriles y telégrafos, asediando y desalojando al gaucho de ese espacio de poder. El “yo” es destronado por un “nosotros” a través del progreso que es caracterizado por Zuccarini como multiplicación y no sustracción, como organismo y no órganos, es un todo que repite su origen de la unidad y la supone, mientras la sobrepasa y la completa adicionándola, complejizándola, provocando en su avance la desaparición del gaucho. En este proceso dialéctico comienza a definirse la nacionalidad argentina en un movimiento que al tiempo que destruye al gaucho lo considera el primer elemento del carácter nacional argentino.

Vencido el gaucho se transforma en un individuo anónimo en la ciudad, “el microbio de la cuestión obrera y la causa primaria de las manifestaciones del socialismo y de la organización de los trabajadores.” (Zuccarini, 1904, 192). El gaucho pierde dominio frente a la civilización: “El león mortificado por la férula de la civilización, pierde la osadía y la garra” (Zuccarini, 1904, 189), dando lugar al *atorrante*. Se produce un desplazamiento psicológico del *delirio de grandeza* gauchesco (exageración del propio yo) al *delirio de las pequeñeces* propio del *atorrante* (disminución del propio yo). “El gaucho quiere estar sólo en la soledad salvaje, el atorrante se siente solo en medio de la civilización desbordante.” (Zuccarini, 1904, 190).

El florecimiento del atorrantazgo alcanzó su apogeo en el periodo que corrió de 1888 a 1892, es decir durante la época de la inmigración máxima y de la mayor despreocupación financiera con la consiguiente *crisis de progreso*. “Si el gaucho es

absolutamente argentino, el atorrante, por lo menos como formación inicial, es absolutamente extranjero” (Zuccarini, 1904, 191). El atorrante es un aislado en la sociedad, es el vencido por la competencia social. Desconoce la sociabilidad y sus usos, perdiéndose en el fragor de las pasiones:

(...) el atorrante no sólo no ha sabido ser lobo, sino que habiendo nacido cordero no ha sabido encontrar un rebaño, en tiempos en que falta un Nazareno que vaya en busca de la oveja descarriada; el atorrante es el individuo que no ha sabido ser el ‘nosotros’, es decir adaptarse a la sociabilidad que con sus beneficios no llega hasta él. (Zuccarini, 1904, 191).

Se trata de una existencia psicológica *extrasocial*. Mientras el gaucho se siente pleno en la inmensidad de las pampas, sin preocuparse por su identidad, “el atorrante, en cambio, encierra su pequeñez en un caño de cloaca y custodia celosamente el secreto de su apellido. Así establece una solución de continuidad entre su presente y su pasado.” (Zuccarini, 1904, 192).

Pero no sólo individuos *extrasociales* como el atorrante son responsables de la cuestión social. Entre las producciones de conocimientos entorno de esta problemática en la revista *Archivos*, ocupa un lugar protagónico la categoría criminológica de *mala vida*, que refiere a acciones antisociales de acuerdo con el criterio ético de una comunidad. Se trata de acciones que no llegan a ser delitos porque no corresponden con las leyes penales vigentes: “la mala vida implica inadaptación moral de la conducta y la criminalidad requiere su inadaptación legal.” (Ingenieros, 1908, 517).

El por entonces joven criminólogo y adscripto al *Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires*, Eusebio Gómez, escribe un libro titulado *La mala vida en Buenos Aires*, que irá publicando por partes en *Archivos*, como hacen la mayoría de los autores de la revista. En el primer adelanto de su libro comienza definiendo a la mala vida como un fenómeno común a todas las sociedades que han sufrido un aumento considerable de su población. Se apoya en los trabajos de Nicéforo y Sighele para traer una imagen que es producto del encuentro de leyes comunes entre la psicología y la fisiología y sostener que “la aglomeración de muchas almas en un espacio dado, produce, como la aglomeración de cuerpos, una fermentación.” (Gómez, 1907, 433). Estas condiciones hacen que las sociedades con alta densidad poblacional

tengan una tendencia ineludible a la criminalidad. De esta manera se hace evidente la necesidad de reorganización de los espacios urbanos.

Gómez considera que en Argentina hay una desequilibrada distribución de la población produciendo multitudes en Buenos Aires mientras que en el resto del país se presentan grandes extensiones prácticamente despobladas. La causa de este fenómeno es que “la existencia de los latifundios, calamidad nacional aun no estudiada por nuestros hombres dirigentes, hace inevitable el éxodo de las poblaciones rurales hacia las ciudades determinando ese cúmulo de inconvenientes naturales en las grandes aglomeraciones de gente.” (Gómez, 1907,433-434).

Los pobladores rurales que se dirigen a los grandes centros urbanos buscando mejores condiciones de vida, llegan a los espacios de la ciudad que sufren el fenómeno de la aglomeración y allí, enfatiza Gómez, se ven corrompidos por los vicios de la urbe:

(...) el honrado campesino, el mismo que hasta entonces sólo había pensado en la honesta lucha por la vida, ya no quiere buscar trabajo, ya no piensa en el taller con el cual soñaba imaginándolo más halagador que el pedazo de suelo ajeno que regaba con el sudor de su frente; y quiere vivir la vida alegre del café-concierto, donde hay mujeres, música, alcohol, todo lo que hace amable una existencia. (Gómez, 1907,435).

Pero la mala vida no sólo está conformada por el campesino que ha sido víctima de la densidad metropolitana, también son categorizados como viciosos y contraventores morales los obreros que se organizan para reclamar por sus precarias condiciones laborales:

(...) el aumento diario y considerable del ejército de los proletarios, y como consecuencia inmediata, los conflictos entre el capital y el trabajo, cuya solución suele buscarse no en las formas que la ciencia y la prudencia aconsejan, sino en los más descabellados excesos a que generalmente arriban una y otra parte litigante [...] la táctica obrera, saturada de odio y de afán de destruir, mal desenvuelta por los desvarios propios del sectarismo anárquico o por la propaganda de un partido socialista, que sólo lo es en el nombre, origina un descenso de la moralidad y es causa eficiente de un sinnúmero de vicios que coadyuvan eficazmente a la formación de la mala vida. (Gómez, 1907,439-440).

Gómez fortalece sus argumentos haciendo referencia a otros artículos publicados en esta misma revista, como los antropológicos y legales de Moyano Gacitúa sobre la influencia de las razas en la criminalidad, o las publicaciones criminológicas del comisario Rossi sobre la escoria social que trae la inmigración, o los estudios médico

legales de Veyga sobre delincuentes profesionales, fronterizos y criminaloides. De esta manera va generando el marco teórico para situar las diferentes formas de expresión de los movimientos obreros, sus organizaciones y protestas, en el contexto del fenómeno criminológico y así realizar afirmaciones como estas: “Los períodos de huelga son fecundos en hechos delictuosos de todo género, especialmente delitos de sangre y atentados a la autoridad, a la que, con la inconsciencia propia de su ignorancia supina, el trabajador considera como la única culpable de su situación miserable.” (Gómez, 1907,440).

Mientras se traten de manifestaciones de mala vida, sólo se está produciendo una contravención respecto de las normas morales imperantes, aún no es un delito. Pero el aparato científico que está produciendo conocimientos sobre las diferentes facetas que integran la llamada cuestión social, se encargará paulatina y sistemáticamente de convertir esas acciones de los sectores obreros que por ahora expresan una inadaptación moral en una inadaptación penal, como sucederá tres años más tarde con la sanción de la Ley de Defensa Social. La siguiente cita sirve de muestra de esa sutil bisagra que lleva de la inmoralidad al delito: “La huelga, ese derecho tan precioso y tan indiscutible del obrero, ejercitada sin tino, y con más deseos de aniquilar al adversario que de obtener ventajas, tórnase, fatalmente, en caldo de cultivo de bajas pasiones y apetitos criminales.” (Gómez, 1907, 440).

El artículo concluye con la incorporación de otra categoría más para referirse a quienes habitan ese territorio de frontera criminológico que es la mala vida: no se trata ya de individuos antisociales sino de *infrasociales*. Individuos que actúan en los márgenes y a pesar de las normas vigentes, en las orillas de ese orden establecido con constancia y previsión: la ciudad. Frente a ese orden o por ese orden se gesta “esa multitud de fuerzas engendradoras de seres *infrasociales*, si se nos tolera la expresión, que luchan encarnizadamente contra las condiciones de vida del compuesto humano, buscando la vida para ellos mismos.” (Gómez, 1907,441). Pero desde la perspectiva que adopta esta investigación, pueden verse estas luchas “encarnizadas” como resistencia a la lógica del cuerpo (social) que clausura otros órdenes y expulsa la diferencia con la fuerza categorial que supone clasificar conductas y sujetos como antisociales, *infrasociales*, malvivientes y delincuentes.

7.1.2. Cultura de *malvivientes*: tango y bajos fondos

Otra dimensión de esa percepción que se condensa en la *cuestión social* vinculada a la transformación del espacio urbano y su circulación es la cultura de los bajos fondos porteños. El bajo fondo no es un lugar geográficamente preciso, sino el espacio social en el que se construye el imaginario que concentra los residuos sociales del proceso de modernización de la nación. Se trata de

(...) un agregado de escenas y personajes de la imaginación urbana. Algunos salen de la crónica policial, otros de los informes criminológicos, otros de los folletines de detectives o misterios de la ciudad traducidos del inglés y del francés, otros de los rumores en torno de este o aquel caso... (Caimari, 2009, 57).

Estas escenas y personajes bajofondistas, orilleros, inmigrantes y migrantes, infrasociales y malvivientes, integran la expresión cultural que se condensa en el fenómeno del tango. En el artículo “La mala vida (Prologo al libro *La Mala Vida en Buenos Aires* del Dr. Eusebio Gómez)” Ingenieros caracteriza de esta manera a los malvivientes de bajo fondo:

Viven como en un mundo aparte, con panoramas de perspectivas sombrías, esquivando los clarores luminosos y escurriéndose entre las penumbras más densas; fermentan y pululan en el agitado aturdimiento de las grandes ciudades modernas, retoñando en todas las grietas del edificio social y conspirando sordamente contra su estabilidad, ajenos a las normas de conducta características de la que, por antítesis, podría llamarse “vida honesta”. (Ingenieros, 1908, 523-514).

Gustavo Varela en un estudio genealógico sobre el tango, se refiere a las particularidades urbanas en la que se gestan nuevos sujetos, nuevos espacios y nuevas expresiones culturales:

La ciudad comienza a ser otra de la que era, ya no una única madera criolla sino un aglomerado de razas, de culturas, una reunión cosmopolita de intereses y afectos. La inmigración multiplica las necesidades, las viviendas, los bautismos, los negocios; la vida en Buenos Aires crece en 30 años lo que por naturaleza tal vez le hubiera llevado un siglo. Es alma de niño en cuerpo de gigante; entonces es exceso y torpeza, y a la vez candidez e ingenuidad. Desmesura que se hace conventillo, hacinamiento, pobreza sobre pobreza y deambular callejero. Pero también encuentro e intercambio, una confluencia que inventa para sí una cultura

nueva y que se expande por todos los rincones y por cada estrato de la vida política y social argentina. (Varela, 2010, 12).

La circulación de nuevas necesidades y prácticas van configurando espacios geográficos insospechables, habitables e inhabitables, de arraigos y desarraigos. En las orillas de la urbe se condensa un nuevo hábitat, las casas de inquilinato en las que convive el hacinamiento y condiciones infrahumanas de alojamiento, crudo indicio del ingreso en la era industrial y la expansión del capitalismo (Paez, 1970).

El conventillo es el gheto cosmopolita de puertas abiertas, de patio compartido y preocupaciones comunes. El arrabal y el margen de la ciudad es su geografía ampliada [...] Son los lugares donde se establecen aquellos inmigrantes pobres. Cerca del puerto, porque es a donde llegaron; y cerca del puerto, porque es de donde esperan partir algún día. (Varela, 2010, 14).

Desde la literatura a las ciencias positivas se registran tanto estas anomalías marginales como lo amenazado que se sienten quienes observan y categorizan estos desplazamientos culturales: “Allí, desvalorizada en el fondo del conventillo cosmopolita estaba la ‘resaca humana’, el ‘áspero tropel de extrañas gentes’ de Rafael Obligado, la ‘ola roja’ de Cané, los ‘judíos invasores’ de Martel, los italianos con rapacidad de buitre’ de Cambaceres.” (Paéz, 1970, 14). Pero desde esa marginalidad surgen otras prácticas produciendo otros fenómenos culturales como el tango. Se trata de una música y un baile muy particular, en el que se expresa esa cultura orillera, incierta, desconcertante, cosmopolita y amenazante, “por ello, aquellas reacciones adversas de los sectores más acomodados frente al aluvión inmigratorio son correlativas con el rechazo al tango.” (Varela, 2010, 14).

Entre 1880 y 1910, el tango nace y transcurre en los prostíbulos. Si bien estos antros se encuentran en los márgenes de la ciudad, constituía un espacio de encuentro social de individuos de diferentes sectores sociales: “En este sentido el prostíbulo no es sólo una casa de placer, sino un ámbito de sociabilidad que reúne lo que en otros ámbitos parecía no poder reunirse nunca.” (Varela, 2010, 30).

El tango nace como una práctica que desafía la dispersión, desintegración y diversidad, reuniendo en un mismo espacio tanto las diferencias como las semejanzas, fundamentalmente ese padecimiento común entre marginalidad y desarraigo.

Por ello el tango surge como una forma de encuentro, de cuerpos que se juntan, que se agregan en carne y en destino en una danza. El baile es abrazo de uno con otro, comunión sin palabras. Los pies dibujan una respuesta improvisada a un interrogante que atraviesa a la sociedad toda. Porque si el tango, en su origen, es una forma de caminar compartida, si la mujer y el hombre se conjugan intuitivamente en el mismo tiempo rítmico, si componen una comunidad aunque sea de tránsito y sin reglas, el baile es un signo de la necesidad política de conformar una sociedad bajo un mismo cielo y con una única identidad colectiva. (Varela, 2010, 18).

Pero también representa el fenómeno del tango en su exclusión, los intereses políticos de quienes ven en esta danza un peligro de infección moral y de disolución de los valores nacionales, por tratarse de palabras y de bailes propios de inmigrantes, delincuentes y marginados. Como decía Zuccarini en su caracterización del *atorrante*: “Y malgrado su diversa nacionalidad, muchas veces, en la prosa y la *dignidad* con que pasea su completa miseria, traduce cierto delirio de las grandezas, que, en suma, es simple inconsciencia de su estado [...] se pierde en el fragor insistente de sus pasiones, como hierven en las ciudades.” (Zuccarini, 1904, 191).

El tango también va a ser categorizado, clasificado con los criterios de las ciencias emergentes. Va a ser criminalizado como *mala vida* por los potenciales peligros sociales y morales que implica. Así la mala vida se despliega en encuentros nocturnos, *infrasociales*, *extrasociales*, en los bajos fondos, a la sombra de la moral cotidiana, pero lejos de un carácter taciturno o sufriente, se expresa en estos primeros años como algarabía y bullicio, con un lenguaje de dobles sentidos, humor y risas descaradas.

7.1.3. Nomadismo, el *yiro*⁴² laboral

Otra dimensión de los fenómenos que escapan al orden del cuerpo social es el nomadismo. Gran parte de los inmigrantes que llegaban a trabajar al país, se trasladaban de un lugar a otro dependiendo de las posibilidades laborales: “Una misma persona podía trabajar en un taller metalúrgico limando rebarbas metálicas, luego de pintor, o

⁴² Voz del lunfardo rioplatense que significa vuelta, paseo. Se utilizaba en la época para referirse al paseo de las prostitutas buscando clientes o al de los delincuentes que eran pasados de una comisaría a otra para que el personal policial los conociera y pudiera identificarlos rápidamente.

limpiador de botellas, o en la estiba, más tarde de mecánico, o en la zafra, recorriendo de esta manera largas distancias.” (Bilsky, 1985, 40-41).

Pero la ciudad de Buenos Aires era el sitio por el que pasaban indefectiblemente. En primer lugar porque es por dónde llegaban al país, pero también es el centro de posibilidades de trabajo urbanas, que se alternaban con las rurales, además de constituir la posibilidad del regreso a sus tierras de origen. De esta manera Buenos Aires se convierte en una especie de nudo de circulaciones, que se expresa en la transformación urbana y cultural que está sufriendo la ciudad durante aquellos años.

Para comprender las características de este nomadismo y las razones por las cuáles constituía una de las aristas de la cuestión social, seguiremos algunos momentos de la vida de Orestes Sola, un joven inmigrante italiano piamontés, cuyas cartas familiares fueron estudiadas y recuperada su historia por Salessi:

las cartas de Oreste a su familia, especialmente las que escribió entre 1901 y 1903 -hasta que se estabilizó en un trabajo de cierta especialización como técnico constructor, en los ferrocarriles primero y en las obras del Congreso Nacional después- lo describieron explorando, como el resto de los inmigrantes, las posibilidades de trabajo en distintas zonas del nuevo país; ocupado en todo tipo de trabajo y en contacto con comunidades fluidas de hombres jóvenes que se movían constantemente entre Europa y Buenos Aires y entre la capital federal y otras ciudades capitales y provincias del norte y el sur argentinos. (Salessi, 1995, 108).

Los movimientos de una región a otra del país cambiando trabajos no era el único movimiento que comienza a generar molestias a los procesos de organización de la nación, sino también las sucesivas mudanzas que se producen en una misma ciudad por una multiplicidad de motivos (desde cambios de trabajo, problemas de viviendas, búsqueda de viviendas cercanas a familiares o amigos, etc.). En una de las cartas que Orestes escribe a su familia relatando los sucesivos viajes y trabajos, dice: “Durante un tiempo he tenido en mi cabeza una sensación de movimiento perpetuo” (Cit. por Salessi, 1995, 110). Este “movimiento perpetuo” se convirtió en el objeto de estudio e intervención del movimiento higienista. La preocupación era conocer las causas y las consecuencias de semejante inestabilidad laboral y poblacional para establecer criterios que detuvieran el movimiento. Claro que la preocupación está vinculada con las condiciones de producción, y en gran medida, este traslado permanente de trabajadores

tenía que ver con la precariedad de las condiciones laborales que al mismo tiempo resultaba conveniente económicamente para ciertos sectores productivos:

(...) en Argentina, entre fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte la disciplina de la higiene sirvió para ejercer la vigilancia de un nomadismo que no podía ser refrenado porque hacerlo hubiera significado inmovilizar una fuerza laboral y una mano de obra a la que era precisamente la movilidad la que la hacía competitiva, y la competencia por los trabajos mantenía bajos los salarios. (Salessi, 1995, 111).

Estas problemáticas sociales generaron al mismo tiempo diversos movimientos políticos que pretendieron representar los intereses de los sectores sociales emergentes como fue el caso de los sindicatos, disputados fundamentalmente por dos corrientes: socialistas y anarquistas. Pero en esta investigación no buscamos analizar la lucha sindical, sino una de las dimensiones del universo discursivo en el que esas luchas se inscriben, el movimiento y la cultura anarquista.

Nos detendremos en los cruces entre anarquistas y positivistas, focalizando en las concepciones de vida y ciencia que resultaron desde y por el conflicto político entre estas dos fuerzas, en tanto consideramos que el movimiento anarquista representó una postura alternativa a la que lleva adelante la organización de la nación a través de un proceso de modernización, y al mismo tiempo se constituyó en un “actor social radical en la sociedad porteña de comienzo de siglo” (Suriano, 2008, 28) como en los diferentes centros urbanos del país.

7.2. El movimiento anarquista: *carne*, antijeraquía, emancipación

El anarquismo como movimiento político surge en Europa como resistencia durante la Revolución Francesa cuando los girondinos denominaron anarquistas a sus adversarios radicales. Acontecimiento a partir del cual se produce una identificación del anarquismo con una serie de tendencias políticas radicales (cfr. Williams, 2008, 37). Pero fundamentalmente, siguiendo a Christian Ferrer (1998), el anarquismo produjo prácticas e ideas desde una *forma anómala*. No ya una norma sino una *forma* anómala, algo que escapa a la norma imperante que sin lugar a dudas podemos identificar con un orden jerárquico. La forma anómala es antijerárquica, se trata de ideas que surgen desde

el afuera del orden establecido que se pretende refundar desde los sectores dirigentes y positivistas.

La historia del movimiento anarquista en Argentina se gesta a partir del fenómeno inmigratorio que claramente desborda el orden establecido generando condiciones para otras posibilidades culturales y políticas. Osvaldo Bayer (2013) considera que las presencias de los italianos anarquistas Errico Malatesta y de Pietro Gori entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX fueron decisivas para la formación y consolidación del movimiento en territorio rioplatense. Sin ellos “es muy posible que el movimiento no hubiera crecido tan aceleradamente ni hubiera cohesionado, cayendo en nuevas divisiones y en discusiones destructivas, características en el movimiento socialista libertario.” (Bayer, 2013, 129).

Eduardo Gilimón publica en 1911 una serie de relatos sobre la diversidad de prácticas militantes y cultura anarquista desde la crisis de 1890 hasta los festejos del Centenario en 1910, titulado *Hechos y comentarios*. En ese libro establece una diferencia entre las divisiones que se dan en Europa y las que ocurren en América que pueden orientarnos sobre las particularidades del movimiento anarquista argentino. Sostiene que en Europa tienen un carácter idealista y en América *practicista*:

El idealismo de los pueblos europeos hizo aparecer, en quienes eran una minoría exigua, esa divergencia de pleno carácter futurista.

El ambiente practicista de América, de estos países constituidos por hombres de acción, hizo que entre nosotros la divergencia primera fuese de un carácter práctico. (Gilimón, 2011, 42).

De esta manera, mientras en Europa la primera división será entre colectivistas y comunistas; en América primó el carácter práctico dividiéndose en organizadores y antiorganizadores. “La polémica entre unos y otros fue formidable y duradera. Durante largo tiempo, más que a propagar sus ideales comunes, se dedicaron a destrozarse mutuamente, a combatirse, a controvertir y denigrarse.” (Gilimón, 2011, 43), y podríamos agregar, a multiplicar las divisiones del movimiento a partir de las distintas concepciones y acciones anarquistas.

Como una primera aproximación, siguiendo la inicial clasificación de Gilimón, se pueden distinguir tres grandes concepciones ácratas, la de los organizadores, los antiorganizadores y la de los individualistas. Los organizadores prestigiaban la

asociación obrera. Las sociedades de resistencia eran su principal campo de acción y las huelgas su principal medio de propaganda y lucha.

(...) fueron imponiéndose llegando a constituir casi por entero el anarquismo propiamente dicho. A su éxito contribuyeron la valía intelectual de varios de ellos, superior en mucho a la de los que actuaban en los otros grupos, y la predisposición general a la asociación que existía en el país, especie de compensación al individualismo supremamente egoísta del inmigrante y que las condiciones políticas y económicas de la república habían hecho fracasar. (Gilimón, 2011, 43).

El espacio de la gráfica caracterizó la lógica y circulación del movimiento anarquista. Tanto organizadores como antiorganizadores publicaban sus periódicos en español e italiano con cierta regularidad, alterada cada tanto por el carácter represivo del poder político que buscaba neutralizar la protesta anarquista. Entre las publicaciones individualistas, la fugacidad en ocasiones respondía a sus convicciones sobre la dinámica ácrata.

Entre los periódicos de la época, *Gremial* dirigido por A. Salbans y luego por Francisco Garela, se publica entre 1887 y hasta 1903, representando las posiciones individualistas, opuestas a toda organización colectiva porque consideran que la organización y la regimentación reducen la iniciativa y espontaneidad de las masas provocando su aletargamiento. Por lo tanto es el individuo el que debe luchar contra los órdenes opresores de la sociedad. También entre los antiorganizadores se encontraban los periódicos *El Rebelde*, anarco-comunista, publicado entre 1898 y 1903, y *El Perseguido* entre 1890 y 1896. De la misma manera se oponen a todo tipo de organización, niegan la propiedad individual, consideran que cada uno consume según sus necesidades y produce según sus fuerzas.

Uno de los periódicos referentes de los grupos de anarquistas organizadores es *La Protesta Humana* en circulación desde 1897⁴³. Con esta línea anarquista se inicia la presencia ácrata en el mundo obrero con un fuerte protagonismo en los sindicatos entre 1900 y 1910, etapa que va desde las críticas condiciones laborales de fines de entre siglos marcadas por un crecimiento del desempleo y el deterioro del salario hasta su fin con la fuerte represión que desató la reacción del Centenario.

⁴³ Desde el 1 de abril de 1904 se publica diariamente aunque es interrumpida por los sucesivos estados de sitio, sobre todo durante la organización de los festejos del Centenario. Se regulariza la periodicidad de la publicación a partir de 1912, aunque evidenciando el debilitamiento del movimiento anarquista argentino.

Los individualistas (entre los que se encontraban anarco-individualistas y anarco-comunistas) no son proclives a organizaciones obreras y pueden identificarse claramente a principios del siglo XX, porque años más tarde, sobre todo con la influencia de Pietro Gori en la escena local, muchos individualistas aceptarán algunas formas de organización seducidos por la retórica del militante italiano:

Y cuanto entre ellos ha habido alguno, como Pedro Gori, de figura atrayente, de gestos elegantísimos y de una elocuencia florida y encantadora, deleitosa en la forma y profunda en el concepto, el éxito ha sido clamoroso y triunfal.

En no pequeña parte débese el incremento del anarquismo a ese poeta, sociólogo, jurisconsulto, orador sin rival y hombre cariñoso, bueno, sin pose, que se llamó Pedro Gori. (Gilimón, 2011, 49).

Gilimón hace una lectura de la conflictiva dinámica del movimiento anarquista que tomaremos como clave de las tensiones que pretendemos mostrar en esta investigación. Considera que tanto antiorganizadores como individualistas, no consiguieron imponer su modo de ver, pero obligaron con su *tenaz campaña y crítica pertinaz* a los organizadores a conservar dentro de los gremios obreros la filiación y tendencia anárquica que corría peligro de disolverse en las cuestiones gremiales, además de dar un carácter claramente anárquico a las sociedades de resistencia en que actuaban. Con sus críticas constantes a las formas de organización provocaban el carácter tónico de estas mismas organizaciones.

En este sentido podemos leer estas prácticas anarquistas desde la lógica de la vida que resiste y muta, dando la apariencia de acciones desordenadas e incluso patológicas. Ese movimiento constante de sucesivas divisiones es lo que hace a la vitalidad del anarquismo. Y al mismo tiempo, esta dinámica de crítica, lucha y revitalización es la clave hermenéutica desde la que pretendemos leer la tensión entre la cultura positivista que estaba configurando el discurso legitimador y uno de los frentes que resistieron tales criterios de orden como fueron las acciones y discursos del movimiento anarquista.

Ingresemos entonces a ciertos tópicos de la época que nos permitan comprender la circulación de los ideales libertarios en el periodo de entre siglos y sobre todo durante los primeros años del siglo XX. En 1890 comienza a evidenciarse el proceso de modernización, y es en este contexto en que crece y se intensifican las protestas y

acciones políticas libertarias. Sobre todo en los primeros años del siglo XX por el impacto causado por las sucesivas huelgas que alcanzan su punto culminante en la huelga general del 1902 (Capítulo 81.).

El elemento articulador entre los sindicatos y los grupos anarquistas es la preeminencia otorgada a la huelga general como instrumento tanto para la lucha económica concentrada en la búsqueda de mejores condiciones laborales, como para la revolución social cuando las condiciones materiales estén dadas. También formaban parte de las protestas sindicales el claro rechazo a medidas gubernamentales de carácter represivo como las leyes de excepción para expulsar inmigrantes y de estados de sitio, entre otras.

Hasta 1904, a los sectores dirigentes les preocupaban el movimiento socialista y el movimiento anarquista en tanto participaban de la organización del movimiento obrero, aunque este último no estaba claramente diferenciado o individualizado como una amenaza específica.

Pero el 13 de marzo de 1904, la elección de Alfredo Palacios al Congreso Nacional representó un cambio en la imagen del socialismo que, especialmente a partir de ese momento, para el Estado empezó a representar no ya una amenaza sino una posibilidad de integrar al menos una parte del movimiento obrero al proceso de modernización de la oligarquía liberal. (Salessi, 1995, 120)

Esto provocó una clara división entre grupos de socialistas reformistas dispuestos a integrarse al sistema político vigente y la radicalización de los grupos de anarquistas, repercutiendo en el movimiento obrero. Durante los primeros años de la Federación Obrera Argentina (FOA), no se hacían referencias explícitas respecto a la presencia de anarquistas. Fue recién en el V Congreso de 1905 en el que se produjo un cambio radical al manifestarse la adhesión de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA desde 1904) al comunismo anárquico. Decisión ratificada en la proclama de 1907 en la que se sostuvo: “procuraremos difundir entre los obreros el ideal anárquico para que así puedan los trabajadores el día de mañana organizar la vida humana con base en los gremios de productores.” (Cit. por Botana y Gallo, 2007, 126).

En este entramado histórico nos interesan precisamente las prácticas culturales del movimiento anarquista porque allí buscamos la resistencia de otro orden al orden que finalmente se instaló desde la producción científica positivista en articulación con las

leyes, generando la ilusión de un discurso e instituciones homogéneas y sin fisuras. En este sentido, la cultura anarquista en Argentina reviste ciertas particularidades. En principio podríamos decir junto con Suriano, que surge como una protoizquierda que inaugura una serie de prácticas e ideas inexistentes en territorio rioplatense hasta el momento, como la noción de un mundo alternativo, las ideas de insurrección y rebelión social, la adhesión a ciertos ritos y símbolos característicos del mundo del trabajo (la bandera roja, el día del trabajo), la manifestación callejera, la difusión de la prensa obrera y contestataria, las formas de compromiso militante, las movilizaciones por la libertad de los presos sociales (políticos) y las distintas formas de confrontación, e incluso negociación, con los grupos gobernantes. (Suriano, 2008, 26-27).

Más que un movimiento contracultural, se trató de un movimiento que presentó alternativas culturales a las establecidas. Los discursos alternativos anarquistas tuvieron que ver con temas que iban desde la educación, el arte, el cuerpo y la enfermedad, la mujer, el matrimonio, la religión. Espacios discursivos que compartían con socialistas, liberales, higienistas y católicos sociales. Sin embargo, estas amplias posibilidades culturales fueron reducidas al condensar en el anarquismo una multiplicidad de violencias sociales que daban cuenta de los conflictos laborales, demográficos, políticos, culturales que ponían en peligro la organización de la nación. Este proceso de reducción consistió en la categorización de las prácticas ácratas como violentas y patológicas. Proceso que tiene su correlato en la sanción de la Ley de Residencia en 1902 y culmina con la sanción de la Ley de Defensa Social en 1910. De esta manera se impone por un lado el relato científico que estudia al anarquista como el individuo que se encuentra en la frontera entre el delincuente dinamitero y el alienado por degeneración (de la hereditaria a la producida por el medio), y por el otro, el peso de la ley se ocupa de perseguirlos y expulsarlos del país. La normatividad científica y la normatividad del sistema jurídico-político, articuladas para conjurar la diferencia que atenta contra la univocidad que supone una identidad nacional.

7.2.1. La violencia como categoría reduccionista de la cultura ácrata

Los discursos positivistas, en la voz de intelectuales y funcionarios públicos, ponen el acento en la violencia anarquista como responsable de la violencia política que

amenaza la paz social. En cada acción anarquista buscan el germen de la violencia patológica desde las miradas propias de la *episteme* de la época (Capítulo 6.3): antropológicas, criminológicas, psiquiátricas y literarias, por sólo nombrar las que aparecen con mayor frecuencia catalogando el universo discursivo de la cuestión social. Se trata del proceso de criminalización del anarquismo que consiste en reducir la diversidad de una cultura que forma parte de la vida cotidiana del mundo obrero (organizaciones sindicales, alternativas artísticas, prensa obrera) para convertirlo en una mera amenaza al orden social que se busca imponer. En el movimiento libertario “está la principal fuerza de organización de la protesta, el motor tras las grandes huelgas, el fantasma del conflicto social que puede estropear la imagen brillante de esa Argentina que se encamina a la celebración de su Centenario.” (Caimari, 2009, 133). Dicha amenaza social deberá explicarse científicamente, demostrarla desde los estudios de las nuevas ciencias que se ocupan de las patologías sociales. De esta manera se producen los argumentos irrefutables que justifican la *penalización* del anarquismo a través de la sanción de las leyes de excepción de 1902 y 1910, Ley de Residencia y Ley de Defensa Social, respectivamente (Caimari, 2009).

En un artículo publicado en el número V de *Archivos*, titulado “La expansión libertaria”, el español Bernardo de Quirós (1906) realiza una especie de reseña histórica del movimiento anarquista en España, Italia, Europa Central y Estados Unidos. Desde la impronta antropológica de la época, se refiere a los pueblos desde la categoría de raza: “la raza latina”, “la raza germana”. Su relato comienza situándose en el Congreso de la Internacional de los Trabajadores realizado en La Haya en 1872, en el que se desprenden dos grandes tendencias para la reforma social: la autoritaria seguidora de Marx y la libertaria seguidora de Bakounine. Esta última tendencia “se propagó por el mundo obrero, compitiendo y aún dominando a la primera, en los países latinos sobre todo, por una innata afinidad de la raza, aun no definida exactamente.” (De Quirós, 1906, 432). Entonces, según De Quirós, hay alguna característica en la “raza latina” que favorece la expansión de las ideas anarquistas. Pero no sólo la raza latina es propensa al anarquismo, “Más tarde, la doctrina alcanzó también a los de la raza germana, exagerándose, en Austria Hungría, por el elemento teheco y, en general, eslavo.” (De Quirós, 1906, 434). Sostiene que el espíritu terrorista del movimiento libertario es un legado de lo que

denomina “el nihilismo eslavo”. Se trata de “la doctrina del atentado por el atentado, como fin único revolucionario elaborada por el amigo de Bakounine, Sergio Nebschajew.” (De Quirós, 1906, 436). De la misma manera que la pólvora fue el agente emancipador de la burguesía, la dinamita lo es de los libertarios (Cfr. De Quirós, 1906, 437).

Este es el tono que tendrán las referencias al anarquismo en las publicaciones de *Archivos*, una doctrina del atentado por el atentado mismo, y en tanto perturbación del orden social, es catalogado como patología social.

Desde el punto de vista criminológico y de medicina legal, encontramos en *Archivos* esta recurrencia por buscar en las diferentes observaciones realizadas a anarquistas detenidos en el *Servicio de observación de alienados delincuentes*, las claves tanto morfológicas como psicológicas de las acciones consideradas antisociales. Pero en general las observaciones realizadas no llegan a las conclusiones esperadas, a pesar del esfuerzo teórico y metodológico que se realiza. Observemos a modo de muestra, el informe publicado por Francisco de Veyga sobre la pericia realizada al anarquista que intentó asesinar al presidente de la nación en aquel momento.

7.2.1.1. Informe pericial de un violento anarquista

El artículo se titula “Delito político. El anarquista Planas Virella. Que atentó contra la vida del Presidente de la República Doctor Manuel Quintana el 11 de agosto de 1905”. Allí Veyga analiza e intenta explicar cómo llega un joven anarquista a atentar contra el entonces Presidente Manuel Quintana. Se trata del informe pericial sobre un caso que no tuvo demasiada trascendencia porque el intento de asesinato fue fallido y según Veyga “el arma, o la cápsula que debía estallar eran defectuosas y el atentado quedó reducido a un simple ademán, de expresión más cómica que trágica.” (Veyga, 1906, 513-514). Planas fue sometido a estudios médicos con el objeto de descartar alienación mental en alguna de sus formas. En un primer informe solicitado por el juzgado de instrucción se establece que su estado es normal al momento del atentado, pero luego el juzgado de sentencia solicita un segundo informe en el que participa Veyga.

En el artículo Veyga aclara que este caso es insignificante para la opinión pública que ya ha olvidado el incidente, pero es de interés médico-legal en tanto “se presenta como un hecho original, cuya historia merece por más de un concepto agregarse a las muy numerosas de delincuentes políticos que la Psiquiatría Criminal ha analizado y comentado en estos últimos tiempos.” (Veyga, 1906, 514).

En el segundo informe hay una diferencia respecto del primero, si bien se supone que Planas cuenta con una integridad mental antes y después del delito, considera que al momento en el que se produjeron los hechos que provocaron el intento de asesinato del Presidente, el delincuente se encontraba bajo una crisis emotiva, un “estado anormal del espíritu”, “un acto mórbido que no ha podido contrarrestarse por la propia voluntad del agente” y por lo tanto no lo consideran imputable (Cfr. Veyga, 1906, 548). Hasta aquí lo referente al informe propiamente dicho, pero para llegar a esta conclusión se realizaron una serie de entrevistas con el propio Planas y con diversos testigos que pudieron dar cuenta de sus antecedentes como es el caso de su hermano. Aquí es donde Veyga encuentra elementos para sostener no sólo su informe médico-legal sino su posición científica y política sobre los anarquistas y aquellos que perturban el orden social: “fuera de la personalidad del actor, como tipo individual y hombre de secta, el caso ofrece curiosísimos aspectos que han de interesar no sólo a los que se dedican especialmente al estudio del delito, sino también a aquellos a quienes atraen estos hechos por el lado puramente psicológico que presentan.” (Veyga, 1906, 515).

Los *curiosísimos aspectos* están vinculados a la historia personal de Planas y cómo esas circunstancias particulares lo acercaron a la *secta anarquista*. Respecto de su filiación, la descripción que Veyga realiza de Planas es la siguiente:

(...) de constitución robusta, bien conformado, de buen aspecto exterior, de regular parecido y de modales correctos, es el tipo de obrero moderno, bien educado, esmerado en su persona y en sus ropas y corriente en el trato ordinario. Su fisonomía, abierta y hasta cierto punto ingenua, no revela nada que traduzca un estado anormal de ánimo. (Veyga, 1906, 515).

También destaca la buena disposición frente a los exámenes a los que se lo somete, sus respuestas meditadas y razonables, la fluidez en la palabra. Respecto de su historia personal, es hijo de campesinos catalanes quienes tuvieron que dejar su pequeño pueblo, Sitges, y trasladarse a Barcelona en busca de mejores condiciones de vida. En la

ciudad tuvieron que adaptarse a las condiciones laborales de la metrópolis aprendiendo diversos oficios que les permitiera sobrevivir. Salvador y su hermano consiguieron empleo como tipógrafos desde muy jóvenes y ese es el oficio que conservan hasta el momento del incidente delictivo. En Barcelona Salvador Planas se interesa por el movimiento separatista catalinista (sic) y se une a la línea regionalista-republicana. Veyga considera que el contacto con estas militancias desarrolló en Planas odio hacia las milicias por considerarlo el emblema de la sujeción a la metrópoli, y a las fuerzas policiales por ser el instrumento directo de la tiranía. En el marco de estas convicciones, cuando le llegó el momento de prestar su servicio militar decidió abandonar España. El dinero con el que contaba le permitió llegar al Plata (y no a Estados Unidos o México como inicialmente pretendía). De este modo, el 9 de enero de 1902 llega al Puerto de Buenos Aires, en el contexto de una baja de salarios y crecimiento de la desocupación: “entre los meses de Marzo y Abril de ese mismo año, un *meeting* de obreros sin ocupación recorrió las calles de Buenos Aires en demanda de medidas oficiales tendientes a remediar ese estado de cosas, manifestación que no tuvo por cierto mayor éxito que el de hacer conocer la algidez de la crisis.” (Veyga, 1906, 519).

En este momento los gremios habían conseguido fortalecerse y lograr modificaciones favorables en las condiciones de trabajo a lo largo del país, pero esto agudizaba el conflicto con los sectores patronales y gubernamentales. “Ya las luchas de los gremios y la activa propaganda anarquista habían inducido a los gobernantes a tomar una participación activa y directa, participación de puro carácter policial y represiva.” (Gilimón, 2011, 53). Paralelamente a los conflictos desatados en el puerto de Buenos Aires entre los obreros del puerto y la patronal, se organiza una nueva sección de policía y “el Congreso argentino, en una sola sesión, votó la ley de residencia contra los extranjeros y proclamó el estado de sitio.” (Gilimón, 2011, 53). La sesión culminó poco después de la medianoche y sólo media hora más tarde el presidente de la República firmaba la ley y el cumplimiento del estado de sitio. Antes del amanecer la policía había detenido a centenares de obreros.

Su primer año en Buenos Aires transcurrió entre trabajos esporádicos, durmiendo en las plazas y comiendo escasamente. En una fonda en la que servía gratis a cambio de comida se relacionó con algunos anarquistas españoles que pronto fueron expulsados del

país por la Ley de Residencia. Estos encuentros además de algunas lecturas realizadas mientras vivía en Barcelona (*La conquista del pan* y *Palabras de un alzado* de Kropotkine), lo llevan en 1903 a interesarse por las ideas ácratas, comenzó a frecuentar anarquistas y pronto consiguió trabajo. “El género de vida que lleva en todo este tiempo es siempre el mismo que llevaba al salir de España y el que, según lo que hemos de ver al analizar su estado mental actual, se acuerda con el rigorismo moral de que se ha hecho esclavo. Del taller va a su casa; en su casa lee y se instruye. Pocas relaciones frecuentes.” (Veyga, 1906, 520-521). Su actividad anarquista es presentada como pasiva, casi como un espectador.

Además destaca Veyga el carácter filantrópico que se refleja en la ayuda constante a su familia y amigos, al mismo tiempo que señala ciertas contradicciones de orden afectivo que poco a poco irán fortaleciendo el argumento de la emoción violenta en detrimento de la causa política como explicación del atentado fallido contra la vida del Presidente. En esta dirección relata aspectos de la relación de Planas con una chica cuya familia no veía bien que su hija se relacionara con un anarquista adepto a las ideas de *amor libre*. El 30 de julio, la joven en nombre de sus padres rompe con Planas a través de una carta, provocando su ira. Aquí nos encontramos entonces con el primer acontecimiento que perturba su “alma”. La segunda causa de su perturbación viene de la mano de una carta de sus padres reclamando el envío de dinero y dando cuenta de la miseria en que se encontraban viviendo, y sin creer que se trataba de una demora en el cobro de su salario.

Estas contrariedades van generando para la perspectiva del médico legista, las condiciones para una reacción impulsiva. El siguiente párrafo sintetiza el espíritu de las argumentaciones que caracterizan este tipo de informes periciales:

Sobre el rechazo de que había sido objeto por parte de su pretendida, sobre la tristeza que le infundía la situación de su familia, no vio según él, otra cosa que la figura del Jefe de Estado, resumiendo en su autoridad toda la injusticia social reinante y apareciendo responsable, por acto consecuente, de la intolerable situación de que él era víctima. Vio al Doctor Quintana defendiendo con teón, hasta llegar a la violencia, los fueros de la burguesía en abierta colisión con el proletariado. Recordó las huelgas pasadas. Vio atravesar por las calles de la ciudad, a paso de carga, soldados de línea y gendarmes imponiendo a golpes de sable, por orden de aquél, ese arbitraje onminoso de la fuerza contra el cual él estaba en abierta rebelión. Y sobre el Dr. Quintana concentró todo el despecho que experimentaba en aquel momento [...] La reacción que se había producido en su

ser era tan brutal que no tuvo otro derivativo que el crimen. (Veyga, 1906, 524-525).

No obstante, también se relata en este artículo la planificación del atentado describiendo desde la búsqueda del domicilio del mandatario, la carga de cartuchos, la decisión de no disparar en la puerta de su domicilio sino en un lugar espacioso y con poca concurrencia, hasta los detalles de ese día en la vida de Planas: no fue a trabajar, se afeitó en una barbería, almorzó, escribió una postal a un amigo un tanto enigmática y se dirigió al lugar planificado. A las dos de la tarde intentó disparar a Quintana pero el cartucho no funcionó por estar averiado. La custodia fue rápidamente contra él. Incluso la declaración inmediata de Planas no da cuenta de perturbación alguna: “según el actor, no se encontraba turbado ni menos excitado, pero tampoco se sentía, al menos en el momento en que lo tomaron, dueño de todas sus energías.” (Veyga, 1906, 527).

Al momento del informe sobre el examen somático, el discurso de Veyga presenta una curiosidad, si bien considera que las funciones de la vida vegetativa son normales como lo indica su constitución anatómica, considera que algunas elecciones nutricionales darían cuenta de cierta morbosidad:

(...) tiene excesivas aprehensiones respecto de sus funciones vitales, en general, y más en particular de las nutritivas, las que lo han llevado desde hace algunos años a adoptar un régimen alimenticio algo más que vegetariano, *fructívoro*. Tales aprehensiones, anticipémonos a decirlo, forman parte de todo un sistema de ideas hipocondríacas profundamente arraigadas en el sujeto, y que él trata de atenuar o mejor dicho de disimular haciendo entrar la economía en la línea de cuenta. (Veyga, 1906, 530).

Al examen somático le sigue el examen psíquico. Sin dejar de expresar algunas valoraciones respecto de la pertenencia de Planas al movimiento anarquista, Veyga describe lo siguiente:

Desarrollo mental completo, instrucción general rudimentaria, adquirida casi exclusivamente por esfuerzo propio, y un actividad de espíritu que gira por entero dentro de la órbita en que lo tienen encerrado sus ideas doctrinarias [...] El dogma anarquista se le presenta, además, como una serie de aforismos cuyos fundamentos no sólo no conoce sino que no es capaz de penetrar. (Veyga, 1906, 530-531).

Veyga se ha referido al anarquismo como secta y como dogma en distintos momentos del informe, sin embargo luego de la cita anterior distingue entre la

propaganda anarquista que es consumida por sujetos como Planas de la producción teórica anarquista como pueden ser las obras de Kropotkine, Bakounine o Eliseo Reches a las que considera valiosas desde el punto de vista literario y filosófico. Salessi se refiere a esta división clasista del anarquismo en Veyga. Por un lado los intelectuales de clase con sus teorizaciones sobre el ideal ácrata, y por otro lado los militantes anarquistas considerados incapaces de acceder al nivel de los teóricos de quienes toman las ideas, y actuando patológicamente: “Éstos iban a ser los ‘criminales’, un mundo de inmigrantes y obreros permanente o cíclicamente desempleados, prostitutas, homosexuales y rufianes, anarquistas que bajo la bandera de un activismo político radical ocultaban apenas la patología de los delirantes. (Salessi, 1995, 124-125).

Siguiendo esta distinción en la lectura que los intelectuales positivistas realizan del movimiento anarquista, es la propaganda anarquista la que provoca una percepción distorsionada de la realidad de un sujeto como Planas, a quién consideran incapaz de comprender los argumentos de los teóricos del movimiento anarquista.

A través de un prisma tan pobremente iluminado, el mundo se le presenta bajo el aspecto de un horrible desorden, cuyo arreglo, sin embargo, merced a las panaceas prescriptas en las elucubraciones aforísticas que ha leído, es cuestión de poco trabajo y de no mayor tiempo. Es de los convencidos que esperan ver de un momento a otro producirse el cataclismo fatal por el cual todo ha de transformarse en la beata y sencilla comunidad soñada por sus próceres. [...] El desorden del mundo significa para él, en su realidad material, una colosal injusticia [...] mira la vida como un tormento impuesto por el régimen social actual y no como la fatalidad de su destino. [...] Tampoco su fanatismo es el resultado de la convicción reflexiva y desinteresada. En él se encierra, como hemos dado a entender, esa protesta doliente con el que el proletariado consciente de su desgracia, se alza contra un régimen que lo oprime y hace ostensible sus anhelos de reparación. [...] En su modo de pensar se percibe claramente la influencia del sufrimiento personal. (Veyga, 1906, 531-533)

Veyga, apoyándose en un estudio que causa impacto en su época sobre el perfil psicológico de los anarquistas⁴⁴, considera que Planas sólo reproduce un proceso mental por el que pasan miles de proletariados que se encuentran contrariados ante una doctrina reivindicatoria del momento presente y el dolor que sienten ante la injusta realidad que les toca vivir.

⁴⁴ Se refiere a Augustin Hamon, autor de *Psicología del socialista-anarquista*, publicada en 1894 en Inglaterra.

El dolor, bajo su forma más “biológica” cual es el ansia contrariada del vivir, inicia este proceso: el dolor, persistiendo, se transforma en despecho, y con el despecho viene el encono, al cual sigue en la hora suprema de la crisis, la reacción armada que lleva al delito, o al suicidio, que es un sustitutivo de aquél. Planas ha atravesado por todas estas fases hasta tocar en el fin. (Veyga, 1906, 531-533).

Vale la pena seguir cada línea de las conclusiones a las que llega Veyga y que hemos adelantado cuando comenzamos a reseñar este artículo. Si atendemos a los argumentos vertidos aquí y luego revisamos las autoridades en el tema en las cuáles se apoya, podremos ver el esfuerzo por hacer entrar este caso que poco ha interesado desde el punto de vista jurídico y político, en el marco de las concepciones criminalísticas de la época:

Recordemos que Planas, como anarquista, ha sido siempre un sectario tranquilo, fanáticamente poseído de sus ideas, es cierto, intransigente, sobre todo, en la discusión de la doctrina que profesa, pero contrario por entero a la llamada “propaganda por el hecho” [...] Recordemos igualmente que en él no se nota ni se ha notado antes de ahora ningún signo de extravío mental que permita considerar como mórbidas las ideas políticas que profesa. Hicimos notar bien claramente que, en tal concepto, su fanatismo no tenía nada de místico ni de delirante, respondiendo sus ideas a una evolución mental muy lógica y muy comprensible, cuyo origen y principal agente estimulante es el sufrimiento producido por la crisis social presente. [...] Es una de las raras excepciones que ofrece el delito político en su forma *regicida*, máxime siendo su autor un anarquista. (Veyga, 1906, 537).

Para sostener el argumento que cataloga a Planas como un regicida, a pesar de presentarse como una “rara excepción”, Veyga comienza por hacer un recorrido histórico por una serie de casos de regicidios ocurridos en Europa desde el siglo XIX, mostrando el grado de alienación mental de cada uno de los regicidas. Acude a diversas clasificaciones científicas de los delincuentes políticos anarquistas. Aquí nos interesa traer las de Lombroso, Laschi y Regis, que serán las que servirán para sostener el informe de Veyga.

Lombroso considera que en la categoría de *delincuentes políticos y anarquistas* pueden distinguirse otras tres subcategorías: los anarquistas delincuentes, los alienados y los pasionales. Los anarquistas delincuentes son aquellos para quienes el crimen político es simplemente una vía de escape a sus intenciones perversas. En cambio los anarquistas alienados, considerados neurópatas y psicópatas, actúan movidos por un delirio. Y por

último los anarquistas pasionales, entre los que se encuentran la mayoría de los delincuentes políticos, obran en virtud de la exaltación propia o sugerida.

Por su parte Laschi distingue entre regicidas locos, matoides y pasionales según la frecuencia de actos políticos delictivos, considerando que la mayoría son locos constituyendo el grupo de los regicidas típicos, les sigue en frecuencia los matoides que no llegan a ser locos sino fronterizos y por último se encuentran los escasos pasionales exentos de anormalidad psíquica, quienes obran por impulso de nobles sentimientos considerablemente exagerados o sugestionados por el ambiente. Regis directamente establece la categoría de regicidas puros o natos. Se trata de degenerados desarmónicos o desequilibrados, semi-locos, en los cuales la razón y la locura constituyen una amalgama. (Cfr. Veyga, 1906, 540-541).

Siguiendo estas líneas de análisis, las conclusiones sobre Planas son las siguientes:

Emotividad exagerada, tendencia a la impulsión, afectividad muy marcada, he ahí su modalidad psicorgánica; a eso agréguese si se quiere la intransigencia doctrinaria que lo anima y la influencia del ambiente violento en que vive desde su pubertad, y se verá cuán contrariamente predispuesto a la calma se encontrará nuestro sujeto ante los estímulos que vengan a perturbarla. (Veyga, 1906, 543-544).

El informe pericial realizado desde los supuestos de los saberes psiquiátricos y criminológicos positivistas, determina que Planas decide matar al presidente porque este sintetiza el deseo de venganza, el despecho y la decepción que ha experimentado y que atribuye al “detestable régimen actual”.

Este artículo de Veyga contribuye con un caso más al registro psiquiátrico criminológico, sirviendo de muestra para fortalecer los argumentos que se construyen desde *Archivos* sobre ciertas prácticas políticas, reduciendo su poder de alternativa política a meros casos que engrosan las taxonomías patológicas. Claro que en esta prestigiosa publicación científica se desarrollan muchos otros argumentos para validar la hipótesis del anarquismo como patología social. En este sentido Salessi señala, a propósito de la reseña que Ingenieros realiza de la novela del médico y escritor Francisco Sicardi, *Hacia la justicia* (1902): “los criminólogos, en un discurso literario y científico a la vez, le dieron densidad a ese entretejido de anarquismo y prostitución, representando al anarquista como un tipo psicológico, producto a la vez de una

sociología, un medio ambiente y una herencia biológica que se remontaba a una sexualidad ‘ilegal’.” (Salessi, 1995, 118). Porque Ingenieros comenta que el anarquista de la novela debe ser fruto de un amor ilegal, “de un fugaz capricho de la sexualidad excitada por alguna orgía de prostíbulo” (Ingenieros, 1902, 28). De esta manera se ligan las prácticas ácratas a una serie de imaginarios que representan los temores de los sectores dirigentes respecto de las clases bajas y los *bajos fondos* de la época.

Los historiadores se han ocupado de los hechos relevantes de la época y de la historia del movimiento anarquista. Pero como hemos señalado en distintos momentos de esta investigación, no buscamos regularidades ni acontecimientos relevantes, sino que nos interesan aquellos instantes que nos permitan tener una visión de lo efímero de la vida, de lo invisible de la carne. Por esto miramos laterales, intersticios, bajos fondos, en la medida en que podemos generar la posibilidad de ver al tiempo que se nos escapa aquello que no busca ser visto: detrás de la categoría de *cuestión social*, la resistencia del movimiento anarquista desde la lógica de la vida, desde el (des) orden de la carne.

En el próximo capítulo nos ocuparemos del *entre* el orden del cuerpo y la resistencia de la carne tal como aparecen manifiestos en el conocimiento científico que colma las páginas de *Archivos* y su articulación con el control social.

Capítulo 8: *Entre* el orden del cuerpo y el desorden de la carne; entre lucha y adaptación

Cuando nos referimos a un *entre* estamos focalizando un espacio en el que podemos posicionarnos para desde allí observar y conectar las categorías y perspectivas que hemos ido abriendo a lo largo de los capítulos de la primera y segunda parte. Es el momento de poner a funcionar la visión del instante de la tensión entre el cuerpo y la carne cuando se están configurando las ciencias sociales en la Argentina. Es el momento de mostrar en la dimensión del *entre*, la trama epistemológica de un instante en la historia de las ciencias sociales en la Argentina.

Para ello necesitamos distinguir los aspectos de lo político que constituyen al mismo tiempo las condiciones de posibilidad del conocimiento científico y el objeto de estudio y problematización de ese mismo conocimiento. Es decir, que al tiempo que las ciencias pretenden dar cuenta de la realidad para así intervenir sobre la misma, están atravesadas por esa misma realidad y sus tensiones.

Como planteamos al comienzo de esta investigación y fuimos recordando en cada capítulo, nos propusimos hacer visibles algunas de las tensiones que posibilitaron la conformación del conocimiento científico sobre lo social en Argentina. Se construyeron categorías y procedimientos que permitieran mostrar lo que buscábamos, pero como suele ocurrir en las prácticas de investigación, lo hallado desbordó las pretensiones de este trabajo de tesis en particular.

Si bien la dimensión vital de la producción de conocimientos científicos fue una inquietud manifiesta, esta dimensión rebasó lo esperado por múltiples expresiones de un complejo de concepciones de vida que aparecen en los artículos publicados en *Archivos*, y que exigen hilar más fino a la hora de comprender cómo se clasificó y categorizó la complejidad de fenómenos que se denominó *cuestión social*.

En este capítulo se busca mostrar cómo las categorías de instante, revuelta, visión, cuerpo y carne, articuladas entre sí se convierten en procedimientos metodológicos que permiten acceder a algunas de las tensiones que recorren el *entre* la ciencia y la política en los primeros años del siglo XX en la Argentina.

Nos referimos al instante de la lucha como el momento en el que algunas de las tramas que hacen posible la producción de conocimientos científicos podrían ser captadas en una *visión epistemológica* (Capítulo 5.3). El foco de dichas tensiones estará puesto *entre* ciencia y política para ver la tensión entre huelgas y leyes de represión, la ruptura entre diferentes tiempos políticos y la experiencia de la vida en el instante fugaz de la revuelta.

8.1. Entre la ciencia y la política: carne y cuerpo, huelgas y represión

Cuando hablamos del orden del cuerpo no podemos eludir el desorden de la carne. Se trata de categorías relacionales que carecen de un sentido absoluto en sí mismas. No podemos comprender al orden sin el desorden, esto es, no podemos acceder a las condiciones que hicieron posible producir un discurso como el científico caracterizado por la producción de criterios de orden si no vemos al mismo tiempo qué es lo que se presenta ante la *sensibilidad* científica con la imperiosa necesidad de ser ordenado, sistematizado, categorizado, clasificado.

Para poder observar esta dinámica, reconoceremos como acontecimientos del orden de la carne las acciones anarquistas vinculadas con las huelgas y como reacción a la lógica y consecuencias políticas de las huelgas, la respuesta del cuerpo social a través de leyes excepcionalmente sancionadas aunque científicamente fundamentadas. Paradojas de las ciencias: buscan regularidades y relaciones deterministas pero legitiman medidas políticas de excepción.

Las luchas que se libran en el terreno político y social serán observadas, inferidas y conectadas con otros textos de la época a partir y a través de los artículos científicos publicados en *Archivos* entre 1902 y 1910 buscando en el universo discursivo de esos años poder posicionarnos en los conflictos seleccionados y desde allí pivotear entre las dimensiones del cuerpo y de la carne.

Como bien lo señala Paul Groussac en su artículo “Las paradojas de las ciencias sociales” publicado en 1896 en relación con la recurrente metáfora del cuerpo y el organismo para hablar de las sociedades:

La comparación de una sociedad humana con un organismo es más antigua que Spencer, Bacon y el mismo Aristóteles: es anterior a toda enseñanza didáctica; ya se encuentra en Homero, casi al principio de la *Iliada*, la analogía verbal de *démas*

(cuerpo) con *dêmos* (pueblo), que parece revelar el parentesco y origen común. De ahí, en política, el cúmulo de imágenes y locuciones tomadas de las ciencias médicas. (Groussac, 2007 [1896], 289).

Lo cierto es que la noción de *cuerpo* supone un orden que es orgánico, en el sentido de que se trata de una organización en la que cada una de sus partes tiene una función definida y determinada. El cuerpo, en tanto se presenta como una organización que tiende a cerrarse sobre sí misma, distingue entre un adentro y un afuera del mismo, determinando una función de expulsión de todo aquello que sea identificado como ajeno a la lógica de la organización. Cuando aparece la noción de *cuerpo social* en el discurso político y científico se definen los límites que separan lo que es propio del cuerpo o puede ser asimilado por el cuerpo de lo que le es ajeno y debe ser desalojado. En este sentido, abordamos las particularidades que pretenden imprimirse al cuerpo social argentino, observando cómo se van definiendo los criterios de orden y las prácticas del movimiento positivista, centro neurálgico de la emergencia de las ciencias sociales en la Argentina, como dispositivos de conocimiento y control social.

En el cuarto capítulo decíamos que si la vida orgánica la identificamos con el cuerpo, la carne en tanto existencia sin vida es existencia inorgánica y en tanto escapa a los límites del cuerpo, es lo indefinido o indeterminado, es cuerpo sin órganos. Recordemos que Deleuze define al cuerpo sin órganos, no por la ausencia sino por la *presencia temporal y provisional* de órganos determinados, sin la lógica que determina a cada órgano en un organismo.

En ese sentido consideramos que la noción de carne entendida como cuerpo sin órganos nos permite pensar al movimiento anarquista como una presencia temporal y provisional desde los criterios de la organización del cuerpo social, a través de órganos determinados como bien pueden ser la participación activa en los sindicatos, la organización de protestas sociales como las huelgas, la prensa anarquista y sus publicaciones en diferentes formatos. De la misma manera podemos entender el fenómeno cultural de tango y una estrategia de supervivencia económica como fue el nomadismo (Capítulo 7.1.). Cada una de estas expresiones de una organicidad temporal y provisional es reducida desde la mirada positivista a meras acciones violentas (delitos, contravenciones, mala vida) contra la pretensión de un cuerpo social definido y

establecido por las leyes orgánicas de la nación e introducido en un tiempo lineal y progresivo, el tiempo de los procesos históricos en vistas de la modernización de la nación.

Uno de los registros de esa resistencia al orden del cuerpo social fueron las huelgas anarquistas, a las que vamos a leer desde la categoría de *revuelta* (Capítulo 2.3.1), dinámica propia de la dimensión de la carne. Las revueltas huelguísticas entendidas como acontecimientos históricos interrumpen la lógica espacial y temporal que se pretende imprimir a la sociedad argentina de principios del siglo XX, provocando la reacción del *cuerpo social* a través de la potencia expulsora de las leyes excepcionales de represión.

8.1.1. Criterios de orden del cuerpo social

En el capítulo 6 hemos dado cuenta de esa articulación epistémica entre las ciencias biológicas y las emergentes ciencias sociales en la Argentina. Ahora nos interesa indagar cómo operan las ciencias sociales y cómo se articula con los dispositivos de control social para establecer el orden del cuerpo de la nación. Recordemos que el nuevo marco demográfico y productivo, exigía una nueva organización, que se caracterizó por el ingreso del pensamiento positivista en el saber criminológico y del derecho penal, articulados desde el saber médico. El cuerpo social argentino

(...) es modelado con sacrificios de una de sus partes, según se vea en sus extremos se distribuye lo despojado y lo expulsable. La modelación exige un recorte que contiene métricas, caracteres y cultura de las clases superiores sobre las subordinadas. Especialmente cuando se trata de poblaciones sobrantes y sus flujos dentro de territorialidades y el mundo urbanizable. (Bialokowsky, en Vallone, 2009, 9-10).

La modelación requiere un conocimiento específico que permita producir un cuerpo social saludable y moderno. Se trata de instaurar un criterio de clasificación que mediante el método científico logre identificar los elementos mórbidos del cuerpo social, fundamentalmente aquellas conductas que son consideradas *anárquicas* y *disparatadas*, aquellos fenómenos sociales que aparecen como

(...) cuerpos extraños, patógenos, alojados en el cuerpo social, peligrosamente creadores de *anomias* y *desorden*, no por inexistencia de la norma, sino por la existencia misma de ellas a las que hay que *sujetarse* o ser aherrojados, hasta comprender que no hay salida, sino la venta de la fuerza de trabajo o el descarte. (Bialokowsky, en Vallone, 2009, 13).

Quienes son identificados como elementos patógenos son aquellos que escapan a las regularidades del régimen y son considerados como “sujetos insujetables por naturaleza” (Bialokowsky, en Vallone, 2009, 14).

El conocimiento científico que circula por Buenos Aires en los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX en estudios y publicaciones se caracteriza, como ya lo hemos señalado, por la influencia de la escuela criminológica italiana, sobre todo en la conformación de un conocimiento específico que busca reorganizar y fortalecer el cuerpo social: se trata de la medicina como disciplina del cuerpo.

Desde 1827 las tesis para alcanzar el título de Doctor en Medicina, no se apartan de los clásicos tópicos de la disciplina, sin embargo, a partir de 1874, comienzan a perfilarse los estudios de doctorado en dirección de una “incipiente -pero poderosa- alianza entre medicina, política y cuestiones legales.” (Ferro, 2010, 29). En 1876 se vuelve frecuente la expresión “médico-legal” y un año más tarde, en 1877 se concluye la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires, en la que Ingenieros inauguró el Instituto de Criminología en 1907, y en cuya imprenta plasmarán, a partir de ese año, los números de *Archivos*.

A partir de esta alianza entre medicina, política y cuestiones legales, la preocupación por la organización de la nación, en tanto se trata de la organización de un cuerpo orgánico, se concentra especialmente en los profesionales de la salud: “una capa médica identificada con los objetivos del Estado, como un verdadero clero laico consagrado a la función pública.” (Vezzetti, en Biagini, 1985, 364). Es en este ámbito institucional en el que se gesta el criterio “científico” que incluye o excluye a los individuos del proyecto de sociedad que se está llevando adelante. Uno de los brazos de la medicina que va a intensificar en estos años sus prácticas y discursos clasificadores y ordenadores de los fenómenos sociales es la psiquiatría. De este modo, “el alienista es, desde sus orígenes, un ser bifronte, que se atiene por una parte a ese reducto cerrado de

la moralización en el asilo, [aunque] no deja de orientar su mirada y su diagnóstico sobre los males de la sociedad.” (Vezzetti, en Biagini, 1985, 367).

Como muestra de la presencia del discurso médico en los asuntos sociales, el argumento que pretende fundamentar la regulación de las jornadas laborales, lejos de versar sobre las condiciones de trabajo y la dignidad del trabajador, está anclado en explicaciones de orden fisiológico. Así lo expone Biale Massé en *El estado de las clases obreras argentinas a comienzo de siglo*, texto de referencia para las reformas legales de la época:

La noción fisiológica del trabajo y del descanso no entra todavía ni en el común de los médicos mismos, pareciendo reservada a la aristocracia de la ciencia. En nuestra época de vulgarización esta parte de la ciencia permanece todavía en las alturas, entre nubes. No ha muchos días que un muy distinguido médico me decía: que el descanso dominical no podía adoptarse sin que previamente se estableciesen instituciones que hicieran ocupar al obrero en sentidos determinados. La idea fundamental de romper por lo menos veinticuatro horas la orientación de las células nerviosas, mantenidas en tensión durante las seis jornadas, dejando una fatiga remanente, que no alcanza a remediar el descanso diario, ni ha llegado a entrar en los elementos que se toman de la cuestión, ni mucho menos la relación del gasto de energías con la alimentación que las produce. (Biale Massé, 2007 [1904], 415).

Si bien hay una clara referencia, supuesta por momentos y explícita en otros, a la preocupación por la organización de la sociedad como si se tratara de un cuerpo orgánico, la concepción de cuerpo que está presente en los positivistas argentinos es mecanicista. En el próximo capítulo nos detendremos en esta concepción que entiende al cuerpo orgánico como a una máquina y no como un organismo, a pesar de adjetivar al cuerpo con el término orgánico, pero la cita que acabamos de leer nos da la ocasión de comenzar a señalar estas particularidades epistémicas. Cuando Biale Massé sostiene expresiones tales como “romper por lo menos veinticuatro horas la orientación de las células nerviosas, mantenidas en tensión durante las seis jornadas”, “fatiga remanente”, “relación del gasto de energías con la alimentación que las produce”, aparece una serie de mecanismos que no tienen en cuenta al sujeto involucrado en esa situación laboral, además de tratarse de un mecanismo para la optimización de la maquinaria productiva. Esta concepción mecanicista constituye una de las formas en que se normaliza cualquier elemento que no responda a la lógica previamente establecida: si no se adapta, es retirado.

Para expulsar al inadaptado antes hace falta conocerlo, identificarlo, caracterizarlo y clasificarlo. Esta es la tarea de los positivistas argentinos, encontrar los criterios de orden para categorizar y clasificar a los inadaptados, los extrasociales, los infrasociales, los elementos parasitarios que entorpecen el *natural* funcionamiento social. Si el medio pasa a ser un factor preponderante en la conformación de mala vida y criminalidad (como lo vimos en el apartado 6.4), el saber científico tendrá que aportar criterios de orden que modifiquen sustancialmente las condiciones del medio en el que está proliferando la multiplicidad, la diferencia, la diversidad. Aquellos factores inmigrantes que invadieron el espacio circundante al puerto necesitan ser clasificados de acuerdo con pautas precisas establecidas por nuevos saberes.

El auge de estos modelos cognitivos coincide con nuevas formas de control de la población, sobre todo en las grandes urbes, mediante sistemas de identificación como los registros policiales, los archivos fotográficos criminales, los retratos hablados, el método antropométrico y las huellas digitales. En el plano discursivo, temas como las multitudes, la simulación, la locura, la inmigración y el delito se articulan en un relato paranoico que resulta clave para la interpretación de una cultura moderna y laica. Los médicos ejercitan un tipo de mirada que pretende revelar verdades ocultas tanto en el plano colectivo como individual.” (Rodríguez Pésico, 2008, 278).

En este contexto de preocupaciones teóricas y políticas, nos preguntamos cómo se categoriza y clasifica, a quienes no parecen sujetarse a los criterios que intentan ordenar el cuerpo social. Específicamente nos interesa cómo se categoriza y clasifica al anarquista.

Como se ha mostrado en el séptimo capítulo, el informe pericial presentado por Veyga sobre el anarquista que intentó asesinar al Presidente Quintana da cuenta de diferentes clasificaciones de anarquistas según Lombroso, Laschi y Regis. Las clasificaciones van desde considerar a los anarquistas delincuentes políticos (intenciones perversas), alienados (neurópatas y psicópatas) o pasionales (exaltados); pero siempre se trata de un delincuente, por lo tanto de un elemento considerado socialmente mórbido (Cfr. Veyga, 1906, 540-541). También en los trabajos de Eusebio Gómez sobre la mala vida se refiere al movimiento anarquista como “sectarismo anárquico” y lo considera uno de los responsables de la decadencia moral y causal de los vicios que contribuyen a la formación de la mala vida (Cfr. Gómez, 1907, 439-440). Reyna, luego de haber

atribuido las causas del delito a la resaca social que deja la inmigración que también provoca el aumento de las conductas criminales, procede a realizar una especie de enumeración de los delincuentes en una lista que significativamente está encabezada por la acción anarquista fortaleciendo la imagen violenta de las prácticas libertarias. También aparece criminalizada la participación gremial, datos que nos muestran con claridad la concepción de delito como acto que atenta contra el proyecto de sociedad y de nación que están gestando. Así se refiere a lo que denomina el proceso de crecimiento del delito en todas sus formas:

(...) desde la más leve, traducida en actos de mala fe hasta el inconcebible atentado del ácrata feroz, que arrastrado por una idea tan superior cuanto irrealizable de igualdad, no encuentra medio de establecer el orden social de su sueño sino destruyendo por la violencia y por el crimen. El terrorista desolador, más temible y salvaje que las Furias de la leyenda; el fanático enceguecido; el homicida profesional; el ladrón hábil; el sedicioso audaz; el agitador de gremios, generalmente explotador de la candidez y la ignorancia del obrero; el rufián canalla, trabajador de las tinieblas; toda esa cohorte de salteadores, arriba a las libérrimas playas de la hermosa América, joven y rica, para levantar grados en la escuela del delito y perturbar el orden de la vida. (Reyna, 1909, 693).

En la sección “Documentos” de *Archivos* los doctores Maestre y Pérez comentan el informe forense de un anarquista asesinado en Madrid, tras haber intentado matar al Rey. Se trató de un caso ejemplar, ya que el cuerpo de Mateo Morral fue exhibido en la plaza central. El anómalo sale del laboratorio científico (Capítulo 3.3.) al espacio público para mostrar el poder de la represión de las fuerzas del orden. Como en el caso del informe pericial realizado por Veyga a Planas (Capítulo 7.2.1.1.) se puede observar que se llega al análisis pericial buscando signos morfológicos y fisiológicos de degeneración y al no encontrarlos inmediatamente (luego hallaran algunos signos forzando la observación) resultan curiosos este tipo de comentarios:

Llama la atención el estado de aseo y de pulcritud en que se muestra el cuerpo del anarquista. Este hombre empleaba, de seguro, todos los refinamientos de la higiene en el cuidado de su persona. Sus pies limpios, recién cortadas las uñas, sin callosidades ni durezas en la piel, y sus manos finas, delicadas, blancas y tratadas con esmero, acusan a las claras que Mateo Morral no pertenecía a la falange andrajosa y depauperada de los desheredados y hambrientos: el no formaba parte de los esclavos de la miseria de Juan Grave. (Maestre y Pérez, 1907, 108).

Por supuesto que el informe da cuenta de datos antropométricos, de la conformación de su cerebro, su médula, cerebelo, etc., en un minucioso recorrido buscando la clave del comportamiento anómalo. El único indicio hallado en el cuerpo que permite a los médicos inferir degeneración lo encuentran, como dice la expresión popular, “en la vuelta de la oreja”: “En la oreja derecha es donde se nota un signo evidente de degeneración, pues ésta se halla desdibujada en su concha y lóbulo y con todo el aspecto pitecóide de la oreja simia.” (Maestre y Pérez, 1907, 109). El informe concluye reconociendo que tras no encontrar signos morfológicos de degeneración, aunque sí de monstruosidad, en el sentido en que los señala Canguilhem, como la evidencia de la precariedad de las normas establecidas, “Mateo Morral no era un loco, ni aun siquiera un anómalo; los signos somáticos de su cuerpo no autorizarían de ninguna manera semejante aventurada opinión: era uno de esos seres de perturbación moral, un obseso de la idea de destrucción.” (Maestre y Pérez, 1907, 108-109).

Uno de los primeros trabajos que aparecen en *Archivos* sobre el perfil del anarquista, es la reseña que Ingenieros realiza de la novela de Sicardi, *Hacia la Justicia* (1902). En este artículo se ocupa del análisis psicológico de los personajes que allí aparecen por considerarlos casos típicos de patologías sociales.

Los personajes de la novela de Sicardi son descriptos por Ingenieros desde una serie de adjetivaciones que inmediatamente remiten al desorden y la violencia. Germán es el personaje que nos interesa especialmente, porque es el anarquista que va a condensar las concepciones de los científicos y políticos positivistas de esos años. Ingenieros caracteriza a Germán como el *maneur* anarquista, tipo psicológico perfecto en el que puede verse la psicología de un individuo “resultante de su herencia psicológica y de las sugerencias que recibe constantemente del medio en que vive, las que constituyen su educación.” (Ingenieros, 1903, 28), remarcando la influencia del medio en su constitución psicológica (como vimos en el Capítulo 6.4 sobre las particularidades del positivismo argentino).

Las condiciones contextuales de este anarquista tienen su origen en un padre delincuente carente de sentido moral, una madre desconocida y una educación funesta por haber carecido de control doméstico y por haber caído en manos de los jesuitas, formación que Ingenieros consideraba infame y cargada de lecturas corrosivas. Estas

condiciones lo llevan a engendrar “un anarquismo que no es piedad por el pobre sino venganza contra el rico, que no es proclamación sino alarido, que no es regeneración sino apocalíptico derrumbamiento.” (Ingenieros, 1903, 28-29). Estas condiciones contextuales lo conducen a mayores *desórdenes*: “Se va tras una prostituta, una pobre loca moral como él, síntesis de todos los odios torpes y de todas las infamias urticantes, orquídea venenosa, y con ella se lanza a propagar la huelga, la rebeldía, la devastación.” (Ingenieros, 1903, 28-29).

La fundamentación última de esta categorización Ingenieros la apoya en su experiencia personal, lejos de la pretendida objetividad científica positivista, usa la primera persona (en un artículo científico escrito en impersonal) para legitimar su concepción acerca de los anarquistas en Argentina:

Y hablo, tocante a esto, con la autoridad que puede darme el conocer personalmente a casi todos los anarquistas que han pisado Buenos Aires, desde los intelectuales Malatesta y Gori hasta la última canalla carcelaria que se titula anarquista. En algunos la anarquía es una expresión de misticismo antisocial, ilustrado a veces, y hasta recubierto de vestidura científica más tarde, cuando quiere disimular bajo manto positivo el embrión metafísico y sentimental de la profesión de fe primitiva; en otros casos es simple vanidad, apego a la prosa, vértigo del aplauso embriagador y de la fácil popularidad; no faltan los literatos, en quienes la doctrina comienza por ser un bello gesto antiburgués, siendo grave el peligro de que la sugestión sectaria ahogue toda originalidad estética en el artista que le rinde homenaje, muchos, por fin, son simples degenerados, en quienes la herencia mórbida se asocia a la miseria, la ignorancia, el alcoholismo, la pobreza fisiológica, todo, para engendrar un espectro de agitador tanto más fanático y peligroso cuanto mayor es su inferioridad mental. Son cuatro tipos diversos de agitadores, de “meneurs”, que sirven de levadura, de fermento para convulsionar la chusma ya predisuelta por la ignorancia y la miseria. (Ingenieros, 1903, 29).

De esta manera, cada uno de los personajes de la novela de Sicardi será etiquetado con la patología correspondiente: Germán es un degenerado hereditario y Goga una histérica. Ambos se atraen y forman una “pareja criminal”, otra categoría psiquiátrica y criminológica. La multitud de la que habla la novela es considerada también un personaje a analizar psicopatológicamente. El párrafo que sintetiza el análisis realizado a la multitud, conviene transcribirlo por el peso de las nociones y valoraciones que pone en juego respecto de categorías que trabajamos en esta tesis tales como cuerpo, cuerpo sin órganos, carne:

La multitud primitiva, la que desfila silenciosamente bajo la lluvia y entre la inundación, es amorfa; es una masa humana sin sentimientos colectivos, una MULTITUD NO ORGANIZADA. Las sugerencias de los “meneurs” la anima, dándole sentimientos y organización. Así se forma la MULTITUD CRIMINAL, que va al crimen en la más plena inconsciencia y con absoluta irresponsabilidad de los actos que realiza; a su lado se mueve cobardemente la MULTITUD MÍSTICA. Entre ambas nace la ilusoria MULTITUD POLÍTICA sugestionada por Elbio, a la que el autor pretende atribuir una conciencia clara de su misión, erigiéndola en partido de reforma social. (Ingenieros, 1903, 41).

Las características que Ingenieros atribuye a la “multitud primitiva” son claramente del orden de la carne: es amorfa, no organizada, susceptible de sugestión (no de convicción), inconsciente e irresponsable de sus actos. Estas características permiten clasificar las acciones de esta multitud como criminales y en caso de pasar de ser primitiva a multitud política, sigue bordeando los territorios de las patologías sociales, no ya en tanto que delitos pero sí en cuanto no favorecen el impulso natural de la evolución de la sociedad como es el caso de Elbio a través del cual Ingenieros critica la concepción política de Sicardi. Caracteriza a Elbio como símbolo de la regeneración por el eclecticismo. Es el joven médico, que critica la hipocresía católica, hijo de un obrero ejemplar que logró un buen pasar y doctorar a su hijo. Lo califica como un “socialista vergonzante”: quiere al socialismo, lo considera bueno y necesario, pero que venga gradualmente, no por crisis. Pero sobre todo no quiere que lo identifiquen como socialista y dice ser enemigo del socialismo, siendo un simple “‘evolutivo y posibilista’ como son hoy los sociólogos ilustrados de todos los países.” (Ingenieros, 1903, 35). Elbio, el socialista vergonzante, es el personaje que detiene a la multitud criminal con un discurso de panfleto socialista y aquí es donde Ingenieros se refiere a “las inexactas (...) ilusiones sociológicas” de Sicardi a través de sus personajes. No es este socialismo el que puede generar las condiciones del progreso social sino el socialismo científico.

En la articulación entre ciencia y política encontramos dichos mecanismos de clasificación y disciplinamiento, concretamente en lo que se dio en llamar el socialismo científico, fenómeno que expresó la concepción política de los positivistas argentinos. En los primeros años del siglo XX, las tendencias sociales se dirigen hacia una reforma progresiva del orden económico, implicando la necesidad de modificar la legislación civil de acuerdo con los nuevos intereses, relaciones, conflictos, derechos y

obligaciones. En los trabajos publicados en *Sociología Argentina*⁴⁵, Ingenieros sostiene que “las reformas sociales son la consecuencia de nuevas condiciones de hecho, nunca de sentimientos o teorías, aunque los unos y las otras coexisten con ellas, como su producto natural” (Ingenieros, 1918, 192) haciendo evidente la urgencia de tales reformas como la dimensión científica que las atraviesa “casi por naturaleza”.

Al mismo tiempo refuerza sus argumentos acudiendo al discurso científico biologicista desde el cual critica la trilogía republicana heredada de la Revolución Francesa, “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, por considerarlas científicamente absurdas dado que “el determinismo niega la libertad, la biología niega la igualdad y el principio de lucha por la vida, universal entre los seres vivos, niega la fraternidad” (Ingenieros, 1918, 193). Incluso, al referirse al papel del socialismo, enfatiza: “Los hombres no hacen la historia; los socialistas no hacen el socialismo. Existe una política socialista porque los fenómenos sociales se reflejan en los cerebros humanos y determinan su orientación en cierto sentido.” (Ingenieros, 1918, 198). La historia política y económica de la humanidad se puede sintetizar entonces de la siguiente manera:

Al evolucionar la sociedad feudal hacia la sociedad moderna, surgen las condiciones materiales que determinan la evolución económica capitalista; ella, a su vez, prepara la evolución posterior en sentido socialista. Pues, digámoslo desde luego, su rasgo esencial, característico, es la tendencia a socializar los sistemas productivos y los medios de producción. (Ingenieros, 1918, 200).

En este marco histórico, el socialismo científico que está proponiendo Ingenieros deja la “lucha de clases” para reemplazarla por una “cooperación de clases” a los fines del progreso social. La teoría de la lucha de clases, Ingenieros la considera sólo como un caso particular de lucha por la vida, entre tantas otras luchas como pueden ser las que se dan entre razas, naciones, sexos, profesionales o individuos. En consecuencia, critica las posiciones marxistas que postulan dos clases antagónicas con intereses propios, y propone la cooperación entre las clases en función de los intereses de todos, del bienestar nacional.

Está hablando de una depuración del socialismo que consiste en rescatar el núcleo realizable librándolo de las utopías. “La transformación del socialismo y de los

⁴⁵ *Sociología Argentina* es publicada en 1918 y reúne trabajos escritos por José Ingenieros desde 1900. En esta ocasión recurrimos sólo a la primera y segunda parte del libro, dado que los artículos publicados en estas secciones corresponden con nuestro periodo de estudio.

socialistas es, como decíamos, su mejor garantía de vitalidad, los seres vivos se transforman continuamente, asimilan, desasimilan, crecen, se enferman, *viven*, en una palabra.” (Ingenieros, 1918, 216), de acuerdo a leyes naturales que están más allá de lo que burgueses y proletarios puedan entender. Sólo el socialista científico puede ver que “el movimiento obrero y los partidos socialistas no son sino manifestaciones actuales de una palingenesia secular, iniciada antes de la Revolución Francesa, que reordenará la humanidad sobre cimientos democráticos y liberales, levantados sobre las ruinas del absolutismo teológico” (Ingenieros, 1918, 216).

Se trata entonces de un socialismo reformista que participa de la vida política proponiendo leyes y ocupando ministerios. Es esta la posición en la que se encuentra Joaquín V. González con su propuesta de “Ley Nacional del Trabajo” durante la segunda presidencia de Roca, propuesta que es considerada por Ingenieros “el ensayo más importante de legislación socialista intentado hasta la fecha en los países civilizados.” (Ingenieros, 1918, 263). De esta manera, cualquier elemento que sea percibido como disruptivo o amenazante, está contemplado en el despliegue biológico de la sociedad. Lo que desprevénidamente se percibe como caos, será reordenado, normalizado por los propios mecanismos de reorganización de la sociedad, manifiesta en la legislación propuesta desde un socialismo científico.

8.1.2. El (des)orden de la carne (revueltas) y los mecanismos de expulsión (leyes de excepción)

Así como Jesi se refiere a la revuelta spartakista de enero del 1919 en Berlín, de manera análoga podemos describir la dimensión del *instante* de las revueltas anarquistas que produjeron las huelgas durante la primera década del siglo XX en Buenos Aires: “Cada elección decisiva, cada acción irrevocable, significaba estar de acuerdo con el tiempo; cada demora, estar fuera del tiempo. Cuando todo terminó, algunos de los verdaderos protagonistas habían salido de la escena para siempre.” (Jesi, 2014, 64). Esta vivencia del tiempo de la revuelta constituye una heterotopía al mismo tiempo que una heterocronía, en la que el compromiso con una causa vital se convierte en una apuesta imprevisible, en la que la evidencia del instante presente como única realidad intensifica

la lucha, aunque se trate de una batalla imprevisible, como una especie de “refugio respecto del tiempo histórico donde toda una comunidad encuentra una escapatoria.” (Jesi, 2014, 71).

Las huelgas anarquistas de principios del siglo XX no consistieron sólo en reclamos laborales sino que fundamentalmente significaron una protesta contra el orden burgués capitalista. En este sentido, podemos pensar tanto la Huelga General de 1902 como la Huelga de inquilinos de 1907, sólo por tomar dos casos significativos, como revueltas que presentizan el espacio y escapan al tiempo de la duración. Implican instantes que permiten acceder a la realidad que la protesta busca mostrar. Así lo expresa el periódico anarquista *La Protesta Humana* informando no sólo sobre las diferentes huelgas en los diferentes lugares del mundo, dando cuenta de una lucha articulada y colectiva por la liberación, sino que hay columnas en las que se explicita el fundamento de las prácticas libertarias de esta manera:

Para destruir a la burguesía, con toda su ciencia y poderes no necesita el proletariado verter su generosa sangre, al exponerse á derrotas: no necesita armas, talentos, conspiraciones, ni asesinatos. Con su voluntad posee lo suficiente. Con decir ¡quiero!, comunicándolo á sus camaradas, está todo hecho [...] Dado el primer impulso, la nueva sociedad caminará rápidamente, á la verdadera civilización. Ni siquiera suponemos que la burguesía extreme su resistencia y desafueros ante el serio conflicto de la huelga general; porque realizándolo, se expondría, *toda ella*, á morir de hambre, en lugar de transformarse, con el mundo del trabajador, en la sociedad justa y feliz, cumplidora de los lemas: Libertad, Igualdad y Fraternidad. (López Montenegro, José. "La Huelga General", en *La protesta humana*, Buenos Aires, 2 de marzo de 1901, Núm. 113).

La actividad huelguística constituía un centro neurálgico de la militancia anarquista argentina en tanto suponía ser el desarticulador de todo el andamiaje burgués: “destruir a la burguesía, con toda su ciencia y poderes”. Este tipo de consignas concentró los miedos sociales de los sectores dirigentes e identificó las prácticas anarquistas con amenaza violenta contra el orden instituido, incluso invisibilizando la violencia generada por otros sectores políticos.

Las huelgas en Argentina mostraron ese potencial desarticulador de los fundamentos burgueses, no sólo con huelgas de trabajadores de los diferentes sectores que llegaron a organizar una huelga general, sino con la huelga de inquilinos en 1907 en la que mujeres y niños evidenciaron condiciones indignas de vida. Es decir, que las

huelgas fueron más allá de los reclamos sobre las condiciones laborales, estuvieron también dirigidas a las condiciones de reproducción y despliegue de la vida cotidiana y cultural demostrando la capacidad de detener la historia, el proceso de modernización de la nación, el avance por momentos implacable de la industrialización capitalista. La primera huelga general en 1902 demostró que podía paralizarse un modelo económico y político que venía desarrollándose desde fines del siglo XIX, la economía agroexportadora.

Durante la primera huelga general de 1902 tanto los funcionarios de gobierno como los industriales y los obreros se habían dado cuenta de que la huelga general podía paralizar la economía. Así en los círculos militares y de gobierno, durante la primera década del siglo veinte creció la noción de que el gran enemigo del Estado liberal era el anarquismo, a veces violento, que se popularizaba inusitadamente entre las clases bajas y amenazaba deshacer un orden y un tejido social burgués. (Salessi, 1995, 124).

Desde el punto de vista del proyecto modernizador de la nación, las revueltas anarquistas sólo eran percibidas como una amenaza al régimen. Quienes pertenecían a las elites dirigentes, no alcanzaban a comprender la dimensión de la protesta anarquista. Se jugaba allí no sólo una concepción económica y política, sino fundamentalmente vital. Podríamos decir, que en las discusiones y las acciones políticas se estaban enfrentando concepciones de vida. En los fragmentos del poema que compartimos a continuación podemos asistir al núcleo de las preocupaciones que motivaron gran parte de las huelgas en las que participaron anarquistas:

La Huelga General

"Y pues vida es movimiento,/y sin moverse no hay vida,/que pare todo, en seguida,/incluso el entendimiento.

[...]

Luego al río se dirige,/á hacer provisión de agua,/lo mismo el mozo de fragua/que el que una cátedra rige;/Puesto que en un sólo día/de escasez y privaciones/murieron las distinciones,/se hundi6 la categoría.

[...]

Ni cristiano, ni moro,/ni negro 6 blanco,/igual al europeo/que al americano;/que nadie exista/sin derecho á las cosas/que dan la vida.

[...]

Vivir es un derecho/sin condiciones,/superior al que, en leyes,/fijan los hombres;/el que impide,/va contra el Universo,/contra 6l delinque.

Sólo por su defensa/las otras vidas,/luchan contra la mala,/la que egoísta,/ruin y
traidora,/arrebata los jugos/de casi todas:/*Parásito* es su nombre;/funesta
plaga/más dañosa que al trigo/lo es la cizaña:/lombriz rastrera/que, agarrada al
trabajo,/lo explota y lo seca.

Las civilizaciones,/hasta el presente,/no han servido al progreso/y al fin,
perecen/porque no cifran/sus artes y sus ciencias,/en la justicia.

Vanidad, pura forma,/mucho apariencia;/brillar lo descocado,/lo sin vergüenza;
pero el humilde, vegetar, produciendo/para los viles.

La toga, frac, manteo/y el uniforme/con cruces y galones, son pasaporte/de la
licencia
que *el parásito* goza/en cuanto quiera;
[...]

Todos los ditirambos/del periodismo,/se emplean en la gloria
de los caudillos;/de los que mandan/trabajar á otros/y ellos descansan.

La maldita ralea/de capataces, en ejercicio, clero,/y en tribunales,/que acabe es
fuerza,/ pero para lograrlo,/¡sólo la huelga!
[...]

Del fin de las usuras, el rumbo determinan/su libertad entraña espléndido vivir,/de
cuantos al progreso sus pasos encaminan y de las tiranías se quieren redimir.
[...]

Tres horas produciendo, ya bastan de faena/para vivir feliz/y en el trabajo digno,
que gusta, que no apena,/lo mismo es hacer libros que cultivar maíz.
(López Montenegro, 1909)

Las prácticas anarquistas se presentan como la necesidad de remover el orden
establecido, el orden que supone como dado y pretende mantener *estable* que algunos
vivan parasitariamente del trabajo de otros cometiendo lo que la cultura libertaria
considera el mayor de los delitos: no garantizar el derecho a la vida, a las cosas que dan
la vida. Se trata de una lucha para detener el transcurrir de lo *establecido* y liberar a
través de las huelgas el movimiento de una vida justa, feliz y digna.

La primera década del siglo XX estuvo atravesada por gran cantidad de protestas.
Pero según los relatos de Gilimón, “el año 1907 fue el más fecundo en huelgas, desde
que el movimiento obrero había tomado carta de naturaleza en la vida argentina.”
(Gilimón, 2011, 73). Desde los paros de cocheros en Rosario, contra la minería de la

Armada, un paro de ferrocarriles completo (maquinistas y fogoneros) en Mendoza, hasta el acto social de mayor trascendencia: la huelga de inquilinos.

Buenos Aires es una ciudad que crece desmesuradamente. El aumento de su población es extraordinario por preferir la mayor parte de los inmigrantes quedarse en ella a ir a vivir al interior del país, cuya fama es desastrosa. Las pésimas policías de la campaña, la verdadera inseguridad que existe en el campo argentino, del que son señores absolutos los caciques electorales, influyen en el ánimo de los europeos, aun sabiendo que hay posibilidad de alcanzar una posición económica desahogada con mucha mayor facilidad que en la Capital, a quedarse en ésta, en la que de todas maneras hay más seguridad, mayor tranquilidad para el espíritu. (Gilimón, 2011, 74).

La escasez habitacional provoca los elevados precios de los alquileres de miserables viviendas y las familias tenían que conformarse con vivir en una sola habitación “pues el alquiler de una les insume la tercera parte del jornal mensual” de un trabajador. Pero

Un buen día se supo que los vecinos de un conventillo habían resuelto no pagar el alquiler de sus viviendas en tanto que el propietario no les hiciese una rebaja. [...] De conventillo a conventillo se extendió rápidamente la idea de no pagar, y en pocos días la población proletaria en masa se adhirió a la huelga.

Las grandes casas de inquilinato se convirtieron en clubes.

Los oradores populares surgían por todas partes arengando a los inquilinos y excitándolos a no pagar los alquileres y resistirse a los desalojos tenazmente. Se verificaban manifestaciones callejeras en todos los barrios [...] (Gilimón, 2011, 75-76).

En la Huelga de inquilinos se puede observar claramente lo que significa una revuelta. La ciudad se paralizó durante tres meses con manifestaciones y asambleas en cada rincón donde hubiera casas de inquilinato. Los huelguistas se apropiaron de la ciudad.

Puede amarse una ciudad, pueden reconocerse sus casas y sus calles en los recuerdos más remotos y secretos; pero sólo a la hora de la revuelta la ciudad se siente verdaderamente como la *propia* ciudad: propia, por ser del yo y al mismo tiempo de los “otros”; propia, por ser el campo de una batalla elegida y que la comunidad ha elegido; propia, por ser el espacio circunscripto en el cual el tiempo histórico está suspendido y en el cual cada acto vale por sí solo, en sus consecuencias absolutamente inmediatas. Nos apropiamos de una ciudad huyendo o avanzando en la alternancia de los ataques, mucho más que jugando, de niños, en sus calles, o paseando luego por los mismos lugares con una muchacha. A la hora de la revuelta, dejamos de estar solos en la ciudad. (Jesi, 2014, 70).

Al grito de “Barramos con las escobas las injusticias de este mundo” en boca de un joven de quince años llamado Miguel Pepe (quién fue brutalmente reprimido por las

fuerzas al mando del comisario Falcón), tomaron la calle miles de inquilinos, muchas mujeres y niños con miles de escobas, pacíficamente, quebrando los supuestos acerca de las masas, la violencia, las posibilidades activistas de las mujeres, entre muchos otros imaginarios de la época. Las mujeres que tomaron las calles y provocaron las asambleas en cada barrio no sólo dejaron de estar solas mientras duró la huelga sino que al quebrar la soledad de los espacios de vida privada, abrieron sus propios tiempos cotidianos:

Hasta un instante antes del enfrentamiento o de la acción programada, cualquiera que esta sea, con la que se inicia la revuelta, el revoltoso potencial vive en su casa o quizás en su refugio, muchas veces con sus familiares; y, por más provisorios y precarios que esa residencia y ese ambiente puedan ser, condicionados por la revuelta inminente, hasta tanto esta no comience, esos lugares son la sede de una batalla individual, más o menos solitaria, que sigue siendo la misma de los días en los que la revuelta no se pronunciaba como inminente: la batalla individual entre el bien y el mal, supervivencia y muerte, éxito y fracaso. (Jesi, 2014, 71-72).

Mientras en el transcurrir de la vida cotidiana se libran las solitarias tensiones de los individuos, en el momento en el que estalla la revuelta se disuelve el límite del individuo dando lugar a un sujeto comunitario que se extiende a un cuerpo más amplio (yo-otro-ciudad): la comunidad, en la que aparece la dimensión de otro orden con la suficiente fuerza como para remover los límites del tiempo continuo, pero en tensión con la lógica organizativa del cuerpo social que sólo ha mutado pero que su inercia permite que luego de ese instante se retorne a la normalización de los individuos, sus espacios respectivos y en su tiempo horizontal (el tiempo de la duración según Bachelard. Cfr. Capítulo 2.3).

En esa ruptura del tiempo privado de la cotidianeidad construyeron comités y subcomités en todas las secciones de la Capital y multiplicándose las demandas por desalojo en los juzgados de Paz. “Durante varias semanas la población presentó un aspecto extraño. Por todas partes se veían piquetes de bomberos y agentes del Escuadrón corriendo de aquí para allá, realizando atropellos.” (Gilimón, 2011, 77). Entre el tiempo de la vida cotidiana y el instante de la revuelta se juega una transmutación ontológica: “La mayor parte de aquellos que participan en una revuelta eligen comprometer su propia individualidad en una acción cuyas consecuencias no conocen ni pueden prever.” (Jesi, 2014, 70).

El redactor de *La Protesta* destaca el cuestionamiento al derecho de propiedad como una crítica a las condiciones de vida, “ese derecho que hace de un propietario un señor feudal, un dueño absoluto sobre el que nada puede, ni aun la necesidad de vivir, el derecho a la vida inherente a todos los humanos, que es el primero de todos los derechos, porque en él reposa la vida, es la vida misma.” (Gilimón, 2011, 76).

Pero en algún momento el instante de la heterotopía y heterocronía se disuelven retornando al lugar de lo mismo, al tiempo establecido a la lógica de individuos en la que ya no hay espacio para el sujeto colectivo.

La multitud no está en vano constituida por individuos autónomos, en los que la conciencia social, el espíritu colectivo, está en embrión.

Cada uno mira por sí; teme ser la víctima entre todos, y cobardemente cede. Es el instinto de conservación predominando sobre todo razonamiento.” (Gilimón, 2011, 77).

Podríamos agregar a las palabras de Gilimón, que no sólo se trata del instinto de conservación imponiéndose sobre todo razonamiento, sino de la intensidad individual por sobre las fuerzas comunitarias, muchas veces dispersas, en expansión, multiplicándose en direcciones insospechadas.

La respuesta es lineal, continua, establecida: la represión y deportación, además de desalojos realizados por el cuerpo de bomberos inundando las habitaciones en las que algunas familias resistían, y dispuestos a hacer fuego ante cualquier reacción. En este contexto Gilimón relata la muerte de Miguel Pepe y la manifestación que se produjo en torno de su entierro:

Fueron desalojados de sus viviendas algunos inquilinos, utilizándose para llevar a cabo los desalojos al cuerpo de Bomberos, originándose en uno de los inquilinatos un choque con la fuerza armada del que resultó muerto un transeúnte llamado Miguel Pepe, que tuvo la desgracia de encontrarse en el lugar del conflicto [...] El entierro de Miguel Pepe, colosal, extraordinario, convertido en grandiosa manifestación de protesta, fue, puede decirse, el último acto de la huelga de inquilinos, que duró casi tres meses. (Gilimón, 2011, 76-77).

Los huelguistas entendieron (en su individualidad) que las fuerzas policiales estaban dispuestas a todo. Suspendieron la huelga y los propietarios reforzaron las cláusulas de alquiler para ampararse ante posibles protestas de inquilinos.

Colaborando con la fuerza individualista que disuelve al sujeto comunitario, la noción de huelga que circuló en los principales medios de comunicación masiva se aleja de la concepción de revuelta.

Queda reducida a un simple reclamo salarial y es constantemente deslegitimada con argumentos que giran en torno de la inutilidad de las prácticas huelguistas por tratarse de algo importado que no se corresponde con las condiciones políticas y laborales argentinas: “lo que más se repite es ‘Eso tiene sentido en España o Italia; aquí no, porque no hay clases y cualquiera puede llegar a ser patrón’. O ‘la huelga se comprende en un país pobre, no en una patria tan joven y rica como la Argentina’.” (Viñas, 2014, 107). De esta manera se refuerza también la idea de que los extranjeros son elementos ajenos que traen sus costumbres patógenas y que con la sola expulsión de los mismos se solucionan gran parte de los problemas que constituyen la preocupante *cuestión social*.

En el periódico *La Vanguardia*, se publican comentarios descalificadores acerca de la huelga de inquilinos por parte de los socialistas afines al movimiento positivista, sobre todo en lo relativo a considerar al pueblo una masa informe que puede ser capacitada e ilustrada para su conducción. El 24 de noviembre del 1907 *La Vanguardia* (Año XIV, N°618, p.1) publicaba lo siguiente:

Una huelga de consumidores es un contra sentido y un absurdo. Los inquilinos son consumidores. Hagan acción cooperativa y política con la extensión e intención con que han hecho “huelga” y verán los resultados de tan fecunda obra. Nos dicen que el pueblo es aun incapaz para esta acción inteligentemente superior. Sabido. Lo único que pueden y deben hacer sus amigos y defensores es “capacitarlo” para tal obra. (Reinoso, 1985, 61).

Concepciones tales como individuos, consumidores, reforzadas por el discurso científico positivista encarnado en el socialismo científico, generan las condiciones de legitimidad de los mecanismos legales de expulsión. En línea con la Ley de Residencia de 1902, en 1910 se sanciona la Ley de Defensa Social. Recordemos las palabras de Ingenieros que citamos en el capítulo 6, en las que muestra la necesaria articulación entre el conocimiento científico y las leyes de excepción:

(...) poner de relieve las condiciones de nuestro medio social y de nuestra población criminal, a fin de evidenciar las características de la criminalidad argentina y concurrir más eficazmente a solucionar nuestro propio problema

preventivo y represivo. Ello no impedirá aportar el concurso comparado y general a la investigación científica y a la organización represiva que se llevan a cabo en todos los países civilizados. (Ingenieros, 1907, 258)⁴⁶.

En el prólogo al libro de Gabriela Costanzo sobre las leyes de Residencia y de Defensa Social, Christian Ferrer dice: “Cuando una sociedad no es capaz de darse a sí misma reglas de buena vecindad o conciliatorias de intereses diversos, entonces el poder legislativo dicta leyes, que suelen ser el índice sintomático de un fracaso comunitario.” (Ferrer en Costanzo, 2009, 11), a propósito de la disolución de la revuelta comunitaria de inquilinos y la represión policial y jurídica.

8.2. El contexto epistemológico de las leyes de excepción: *entre la lucha y la adaptación*

La burguesía ha adoptado un gracioso modo de tener ella la razón perpetuamente gracias a la ley.

Félix Basterra

La protesta humana, 24 de agosto de 1901

Las leyes de excepción sancionadas durante la primera década del siglo XX en Argentina y en respuesta a las revueltas anarquistas, son el producto de un complejo de luchas en las que están presentes diferentes maneras de comprender las dinámicas sociales. Durante estos años podemos distinguir dos categorías que nos permiten acercarnos a las concepciones de sociedad: *adaptación* y *lucha* y que veremos de qué modo son usadas en los artículos publicados en *Archivos* durante el periodo que va desde la sanción de la Ley de Residencia a la sanción de la Ley de Defensa Social (1902-1910).

En el año I de *Archivos*, Victor Pescuti en el artículo titulado “Las características de la criminalidad moderna”, aclarando previamente que sigue en este planteo a Ferrero, Tarde, Sighele, Ferri y Lombroso, explicita el supuesto que atraviesa a los diferentes artículos publicados en la revista, así como al positivismo argentino de la época en general:

⁴⁶ Citado en la página 98 de la presente tesis.

La sociedad humana obedece a esa ley llamada del progreso, o evolución progresiva, y nos parece justo concebirla a la manera de un autor: como una vibración lo mismo que todos los otros fenómenos dinámicos: la electricidad, la luz, el calor, el sonido; sólo que es infinitamente más lenta y de ondas en extremo amplias [...] la humanidad no cesa de avanzar y hasta los períodos de retroceso aparente forman parte del movimiento hacia adelante. (Pescuti, 1902, 344).

El despliegue progresivo, lineal y ascendente de los fenómenos sociales aparece como algo dado por naturaleza, y en este contexto de la ley del progreso se inscribe lo que denominan la ley de adaptabilidad: “La evolución civilizadora simplemente transforma los impulsos criminosos, las corrientes delictuosas, al modificar las formas de la actividad humana, la materia y los objetos de ella.” (Pescuti, 1902, 345). Por lo tanto, la criminalidad se transforma siguiendo la ley universal de adaptación. De esta manera explica la transformación del crimen pasional en crimen voluptuoso, refinado y astuto.

¿Cuál es la consecuencia que se puede palpar, de la característica de la criminalidad moderna? Que el criminal moderno, volviéndose hipócrita y astuto, más y más, va civilizando su delito y legalizándolo, por así decirlo, al buscar y al hallar su impunidad o su no incriminación en los intersticios de las leyes. (Pescuti, 1902, 351).

En el marco de esta visión evolucionista de la sociedad y de la fe en el progreso indefinido, muchos positivistas como en este caso Moyano Gacitúa, estaban convencidos que la evolución social ha provocado la disminución de las guerras: “Hoy puede afirmarse -sostiene Moyano-, en contra de las teorías de Hobbes, que en el mundo europeo en general reina la paz.” (Moyano Gacitúa, 1905, 438)⁴⁷. Así continúa describiendo las señales del progreso social en su artículo “El delito ante la sociología” publicado en el año IV de *Archivos*:

Si hay un progreso humano, como en todas partes se ve y se siente [...] éste no puede explicarse sino con un aumento de la beneficencia, del socorro del pobre y del desvalido; un crecimiento, por decirlo así, de los órganos nacionales de amparo y de defensa del derecho; es decir, de la libertad, de la seguridad y de la vida. Si el progreso se siente y se mira donde quiera, es porque existe realmente, de lo contrario, este sería una palabra que estaría sólo en boca de unos pocos felices de la vida. Pero ella está en boca de todos, mal grado las protestas y estallidos

⁴⁷ En apenas diez años, estas ideas progresivas sobre la evolución social quedarían pulverizadas con la Primera Guerra Mundial. Desconcierto y desilusión que quedará plasmada en el artículo de José Ingenieros “El suicidio de los bárbaros”, publicado el mismo año en que se declara la guerra, 1914.

obreros, porque su gremio es el primero que se ha valido de aquellos elementos para vivir, para teorizar y para estallar. (Moyano Gacitúa, 1905, 439-440).

Adaptabilidad y progreso inspiran la Ley Nacional 4144 estudiada, redactada y propuesta por Miguel Cané y sancionada en 1902 conocida como la “Ley de Residencia”, que autorizó la deportación de cualquier extranjero sospechoso de atentar contra el orden público.

El día 22 de noviembre [de 1902] quedó iniciada la era de represiones, e incorporada a la legislación nacional una ley contra los extranjeros, en virtud de la cual la policía puede expulsar a todo habitante del país que no haya nacido en él, sin formación de causa, sin someterlo a juez alguno, sin conceder derecho de defensa y sin tener en cuenta si el extranjero está radicado en el país desde hace un día o cuarenta años, si tiene o no mujer e hijos argentinos, si cuenta con propiedades muebles o inmuebles en el país o carece de todo bien de fortuna. (Gilimón, 2011, 53).

Gilimón advierte que el espíritu de la ley de excepción entra en contradicción con la Constitución Nacional respecto de la disposición de la Nación Argentina en relación con los extranjeros (basta recordar el texto del preámbulo para ver esta contradicción):

La ley de residencia respira ese odio al extranjero, al bárbaro, peculiar de la antigua Roma.

Y es este un achaque propio de todas las naciones.

El malo, el perturbador, es siempre el extranjero.

[...] Y en la Argentina es cierto que extranjeros son los agitadores y los huelguistas, por la sencilla razón de que extranjeros son en su mayor parte los obreros industriales. [...] También son extranjeros los capitalistas, y sin embargo... (Gilimón, 2011, 54).

Claro que Gilimón en este caso se queda sólo en una visión de superficie en el sentido de dar cuenta de lo que está a la vista, la deportación de extranjeros. Pero lo que no es evidente es que no es la condición de extranjero la que prima en la decisión de expulsión, sino la condición de inadaptabilidad a la ley natural de la sociedad, la ley del progreso. En este sentido, interviniendo en las palabras del cronista ácrata, lo propio de las naciones, en tanto cuerpo organizado es considerar extranjero al que perturba su orden, sea cual fuere su origen geográfico. Se trata de un extranjero a la territorialización de las dinámicas nacionales. Al que es jurídicamente extranjero se lo expulsa del país, y

el ajeno a las normas imperantes será sometido a otros mecanismos de adaptación y/o expulsión.

Los inmigrantes significan para los positivistas argentinos una multiplicación de las líneas de fuga de su proyecto de nación, la amenaza constante a la constitución de una identidad e institucionalidad nacional. Moyano Gacitúa se refiere a la diversidad que supone la inmigración y a su contribución con la creciente gravedad de la cuestión penal al “producir un ambiente de opinión tan excesivamente inestable, vago y tolerante” (Moyano Gacitúa, 1905a, 173). Así continúa advirtiendo sobre los peligros de las diferencias culturales:

El cosmopolitismo llegará a hacer tan tolerable la diversidad moral de los hombres y de los actos, como es la de los trajes y las maneras que pueblan la Avenida de Mayo, y que en la necesidad, en la pobreza, en el uso de origen, en la raza y hasta en el capricho tienen justificación: en materia de gustos no es fácil saber si nos invade la tendencia negra, la rubia o la amarilla ¿qué obsta para que ello suceda también en materia moral? (Moyano Gacitúa, 1905a, 173)

En el mismo tono, en el prólogo a la novela *La bolsa* de Juan Martel, Carmelo Bonet se refiere a los males que trae aparejado el ingreso de inmigrantes al país:

La inmigración trajo el cosmopolitismo y con él un trastrueque de valores y un cierto desquiciamiento del alma nacional. Además, como queda dicho, acodados con la gente honesta, vinieron indeseables, “parásitos de nuestra riqueza”, traficantes de carne humana, sujetos de avería que ensuciaron a la familia porteña. (Bonet, en Martel, 1956 p. XIII).

Así podemos observar una vez más el uso cotidiano de categorías que tienen su origen en el discurso científico y que han sido puestas en circulación por el discurso político que se sirve de la ciencia. Esta descripción que introduce la novela de Martel, está caracterizando el recurrente asunto de la “cuestión social”, tanto para los científicos como para la opinión pública de la época:

Hablar en aquel entonces de “cuestión social” o de “raza” en Argentina significaba utilizar términos popularmente aceptados, un ideario común dotado de prestigio científico, para referirse a un buen número de cuestiones complejas y conexas pero diversas, al punto de que incorporaban tanto a la salud pública como a la militancia política, a la pedagogía patriótica, a la cultura y al sistema penal. (Cecchetto, 2008, 37).

En el mismo año de la sanción de la Ley de Residencia el gobierno encarga a Biale Massé el estudio preliminar para una ley de trabajo que logrará mitigar el descontento laboral haciendo intervenir al Estado como mediador con el movimiento obrero, implementando posibles sanciones a las huelgas no autorizadas. La propuesta no fue aceptada por el movimiento obrero y las huelgas continuaron. No obstante, el trabajo realizado por Biale Massé fue una referencia para la legislación de la época. El estudio se tituló *El estado de las clases obreras argentinas a comienzo de siglo* (como ya lo referimos en el capítulo 7), allí se propone discutir acerca del sujeto de la legislación antes que discutir las posibles leyes. De esta manera se ocupa de una descripción de ese sujeto a quién se aplicará la ley tomando como referencia su experiencia de enseñanza en Buenos Aires, Mendoza y La Rioja durante quince años y los trabajos de fabricación de productos hidráulicos en Santa María provincia de Córdoba. Allí notó lo que considera como las capacidades del criollo de la región central del país como artesano y como peón. Así comienza su descripción:

Casi sin aprendizaje, con meras explicaciones, tuve los operarios que necesitaba, y si su trabajo era, en cierto modo, tosco e imperfecto al principio, pronto se afinaba, y vi que había en él una inteligencia embotada por una vida rústica y miserable, fácil de despertar, que tenía ideas propias y una adaptabilidad de simio. (Biale Massé, 2007 [1904], 411).

Las ideas propias de los criollos son leídas desde la noción de “lucha por la vida” que refiere a una capacidad de adaptación para la supervivencia, propia de todos los seres vivos. Es decir, que la noción de lucha, que en un primer momento puede referir (desde otras perspectivas teóricas) a lo que escapa a los criterios de orden de la ley de adaptación, en el discurso científico del positivismo queda subsumida como un mecanismo de adaptación y reproducción de la vida bajo la categoría de “lucha por la vida”.

Las diferentes acepciones de la noción de lucha son señaladas por el Profesor de Historia Carlos Becú en su artículo “La moral en la lucha por la vida” publicado en el año II de *Archivos*. Se detiene en la noción de lucha por la vida darwiniana y los sentidos que se le ha dado, advirtiendo sobre la errónea interpretación como la supervivencia del más fuerte, cuando se trata de la supervivencia del más apto y aclara que el propósito de su artículo no sólo es el de dilucidar la originaria idea darwiniana

sino también la “de infiltrar la dosis de nietzscheísmo (sic) en el estudio de los problemas morales relacionados con la lucha por la vida.” (Becú, 1903, 518). Así aclara el uso de la noción de lucha y sus diferencias desde posiciones darwinistas o nietzscheanas:

en la lucha por la vida, el triunfo es de quienes mejor se adaptan al medio y a la sociedad. Toda tesis contraria no sería darwinista. Sería acaso, nietzscheana, si predicase la necesidad de la lucha violenta y exacerbada. No es posible, hoy, prescindir del genial profeta alemán al tratar de los problemas de que nos ocupamos. Su voz, sonora y rugiente como la que se oyera en Patmos, ha dicho cosas que han conmovido las columnas de las catedrales y las cúpulas bajo las cuales se cobija la sesuda ciencia oficial. (Becú, 1903, 517-518).

Claramente la noción de lucha por la vida como adaptación, ha sido ampliamente trabajada por Ingenieros⁴⁸, así lo expresa en uno de los tantos artículos publicados en *Archivos*:

El hombre es un ser viviente, nada más; la vida asume en él manifestaciones intrincadas hasta lo infinito, pero sin escapar a las leyes comunes de la biología y al principio general de la lucha por la existencia. Lo mismo que los demás seres vivientes tiene que satisfacer necesidades elementales e indispensables: la conservación del individuo y la reproducción de la especie. (Ingenieros, 1908, 515-516)

Incluso actividades psíquicas como la curiosidad son sistematizadas y entendidas como mecanismos de adaptabilidad desde una concepción psicofisiológica:

Si concebimos la vida como una continua adaptación del organismo viviente al medio en que vive, las funciones psíquicas se nos presentan como una formación que tiene por objeto regularla mediante movimientos apropiados a las condiciones externas que los sentidos revelan. Vivir y pensar son funciones activas, incesantes; las condiciones físico-químicas de la materia viva establecen en ella tendencias a la actividad, siendo el movimiento su manifestación más característica. La actividad vital, (uno de cuyos modos de manifestarse es la actividad psicológica) busca el equilibrio entre el ser vivo y su medio, la adaptación. Esa tendencia al movimiento choca con las resistencias ambientales: los sentidos son los mediadores de las resistencias y su excitación regula las reacciones motrices que adaptan el ser vivo al medio. En esa necesidad orgánica de conocer para adaptarse, encontramos el origen biológico de la curiosidad. (Ingenieros, 1910, 258).

⁴⁸ Ingenieros, J. *La simulación en la lucha por la vida*, texto que constituye la introducción al trabajo de investigación con el que accedió al título de Doctor en Medicina en 1900, *La simulación de la locura*, por el cual recibió el Premio de la Academia de Medicina de Buenos Aires.

En términos sociales, se reconoce la tensión entre adaptación y lucha estableciendo claramente que la adaptación social debe regular la lucha por la vida: “Hay una pincelada común en el boceto psicológico de los malvivientes: es la incapacidad probada para adaptar su conducta a las condiciones que, en cada colectividad humana, limitan la lucha por la vida.” (Ingenieros, 1908, 514). Volviendo a las consideraciones de Biale Massé sobre el criollo, a quién se lo ha considerado como caso emblemático de lucha por la vida al interpretar su comportamiento errante como estrategia de supervivencia, se lo está rescatando de la clasificación de malviviente por reunir ciertas características individualistas y sobre todo antiolektivistas que lo vuelven un sujeto adaptable (como un “simio”), alguien que puede ser “salvado” de ser considerado un extranjero⁴⁹ (pero no un animal).

Pero la Ley de Residencia no parecía suficiente para encaminar a la sociedad a su destino de progresiva adaptabilidad al proyecto de modernización de la nación. El artículo publicado en *Archivos* escrito por el comisario José Gregorio Rossi y titulado “La criminalidad Profesional en Buenos Aires”, informa sobre la situación delictiva de la ciudad expresando dichos tales como: “Por fin, necesitamos una ley de residencia, más racional que la actual” (Rossi, 1903, 174) reclamando de esta manera mayor rigurosidad y rapidez en su aplicación. Esa nueva ley será la de Defensa Social y llegará algunos años más tarde permitiendo expulsar sin mayor trámite, al delincuente extranjero.

En 1910, al cumplirse el centenario de la independencia, el movimiento patriótico-oligárquico se impone desarticulando al anarquismo. Tal vez podríamos ver en este acontecimiento el triunfo del orden del cuerpo por sobre el desorden de la carne presente en su resistencia en las huelgas generales de trabajadores, en la huelga de inquilinos y en la resistencia urbana. Orden impuesto a través de saberes clasificadores y disciplinadores que se van gestando junto con la nación.

El diagnóstico para las leyes represivas es amplio y lo encontramos en abundancia en los discursos de las emergentes ciencias sociales. Aquí traemos unas citas significativas del Jefe de Policía Falcón. Así se refería en 1909 al movimiento obrero y

⁴⁹ Sobre el tratamiento que los pensadores anarquistas de la época hacen del criollo ver Olalla, M. (2009), “El gaucho en el discurso poético anarquista. La concepción idealista de la historia en Alberto Ghirardo”.

sus protagonistas anarquistas: “ciertos focos de patología social inasimilables a nuestra personalidad colectiva, por instinto y por educación, con atavismos exóticos, y con virulencias de otros medios, que se encuentran adheridos a nuestra fisonomía orgánica” (Cit. por Salessi, 1995, 117). Y consideraba que la solución a este estado de cosas patológico era tomar “medidas severas en el punto de entrada como es principalmente el puerto de esta Capital, por donde se introducen estos mismos elementos que después hay que repatriar dejando en este suelo los gérmenes de sus tendencias que llegan ya a contaminar hasta algunos elementos nacionales” (Cit. por Salessi, 1995, 117). De esta manera se consideraron a las leyes represivas que se solicitaban como medidas de profilaxis social.

En un texto publicado ese mismo año, en este caso promoviendo especialmente la ley de Defensa Social, Falcón argumenta de la siguiente manera:

Esa ley de salud pública [de 1902] debe ser complementada, para que surta mejores y más saludables efectos. Ley de circunstancias, con un tinte político bien definido, dictada en ocasión en que el anarquismo con su cohorte de agitadores turbulentos tomó arraigo en este pueblo, difundiendo la alarma entre las clases conservadoras, amenazando con mover el orden y la paz pública, no constituye un instrumento de defensa social, con capacidad suficiente como para depurar a este organismo, de otra clase de elementos mórbidos que lo corrompen, y que en otro sentido no son menos perjudiciales para el país y que conocidos bajo la denominación estigmatizada de caftens, desempeñan el más oprobioso e infame de los comercios, la trata de blancas, que importa un verdadero atentado a la moral y a la actual civilización (Cit. por Salessi, 1995, 118).

De Quirós, en un artículo del que hemos hecho referencia más arriba (Capítulo 7.2.1.) en el que da cuenta del surgimiento y expansión del movimiento libertario en Europa y Estados Unidos, nos brinda algunos datos sobre los antecedentes de las Leyes de Residencia y de Defensa Social argentinas. Señala que ante el crecimiento del movimiento libertario “leyes represivas excepcionales diéronse luego en algunos países. Francia dio el ejemplo (1893-94). Siguiéronle Italia y España.” (De Quirós, 1906, 437). Aunque también hace referencia a la insuficiencia de estas leyes para detener el movimiento anarquista, “cada persecución de estas leyes abría una era de mártires [...] y este culto de los mártires es aún la fuerza que de tanto en tanto renueva otros y otros atentados, en vibraciones lejanas, seguras aunque invisibles.” (De Quirós, 1906, 437)

“Visto a la distancia podría observarse a esos alfareros modelando la arcilla social para dejar las calles despejadas para los festejos del *Centenario*.” (Bialokowsky, en Vallone, 2009, 14) en una contundente articulación entre los fundamentos científicos que dan cuenta de cómo la lucha por la vida debe ser conducida por la ley de adaptación para el progreso social y de la especie, reduciendo toda posibilidad de contingencias, rupturas y multiplicidades. Adaptación y leyes de excepción para garantizar el progreso “hacia adelante”: “Del equilibrio entre la salud física, la envergadura moral, la voluntad energética y el sentimiento intelectual, depende la realización del arquetipo humano que preludiará la evolución hacia la raza futura.” (Ingenieros, 1910, 284).

Así las leyes de excepción encarnaron la ley natural de la adaptación para hacer posible el progreso social, no sólo adaptando, sino subsumiendo y asimilando elementos disruptivos y múltiples, y expulsando cuando la asimilación no resultó posible.

Capítulo 9. *Entre ciencia y vida: concepciones científicas en Archivos*

Si se considera la historia de la vida en el detalle, se ve que es una historia como las demás, llena de anacronismos, llena de esbozos, de fracasos y de reanudaciones.

Gaston Bachelard

A lo largo de esta investigación, hemos establecido como clave hermenéutica de esta historia epistemológica de las ciencias que se ocupan de las problemáticas sociales en Argentina en los primeros años del siglo XX, una oposición entre lo que consideramos dos dimensiones a partir de las cuáles acceder a una de las tantas tensiones que configuran el discurso científico de la época. Esa tensión, eje de la matriz metodológica que diseñamos en el capítulo 5 es entre la dimensión de la vida, entendida como forma y poder del viviente que se expresa como resistencia, multiplicidad de maneras de vivir, que se manifiesta políticamente en revueltas discontinuas, diversas; y la dimensión antagónica que podemos observar en expresiones y acciones con un fuerte carácter formal, con pretensiones monistas, continuistas, de unicidad, instituyente y como tal revolucionaria en el sentido en que constituye un programa de acción a futuro (Cfr. Jesi, 2014).

En este sentido recuperamos la inquietud que surgió a partir de las diferencias y las conexiones que Canguilhem encuentra entre concepciones mecanicistas y vitalistas (Capítulo 3.1.1.), a partir de las cuales nos preguntamos qué están diciendo los científicos argentinos cuando hablan de la *sociedad como un organismo vivo*. Lo hacen desde una posición vitalista (como puede parecer a simple vista), o se trata de un mecanicismo bajo cierta terminología vitalista, o de una mutación heterogénea para conjurar el malestar social.

Así como en el capítulo 8 nos centramos en el *entre* la ciencia y la política para poder observar los enlaces entre conocimiento científico y preocupaciones y acciones políticas, en este capítulo nos situamos en el *entre* la ciencia y la vida buscando estrategias que nos permitan mirar las concepciones de vida que están presentes en el conocimiento científico sobre lo social que se está produciendo en la Argentina en ese instante de acciones políticas y de vivencias epistemológicas que hemos identificado *entre* los años 1902 y 1910.

9.1. Los supuestos teóricos de las concepciones científicas sociales argentinas manifiestas en *Archivos*

A partir de los recorridos realizados por diferentes artículos de *Archivos* entre los años seleccionados, aparece con mayor frecuencia y podríamos decir que hegemonícamente una concepción mecanicista de organismo y de vida, aunque no exenta de discusiones.

Ingresamos a las concepciones de sociedad y vida que circulan por *Archivos* a través del artículo del Doctor en Derecho y Profesor de la Universidad de Buenos Aires Antonio Dellepiane publicado en el año IV y titulado “El dinamismo social”. Posicionado desde un positivismo organicista, distingue entre las que califica de “apenas nacidas y ya tambaleantes” nociones de sociedad-mecanismo y sociedad-organismo. Se trata de distintas concepciones de sociedad y vida en el marco de la corriente positivista. Considera que para la sociedad-mecanismo

(...) los hechos sociológicos resultan del juego de las fuerzas sociales, aplicadas a un todo articulado, especie de sistema compuesto de motores, de palancas, de ruedas, de poleas, de todos los órganos y máquinas simples que producen, transmiten o modifican el movimiento, es ese gran todo que se llama sociedad. (Dellepiane, 1905, 80).

Claramente se trata de terminología propia del positivismo mecanicista de Comte en el que el modelo de ciencia es la Física y que trasladado para pensar la sociedad se la entiende como una totalidad cuyas partes están relacionadas entre sí a partir de leyes dadas. Continúa Dellepiane dando cuenta de las claves de esta posición teórica señalando que los partidarios de la sociedad-mecanismo

(...) hablan de estática y de dinámica sociales, significando con estas expresiones, no del todo aplicables al caso, el examen de la sociedad en reposo y en movimiento, la determinación de las leyes de coexistencia y correlatividad entre las partes del todo social, y las de sucesión, que rigen los cambios o transformaciones sociales. (Dellepiane, 1905, 80).

A la hora de caracterizar a la sociedad-organismo hay un cambio de tono en la escritura y pueden percibirse las dimensiones axiológicas en la utilización de términos

como “verdaderos organismos” o “armónico” que acentúan las intensiones retóricas de su discurso. Popularizada por Spencer, en esta concepción

(...) las sociedades constituyen verdaderos organismos, agregados provistos de órganos independientes y solidarios al propio tiempo, que desempeñan, individualmente, la función que les ha sido asignada, y que cooperan, con los demás, en ese cambio mutuo de servicios, en esa ayuda recíproca cuyo armónico consorcio da lugar a la vida [...] Los spencerianos, recurriendo a la terminología biológica, se sirven de las voces estructura, función, tejidos, órganos, etc., y procuran describirnos la vida del organismo social, el más elevado, agregan, y el más complicado en la jerarquía de los seres orgánicos, a punto de formar un reino aparte, superior al orgánico o super-orgánico, según el tecnicismo maestro. (Dellepiane, 1905, 80).

Pero tanto en la comprensión de la sociedad como un mecanismo o como un organismo, observamos supuestos que se corresponden con lo que Canguilhem denomina posiciones mecanicistas en las ciencias. Parafraseamos y recordamos una cita del tercer capítulo cuando referíamos a un tipo de conocimiento científico que reduce la especificidad del viviente a una serie de leyes entre objetos, válidas fuera de toda referencia a un centro, generando un medio en el que se pretende ver aparecer la vida, pero lo que ha resultado es una “inmanencia de la medida a lo medido, y el contenido de los protocolos de observación relativo al acto mismo de observación” (Canguilhem, 1976, 110). Se han constituido en ciencias del “alrededor”, sin un centro, en las que “sólo un viviente infrahumano, puede coordinar un medio” (Canguilhem, 1976, 110). Basta revisar algunos de los artículos de *Archivos* en los que se dan a conocer diferentes pericias realizadas a individuos patológicos o criminales como Planas o Morral (Capítulos 7.2.1.1. y 8.1.1.) en los que priman las categorías criminológicas y sus criterios de clasificación imponiendo una concepción científica de “realidad social” a la que se le olvida el movimiento vital que implicaban las acciones anarquistas tratando de escapar a la clausura del cuerpo social de la nación, pero que puede ser observada por nosotros luego de haber sensibilizado la mirada epistemológica.

Otra de las características de la posición mecanicista es que su carácter analítico del conocimiento científico destruye la experiencia de la vida a la hora de estudiar los fenómenos vitales (Canguilhem, 1976). La mirada científica escinde la vida del viviente al dar cuenta de las regularidades y uniformidad de los fenómenos naturales, excluyendo lo contingente, lo múltiple, lo que escapa a cualquier regularidad. Canguilhem señala

como propio del mecanicismo una suerte de olvido de la relación de dependencia del mecanismo con la acción de un viviente, como el olvido al que refiere Nietzsche sobre el origen sensible de los conceptos (Cfr. Nietzsche, 1987).

En el caso del discurso científico que circula con mayor densidad en *Archivos* cuando se refiere a la sociedad como un organismo vivo da cuenta de una serie de mecanismos que hacen posible el funcionamiento de ese organismo al modo de una máquina. Así, lo que las nuevas ciencias sociales dicen sobre la sociedad consiste en una serie de funciones, leyes y características demostradas científicamente. En pocas palabras se trata de evidenciar *mecanismos sociales* para explicar, intervenir y proyectar una sociedad acorde con el ideal de nación moderna.

En un artículo de *Archivos* al que hemos referido en el capítulo 7, “Los exponentes psicológicos del carácter argentino...”, Zuccarini hace una comparación de la sociedad con un conjunto de máquinas, evidenciando no sólo el modelo mecanicista sino mostrando claramente una concepción de la realidad conjuntista. Expone el siguiente razonamiento:

Si se toman mil máquinas de la misma especie y del mismo tipo, ellas, alineadas en una usina, representan la fórmula más absoluta de la igualdad, tal como la mente del hombre pueda concebirla. La mecánica, sustentada por la matemática, forjó todos esos mecanismos rígidamente iguales, aún en los detalles insignificantes.

¿Quién lo dudaría?

Y, sin embargo, bastará que la fuerza del vapor o de un dínamo los ponga en movimiento para que mil y mil diferencias sean perceptibles a la mirada del profano; cienmil descubrirá el ojo avizor del mecánico. Será diferencia íntima de la calidad y cantidad del trabajo que pueden producir dichas máquinas, por el ágil deslizamiento de los engranajes, por el consumo de lubricantes, etc.; será, en suma, diferencia de *intensidad de función*, pero el tipo se conserva semejante, y todas esas máquinas, tal cual son, constituyen un grupo mecánico bien distinto.

Por opuestas vías, llégase a un resultado idéntico observando un grupo social o una nacionalidad. (Zuccarini, 1904, 180).

Tras las diferencias en la “intensidad de función” hay algo que permanece en el orden de la semejanza, de lo mismo. Es decir que hay una función que permitiría reconocer la regularidad, la continuidad entre “nombre” y “hecho”, una función de adecuación y de representación. En términos del arte de Bacon, estas funciones producen figuración, desde una lógica cerebral y racional que excluye la lógica de la

sensación o cualquier aspecto que pertenezca al orden del viviente, a la dimensión de la vivencia (Capítulo 4.2.1.).

Zuccarini considera que las diferencias, divergencias y heterogeneidades son producto de una mirada superficial, de una “mirada profana”. Desde un punto de vista epistemológico está calificando a una serie de disciplinas a las que considera profanas y superficiales entre las que se encuentran: la antropología porque rastrea diversas razas, la lingüística porque se ocupa de buscar múltiples dialectos entre ciudad y ciudad, entre provincia y provincia y la disciplina sociológica porque servirá de acuerdo con usos y costumbres. Pero en determinado momento, dejando de lado los convencionalismos de la lengua y de las desigualdades políticas y sociales,

(...) todas esas variedades y desigualdades desaparecen, se excluyen y se iluminan naturalmente, sin esfuerzo, y aparece compacto e imponente lo que llámase *tipo nacional*, que en determinadas circunstancias caracterizará con rasgos precisos a ese conjunto de individuos en la historia. Entonces se tiene al griego, al romano, al italiano, al inglés, al argentino..., entonces se tiene el *nombre* porque existe el *hecho*, y cambia el uno cuando el otro se transforma. (Zuccarini, 1904, 180).

Y por si quedaran dudas sobre el carácter mecanicista de la perspectiva de Zuccarini, observemos el uso de términos de la física para los supuestos antropológicos de sus propuestas psicológicas:

El hombre, más que otro ser cualquiera, es una ecuación física que se complica mayormente al desarrollarse, transformándose en ecuación social; y de ecuación de primer grado, como aparece en las primeras fases de su existencia, y como mantiene en la infancia y en la adolescencia, convirtiéndose en una ecuación de X grado, a medida que ha venido distinguiéndose en las funciones y se ha diferenciado en las relaciones. (Zuccarini, 1904, 180).

Desde la perspectiva teórica que, como hemos observado, puede calificarse como mecanicista, Zuccarini hace una especie de genealogía del tipo nacional, partiendo del reconocimiento de una lucha primigenia que por supuesto está subordinada a las leyes del progreso y de la adaptabilidad. Esta lucha primigenia se despliega en diferentes órdenes: desde la lucha nutritiva que se libra con el suelo y con la naturaleza, a la lucha histórica que es la que se produce cuando el hombre en disputa con la naturaleza tiene que entenderse con otros hombres. Es el momento en que se complejiza la batalla con la naturaleza y surge la lucha del hombre contra el hombre. A partir de este momento se generan choques y fusiones dando lugar a la formación de grupos que irán

diferenciándose entre sí configurando un cierto tipo, que la historia luego nombrará de determinada manera para identificarlos y diferenciarlos entre sí.

Es interesante observar que para hablar de la lucha del hombre contra el hombre en la conformación de los grupos sociales, utiliza los términos *asimilación* y *repulsión* que remiten inmediatamente al funcionamiento mecánico de un organismo vivo. Incluso la actividad psíquica es explicada como resultante de la dinámica asimilación / repulsión.

Cuando el hombre primitivo constató que un semejante suyo buscaba los mismos objetos que él necesitaba, tuvo una buena vibración su cerebro y un nuevo sentimiento acrecentó el movimiento de su organismo. Su actividad aumentó, y según se le asociara a lo combatiera, determinóse en su ser el sentimiento del amor o del odio. Ese estado de asimilación o de repulsión constituyó la base primordial de la sociedad. (Zuccarini, 1904, 181).

Continúa con los argumentos en torno de la dinámica de la asimilación, en este caso para señalar la pertenencia de un individuo al grupo social de determinado tipo:

Hombre es término general, y, como quiere Lacombe, es una verdad, no una realidad; y como tal es socialmente indistinto, homogéneo, es un término como caballo. Pero si el caballo fue tomado de una caballada salvaje, errante por la Pampa, y si al pasar domado por la llanura donde pastó libremente, sus compañeros oyen sus relinchos, ellos acudirán a él e intentarán libertarlo. De esta manera el caballo, se determinará más aún como el caballo de esa manada, y en ese acudir de los compañeros reside la manifestación del grupo social. (Zuccarini, 1904, 181).

La manifestación psicológica colectiva es la representación de algo que permanece fijo a pesar de la complejidad y el aumento de relaciones y funciones. Ese aspecto que permanece fijo se manifiesta en cada individuo, en cada familia y en cada nación “por efecto de la herencia y del contagio producido por la imitación, la cual ejerce mayor influencia cuanto más frecuentes, próximas o íntima son las relaciones.” (Zuccarini, 1904, 181).

Zuccarini trae una cita de Ribot para reafirmar este *quid* psicológico que subsiste como base de una identidad nacional:

(...) en medio de aquel torbellino incesante que constituye la vida, queda como una cosa fija que es la base de la identidad y unidad de los organismos que subsisten por una asimilación y desasimilación de moléculas, del Estado que subsiste por la adquisición y la pérdida continua de individuos. (*La Héredité Psychologique*, pág.120) (Zuccarini, 1904, 182).

A partir de estos supuestos teóricos que parten de la noción de individuo como clave para la comprensión de la sociedad y sus dinámicas, el autor se propone analizar el origen y el desarrollo de la nacionalidad argentina, teniendo en cuenta la íntima vinculación entre la psicología y la historia: “la psicología encierra primordialmente la explicación de la historia, y que la psicología da a la historia un criterio, una piedra de parangón.” (Zuccarini, 1904, 182). Recordemos que en el capítulo 6.3. nos hemos referido al mapa epistémico de la época como un reticulado de disciplinas articuladas entre sí en pos de producir un conocimiento que fundamente las acciones políticas que contribuyan a la modernización de la nación. Comienza por referirse a *Introducción al estudio de las Ciencias Sociales argentinas* de Juan Agustín García (1899), trabajo en el que se realiza esta especie de psicología histórica que señala como propio de la Argentina posterior a la inmigración europea, la “heterogeneidad, la división y subdivisión en grupos con ideas y sentimientos radicalmente distintos, de la constitución mental antagónica de las diferentes razas, unidas entre sí por un solo sentimiento común, el de la grandeza futura, de la prosperidad material indefinida del país.” (García, citado por Zuccarini, 1904, 183). Analiza también los textos de Ramos Mejía sobre las multitudes y aludiendo a los análisis realizados por Sarmiento, Zuccarini considera que estos autores han cometido un error al no atender a las particularidades de cada lugar: Ramos Mejía hace extensiva la categoría de multitud moderna a la multitud argentina obviando sus particularidades; de la misma manera Sarmiento hace extensivos a todo el país los rasgos característicos de Buenos Aires.

(...) considero que el individualismo, en la formación social, representa por decir así la parte *activa* de la sociedad, que vive y se agita a expensas de la parte pasiva que la rodea. Por esto la historia, cruel con las multitudes, es aduladora de los menos; por eso mismo es difícil delinear netamente en la formación de la sociedad argentina el *substratum* colectivo sin el cual el *individuo* no habría existido, ni habría podido actuar tan eficazmente. (Zuccarini, 1904, 185).

Esta recurrencia al carácter individual lo encontramos de una manera si se quiere curiosa en un comentario que Ingenieros realiza sobre Ferri en el que utiliza la metáfora de la máquina para halagar al que considera un intelectual destacado en el artículo titulado “Enrique Ferri. Ante la psicología del genio y del talento” publicado en el año VII de *Archivos*:

Digamos desde luego que pocas máquinas vivientes han trabajado con intensidad más plural durante cincuenta y dos años, proyectando en órbitas heterogéneas una brillante energía cerebral; contados son los hombres que en nuestra época de mediocrización burguesa han obtenido, por pura fuerza de su intelecto, mayores sanciones del éxito y de la fama. (Ingenieros, 1908, 385).

La concepción mecanicista presente en gran parte de los autores que publican en *Archivos* representa el carácter distintivo de la institucionalizada ciencia moderna, coherente con sus pretensiones de objetividad, neutralidad, unicidad y monismo metodológico y que se expresa claramente en el sentido mismo que se otorga al término vida como capacidad de adaptación al medio. La lógica de la adecuación entre el conocimiento y los hechos, la que sostiene la ilusión de un conocimiento que representa plenamente la realidad y que en esa representación muestra sus dinámicas de funcionamiento a través de (por ejemplo) la dinámica asimilación/repulsión, es la que provoca el cierre del cuerpo asimilando o expulsando (según corresponda de acuerdo a criterios previamente establecidos) la diferencia, la multiplicidad, todo aquello que no pueda ser asimilado, regularizado, estandarizado. Es decir, todo aquello que no haya sido adaptado. De esta manera cuando se define a la vida como la capacidad de adaptación al medio se trate, como decía Dellepiane, de una concepción sociedad-mecanismo o sociedad-organismo, se excluyen las particularidades del viviente, irreducibles a la ley de la adaptación.

Moyano Gacitúa en su artículo “El delito ante la sociología” nos muestra claramente la concepción de vida social mecanicista al entender al delito como un entorpecimiento al natural movimiento progresivo ascendente de la sociedad:

Cada vez que una actividad viviente se encuentra entorpecida, que un desarrollo se ve contenido, suspendida una marcha, una ascensión, un movimiento, se concibe la idea del delito y solo la mente exige, para que tal concepto sea cabal en ella, que se trate de seres vivientes, de movimientos naturales y propios. (Moyano Gacitúa, 1905, 429).

Otra noción que puede entenderse en clave mecanicista es la utilizada por Gómez para referirse a los malvivientes como *infrasociales*. Individuos que actúan en los márgenes y a pesar de las normas vigentes, en las orillas de la ciudad entendida como la presencia de un orden establecido con constancia y previsión. Frente a ese orden o por ese orden se gesta “esa multitud de fuerzas engendradoras de seres *infrasociales*, si se

nos tolera la expresión, que luchan encarnizadamente contra las condiciones de vida del compuesto humano, buscando la vida para ellos mismos.” (Gómez, 1907,441). Los *infrasociales*, como los *monstruos* no atentan contra el sistema previamente organizado, sino que sus prácticas no responden al criterio de orden vigente.

Por supuesto que en los textos de Ingenieros aparece ampliamente desarrollada la concepción mecanicista y sólidamente trabajada la noción de vida como adaptación, sobre todo en los textos reunidos bajo el título de *Sociología Argentina* publicado en 1918 y del que nos hemos ocupado en otro trabajo⁵⁰. En el discurso que brinda tras recibir el Premio de la Academia de Medicina⁵¹ a la mejor publicación del bienio 1902-1903 por su obra *Simulación de la Locura*, publicado en *Archivos* en 1904, aparecen algunas expresiones que son marcas claras de la línea editorial de la revista científica que dirige y de la perspectiva teórica positivista.

Ingenieros comienza hablando de la vida en relación con las metas, los ideales, los deseos a través de expresiones tales como “La vida es acción, movimiento incesante. Vive el que nunca llega, el que se propone ideales cada vez más lejanos, mientras se acerca a cada uno de los que persigue.” (Ingenieros, 1904, 742). Se advierten ciertas recurrencias que dan cuenta de una concepción de la vida progresiva y sobre todo queda claro que se refiere a vida humana y la distingue de la naturaleza: “La vida es una cordillera infinita: debemos vivirla en perpetuo ascenso hacia más altas cumbres, progresivamente, corriendo siempre tras la quimera de un perenne más allá.” (Ingenieros, 1904, 742). La vida sin lugar a dudas es movimiento, pero un movimiento que tiene establecida una dirección:

Vida ascendente, programa infinito, debe ser la fórmula para la juventud. Llegar a acomodarse y reposar, gozando del trabajo pasado; es decir, enmoheciendo los engranajes [...] Ante la soñolienta serenidad de un lago, que induce a meditativas clamor, sentimos el íntimo deseo de quebrar la inmóvil frescura del agua, deseamos que un cisne surque la superficie melancólica, poniendo su nota de movimiento sobre la perspectiva inerte (...) (Ingenieros, 1904, 743).

⁵⁰ Tesis de Maestría en Metodología de la Investigación Científica, antes referida y consignada en la bibliografía.

⁵¹ Entre los asistentes al acto de entrega del premio en el que Ingenieros pronunció el discurso al que hacemos referencia se encontraban J.M. Ramos Mejía, Lucas Ayarragaray, Belisario Roldán, Lucio López, Gregorio de Laferrère, Diógenes Decoud, Lugones, el comisario José. G. Rossi, entre muchos otros destacados. Y adhirieron un amplio espectro de científicos y políticos de la época. (*Archivos*, 1904, 750).

Y continúa con diversas figuras retóricas que ilustran el movimiento de la vida frente a la quietud de la materia inerte. Pero en ese discurrir de imágenes dice: “Como buscamos el movimiento en la Naturaleza, debemos buscarlo en la Vida, que es acción, diversa e innumerable, pero incesante.” (Ingenieros, 1904, 743). De esta manera Ingenieros afirma la existencia de diferentes órdenes, el de las acciones de la vida (moral) y el de la naturaleza. Así sintetiza el perfil del hombre de ciencia, los conocimientos y las prácticas que constituyen la *maquinaria* científica:

Penetrar los modos del fenómeno y los misterios de la causa, en la naturaleza y en la vida; buscar las leyes que ritman la existencia humana; conocer y dilatar el curso de sus múltiples resortes fisiológicos; descubrir los secretos engranajes de la enfermedad y aplicarles el lubricante de razonables terapéuticas; es ya un programa de exploraciones ilimitadas. (Ingenieros, 1904, 744).

La fe en el progreso que caracteriza a los científicos e intelectuales de aquellos años los lleva a esperar del futuro la medida de su optimismo positivista en una especie de homogeneización de las mejoras sociales en todos los ámbitos institucionales. Lamentablemente Ingenieros vivirá en *carne* propia (la que inevitablemente le mostrará que la realidad social no está gobernada por leyes mecánicas) la constatación de la “no evolución” de las instancias sociales que enumera en la cita que sigue a continuación, en tan sólo siete años se encontrará expulsado de la cátedra universitaria por el poder político de turno tras un concurso de dudosa transparencia⁵². Así expresaba esa confianza en el progreso social:

La era de las improvisaciones declinará muy pronto; hay, en la palestra, demasiados luchadores por la vida.

Será cada vez más difícil piratear una cátedra, penetrar en la Universidad gracias al favor oficial antes que a la competencia, ejercer funciones públicas sin aptitudes especializadas.

La evolución de los pueblos civiles impone definir la división social del trabajo; tal vez, en un futuro no remoto, exija en cada profesor un sabio, en cada funcionario un técnico, en cada político un sociólogo. (Ingenieros, 1904, 744).

Pero como señalamos al comienzo del capítulo, esta concepción no aparece de manera homogénea en los artículos publicados en *Archivos*. Hay trabajos que establecen algún tipo de diferencias como el de J. Ojeda en el que distingue entre diferentes concepciones de vida dependiendo el punto de vista físico o moral. Se trata de un

⁵² Ver nota 32.

artículo en el que comenta una publicación de Fouillée en la que se discuten diferentes posiciones respecto de las teorías darwinianas y nietzscheanas sin mayor rigurosidad⁵³, por lo tanto no nos detendremos en ello, sólo interesa aquí traer la siguiente cita como muestra de la presencia de las discusiones sobre la concepción mecanicista de la vida: “Desde el punto de vista físico la vida es un mecanismo, un equilibrio entre la construcción y la destrucción del ser. La vida interior es la principal y la sola que puede iluminarnos con su estudio, sobre los verdaderos valores morales.” (Ojeda, 1902, 181).

Pero así como el de Ojeda sólo nos permite asistir a diferentes criterios teóricos, hay artículos como el de George Palante que no sólo expresa otra concepción de vida y de conocimiento científico, sino que se trata de un intelectual anarquista individualista francés invitado a publicar en *Archivos* según veremos en el próximo apartado.

9.2. Ciencia, vida y política en las concepciones científicas sociales argentinas

Volvemos a preguntarnos ¿qué concepciones de vida están en juego en las tensiones entre los fenómenos de la carne y los del cuerpo? ¿Qué concepciones de lo social atraviesan las relaciones entre ciencia y vida? ¿Y entre ciencia, vida y política? Como hemos visto, entre la vida como adaptación y la vida como lucha se juegan las lógicas políticas que suponen lógicas vitales. En términos nietzscheanos se trata de la diferencia entre la vida como *actividad* y la vida como mera *reactividad*:

(...) se ha definido la vida misma como una adaptación interna, cada vez más apropiada, a circunstancias externas (Herbert Spencer). Pero con ello se desconoce la esencia de la vida, su *voluntad de poder*; con ello se pasa por alto la supremacía de principio que poseen las fuerzas espontáneas, agresivas, invasoras, creadoras de nuevas interpretaciones, de nuevas direcciones y formas, por influjo de las cuales viene luego la “adaptación”; con ello se niega en el organismo mismo el papel dominador de los supremos funcionarios, en lo que la voluntad de vida aparece activa y conformadora. (Nietzsche, 1997, 102).

Así como el conocimiento es producto de tensiones y luchas de poder, que se dan en el terreno social y político; el territorio político también es, para Nietzsche, producto de una violencia, de una ruptura:

⁵³ Se trata de un artículo que resulta valioso para estudiar la recepción y circulación de los escritos de Darwin y Nietzsche en la Argentina.

(...) el “Estado” más antiguo apareció, en consecuencia, como una horrible tiranía, como una maquinaria trituradora y desconsiderada, y continuó trabajando de ese modo hasta que aquella materia bruta hecha de pueblo y de semianimal no sólo acabó por quedar bien amasada y maleable, sino por *tener* también una *forma*. (Nietzsche, 1997, 111).

Lo que esa maquinaria trituró y desconsideró fueron los instintos de libertad, que dejaron de ser liberados para pasar a ser incorporados creando esa interioridad a la que se denomina alma. Análogamente podemos pensar que la represión de los instintos sociales de libertad ha dado lugar a esa interioridad a la que llamamos nacionalidad. Instintos de la carne que fueron organizados en la lógica del cuerpo. Pero que limpiando y cepillando, genealógicamente, podemos verlos liberarse, muy de a poco, por pequeñas hendijas, que nos permiten asomarnos a esas luchas vitales como la de los anarquistas, y nos permiten también, cada tanto, producir conocimientos liberadores. Pero sólo por un instante, el previo al aprendizaje y la repetición.

En la revista *Archivos* también hay hendijas por las cuales cada tanto, de volumen en volumen, se filtran otras lógicas. Tal es el caso del artículo de Palante titulado “El 'Dilettantismo' social y la filosofía del 'Superhombre’” publicado en 1904⁵⁴ en el año III de la revista. Allí el autor se ocupa de analizar dos actitudes del individuo frente a la sociedad: el dogmatismo social y el nihilismo social posición a la que pertenecen tanto el dilettantismo social como la filosofía del superhombre. Comienza por preguntarse (coincidentalmente con las inquietudes que mueven esta investigación) qué concepción de vida y de sociedad están presentes en estas dos grandes posiciones.

Palante considera que el dogmatismo social atribuye a la sociedad una existencia anterior y superior a los individuos, un valor objetivo y absoluto. Una de sus características es el realismo social que supone la existencia de leyes propias de la sociedad diferentes a las que rigen a los individuos. Esta sociedad “gravita sobre las existencias individuales como un poder misterioso y fatal, como una especie de Divinidad.” (Palante, 1904, 625). Al realismo social se agrega un optimismo social que consiste en una especie de divinización de la sociedad afirmando una bondad trascendente y una providencial armonía por debajo de los antagonismos considerados de superficie. En unos cuantos artículos de los que hemos dado cuenta más arriba, ese

⁵⁴ Artículo publicado originalmente en francés en 1900 en la *Revue Philosophique*.

realismo social se manifiesta en términos positivistas en la confianza ciega en el progreso social. Se trate de un orden providencial o de una ley natural, el caso es que esa sociedad *a priori* de las relaciones entre individuos y exenta de los conflictos históricos “Ordenará al individuo inclinarse en todos los casos ante la autoridad social, cuando ella lo mande, puesto que las grandes obras sociales son el símbolo de una Idea moral superior, ante la cual deben desaparecer los intereses, los dolores y las quejas del individuo.” (Palante, 1904, 625).

En cambio caracteriza al nihilismo social como escepticismo y pesimismo social. La existencia y el derecho de la sociedad ya no son afirmados como superiores a los de los individuos. Lejos de un realismo ingenuo, la sociedad es considerada una abstracción.

La sociedad no existe; solamente existen los individuos. En lugar de esa mitología social que divinizaba la sociedad, nos encontramos en presencia de una concepción social monádica, que sólo ve individuos evolucionando según la ley de su egoísmo personal, lo que se llama sociedad es sólo el conjunto de relaciones creadas por el contacto, el choque o la combinación de las diversas individualidades. (Palante, 1904, 626).

Desde su posición como anarcoindividualista Palante se identifica con la idea de los nihilistas sociales que consideran que las relaciones sociales son opresivas y destructoras de la individualidad en tanto reducen a los individuos a los fines de las lógicas comunitarias imperantes: “Cuántas supersticiones, cuántas mentiras, conservadas a sabiendas en el cuerpo social para engañar al individuo y hacerle servir a los fines de la colectividad.” (Palante, 1904, 626).

Tanto el diletantismo social como la filosofía nietzscheana del superhombre se constituyen en protestas contra el dogmatismo y los optimismos sociales de toda especie: una lo hace en nombre del instinto de la belleza y la otra en nombre del instinto de grandeza. Palante sostiene que si se identifican el sentimiento de belleza y el sentimiento de la vida, se vería cuánto hay de “inestético” en los dogmatismos sociales engendrados por ese espíritu lógico al que Nietzsche llama “espíritu de gravedad”, en las definiciones dogmáticas de lo que es y debe ser una sociedad, en esas morales, en esas pedagogías que califica de pedantes y estrechas.

Lo que pretendíamos buscar entre líneas en los artículos de *Archivos* lo encontramos, para nuestra sorpresa, publicado en palabras de Palante. La crítica a la

concepción de conocimiento que se está produciendo en la época y sus consecuencias para el orden de la vida está explícita, es contemporánea y convive en la misma publicación con las posiciones mecanicistas, estrechamente positivistas y propias de lo que el autor francés denomina dogmatismos sociales.

Insiste Palante sobre el desconocimiento que los dogmatismos sociales tienen respecto de la esencia misma de la vida, de la espontaneidad de las energías vitales cuya función no es solamente adaptarse a cierto medio, sino ser fuerzas autónomas creadoras por sí mismas de la vida y la acción. “El Dilettantismo social es una legítima reacción contra esta falta de comprensión de la Vida. Procura encontrar, bajo los formalismos pedantes, la espontaneidad y el movimiento de la vida.” (Palante, 1904, 627). El dilettante ve al mundo como una farsa y goza de esa apariencia sin dar más importancia que la que merece. El dogmatista social tiene una implacable seriedad y solemnidad, “el dilettantista social es un ironista, un ‘hombre que ríe’, según lo quiere Nietzsche.” (Palante, 1904, 628).

Este instinto de belleza del dilettantismo social es articulado por Palante con el instinto de grandeza de Nietzsche. Ambos instintos constituyen dinámicamente al individualismo, el dilettantismo es la fase pasiva, la filosofía del superhombre, la fase activa. Entonces, mientras que el dilettantismo se convierte en “una glorificación de la vida, de la individualidad libre y poderosa.” (Palante, 1904, 630-631), la filosofía del superhombre nietzscheana es un *egotismo intensivo*, una glorificación de la fuerza humana, del “yo libre lanzándose con incontrastable energía hacia horizontes ilimitados de vida, de poder y de alegría.” (Palante, 1904, 629). Al mismo tiempo, ambos instintos se presentan como protesta contra la lógica abstracta de las morales dogmáticas que pretenden subordinar la evolución social ética a una finalidad inteligible definida según leyes dadas como la del progreso y la adaptabilidad, mientras que las morales instintivas “sostienen que la evolución no tiene objeto, o más bien que ella es el objeto y el placer de sí misma.” (Palante, 1904, 631).

Aparece en este artículo de Palante la experiencia de la vida, esa que ha sido destruida por la producción de conocimientos científicos de carácter mecanicista y transformada en “vida como adaptación”. El conocimiento científico al proceder desde una lógica analítica divide el fenómeno a investigar provocando el vacío, como nos lo

recuerda Canguilhem cuando indica que el significado etimológico de *dividir* es hacer el vacío. De esta manera, el artículo de Palante en medio de la revista *Archivos* provoca una *visión epistemológica* de un instante, irrumpe con su crítica a las concepciones científicas de sociedad que circulan con mayor intensidad en la época, y libera las fuerzas vitales que hacen posible otro conocimiento.

Para vivir no es necesario extasiarse con la contemplación del mundo, es necesario sobrepasar ese mundo, sobrepasarse a sí mismo, es necesario lanzarse hacia la vida con un subjetivismo exaltado, que no se limite a negar el ambiente por medio de la ironía y del diletantismo, pero que lo rompa -en el hecho- como cosa ya muerta. (Palante, 1904, 630).

Así como en el capítulo 8 vimos las revueltas anarquistas como acciones que suspenden el tiempo y el espacio continuo y establecido provocando heterotopías y heterocronías discontinuas y fugaces, de la misma manera podemos ver este artículo de Palante, como una especie de revuelta intelectual que suspende por un instante la lógica de *Archivos* que presenta continuidades pero que al mismo tiempo evidencia las fisuras, los intersticios, los territorios en los que se libran las batallas sobre la vida y el conocimiento, sobre la ciencia como emancipación de las fuerzas vitales o control de las patologías sociales.

En la dirección de una concepción del conocimiento como control social y retomando la concepción nietzscheana de Estado como maquinaria de clausura del cuerpo y de producción de esa interioridad del cuerpo social que denominamos nacionalidad (recordemos que Zuccarini define a la nacionalidad como aquello común en el marco de las diferencias, como la esencia común que no está afectada por las contingencias), también podemos ver que el proceso de modernización del Estado que se está produciendo en la Argentina de principios de siglo XX, es una reorganización de las estrategias de guerra contra los viejos instintos libertarios en tanto se manifiestan como señales de la potencia vital que no puede ser administrada como mera adaptación, ni medida con los modernos instrumentos biométricos, ni encausada en el novísimo sistema de obras sanitarias. Nuevas estrategias bélicas que se descargan con el poder de las normas sustentadas en el saber científico.

Esta reorganización estatal ejerció su dominio de normas y ciencias, fagocitando, introyectando, interiorizando, incorporando a las fuerzas que les resultaron hostiles. En

este sentido, afirmamos que tanto la nación como el conocimiento científico que emergió en el proceso de conformación de la misma, conllevan en su fibra íntima, las fuerzas contra las cuales lucharon. Como dice Gilimón, “Ocurrió lo que ocurre en toda lucha; que tanto el vencedor como el vencido se modifican, toman algo del contrario y le imponen parte de su característica principal.” (Gilimón, 2011, 44).

El proceso que acompaña a la organización de la nación es un proceso de mecanización de la vida a través de una producción de conocimientos científicos que reduce la vida a mera adaptación y que pone a disposición de la maquinaria capitalista la vida alienada, convertida ahora en cuerpos (que también sufre la reducción de cuerpo viviente a cuerpo social) para su utilización técnica.

Siguiendo la distinción realizada por Canguilhem en *El conocimiento de la vida* (Capítulo 3), podemos decir que tomar a la biología como modelo de ciencia, en el contexto de la tensión epistemológica entre organismos vivientes y materia inerte, es optar por la vida. Pero cuando los criterios teóricos, lógicos y metodológicos son mecanicistas, esto es, cuando se concibe al viviente como una máquina y a la vida como una función de adaptación, estamos asistiendo al triunfo de la materia inerte y su inmovilidad sobre la vida. Esta última es la concepción de ciencia de la vida que prima en el positivismo argentino de principios del siglo XX, a pesar de esas hendijas por las que se cuela la fuerza vital del pensamiento nietzscheano a través de la pluma nihilista de Palante, las críticas de Ojeda y de Becú o el escepticismo de Sicardi. De esta manera, la mecanización de la vida implica un modelo del cuerpo viviente, tanto animal como humano, que puede ser medido como lo hace la antropometría, clasificado por la psicopatología, domesticado por la eugenesia y el higienismo, adaptado por la sociología, la psiquiatría y la criminología.

Desde una concepción de vida como mecanismo de adaptación de los vivientes al medio como característica que constituye la lógica del cuerpo social que asimila o expulsa según la conveniencia del propio cuerpo, observamos que el movimiento anarquista fue expulsado desde un mecanismo jurídico sustentado científicamente como fueron las leyes de excepción, pero, de acuerdo con la perspectiva teórica que hemos sistematizado para esta investigación y según lo trabajado en el capítulo 4.3 sobre la concepción de carne en Merleau-Ponty, la dinámica social no se nos presenta desde la

lógica de asimilación/expulsión. Si la carne es entendida como el tejido que relaciona existencia y mundo constituyendo un punto de tangencia entre la espacialidad de la carne y la dimensión temporal de la existencia, es decir, si se trata de un *nexus* entre espacio y tiempo, plural y múltiple (ese tiempo que es espacio y ese mismo espacio que es tiempo) y por lo tanto ajeno a cualquier clase de organización unitaria, a cualquier tipo de configuración política, nos preguntamos: ¿podríamos pensar el anarquismo como el tejido que relaciona existencia y mundo; discurso científico y realidad? Es decir, pensar el anarquismo como ese *nexus* que garantiza la tensión de la lucha en la constitución del discurso científico, en tanto este discurso pretende decir la realidad. Dicho de otro modo, el discurso científico se configura gracias a la resistencia de la carne que funciona como ese tejido sobre el cual se construye el mundo social y se establece que es y que no es real.

Conclusiones:

Tres son los niveles de conclusiones de esta experiencia de investigación que cierra como tesis de doctorado: lo que la tesis procuró mostrar; lo que la tesis aporta en cuanto a los procedimientos de la investigación; lo que desbordó propósitos y procedimientos programados.

En el primer nivel de las conclusiones se encuentra el resultado de lo esperado en el plan de la investigación: hacer visibles las condiciones históricas de producción de conocimientos científicos sociales en la Argentina de principios del siglo XX atendiendo a una de las tensiones que forman parte del complejo de conflictos de la época, aquella que se desencadena entre la preocupación del movimiento positivista por producir un conocimiento sobre las problemáticas sociales del momento en el marco del proyecto que busca organizar el espacio social en vistas de la organización de la nación y la resistencia a ese orden identificada en esta ocasión con las acciones del movimiento anarquista, tal como aparecen manifiestos en el conocimiento científico que colma las páginas de *Archivos de Psiquiatría y Criminología* durante los años que van de su primer número en 1902 hasta 1910. Otro nivel de la conclusión es la que se desprende del trabajo de explicitación de los supuestos teóricos de la investigación y de la construcción de categorías teórico-metodológica para abordar el objeto de estudio circunscripto, dando lugar a una mirada epistemológica singular: a una *visión epistemológica* con sus procedimientos metodológicos propios. Y el tercer nivel resultante de este trabajo de investigación es el de la particular vitalidad de la investigación que resistió a la estandarización y al cierre conceptual requiriendo una revisión permanente de cada uno de los pasos a seguir, mostrando al mismo tiempo un cúmulo de nuevas inquietudes y multiplicidad de direcciones a recorrer.

Luego de haber producido el marco teórico metodológico para abordar la trama histórico-epistemológica desde la que se produce el conocimiento científico publicado en los artículos de la revista *Archivos* durante el periodo indicado, hemos podido mostrar una íntima vinculación entre los intereses científicos y las preocupaciones políticas de

aquellos años. No se trata de una conexión dada entre las dimensiones científicas y políticas sino de una trama en la que ambas dimensiones se conforman.

En los capítulos de la primera parte no sólo nos posicionamos epistemológicamente sino que establecimos un *topos* a partir del cual realizar ampliaciones categoriales y expansiones metodológicas inspiradas en los movimientos pictóricos de Bacon. Así, *limpiando* y *cepillando* llegamos a dos categorías que nos permitieron comenzar a pensar las tensiones que buscamos: *cuerpo* y *carne*. Al mismo tiempo estas categorías exigen un modo particular de abordaje, una sensibilización de la mirada epistemológica para poder percibir las particularidades de la trama que nos interesa observar y esas particularidades son del orden de la discontinuidad, de la contingencia, de la ruptura. En Bachelard encontramos la preocupación por sensibilizar la mirada epistemológica y la agudizamos recurriendo a la lógica de la sensación trabajada por Deleuze.

En cuanto al posicionamiento epistemológico tomamos de los filósofos franceses el compromiso por vigilar las propias condiciones de producción del conocimiento, desde los supuestos teóricos hasta los procedimientos metodológicos. A su vez, este posicionamiento exige un compromiso con las inquietudes del presente: la *historia epistemológica de las ciencias* interroga al pasado desde el presente. Sólo buscamos un instante en la historia de nuestras ciencias sociales para poder mostrar (apropiándonos de la inquietud que atraviesa la obra de Canguilhem) la historia *en* la ciencia, los conflictos de un cierto momento histórico atravesando y constituyendo al conocimiento científico.

Para precisar el objeto de estudio tuvimos que seguir expandiendo las estrategias a nuevas categorías que resultaran afines a la sensibilización epistemológica. Así el instante bachelardeano apareció con todo su potencial metodológico, y articulado con la noción de revuelta de Jesi nos permitió una dirección de la mirada hacia un momento de ruptura de los órdenes espaciales y temporales que estructuran las lógicas políticas de las prácticas y saberes de una comunidad. La noción de instante también nos permite entender los años que van desde 1902 a 1910 como un instante en la historia argentina y no como un proceso histórico, un complejo de conflictos al que observamos como un entramado sincrónico.

Otro eje a partir del cual realizamos ampliaciones es el de la preocupación nietzscheana por hacer una historia para la vida, de producir un conocimiento que sea liberador de fuerzas vitales y no conceptualizador de esas fuerzas. Inquietud que también está presente en las indagaciones de Canguilhem sobre el conocimiento de la vida en las que distingue entre el conocimiento analítico que destruye la experiencia de la vida, y el conocimiento como visión que pretende captar la experiencia de la vida. La *visión* es fugaz, es del orden de la discontinuidad, de la ruptura, del instante. Es así como aparece una nueva categoría que funciona como estrategia metodológica al cruzar las lecturas de Bachelard y Canguilhem: *visión de un instante*.

La *visión de un instante* nos permite observar tensiones, no procesos, ni objetos, ni sujetos, sino el carácter tónico del *entre*. De esta manera comienzan a hacerse visibles los fondos, los intersticios, los ruidos teóricos, los márgenes. La tensión que elegimos estudiar es la que se da *entre* los criterios de orden del cuerpo y las resistencias de la carne. El orden del cuerpo supone un funcionamiento orgánico en el que cada uno de sus miembros es funcional a la conservación del cuerpo, mientras que la carne representa tanto lo que no es funcional como lo que entorpece el normal funcionamiento del organismo y como tal debe ser expulsado o asimilado (los extranjeros son expulsados y el criollo es asimilado). Entonces la carne es entendida como lo inorgánico, lo que escapa al orden del cuerpo.

El orden orgánico está presente, en este instante de la historia de las ciencias argentinas en las nociones de cuerpo social y en el proyecto de modernización de la nación que los científicos y políticos positivistas argentinos están llevando adelante. La resistencia inorgánica, la que escapa al orden del cuerpo social tiene múltiples presencias que han sido reducidas por el discurso positivista a la noción de *cuestión social*. De ese complejo de problemáticas sociales aquí focalizamos en ciertas prácticas del movimiento anarquista, las que han sido categorizadas por el discurso científico como patologías sociales tal como nos lo muestran los artículos que hemos seleccionado de la revista *Archivos*.

Los criterios de orden del cuerpo social están explicitados, fundamentados y desarrollados en el conocimiento científico que se ocupa de las problemáticas sociales. Los artículos científicos consultados expresan claras inquietudes políticas y los sectores

dirigentes de la época se sirven de la retórica científica para fortalecer los argumentos que les permiten legislar en función de su proyecto de nación. Así lo vimos en el reticulado epistémico de disciplinas científicas que se ocupan de las problemáticas sociales articulando unas con otras sobre la base de los diagnósticos científicos sobre los desórdenes sociales. Como así también en las particularidades que presentan los científicos positivistas argentinos respecto de los europeos, al dar mayor importancia a la influencia del medio en las conductas criminales en detrimento de los factores hereditarios. De esta manera relativizan el determinismo de la línea lombrosiana incorporando la variable del medio y de la educación en la constitución de los criminales y alienados y abren la puerta a soluciones de orden médico-político: reforma laboral, sanitaria, educativa y productiva.

En los recorridos cartográficos realizado sobre la red epistémica de la época, vemos que se está iniciando un proceso de emergencia de las ciencias sociales, pero este es incipiente y con ciertas particularidades que conviene aclarar. Podemos observar que durante esos años hay una profundización y ampliación de las ciencias naturales dirigidas a la producción de conocimientos sobre las problemáticas sociales. Estrictamente se trata de una ampliación del objeto de estudio de la ciencia biológica. Esta ampliación implica que los problemas sociales se convierten en asuntos de la biología, dando lugar al surgimiento de nuevas subdisciplinas biológicas como la psicología, la sociología y la criminología. Disciplinas que posteriormente cobrarán independencia y autonomía convirtiéndose en ciencias sociales. En ese tránsito de la biología al surgimiento de subdisciplinas que se ocupan científicamente de las problemáticas sociales, encontramos elementos disciplinares y epistemológicos significativos para dar cuenta de esa transición como son la eugenesia y el higienismo. Volvemos a destacar que las mutaciones que están operando en el campo científico se producen en diálogos constantes y encendidos con la realidad política del momento.

Por un lado hemos mostrado la vinculación y articulación entre científicos y políticos en torno de un mismo proyecto. Pero hay un nivel de la trama epistemológica de las ciencias de la época que no aparece de manera tan clara y es el de las tensiones a las que accedimos a través de la *visión de un instante entre el orden del cuerpo y la resistencia de la carne*. Los criterios de orden del cuerpo, como ya dijimos, son los que

aparecen explícitos en los discursos de la época, pero lo que suele quedar en las sombras son los fenómenos de la carne, los que resisten a los criterios de orden.

Las prácticas inorgánicas de la carne están veladas tras las nociones que el poder científico de la época identifica para categorizar y clasificar. La carne entendida como cuerpo sin órganos nos permite pensar en diversos fenómenos culturales como una presencia temporal y provisional respecto de la organización del cuerpo social tales como el fenómeno del tango en los bajo fondos, las estrategias de supervivencia económica como el nomadismo o la presencia ácrata en la organización de protestas sociales como las huelgas, sólo por indicar algunos de los fenómenos que hemos referido en este trabajo. Cada una de estas expresiones de una organicidad temporal y provisional es reducida desde la mirada positivista a meras acciones violentas (delitos, contravenciones, mala vida) contra la pretensión de un cuerpo social definido y establecido por las leyes orgánicas de la nación e introducido en un tiempo lineal y progresivo.

Uno de los registros de esa resistencia al orden del cuerpo social fueron las huelgas anarquistas, *revueltas de la carne*, acontecimientos históricos que interrumpen la lógica espacial y temporal que se pretende imprimir a la sociedad argentina de principios del siglo XX, provocando la reacción del *cuerpo social* a través de la potencia expulsora de las leyes excepcionales de represión articuladas con los fundamentos científicos reduciendo toda posibilidad de contingencias y multiplicidades.

El fundamento científico de las leyes de excepción para expulsar al extranjero (sobre todo por su condición de ajenidad respecto de la organicidad del cuerpo social) está en otras leyes, esta vez naturales, que pueblan el discurso científico positivista: la ley del progreso y la ley de adaptabilidad. Estas leyes sociales dadas por naturaleza, explican cualquier elemento que sea percibido como disruptivo o amenazante como un momento más del despliegue biológico de la sociedad. Lo que desprevenidamente se percibe como caos, será reordenado, normalizado por los propios mecanismos de reorganización de la sociedad, manifiesta en la legislación propuesta desde un socialismo científico. Así se silencian las luchas conceptualizándolas como “lucha por la vida” y subordinándolas a la ley de adaptabilidad. Adaptación y leyes de excepción son funcionales para garantizar el progreso social, no sólo adaptando, sino subsumiendo y

asimilando elementos disruptivos y múltiples y expulsando cuando la asimilación no resulta posible.

La tensión de fondo que nos permite hablar de la lucha *entre* las lógicas del cuerpo y las resistencias de la carne, del *entre* la ciencia y la política, es *entre* la ciencia y la vida: *entre* la dimensión de la vida, entendida como forma y poder del viviente que se expresa como resistencia, multiplicidad de maneras de vivir, que se manifiesta políticamente en revueltas discontinuas y diversas; y la dimensión antagónica que podemos observar en expresiones y acciones con un fuerte carácter formal, con pretensiones continuistas y que se expresan en el conocimiento científico positivista estandarizado (aunque no de manera homogénea como hemos constatado en *Archivos*).

La problematización de las concepciones de vida en las ciencias de la vida trabajadas por Canguilhem provocó nuevas inquietudes tales como qué están diciendo los científicos argentinos cuando hablan de la *sociedad como un organismo vivo*. Para ello investigamos las concepciones de vida que están presentes en el conocimiento científico sobre lo social que suponen también concepciones de sociedad y de conocimiento sobre la sociedad.

El sentido de organización está presente en la concepción de organismo vivo, de cuerpo humano, y en las concepciones de sociedad y de país que recurren a la metáfora de lo orgánico. Estas nociones en juego han dado lugar a afirmar que hay una concepción organicista en los científicos y políticos argentinos positivistas de entre siglos en la Argentina, sin embargo, luego de haber estudiado las diferencias que Canguilhem señala respecto de las posiciones mecanicistas y vitalistas en la historia de las ciencias de la vida, encontramos elementos que nos permiten poner en cuestión ese carácter organicista de la ciencia positivista argentina del periodo investigado. En la noción de organismo que circula en la época subyace una concepción mecanicista de la vida, de los cuerpos y de la nación. Por lo tanto, cuando se entiende a la sociedad como un organismo vivo, ese organismo vivo a su vez es considerado semejante a una máquina que como tal no tiene la capacidad de autoproducirse, autoregularse ni autorrepararse, sino que requiere de una inteligencia exterior a la máquina, que en el caso argentino lo constituye la elite de científicos y políticos que creen tener la capacidad de producir el conocimiento para fundamentar las acciones políticas

necesarias para el normal y óptimo funcionamiento de la maquinaria social descubriendo las leyes que gobiernan su natural desenvolvimiento.

Entonces, por un lado tenemos un cúmulo de artículos científicos, a los que cómodamente podemos categorizar como positivistas incluso teniendo en cuenta la heterogeneidad de esta corriente en la Argentina. En estos artículos, que constituyen la mayor parte de *Archivos*, el conocimiento científico sirve al control social, es funcional a los mecanismos de clausura del cuerpo propios del Estado produciendo un conocimiento para la identificación, adaptación o expulsión de los instintos libertarios aunque su naturaleza inorgánica y sus fugas filtran en cada revuelta (en las calles o en la pluma de los intelectuales) la potencia vital que no puede ser administrada como mera adaptación.

Esta reorganización estatal ejerció su dominio de normas y ciencias, *incorporando* a las fuerzas que les resultaron hostiles. En este sentido, afirmamos que tanto la nación como el conocimiento científico que emergió en el proceso de conformación de la misma, conllevan en su fibra íntima, las fuerzas contra las cuales lucharon.

Se trata de una forma de mirada histórica que hace foco y se constituye en las tensiones, haciendo evidente que las posiciones que aparentemente han triunfado, en el sentido de haberse convertido en la voz oficial y visible, no son necesariamente las que han vencido o eliminado a las posiciones opuestas, sino que se han constituido como resultado de esa lucha.

El segundo nivel de conclusiones es del orden de los aportes teórico-metodológicos que la tesis ofrece. Se trata de la elaboración de una mirada epistemológica singular resultado de la necesidad de elaborar categorías teórico-metodológicas para hacer visibles las tensiones que entran la producción de conocimientos científicos. En el proceso de perfilar las categorías comenzamos una búsqueda a través de diferentes propuestas teóricas y epistemológicas, de las que tomamos lógicas, nociones, modos de preguntar, modos de ver, modos de deconstruir y de construir procedimientos de investigación. Esa búsqueda dio por resultado un modo de mirar epistemológico, una *visión epistemológica*, provocado por las inquietudes que supone el propio objeto de investigación: cómo hacer visibles las tensiones de orden histórico que hacen posible el conocimiento científico; y cuáles son las concepciones de

conocimiento, de vida y de sociedad que están supuestas en la producción científica de la época.

De esta manera se fue perfilando la posibilidad de poder captar algo que es del orden de la experiencia de la vida. Ese acceso a dicha experiencia supone otra tensión, en esta ocasión una tensión en el acto mismo de conocer de esta investigación. Dicho de otra manera, en la búsqueda de una tensión en el objeto de estudio se evidenció una tensión en el proceso mismo del conocimiento del objeto dando lugar a nuevos interrogantes sobre este proceso: cómo captar un fenómeno del orden de la experiencia vital en la configuración del conocimiento científico; desde qué categorías y procedimientos.

No buscamos regularidades ni acontecimientos relevantes, sino aquellos instantes que nos permiten tener una visión de lo efímero de la vida, de lo invisible de la carne. Por esto miramos intersticios en la medida en que podemos generar la posibilidad de ver al tiempo que se nos escapa aquello que no busca ser visto como ocurre detrás de la categoría de *cuestión social*, la resistencia del movimiento anarquista desde la lógica de la vida, desde el (des) orden de la carne.

Así llegamos al tercer nivel de las conclusiones, el de la vitalidad de la investigación. Centrarnos en la dimensión vital de la producción de conocimientos no sólo para asistir a la liberación de fuerzas que se produjo en un momento determinado de la historia de las ciencias sociales en nuestro país, sino también para provocar una nueva liberación de fuerzas en esta ampliación epistemológica que aquí intentamos. Se trata de dar lugar a una voluntad epistemológica de *querer más vida*, parafraseando a Nietzsche. Una epistemología liberadora de fuerzas que en su faceta de historia de las ciencias busca recuperar las fuerzas vitales de las revueltas y luchas en las que se entramaron y produjeron conocimientos científicos sociales en el lugar y tiempo elegidos para esta investigación.

¿Qué significa decir que se trata de una historia que no sólo se ocupa de las tensiones sino que se constituye en ellas? Que la historia debe procurar no provocar la clausura de la vida, no cerrar los acontecimientos, no simplificar y reducir los movimientos políticos de una sociedad. Cuando el conocimiento histórico se convierte

sólo en un fenómeno cognoscitivo se vuelve algo muerto, el poder de la historia queda reducido a conceptos impotentes (Cfr. Nietzsche, 2003).

Buscamos en esta investigación poder producir una capacidad perceptiva en la historia de las ciencias que garantice la vitalidad de lo estudiado, con las contradicciones y conflictos que esta posición epistemológica conlleva. La sobresaturación de conocimientos históricos a los que se refiere Nietzsche convierte la historia de una comunidad en la continuidad de un libro que da cuenta de la duración de un tiempo y la sucesión de espacios (Bachelard). Desde esta preocupación por las discontinuidades olvidadas recorrimos esos primeros años del siglo XX, buscando trazos tal vez involuntarios, accidentales, libres, aleatorios, no representativos. Buscamos hacernos sensibles a las sensaciones de discontinuidad, de ruptura. Esos trazos los encontramos por ejemplo en el poema *La Huelga General* de Lopez Montenegro (1909), en aspectos de la cultura de bajos fondos, en el nomadismo laboral de los trabajadores, y fundamentalmente en las discusiones y las posiciones que generan ruidos epistemológicos sobre las concepciones de conocimientos científicos que circularon por *Archivos*.

Entonces, las ideas positivistas que están tan claramente presentes en los discursos de las leyes e instituciones que organizaron la Nación Argentina son el resultado de las luchas libradas con otras prácticas y otros discursos, entre los que podemos encontrar algunos de los fenómenos de la cultura anarquistas que hemos traído a nuestra investigación. La resistencia anarquista es una de las condiciones de posibilidad de la emergencia y configuración de las ciencias sociales en Argentina, porque con ese carácter de ruptura fortaleció la impronta del proyecto positivista. Se trata de las condiciones que ejercen la resistencia desde el instante presente, radicalizando la dimensión ontológica de la lucha a través de la revuelta como suspensión del tiempo histórico y por lo tanto de todo proyecto histórico y político.

Llegado el momento de suspensión de este proceso de investigación nos encontramos con la resistencia que ejercen una multiplicidad de inquietudes y posibles análisis que se agolpan ante el inminente momento del punto final. Claro que cada punto final es provisorio y relacional. Es final respecto de un cierto recorrido de estudios, y es

apertura para otros recorridos. Para dejar lugar a esa resistencia que persiste, nombramos sólo algunas de las posibilidades que se abren: la tensión entre las nociones de nacimientos y nación en este mismo periodo histórico; el lugar de la ciencia en el movimiento anarquista; la identidad nacional como un pliegue en el mundo estatal; el análisis de algunos textos (por ejemplo la obra pictórica de Juan Manuel Blanes, *Episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires*) leídos desde una lógica de la sensación; la recepción, circulación y lecturas del pensamiento nietzscheano entre anarquistas y positivistas argentinos, entre otros.

Si permitimos, a partir de la sensibilización de la mirada epistemológica y de la inquietud que remueve continuidades, asistir al instante naciente, al mismo tiempo estamos posibilitando la vivencia del instante creador, generando las condiciones para un recomenzar *en* otro instante que nos despierta del sueño de la duración y de la continuidad en el momento de mayor claridad, el de la vigilia, que nos permite iluminar escollos (no necesariamente encontrar hallazgos) en una nueva *visión epistemológica* que va tras la experiencia de un conocimiento para la vida en tensión constante con la fuerza conservadora del conocimiento objetivo.

... sólo puede estudiarse aquello que se ha soñado.

Gaston Bachelard

Bibliografía:

Fuentes primarias:

- AA. 1902. "Criminales y degenerados en la novela de Zola", Tomo I, Año I, pp. 622-681.
- AA. 1904. "Premio de la Academia de Medicina. Demostración al Dr. José Ingenieros". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Tomo III, Año III, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 724-751.
- Becú, Carlos. 1903. "La moral en la lucha por la vida". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, Tomo II, Año II, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 513-528.
- Biale Massé, Juan. 1904. "El estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo". En: Botana, N. y Gallo, E. 2007. *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires, Emecé Biblioteca del Pensamiento Argentino, pp. 411-416.
- Cortés, Luis. 1909. "Consideraciones sobre la huelga general", Buenos Aires, Ediciones Germen.
- De la Fuente, Diego G. 1899. "Introducción. Segundo Censo de la República Argentina". En: Botana, N. y Gallo, E. 2007. *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires, Emecé Biblioteca del Pensamiento Argentino, pp. 300-303.
- Dellepiane, Antonio. 1905. "El Dinamismo Social". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Tomo IV, Año IV, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 78-83.
- Del Valle Iberlucea, E. 1914. *Las leyes de excepción (De Residencia y de Defensa Social). Fundamentos del proyecto presentado al Senado Nacional por el senador socialista E. Del Valle de Iberlucea*. Buenos Aires, tip. "La Vanguardia".
- De Quirós, Bernardo. 1906. "La expansión libertaria". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, Tomo V, Año V, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 432-438.
- Gilimón, Eduardo. 2011. *Hechos y comentarios. Y otros escritos: el anarquismo en Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires, Terramar.
- Gómez, Eusebio. 1907. "La mala vida en Buenos Aires". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, Tomo VI, Año VI, pp. 431-442.
- -----, 1908. *La Mala Vida en Buenos Aires*. Buenos Aires, Editor: Juan Roldán.

- Groussac, Paul. 1896. "La paradoja de las ciencias sociales". En: Botana, N. y Gallo, E. 2007. *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires, Emecé Biblioteca del Pensamiento Argentino, pp. 289-291.
- -----, 1897. "Del Plata al Niágara". En: Botana, N. y Gallo, E. 2007. *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires, Emecé Biblioteca del Pensamiento Argentino, pp. 292-299.
- Ingenieros, José. 1902. "Las teorías de Lombroso ante la crítica". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Tomo I, Año I, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 334-338.
- -----, 1903. "La psicopatología en el arte. Agitadores y multitudes en *Hacia la justicia*". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Tomo II, Año II, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 27-41.
- -----, 1906. "Nueva clasificación de los delincuentes fundada en su psicopatología". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, Tomo V, Año V, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 30-39.
- -----, 1907. "INSTITUTO DE CRIMINOLOGÍA. Su fundación en la Penitenciaría Nacional". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, Tomo VI, Año VI, pp. 257-263.
- -----, 1918. *Sociología Argentina*. Buenos Aires, Ediciones L.J. Rosso.
- Maestre (Dr.) y Pérez (Dr.). 1907. "Autopsia del anarquista Mateo Morral, practicada el día 4 de junio de 1906, por los Doctores Alonso Martínez, Samaniego y Moreno Grau, Médicos Forenses del Cuerpo Consultivo de Madrid", en *Documentos, Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Tomo IV, Año IV, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 108-109.
- Martel, Julian. 1956. *La Bolsa*. Buenos Aires, W.M. Jackson.
- Moyano Gacitúa, Cornelio. 1905a. "La delincuencia argentina ante algunas cifras y teorías.". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Tomo IV, Año IV, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 162-181.
- -----, 1905b. "El delito ante la sociología". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Tomo IV, Año IV, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 429-447.
- Ojeda, J. 1902. "Las teorías del 'loco' Nietzsche juzgadas por Fouillée". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Tomo I, Año I, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 179-182.
- López Montenegro, José. 1909. "La Huelga General", Barcelona, Ediciones Germen.
- Palante, George. 1904. "El 'Dilettantismo Social' y la 'Filosofía del Superhombre'". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina*

- Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía.* Tomo III, Año III, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 624-633.
- Pescuti, Victor. 1902. "La característica de la criminalidad moderna". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía.* Tomo I, Año I, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 344-351.
 - Reinoso, Roberto (compilador). 1985. *La Vanguardia: selección de textos (1894-1955)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
 - Roca, Julio A. y González, Joaquín V.. 1904 "Proyecto de Ley Nacional de Trabajo", Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, Buenos Aires, 06/05/1904. En: Botana, N. y Gallo, E. 2007. *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires, Emecé Biblioteca del Pensamiento Argentino, pp. 418-428.
 - Rossi, José Gregorio (Comisario de investigaciones). 1903. "La criminalidad profesional en Buenos Aires". Tomo II, Año II, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 169-176.
 - Sicardi, Francisco. 1902. *Libro extraño. Tomo V Hacia la justicia*. Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma e Hijos. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/libro-extrano-tomo-v-hacia-la-justicia--0/>⁵⁵
 - -----, 1903. "La vida del delito y la prostitución". Tomo II, Año II, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 11-41
 - Varela, Luis V. 1902. "La medicina legal en el derecho". Tomo I, Año I, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 93-100
 - Veyga, Francisco de. 1905. "De la regeneración como ley opuesta a la degeneración mórbida". En: *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía.* Tomo IV, Año IV, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 31-44.
 - -----, 1906. "El espíritu y el alcance de la obre de Lombroso", *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, Tomo V, Año V, pp. 259-272.
 - -----, 1906. "Delito político. El anarquista Planas Virella. Que atentó contra la vida del Presidente de la República Doctor Manuel Quintana el 11 de agosto de 1905", *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, Tomo V, Año V, pp. 513-548.
 - Zuccarelli, Ángel (Italia). 1902. "Necesidad y medios de impedir la reproducción de los degenerados". Tomo I, Año I, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 227-234.
 - Zuccarini, Emilio. 1904. "Los exponentes psicológicos del carácter argentino. Evolución del gaucho atorrante", Tomo III, Año III, Buenos Aires, La Semana Médica, Imp. de Obras de E. Spinelli, pp. 179-196.

⁵⁵ Edición digital basada en la edición de Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1902. Obra cedida por la Biblioteca Nacional de la República Argentina. Digitalización realizada por Verónica Zumárraga

- *Índice General de Archivos de Psiquiatría y Criminología. Años 1902-1913.* Publicación bimestral. Fundada por el Dr. José Ingenieros. Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1914.
- *La Protesta humana digitalizada*, año V, 1901.
<http://digital.library.ucla.edu/newspaper/>. Fecha de consulta: 08/11/2014.

Fuentes secundarias:

- Agamben, Giorgio. 2004. *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia.* Trad. Silvio Mattoni. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- -----, 2009. *Profanaciones.* Trad. Flavia Costa y Edgardo Castro. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Archimbaud, Michel. 1999. *Francis Bacon. Entrevistas.* Trad. Lily Berni. Buenos Aires, Temas Grupo Editorial.
- Armus, Diego (editor). 2002. *Entre médicos y curanderos. Cultura, historia y enfermedad en América Latina.* Buenos Aires, Editorial Norma.
- Arpini, Adriana (compiladora). 2004. *Otros discursos. Estudios de Historia de las Ideas Latinoamericanas.* Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNCuyo.
- Bachelard, Gaston. 1938. *La psychanalyse du feu.* Paris, Gallimard.
- -----, 1973. *Psicoanálisis del fuego.* Buenos Aires, Schapire Editor.
- -----, 1978. *El agua y los sueños.* México, Fondo de Cultura Económica.
- -----, 1989. *Epistemología.* Trad. Elena Posa. Barcelona, Anagrama
- -----, 1993. *La filosofía del no.* Trad. Noemí Fiorito de Labruno. Buenos Aires, Amorrortu.
- -----, 1994. *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo.* Trad. José Babini. México, Siglo XXI.
- -----, 1999. *La intuición del instante.* Trad. Jorge Ferreiro. México, Fondo de Cultura Económica.
- -----, 2001. *El compromiso racionalista.* Trad. Hugo Beccacece. México, Siglo XXI.
- -----, 2004. *Estudios.* Trad. Irene Agoff. Buenos Aires, Amorrortu.
- -----, 2006. *El aire y los sueños.* Trad. Ernestina de Champourcin. México, Fondo de Cultura Económica.
- -----, 2011. *La tierra y los ensueños de la voluntad.* Trad. Beatriz Murillo Rosas. México, Fondo de Cultura Económica.
- Badiou, Alain. 2009. *Pequeño panteón portátil.* Trad. Mariana Saúl. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bayer, Osvaldo. 2013. *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos.* Buenos Aires, Booket.
- Bergson, Henri. 1977. *Henri Bergson: Memoria y vida* (Textos escogidos por Gilles Deleuze). Trad. Mauro Armiño, Madrid, Alianza Editorial.
- -----, 1985. *La evolución creadora.* Trad. María Luisa Pérez Torres, Barcelona, Planeta-Agostini.
- -----, 2013. *El pensamiento y lo viviente.* Trad. Pablo Ires, Buenos Aires, Cactus.

- Biagini, Hugo (compilador). 1985. *Movimiento positivista argentino*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel. 2007. *De la República posible a la República verdadera (1880-1910) 3*. Buenos Aires, Emecé Editores.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude. 2002. *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Caimari, Lila. 2009. *La ciudad del crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- -----, 2012. *Apenas un delincuente: crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Canguilhem, George. 1976. *El conocimiento de la vida*. Trad. Felipe Cid. Barcelona, Anagrama.
- -----, 2005. *Lo normal y lo patológico*. Trad. Ricardo Potschart. México, Siglo XXI.
- -----, 2005. *Ideología y racionalidad en la Historia de la Ciencia*. Trad. Irene Agoff. Buenos Aires, Amorrortu.
- -----, 2009. *Estudios de historia y filosofía de las ciencias*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires, Amorrortu.
- Cecchetto, Sergio. 2008. *La Biología contra la Democracia. Eugenesia, herencia y prejuicio en Argentina, 1880-1940*. Mar del Plata, EUEM.
- Costanzo, Gabriela. 2009. *Los indeseables. Las Leyes de Residencia y Defensa Social*. Buenos Aires, Madreselva.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix. 1993. *¿Qué es la filosofía?*. Trad. Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama.
- -----, 1994. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Trad. José Vázquez Pérez, México, Pre-textos.
- Deleuze, Gilles. 2009. *Francis Bacon. Lógica de la sensación*. Trad. Isidro Herrera. Madrid, Arena Libros.
- Díaz, Esther. 2001. *Buenos Aires. Una mirada filosófica*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- -----, 2005. "Las imprecisas fronteras entre vida y conocimiento.", en: *Perspectivas Metodológicas*, N°5, UNLa, pp 81-84.
- -----, 2007. *Entre la tecnociencia y el deseo. La construcción de una epistemología ampliada*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- ----- (editora). 2012. *El poder y la vida. Modulaciones epistemológicas*. Buenos Aires, Editorial Biblos – Ediciones UNLa.
- ----- (editora). 2014. *Gilles Deleuze y la ciencia: modulaciones epistemológicas II*. Buenos Aires, Editorial Biblos – Ediciones UNLa.
- Esposito, Roberto. 2006. *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Trad. Carlos R. Molinari Marotto. Buenos Aires, Amorrortu.
- Ferrer, Christian. 1998. *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. La Plata, Editorial Altamira.
- Ferro, Gabo. 2010. *Degenerados, anormales y delincuentes*. Buenos Aires, Marea.
- Foucault, Michel. 1979. *Microfísica del poder*. Trad. Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría, Madrid, La Piqueta.
- -----, 1989. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Trad. Aurelio Garzón del Camino, Buenos Aires, Siglo XXI.

- -----, 2000. *Defender la sociedad*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- -----, 2002. *La arqueología del saber*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. Buenos Aires, Siglo XXI.
- -----, 2010. *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Trad. Victor Goldstein. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- -----, 2012. *El poder, una bestia magnífica*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gabriele, Alejandra. 2008. *El uso de inferencias analógicas en el discurso médico-psiquiátrico-criminológico de José Ingenieros*. Tesis de Maestría en Metodología de la Investigación Científica. UNLa.
- Geymonat, Ludovico. 2006. *Historia de la Filosofía y de la Ciencia*. Trad. Juana Bignozzi y Pedro Roqué Ferrer, Barcelona, Crítica.
- Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (compiladores). 2009. *Ensayos de biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires, Paidós.
- Goldar, Ernesto. 1971. *La "mala vida"*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- González, Horacio. 2002. *Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina*. Buenos Aires, Colihue.
- Halperín Donghi, Tulio. 2007. *Historia contemporánea de América Latina*. Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Jesi, Furio. 2014. *Spartakus. Simbología de la revuelta*. Trad. María Teresa D' Meza. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.
- Kant, Immanuel. 1993. *Crítica del juicio*. Trad. José Rovira Armengol. Buenos Aires, Losada.
- Koyré, Alexandre. 2007. *Estudios de historia del pensamiento científico*. Trad. Encarnación Pérez Sedeño y Eduardo Bustos, México, Siglo XXI.
- Le Blanc, Guillaume. 2004. *Canguilhem y las normas*. Trad. Elena Marengo. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Lecourt, Dominique. 1987. *Para una crítica de la epistemología*. Trad. Marta Rojzman. México, Siglo XXI.
- -----, 2009. *George Canguilhem*. Trad. Viviana Ackerman. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Macherey, Pierre. 2011. *De Canguilhem a Foucault: la fuerza de las normas*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires, Amorrortu.
- Mailhe, Alejandra. 2014. "Un archivo de Archivos. Un latinoamericanismo eurocéntrico en psiquiatría y criminología del principios del XX". En: *Varia Historia*, Belo Horizonte, vol. 30, nº 54, p.655-678, set/dez. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=384434847009>. 03/05/2016.
- Malosetti Costa, Laura. 1999. "III Las artes plásticas entre el ochenta y el centenario", en: *Nueva Historia Argentina. Arte, sociedad y política*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Marí, Enrique E. 1993. *Papeles de filosofía (... para arrojar al alba)*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Merleau Ponty, Maurice. 1984. *Fenomenología de la percepción*. Trad. Jem Cabanes. Barcelona, Planeta Agostini.

- -----, 2010. *Lo visible y lo invisible*. Trad. Estela Consigli y Bernard Capdevielle. Buenos Aires, Nueva Visión.
- -----, 2013. *El ojo y el espíritu*. Trad. Alejandro del Río Herrmann. Madrid, Trotta.
- Miranda, Marisa y Girón Sierra, Álvaro (coordinadores). 2009. *Cuerpo, biopolítica y control social: América Latina y Europa en los Siglos XIX y XX*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Nietzsche, Friedrich. 1987. "Sobre verdad y mentira en sentido extramoral", en: *Discurso y Realidad*, Vol. II, Trad. Lucía Piosek, San Miguel de Tucumán.
- -----, 1997. *Genealogía de la moral*. Trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial.
- -----, 2003. *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*. Trad. Germán Cano, 2da. Edición, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Olalla, Marcos. 2015. "Representar al subalterno. El gaucho-presidiario en las crónicas de Alberto Ghirardo", en: Arpini, Adriana. *El humanismo, los humanismos. Ideas y prácticas revisadas desde Nuestra América*. Mendoza, EDIUNC, pp. 245-250.
- Páez, Jorge. 1970. *El Conventillo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Richards, Vernon (compilador). 2007. *Malatesta: pensamiento y acción revolucionarios*. Buenos Aires, Tupac Ediciones.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. 2008. *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- Rossi, Lucía. 2008. "Redes discursivas, políticas e institucionales en las publicaciones periódicas en Argentina (1902-1962). Su influencia en la conformación del discurso psicológico.", en: *Anuario de investigaciones*, volumen XV, Facultad de Psicología - UBA / Secretaría de Investigaciones, pp. 161-168.
- Santiago Guervós de, Luis Enrique. "Introducción: El poder de la palabra: Nietzsche y la retórica.", en: Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre retórica*. Madrid, Trotta.
- Salessi, Jorge. 1995. *Médicos, maricas y maleantes*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Soler, Ricaurte. 1968. *El positivismo argentino*. Buenos Aires, Paidós.
- Suriano, Juan. 2008. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*. Buenos Aires, Manantial.
- Tarcus, Horacio. 2007. *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina.
- Terán, Oscar. 1986a. *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires, Catálogos Editora.
- -----, 1986b. *José Ingenieros: pensar la Nación*. Buenos Aires, Alianza Bolsillo.
- -----, 1987. *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires, Puntosur editores.
- -----, 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- -----, 2008. *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Valery, Paul. 1956. *Variedad I*. Trad. Aurora Bernández y Jorge Zalamea. Buenos Aires, Losada.
- Vallone, Silvana. 2009. *Los peligros del orden. El discurso positivista en la trama del control social*. Mendoza, EDIUNC.

- Varela, Gustavo. 2010. *Tango. Una pasión ilustrada*. Buenos Aires, Ediciones Lea.
- Vezzetti, Hugo. 1985. *La locura en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós.
- -----, 1988. *El nacimiento de la psicología en la Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. Buenos Aires, Puntosur editores.
- Viñas, David. 2009. *Anarquistas en América Latina*. Buenos Aires, Paradiso.
- -----, 2014. *De los montoneros a los anarquistas*. Buenos Aires, Santiago Arcos editor.
- Williams, Raymond. 2008. *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Wunenburger, Jean Jacques (coord.). 2006. *Bachelard y la epistemología francesa*. Trad. María de los Ángeles Serrano. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Publicaciones académicas de avances parciales de la tesis:

- Gabriele, Alejandra. 2010. "Consideraciones entorno de la producción de conocimiento científico. Para una historia de las ciencias y una metodología ampliadas." en: *Revista Paralaje. N° 4. El tiempo entre urgencia e indecibilidad*. Revista de Filosofía. Postgrado de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. ISSN 0718-6770, abril de 2010. Disponible en <http://paralaje.cl/index.html> Publicación sometida a proceso de revisión por pares.
- Gabriele, Alejandra. 2010. "Conocimiento científico y organización de la Nación en la Argentina de principios del siglo XX". En: *Actas del IV Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos. La Travesía de la Libertad ante el Bicentenario*. Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo. 10, 11 y 12 de mayo de 2010, ISBN 978-987-9441-40-4. Disponible en http://congresobicentenario.webuda.com/files/simposio01_gabriele.pdf
- Gabriele, Alejandra. 2011. "De parodias, parábasis y psicopatología. Ciencia y arte en José Ingenieros.", en: *Revista Perspectivas Metodológicas*, Maestría en Metodología de la Investigación Científica, Ediciones UNLa, año XI, n°11, noviembre, pp. 39-50.
- Gabriele, Alejandra. 2012. "Epistemología retórica y deconstrucción de lo humano", en: Díaz, Esther, *El poder y la vida. Modulaciones epistemológicas*. Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 101-108.
- Gabriele, Alejandra. 2013. "Los Informes médico-forenses de Alejandro Korn: entre crímenes y locuras". *Revista Cuyo-anuario de filosofía argentina*. [online]. 2013, vol.30, n.2. ISSN 1853-3175. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-31752013000200003
- Gabriele, Alejandra. 2014. "Cómo hacer sensible una historia de las ciencias desde una lógica de la sensación: conexiones entre Bachelard y Deleuze en las ciencias sociales argentinas.", en: Díaz, Esther (editora). *Gilles Deleuze y la ciencia. Modulaciones epistemológicas II*. Buenos Aires, Biblos, pp. 75-81.
- Gabriele, Alejandra. 2015. "Ampliaciones epistemológicas poshumanas. Una lectura de *La psicopatología del arte* de José Ingenieros", en: Arpini, Adriana María (Coordinadora). *El humanismo, los humanismos: ideas y prácticas revisadas desde nuestra América*. Mendoza, EDIUNC, pp. 233-244.
- Gabriele, Alejandra. 2016. "La intuición del instante y el tiempo de la revuelta, categorías para una historia de las ciencias sociales argentinas", en: Saidel, M. Esteves, R. et al. *Libro de Actas de las VI Jornadas de Debates Actuales de la Teoría Política*

Contemporánea . Rosario, Libro digital, PDF Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-42-2441-5, pp. 503-518. Disponible en:
<https://www.dropbox.com/s/xduiolwqbj09s8e/libro%20de%20actas%20vi%20jornadas%20DA.pdf?dl=0>